



La mujer soviética

*Dany
Salvatierra*



 Planeta



Dany Salvatierra



La mujer soviética
(TELE)NOVELA EN TRES ACTOS

 Planeta

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

La mujer soviética. (Tele) novela en tres actos

©2019, Dany Salvatierra

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: abril 2019

ISBN: 978-612-4431-05-0

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

*A mi abuela Flor
y a mi hermana Ivette
que se fueron casi al mismo tiempo.*

*A mi madre
que esplende.*

Dicen que la muerte sabe a plomo. A metal derretido entre los dientes. Es inútil explicarles cómo estoy tan segura, advirtió la mujer. Así es que presten atención, porque no pienso repetirlo. Cuando empiezas a morirte, un gusto amargo te paraliza el cuerpo sin que puedas evitarlo. Las encías explotan y la boca se llena de saliva envenenada. Una procesión de fluidos se desliza por la garganta, estirando los músculos hasta llegar a la morgue. Tanta vida y tantos años por los suelos, desperdiciados en un instante. En un abrir y cerrar de ojos pasamos de estar aquí a ser una masa hinchada, amarillenta, abandonada en una camilla. Los centímetros de altura que perdimos al envejecer los recuperamos de golpe, y mejor ni hablar del resto de líquidos que se quedan dando vueltas por ahí dentro. Nos desbordamos sin remedio, a pesar del *rigor mortis*. Aunque no lo crean, la muerte se toma el trabajo de ajustar las cuentas a última hora. No le gusta debernos nada.

La mujer sonrió antes de retomar la palabra. En la época de la Revolución francesa, decían que las cabezas podían ver y pensar por un par de segundos después de separarse del cuello, y cuidado con alegrarse si la muerte no era instantánea. Las palabras de la mujer se quedaron flotando en el aire acondicionado. Tenía la mirada fija en el espejo, el cigarrillo en alto, por encima de sus pestañas postizas, el tabaco consumiéndose entre sus dedos. Esperaba su turno para entrar a escena, sentada frente al tocador del camerino. Encendió un último cigarrillo y tosió. Se cubrió los labios pintados de rojo jungla con el dorso de la mano. Los otros actores la escuchaban tiesos del espanto, con los brazos cruzados, sin imaginar lo que estaba a punto de ocurrir.

Unos minutos después, la mujer se dio el lujo de recordar sus propias palabras. Estaba recitando sus primeras líneas delante de las cámaras cuando un golpe monstruoso la alcanzó por detrás. Su voz se detuvo a mitad del diálogo. El sabor metálico le inundó el paladar. Se quedó boquiabierta, la vista nublada por los reflectores, el corazón martillando al fondo de su cuello. *Te estás muriendo, darling*. Cerró la mandíbula y se arrancó un pedazo de lengua. La carne se mezcló con el dulzor de su labial rojo jungla. Las persianas dibujaban sombras en su pecho y nadie advirtió la sangre que oscurecía las flores de su blusa con hombreras. Se echó a correr con los brazos abiertos, arrasando los objetos que encontraba a su paso. Destruyó el farol que fingía

ser una luna llena en la pared del decorado, las palmeras artificiales, los candelabros de plástico, las estatuas de espuma sintética, los animales imaginarios, la vida escurriéndose de a pocos en el mobiliario de mentira. Lo único que no era de mentira era el puñal que sobresalía de su espalda.

Cayó boca abajo y se desangró en silencio. Alguien había cambiado el puñal de utilería por uno de verdad. *La impostora*. El tráfico del mundo desfila por el camerino de las grandes actrices como ella, desde los presidentes hasta los asesinos a sueldo. La impostora no había encontrado otra manera de vengarse y, sin duda, había cogido el puñal. Lamentó no haberle puesto atención al ruido de la hoja afilada. La oyó cortar el aire antes de desgarrarle los tejidos. Quiso moverse con los codos y advirtió que no podía respirar. De sus labios solo salieron chorros y chorros de hemoglobina. El puñal le había perforado la médula, el pulmón, o ambas cosas a la vez; pero la verdadera víctima era el escenario. Los cables del farol echaban chispas de fuego hacia las cortinas de imitación de terciopelo. La falsedad arruinada, la repetición de la repetición a un paso de la hoguera, y todo por culpa de la ficción. Nos ganamos la vida mintiéndole al público. El afán de imitar vidas ajenas es también un tipo de muerte. La alfombra está hecha de un material que elimina los sonidos, las pisadas las agregan siempre en la posproducción. La ficción es un disfraz que nos condena a desaparecer y nos vuelve inmatrimoniales, unidimensionales, fantasmas del melodrama, iguales a los espíritus que habitan el camerino y los demás rincones de la mansión.

Se arrepintió de haber aceptado el papel. Su rostro se había endurecido tras las capas de maquillaje, y a esas alturas era una torta grotesca que espantaba a cualquiera. Al menos su corazón no había dejado de latir. Otros sufren un infarto de la pura impresión, incluso si la herida no es mortal. A los que se lanzan de las alturas les estalla el corazón por los aires, y ni siquiera llegan a escuchar la fractura de su propio cráneo. La mujer comenzó a desesperarse. Antes de morir tendría que poner sus asuntos en orden. Debía buscar a la impostora y confesarle que no se había inventado nada, que lo suyo formaba parte de una misión importante, *juntas vamos a hacer historia, darling*, así fuesen sus últimas palabras. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaban todos? Nadie se había quejado aún por los desastres del decorado. Tosió un par de veces más e intentó pedir auxilio. Las piernas seguían sin obedecerle. Imaginó que vendrían a rescatarla o que llamarían a una ambulancia. Alzó una mano con los dedos salpicados de sangre. Un hormigueo le recorrió los músculos, quizá una hemorragia interna. El sabor metálico se tornó insoportable. Su paladar ardía como si masticara mercurio. Dobló la espalda y dejó que el puñal le raspara la carne para convencerse de que aún estaba viva. Recordó la frase que pronuncian los espiritistas a la hora de expulsar a los fantasmas: «A veces, los muertos no se enteran de que están muertos, y hay que estar recordándoselos a cada momento».

La mujer tomó el extremo del puñal. Cerró los ojos y de un impulso lo extirpó de su cuerpo. El torrente de sangre que salió de su espalda fue tan helado que le hizo castañear los dientes.

Como era una mujer muy práctica, supuso que lo de la sangre helada era una mala señal. Se apoyó sobre los codos y, al mirar hacia arriba, descubrió que las cámaras la seguían grabando. *Qué carajos*. Las lucecillas rojas encendidas, siniestras, su cara reflejada en los cristales del objetivo. El sudor de los camarógrafos caía gota a gota en el charco de su sangre, *plic, plac*. Echó un vistazo al otro lado del set. El director la observaba desde su silla, estático, las manos en el regazo, las piernas cruzadas. A su costado, la asistente de Dirección sostenía un cronómetro, escribiendo en su tablilla de madera. ¿Por qué no venían a ayudarla? El tiempo se agotaba; sus pulmones no tardarían en colapsar. Una suerte de arena invisible le arañó el pecho, las fosas nasales, el ánimo. La penúltima etapa de la muerte. Su anatomía entraría en coma, pero el cerebro seguiría su curso. Escucharía las voces de los demás, atrapada en la inconsciencia. Los músculos inertes, el brillo de los reflectores atravesando sus párpados en plena oscuridad. La luz al final del túnel solo la ven los que se mueren de día, o al aire libre, o con las luces encendidas. La parálisis impide abrir los ojos, separar los labios. ¿Una muerte sin dolor? Imposible. Morirse cuesta tanto trabajo como dar a luz a un hijo, los dos extremos de nuestra corta estadía en el mundo duelen por igual. Hay que saber respetar la dramaturgia de la vida. Y, además, los cadáveres no pueden salirse del guion ni decepcionar a la teleaudiencia.

Volvió a pensar en la impostora, en la urgencia de encontrarla, en gastar las pocas fuerzas que le quedaban para arrastrarse hacia ella y terminar de contarle al oído aquel secreto que se había guardado por décadas, en voz bajísima eso sí, porque luego nos encierran a las dos en un manicomio, nunca se sabe, y además había que hacerlo rápido. Probó a incorporarse. Clavó los dedos en la alfombra y se quebró una, dos, tres uñas de raíz. El reloj de su muñeca, manchado de sangre, señalaba las doce y veinte. Afuera de seguro calentaba el mediodía, aunque no tenía como saberlo. El clima era impredecible a las afueras de Lima, sobre todo en los cerros de La Molina, donde se levantaba el chalet que habían convertido en estudio de televisión. La producción había obtenido el permiso del municipio para grabar los capítulos finales de la telenovela que ahora iba a quedarse sin protagonista.

En eso pensaba cuando le pareció ver una luz blanca, un relámpago, el flash de una cámara de fotos, el clic del obturador, luego otro y otro y otro más. Levantó el rostro. Cinco hombres se inclinaban sobre ella, tomándole fotos con sus teléfonos celulares. Reconoció a los del equipo técnico, los mismos que hacía unas horas habían llenado al tope las copas de espumante y brindado con ella para celebrar el inicio del rodaje. Se cubrió la cabeza y trató de evadirlos, reptando hacia los costados. Los hombres continuaron grabándola con sus celulares, persiguiéndola como si fuera un animal en extinción, acercándose lo más que podían. Sintió un pinchazo a la altura del corazón y estuvo cerca de expirar allí, rodeada de tantos extraños. Sus últimos segundos en la tierra transmitidos por internet, su cuerpo desintegrándose en vivo entre los evangelios del ciberespacio. Súbitamente, alguien empezó a reírse a gritos.

No fue una risa cualquiera. Fue una carcajada cruel, estudiada, de aquellas que obligan al cuerpo a echarse para atrás, con las manos puestas en la cintura. Una risa de telenovela, un patrón repetido, gutural, que rebotaba en las paredes falsas y hacía vibrar los reflectores del techo. La risa que, según los cronistas televisivos, ponía a temblar a las amas de casa en sus buenos tiempos. La conocía de memoria, como si la hubiese parido ella misma. La risa era solo un par de octavas por debajo de la suya. La imitación de una imitación. Aparte de la risa, conocía cada uno de los cabellos de la impostora; las líneas de expresión de su rostro; los ángulos del perfil que las cámaras fotografiaban tan bien desde la adolescencia, en blanco y negro y en color, con lágrimas o sin ellas, con los labios pintados de rojo jungla o sin pizca de maquillaje. Los del equipo técnico voltearon a mirar a la impostora y, sorprendidos, guardaron sus teléfonos. Se apartaron para cederle el paso, abriéndose como las aguas del mar Rojo.

La impostora dejó de reír. Había estado escondida detrás de las cortinas, esperando su turno para salir, acostumbrada desde muy joven a hacer grandes entradas. Tenía los pelos de punta, chamuscados, espantados hacia atrás. Avanzó descalza, esquivando los cables de las cámaras, temblando de miedo y de frío. Llevaba puesto un kimono de seda blanca, anudado a la cintura, dejando al descubierto las piernas que ponía tanto empeño en lucir y que, según ella, la teleaudiencia nunca se cansaba de admirar. La mujer que agonizaba en el suelo creyó que la impostora era un fantasma o que formaba parte de una alucinación. No recordaba que ambas fueran tan parecidas. Los mismos ojos negros, gigantes, abarcando casi la mitad del rostro, saliéndose de sus órbitas. Las cejas arqueadas, sacudiéndose; la boca torcida en una mueca de desprecio. La mujer volvió a toser sangre. La impostora se plantó delante de la mujer. Se mordió el labio inferior, y dijo:

—Descuida. Puedes seguir muriéndote tranquila. De aquí no vamos a salir vivas ninguna de las dos.

—¿A qué te refieres? —preguntó la mujer.

—Mira hacia el fondo.

Entonces notaron el incendio. Habían apagado los detectores de humo por la mañana para que la mujer pudiese fumar a sus anchas. Las llamaradas se extendían rápidamente por el escenario. Ardieron las piezas del decorado, las paredes de madera, los sillones, las plantas, la fauna irreal, la mesa del bufet. El portón corredizo se abrió de par en par y la gente huyó gritando hacia el estacionamiento. Los rayos de sol iluminaron el cuerpo de la mujer acostada en la alfombra, semioculto entre las bocanadas de humo. Se alegró de poder ver el cielo de Lima por última vez, de escuchar el alboroto de los camarógrafos, el ruido del tráfico, las sirenas de los patrulleros a lo lejos, que llegaban demasiado tarde. La impostora intentó agacharse para tomar la mano de la mujer, pero sus pies resbalaron en el charco de sangre. El ruido fue el mismo que el que provocan los cuerpos de los animales recién destripados en un camal. Cayó y quedó tendida en el

suelo junto a ella, en la misma posición. Supuso que cuando llegaran los paramédicos las encontrarían a ambas inmóviles, sin vida, bañadas de rojo, y pensarían que eran hermanas gemelas. La mujer giró el rostro hacia a la impostora y con los dedos temblorosos le quitó una pestaña postiza que tenía pegada a la mejilla. Apenas lo hizo, la impostora rompió a llorar.

—Perdóname —le susurró al oído.

—Déjate de sensiblerías —le espetó la mujer—. Ese llanto lo conozco de memoria.

—Lo digo en serio. Nunca creí que fuese capaz de matar a alguien.

—Te recuerdo que todavía estoy viva.

—Quise ayudarte, créeme, pero mi pelo empezó a quemarse y enloquecí.

La mujer la cogió por un extremo del kimono y la zarandeó con todas las fuerzas que le quedaban.

—Cállate y escúchame bien. Tienes que buscar el retrato.

—¿Cuál retrato?

—La fotografía —respondió la mujer, hablando despacio, cerrando los ojos—. La que puse en tu bolso. Búscala.

Luego enmudeció. No le alcanzó el tiempo para confesarle, como buena madre, que no le guardaba rencor por apuñalarla, y que tenía que aprender a resolver sus problemas de otro modo. Tampoco pudo despedirse. Un espasmo le detuvo el corazón y le enredó la lengua. El miedo la cogió en el último instante, justo cuando pensaba en irse sin él. El metal estalló en su garganta, la acidez inexorable, hirviente, colándose por la nariz. Se fue llena de remordimientos, con la boca abierta, aterrada por no haberle dicho que había intentado detenerla; mientras escuchaba los aplausos que venían de alguna parte, y su cuerpo terminaba de abultarse, el orgasmo irresistible de llegar hasta el final. Te lo digo por experiencia, porque hay que morirse para que sepas a lo que me refiero, *darling*; y si puedes, escríbelo.

PRIMER ACTO

*La fama es una señora muy gorda
que no duerme con uno, pero
cuando se despierta está siempre
mirándonos frente a la cama.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
Memoria de mis putas tristes

*She thought about them,
the little children she never had.
They were lined at the windows
of a ghostly school bus,
faces pressed against the glass,
huge-eyed, moist-lashed.
They looked out, calling,
«We understand.
It wasn't the right time.
We understand. We do».*

JEFFREY EUGENIDES
Baster

I

Un bello día para morir

El ruido comenzó un domingo por la madrugada. Me di la vuelta en la cama y de pronto escuché un golpe seco en la oscuridad del dormitorio. Hizo vibrar las paredes y agitó las botellas de la alacena. El pánico me trepó por los tobillos, como si un par de manos frías, ásperas, me hubiesen cogido de las piernas. Abrí los ojos. El ruido era distinto al de las peleas que se armaban en la calle los siete días de la semana. Me incorporé, asustada, pensando que había sido un temblor o algo parecido. Luego recordé que en Florida no existen los movimientos sísmicos. Quizá se trataba de un mal sueño, a pesar de que hacía décadas que no conseguía dormir por más de una hora. O una de esas parálisis que asaltan al cuerpo y nos hacen soñar que estamos despiertos, sin poder abrir los ojos, enredados en las sábanas, agitándonos con desesperación. *Es ella*. Fue inútil seguir inventando excusas. Desde el principio supe que ella volvería. Me había mudado a su apartamento porque ella me había estado esperando y aún estaba aquí, sin poder terminar de embalar sus cosas, atrapada entre las cajas de la mudanza y los aromas de su decrepitud.

Me senté al borde del colchón, temblando. Mis retratos me devolvieron la mirada. Mi rostro repetido en fotografías que abarcaban todas las etapas de mi carrera, una línea del tiempo que zigzagueaba y se multiplicaba hasta el techo. Me acerqué a la ventana, asomándome a través de la cortina. Las luces de neón del *strip club* que operaba al costado del edificio estaban apagadas. Los negocios cierran a las dos de la mañana, Miami no es una ciudad para trasnochadores. Había pocos vehículos en el parqueo público de la esquina, junto a los basureros y el callejón donde los muertos vivientes se sentaban a fumar sus pipas de vidrio a la intemperie, pero esa noche brillaban por su ausencia. Tampoco quise volver a acostarme. Arrastré los pies hacia la cocina, sin molestarme en prender las luces.

Entonces escuché el segundo golpe.

Me aferré a la refrigeradora para no caerme del susto. Esta vez el ruido fue en la sala, cerca del conducto de ventilación. *Crac*. Un crujido del cemento, los huesos de un ratón triturado en el conducto de ventilación, mis nervios hechos trizas. El reloj del horno microondas marcaba las cinco. Me quedé mirando los números en la pantalla, 5-0-0, el resplandor verde bañando el resto de la pieza, las plantas de mis pies húmedas de sudor sobre las líneas del parqué. Era la mañana del primero de mayo, lo recuerdo bien. Me mordí las yemas de los dedos, oyendo los latidos de mi corazón. Mamá había muerto en el sitio donde había surgido el ruido. Hacía un año la habían

encontrado allí mismo, tendida en el suelo, entre la ventana y el conducto de ventilación. La hallaron boca arriba, aún intacta, con la piel reseca, pegada a sus músculos.

Calcularon que llevaba muerta unos nueve meses. Su cuerpo se había momificado por la intensidad del aire acondicionado. Jamás quiso que contratara a una persona para cuidarla o para ocuparse del apartamento. Se contentaba con pasar los días hojeando la colección de recortes de periódicos y revistas que conservaba en docenas de tomos gruesos, ordenados por año y país de publicación. No te atrevas a tocarlos, me decía; me gusta ver tus fotos antiguas, porque ahora te ves horrenda y no eres ni la sombra de lo que fuiste.

Los hombres del rescate, tras romper la puerta, me dijeron que ese tipo de cosas solo ocurre en los edificios modernos. Yo no quise creerles, y me lancé a abrir las ventanas. Ellos me detuvieron meneando la cabeza. Las ventanas son de mentira, señora, no pueden abrirse. Están hechas para evitar suicidios. Y también, supongo, para conservar el ambiente a salvo de la humedad y el calor que abrasa la ciudad todos los días del año. No en vano les dicen edificios inteligentes.

Levanté la vista hacia el techo. Busqué alguna grieta, un indicio, una explicación. Uno de mis últimos amantes, un arquitecto, me contó que las construcciones nuevas a veces provocan chirridos. Los tornillos se mueven, las vigas de madera se reacomodan por el calor. Es normal, me dijo. No vayas a creer que el edificio se está cayendo o que está embrujado.

Por si las dudas, encendí la luz de la cocina. Mi corazón dio un vuelco. Alguien había movido las copas de cristal de la repisa. Ahora estaban al revés, encima de la mesa. Así las colocaba mamá cuando invocaba a los espíritus. Las letras del abecedario dibujadas en papelitos que ella ordenaba en un círculo. Yo no creía en los fantasmas o, mejor dicho, me resistía a creer en ellos. Había aprendido a tenerles miedo a los vivos más que a los muertos. Sabía por experiencia que la vida real era bastante más aterradora que los criminales, los accidentes y las tragedias de las telenovelas en las que me asesinaban todo el tiempo.

Tragué saliva. Me sujeté del borde de la mesa, esperando otro ruido. Desde la calle se oyó un alarido, de seguro se trataba de una de esas criaturas nocturnas con los ojos rojos y los labios partidos que les gritaban a los muros, olorosos a piel quemada, drogados hasta la coronilla. Los conocía de verlos en la esquina del parqueo, arrodillados entre los autos, contando las pocas monedas que recibían en la puerta de los supermercados, mendigando con vasos de plástico recogidos de los basureros de las cafeterías, los nombres de los clientes aún escritos con plumón en el dorso. *Leanne, Buck, Stacey*. Algunos venían a hacerme compañía cuando me atacaban los nervios y salía a fumar cerca del callejón, creyendo que mi cigarrillo era un porro. Por desgracia, tenía que fumar lejos de la entrada del edificio, estaba prohibido abrir fuego a menos de veinte metros, y tampoco se podía fumar en la terraza de la azotea. Prefería quedarme de pie con los zombis en vez de ir hacia la puerta del *strip club*. Cuando alquilé este apartamento para mamá,

no imaginaba que hubiese tanto alboroto en una calle así de estrecha. Apenas los paramédicos sacaron su cadáver, ordené que la cremaran y guardé sus cenizas en una urna de plata que coloqué en el aparador, al lado del microondas. Luego decidí instalarme aquí para terminar de poner en orden sus asuntos. Jamás lo conseguí. Lo que hice fue traer mis cosas y dormir en su cama. Al llegar, cometí el error de empacar de día y desempacar por la noche. Al final me harté y dejé los trastos donde estaban, preguntándome por qué me resultaba imposible abandonar el apartamento. Me sentí como uno de los personajes de aquella película en blanco y negro de Buñuel que vi con mi madre cuando yo era aún adolescente; una de esas chicas en blanco y negro, vestidas con sus mejores galas y recluidas en esas cuatro paredes. Terminé por conformarme con mi nueva situación, en lugar de pensar que quizá había empezado a enloquecer. Había transcurrido más de un año y nada extraño había sucedido hasta ese domingo.

Un chisporroteo me hizo dar un salto. La cafetera se había echado a andar. La tenía programada para que hiciera el café a las cinco. A las siete me esperaban en maquillaje. No hacía falta que me llamaran de Producción para despertarme, ya estaba acostumbrada. Tenía sesenta minutos para alistarme y otros sesenta para soportar el tráfico de la US-1, que no es poco. A ningún periodista se le ha ocurrido preguntarme qué se siente levantarse todos los días a las cinco de la mañana, incluso los fines de semana. Después de cuarenta años levantándome a esa hora, cualquiera se acostumbra a no pegar los ojos; es cuestión de autoeducarse, soy una actriz profesional y lo fui desde siempre. Jamás había llegado tarde al estudio ni había dejado de aprenderme mis parlamentos.

Recordé que debía empezar a alistarme. Cogí las copas y las devolví a la repisa, sobre las cenizas. Las alineé junto a la coctelera de metal. Todavía me negaba a aceptar que el espíritu de mi madre me acechaba o que hubiese sido ella quien había cambiado la vajilla de su sitio. La noche anterior había bebido más de la cuenta. Tal vez yo misma había desordenado las copas antes de tumbarme en la cama. Mi cita me había cancelado a última hora, alrededor de las once. Me había pasado horas esperándolo nerviosa, cruzando y descruzando las piernas en el sofá de la sala.

No esperaba al arquitecto, sino al abogado de bienes raíces. Lo había conocido en El Portal, el bar más oscuro de Miracle Mile. Allí pescaba a la mayoría de amantes que traía al apartamento. Para la mayoría sigue siendo incómodo aceptar que las mujeres de mi edad todavía podamos tener esa clase de apetitos, sobre todo si consideramos el hecho de que yo, a mis años, continúo siendo soltera, sin contar el breve matrimonio del cual hablaré más adelante. Mi apetito siempre había sido un problema. A veces uno piensa que la vida es solo una colección de malas decisiones y, en mi caso, el ardor de mis entrañas había ocasionado la mayor parte de infortunios, incluidos mis embarazos y mis relaciones amorosas que, para colmo, son casi lo mismo. Algunos hombres se quedan enganchados a tu cuerpo como satélites, con la intención de

quedarse para siempre y, a la larga, no sabes cómo eliminarlos de tu vida. Los que me visitaban venían con un fin específico, una transacción. Al menos se alegraban a la hora de verme. Les ponía buena cara, porque no soy de esas actrices estiradas, ultraarregladas, bronceadas de pies a cabeza, al menos a la hora de hacer el amor. A veces no faltaba uno que se enamoraba de mí, lo cual era inevitable. También ha sucedido al revés, pero mis hábitos se encargaron de erradicar mis afectos. Me gusta vivir sola. No necesito a nadie roncando a mi costado que me deje la almohada empapada de saliva, las sábanas inmundas de sudor, de olores corporales; soportar eructos, gases, charcos de orina alrededor de la taza del inodoro, o el hecho de que te dejen las tuberías de la ducha obstruidas y el apartamento lleno de pelos en los rincones.

Al principio me resultaba extraño recibir a mis amantes en el apartamento de mamá. También me citaban en sus hoteles, pero por lo general no se hospedaban solos. Escogía siempre a hombres casados, turistas o ejecutivos en viajes de negocios que no planeaba ver más de una vez. Mi segundo requisito era que no fuesen latinos sino de South Carolina, de Missouri, de Arizona. Los gringos-gringos no ven canales de televisión hispana, ni mis telenovelas, aunque en otros tiempos mi rostro aparecía por doquier y con mayor frecuencia. Para cada uno de mis amantes yo era una mujer distinta. Coleccionaba varias identidades y así no corría el peligro de que fueran a reconocerme. Mujer precavida vale por dos, decía mamá. Me rebautizaba con los nombres de los personajes de mis telenovelas más exitosas y los anotaba en el celular junto a los datos de mis amantes. Por ejemplo, para el arquitecto yo era Emperatriz, para el abogado era Marisela y etcétera.

Antes de continuar me gustaría revelarles quién soy. Les advierto que ni siquiera hace falta mencionar mi nombre. Mi perfil les resultará familiar. Quien no me haya visto no tiene más que encender el televisor y me reconocerá al instante. Tampoco es necesario que yo aparezca, eso es lo de menos. Cualquiera de las que se asoman en las telenovelas llevan algo que me pertenece, sin excepción. La mirada. El ceño fruncido. La torcedura del labio inferior. Las muecas enmarañadas. Los ojos abiertos más allá de sus órbitas. Todo aquello es mío. Ensayado y repetido por generaciones de actrices que no hicieron más que imitar mis reacciones, mis peinados gigantescos, mis blusas con hombreras, arrebatándome roles protagónicos así los hubiesen escrito solo para mí. Hoy en día, mis gestos son materia de estudio en los talleres de actuación para televisión, y no existe actriz en el planeta que no haya audicionado repitiendo diálogos de alguna de mis telenovelas, por muy corto que sea el papel.

Me serví una taza de café y le eché dos chorros y medio de brandy. Calenté mis manos en los bordes de cerámica, sin atreverme a subir la temperatura del aire acondicionado. El cadáver de mamá había sobrevivido a las bacterias, a la putrefacción, al infierno tropical. La pestilencia fue incapaz de filtrarse por las ranuras de la puerta. Sorbí el líquido y el alcohol me calentó las venas. En un comienzo, supuse que a una anciana como ella le convendría vivir en este

apartamento. Aquí no se asentaba el polvo, las luces se encendían y se apagaban solas con alzar la voz o con pulsar la pantalla del celular. Tendría que levantarse únicamente para cocinar, para ir del sillón hacia el baño o del baño al dormitorio. Después, ella se quejó por el exceso de tecnología. Los tomacorrientes de las paredes no eran de los comunes y habían sido reemplazados por entradas para cables USB.

Mamá y yo andábamos en malos términos desde fines de los años setenta. Con el tiempo y el cambio de milenio, nuestra relación se fue resquebrajando a la par que mi trayectoria artística. Menos papeles protagónicos, menos ganas de soportar su histeria. Después de la crisis inmobiliaria, vendí la casa de Doral y nos mudamos a apartamentos distintos. Encontré un piso minúsculo de un dormitorio en South Beach y a ella la acomodé aquí en Coral Gables. Rara vez nos veíamos o hablábamos por teléfono. Como suele suceder en esos casos, corté toda clase de contacto con ella. La abandoné a su suerte. Me limité a pagar la renta de su apartamento desde mi cuenta de banco, resistiéndome a contestar sus llamadas, sus mensajes al celular, sus amenazas que quedaron grabadas en el correo de voz:

—Me iré a la tumba y no sabrás nunca lo que tengo que decirte.

Cumplió. La perdí de vista. Ignorarla se volvió una costumbre. En vez de familia éramos una transacción bancaria. Con las justas verificaba los pagos de su alquiler en mis estados de cuenta. Los depósitos eran automáticos y se renovaban cada mes. El sistema dio resultado hasta que un día me llamaron por teléfono. Los del banco me anunciaron que no podían procesar el pago y que debía acercarme al edificio a renovar el contrato de alquiler. Entonces, uno de los porteros del edificio me comentó que nadie había visto a mi madre desde hacía meses. Su Mini Cooper azul estaba cubierto de polvo en el aparcamiento del sótano. Monté en cólera. Creí que mamá se había suicidado para vengarse de mí. Ya me lo había advertido en una de nuestras griterías por teléfono:

—Cargarás conmigo por el resto de tus días, quieras o no quieras. Y agradece que no tengo gatos, bien sabes que no soporto a los animales. Me encantaría que me encuentres sin cara, despellejada, devorada, mis ojos arrancados por los colmillos de mis mascotas.

La autopsia dijo lo contrario: ataque al corazón. Mamá había caído al suelo en bata de dormir, con los pies descalzos, entre la cocina y la ventana de la sala, debajo del aire acondicionado.

¿Habría muerto también a las cinco de la mañana?

Los primeros rayos de sol penetraron a través de las cortinas. Dejé de temblar, segura de que los golpes no volverían a escucharse. Me senté a la mesa con el café y la laptop abierta en la web de Noticias Unimundo. El internet era algo nuevo para mí. Había comprado la computadora luego de la mudanza. En aquel aparato había descubierto el poder de las redes sociales, existían millones de capturas de mi rostro con frases supuestamente irónicas, cosas que la gente conoce como *memes*. Fotos mías de hacía veinte, treinta años, mi pelo enorme en la cúspide de la moda

ochentera, gritándole a alguna compañera de reparto. Debajo, letras blancas en mayúsculas: «LA REINA DEL DRAMA». Post compartido 456 veces, 3 millones de ‘me gusta’. Me halagaba que los televidentes siguieran recordándome, aunque circularan videos míos sin que me pagaran nada por utilizarlos. Había *fan pages* y grupos de admiradores de Rusia, de Eslovenia, de Serbia; mi popularidad por el Viejo Mundo era apabullante. También existían cientos de cuentas falsas con mi nombre. Gente anónima se hacía pasar por mí para responder a los saludos, a los comentarios, a las respuestas de las respuestas, repitiendo frases que inmortalicé en boca de mis personajes. Habría podido demandar a miles por apropiación de identidad. Un día, en medio de aquella locura cibernética, me animé a crear un perfil propio. Puse mi nombre y subí una foto que tomé con la cámara del celular, para que notaran que en realidad se trataba de mí. Al día siguiente tenía seiscientos seguidores, todos de Rusia, y un promedio de tres o cuatro ‘me gusta’ en cada publicación. A la fecha tengo doscientos seguidores más y espero llegar aunque sea a los mil, pero el desinterés, a fin de cuentas, me da igual. Mi intención era encontrarle algún sentido al internet, comprender por qué la gente no despega la vista de sus celulares, de sus redes, de sus notificaciones. Al poco tiempo no tardé en contagiarme. Cada mañana me sentaba con el café y la laptop a comprobar si mi número de seguidores había aumentado, o si tenía un nuevo ‘me gusta’.

Aquel día, sin embargo, ocurrió algo tremendo. Algo que me hizo olvidar los golpes del fantasma de mi madre. En mi perfil había un cuadradito rojo al costado de una pestaña que hasta ese momento no había explorado: *Bandeja de entrada*. Allí parpadeaba un número:

(1)

Le di un sorbo al café, sin saber que mi plan de vida iba a torcerse por completo. Deslicé los dedos e hice clic sobre el número. Se abrió una nueva página, y apareció este mensaje:

No estoy muerta.

Y, debajo, una foto mía adjunta, de cuando era joven, como a los diecisiete años. Mi pelo atado en un par trenzas que caían sobre el pecho. La mirada hacia un costado, actitud desprevenida. Los ojos negros todavía inocentes, aunque hambrientos, ansiosos por comerse al mundo.

La reconocí al instante. Es decir, me reconocí. Era una foto publicitaria de *Silvia María*, la telenovela venezolana con la que debuté en las pantallas, en blanco y negro, cincuenta y dos años atrás. Mi primer rol protagónico, antes de convertirme en estrella. Interpretaba a una campesina ciega que trabajaba de sirvienta en una hacienda de la cordillera. Los productores me obligaron a usar un delantal blanco durante los ciento veinte episodios, y no me lo quité ni para los comerciales. La estrategia dio resultado. Las amas de casa llamaban desesperadas a Radio

Caracas TV para advertirles que el dueño de la hacienda, mi coprotagonista, abusaría de mí en el granero, junto a las vacas. Las telefonistas les respondían con harta paciencia. Sí, señora, no se preocupe, es solo ficción, a la actriz en realidad no le va a pasar nada.

Sentí un escalofrío. No recordaba esa foto. No pertenecía a ninguna sesión publicitaria y, además, me faltaba el delantal. En ese tiempo no me hacían reportajes en las revistas, ni me invitaban a los programas de espectáculos. La foto era moderna, a colores, tomada con una cámara digital. A lo mejor han tomado una foto de la foto antigua, pensé.

Volví a poner los ojos en el mensaje.

No estoy muerta.

¿Era mamá? ¿No le bastaba con manifestarse en el apartamento?

Mamá no se parecía a mí y no habría de parecerse nunca. Había visto fotos suyas a esa misma edad. Su pelo era naturalmente rubio, lacio, pecas en las mejillas, los ojos pequeños, separados, encogidos por las gafas gruesísimas que había usado toda su vida, era imposible que fuese ella. Había visto su cadáver salir por la puerta, la había abrazado, le había cruzado las manos sobre el pecho, la había acompañado hasta la morgue. Sus cenizas estaban en la urna de plata del aparador de la cocina.

¿Cómo podría estar viva?

La puerta del apartamento se abrió de improviso. Di un respingo.

—¡Señora! ¿Todavía no termina de alistarse? ¡Pero si son más de las cinco!

Era Griselda, la colombiana que venía a hacer la limpieza y la lavandería tres veces por semana. De colombiana no tenía nada. Hablaba con acento cubano o centroamericano, como la mayoría de latinos que viven en Miami. Éramos casi de la misma edad; pero, a diferencia mía, los malos tratos y los años de actividad infatigable habían menoscabado su cuerpo, de estatura baja y con problemas de tiroides, supongo, sus ojos parecían a punto de salir disparados cual pelotas de ping-pong. Cintura y cuello inexistentes. Várices en las piernas, síntoma de azúcar subido y gran apetito. Su obesidad era, como en la mayoría de casos, un asunto de ansiedad. Problemas con los hijos o con los nietos. Esposo ausente, enfermo o difunto, no había más que mirarla. Posible causa de muerte: apoplejía, colesterol al tope. Entraba con su propia llave para hacer el desayuno y partía a mediodía. Nuestra relación, en teoría, era estrictamente profesional, pero en ocasiones le soltaba una que otra confidencia.

Cerré la laptop y me acabé el café de un trago.

—No he podido dormir —confesé—. Anoche escuché ruidos.

Ella se persignó.

—Debe ser su mamá. Seguro que su alma no puede descansar en paz.

Noté que unas alhajas le brillaban en el brazo. Me acerqué y la cogí suavemente por el codo.

—¿Y esto?

Griselda retrocedió, ruborizándose.

—Es un regalo de mi hija.

—Pensé que estaban peleadas.

—No, si ya se reconcilió con el marido y conmigo y todo. Si usted la viera.

—Me alegro, *darling*.

—Mi hijo también encontró trabajo, gracias a Dios.

Se puso a cantar una vieja canción de Olga Guillot: *deja esa maleta en su lugar, no te atrevas a decir que ahora me dejas*. Yo me retiré hacia el baño de la pieza. Era un apartamento pequeño, de dos estancias. Sala-comedor con vista a la calle (o al callejón de los muertos vivientes), la habitación y el baño en un largo corredor que incluía un vestidor con repisas para la ropa y los zapatos que coleccionaba en cantidad.

Cuando me incliné para lavarme la cara, me asaltó un dolor en la espalda. Un aguijonazo por debajo del hombro. Aguanté la respiración, comprimiendo los dientes. Era como si la hoja de un puñal se hubiese enterrado en mi carne. El brazo derecho me palpitó por un par de segundos. Lo ignoré. No era el único dolor que me aquejaba. Hice una nota mental de escribirlo en la libreta donde enumeraba todos mis dolores, para saber de cuál de todos habría de morirme.

Después de ducharme, me miré en el espejo. Conté mis arrugas una por una. No solo me gustaba anotar mis dolencias, sino también las marcas del tiempo. Señalaba las arrugas con el lápiz de cejas en una fotocopia de mi rostro que tenía pegada en el espejo del baño. Guardaba un centenar de fotocopias en el cajón del tocador. Dibujé una línea nueva en la comisura de la boca, la tercera en lo que iba del año. La fotocopia era un mapa de mi vejez. En el estudio de grabación se la mostraba a los chicos de iluminación y les indicaba cuál era la mejor manera de fotografiarme. Bastaba una luz frontal para crear una sombra bajo el cuello y ocultar los colgajos de piel que me avergonzaban, pero rara vez me hacían caso. Quizá se sentían intimidados de que yo supiera más que ellos, por los años que llevaba en el negocio. Era natural. No hay que contentarse solo con ser actriz, porque una pieza depende de los cuadros del tablero. Hay que tener nociones de fotografía, de composición del espacio, de dirección de cámaras, saber en qué partes del decorado rebota el sonido, conocer la ubicación de los micrófonos. La mayoría suele carecer de experiencia. Ellos, sin ir más lejos, no sabían ni dónde estaban parados. En otros tiempos yo aprobaba los cambios del libreto, escogía a mis compañeros de reparto, los ángulos de la cámara, una luz especial que me distinguiera del resto. Mamá tenía razón. Las carreras en televisión se arruinan más rápido que los mejores matrimonios.

Una vez vestida y lista, regresé a la sala. Griselda limpiaba la ventana con una hoja de papel periódico. El sol demencial empezaba a flagelar la calle. En la azotea del edificio del frente había un cartel que anunciaba la telenovela en la que yo trabajaba por esos días: *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos*. Yo no aparecía en el cartel por ningún lado, ni siquiera

mencionaban mi nombre. A las actrices de mi edad y de mi trayectoria las anuncian con frases como «Con la actuación especial de...», «La participación extraordinaria de...», «La gran reaparición de...», así no hubiesen desaparecido jamás de los televisores del continente. Lo que sí desapareció fue mi rostro de los paneles de publicidad. En mi lugar aparecían otras que repetían gestos y posturas mías, la mirada por sobre el hombro, las manos en la cintura. Eso yo lo había inventado veinte, treinta años antes, cuando ellas ni siquiera estaban en proyecto de venir al mundo. Yo les enseñé las caras que debían de poner, cuándo llorar, cuándo gritar, cuándo quedarse calladas, si levantar la ceja izquierda o la derecha o ambas, cómo juntar las piernas a la hora de caer al suelo, si caer con la cara de costado o de frente; es decir, cómo morir correctamente. Había creado una cultura sentimental y estética de la cual ya no quedaban más que caricaturas e imitaciones de menor calidad. El cartel era prueba de lo que les intento explicar. Las impostoras me copiaban en lo esencial, mas no en los detalles. Sus blusas dejaban al descubierto los hombros, la espalda. El escote pronunciado, el cabello larguísimo, suelto, al viento, síntomas del cambio de siglo, una vida distinta a mis blusones con hombreras, a mis peinados arquitectónicos de varios pisos. La exageración de los ochenta había pasado de moda, el *bigger than life* andaba por los suelos. ¿Quién se iba a identificar con eso?

Griselda se volteó y dijo:

—La veo muy pálida, señora. Échese más rubor. Parece como si estuviera muerta.

—Mejor —respondí, mirándome en el espejo del comedor—. La próxima semana me van a matar.

—¿Cuándo?

—El jueves, *darling*.

—Los jueves son un mal día para morir. Dígales que mejor la maten el miércoles.

—Es que el ataúd lo traen recién el jueves.

—¿Y de qué se va a morir ahora?

—Me clavan un puñal.

—Qué bueno, señora. Qué emoción.

—Eso si es que no reescriben el capítulo. Ayer les conté mis sugerencias.

—¿Y qué les dijo?

—Que Lucrecia Limantour no era católica.

Lucrecia Limantour era el nombre de mi personaje en *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos*. Una intervención pequeñísima, la matriarca de la familia. Pérfida, eso sí. Doble moral, le dicen. Apareció a la mitad de la historia, en el capítulo noventa y cuatro, al tercer mes de emisión. El nombre de Lucrecia Limantour fue puro invento mío. Me vi obligada a rebautizarla porque el nombre original sonaba horroroso. Leandra Luque, Leocadia Lázaro o algo por el estilo, y tuve que pelearme con el libretista. Él no volvió a dirigirme la palabra. Se me

ocurrió ponerle Limantour en honor a Lima, la ciudad en la que nací y a la que no he regresado en casi cuarenta años. Y Lucrecia porque en los años noventa había interpretado con éxito a tres Lucrecias. Se me daban muy bien las Lucrecias, como si fueran de mi sangre.

Griselda se quedó pensando, frunciendo el ceño.

—¿Y cómo sabe que no era católica? ¿Eso qué tiene que ver con la historia?

—Tiene mucho que ver, *darling*. Lucrecia le hizo magia negra a Miguel Enrique.

—¿El amante?

—No, el hijo.

—Qué barbaridad.

—Se lo merecía. Lucrecia dijo que prefería estar muerta en lugar de haberlo parido, y que no creía en Dios. ¿Te acuerdas de ese monólogo larguísimo que tuve que aprenderme?

—Claro, claro, aunque pensé que lo habrían cortado.

—Lo cortaron, pero me quejé y volvieron a incluirlo. Por eso no tiene sentido que a Lucrecia la entierren en un ataúd.

—¿Por qué no?

—Nadie va a creerlo.

—No exagere, señora.

—Deberían cremar su cuerpo. Como el de mamá.

—Dios bendito, no diga eso. Acuérdesse de que su mamá todavía está acá, en estos muros, con nosotras. Nos puede escuchar.

—Ya. Si yo fuera libretista, otro sería el cuento. Miguel Enrique se iría a echar las cenizas de Lucrecia hasta South Beach. O mejor hasta Fort Lauderdale. Sería una escena más poética, también, ¿o me equivoco? ¿Tú qué piensas, *darling*?

Ella lanzó una carcajada y siguió frotando los vidrios con el periódico.

—Señora, olvídense de la poesía, no tiene sentido. La poesía nunca ha servido de nada, fíjese usted. Los poetas son una sarta de ociosos que se quejan por cualquier cosa. Escriben pura palabrería porque no pueden escribir historias que les interesen a la gente. ¿Cuándo ha visto usted que los poetas vendan más de un libro? La escena de la iglesia está bien como está, a mí me gusta. Lo del ataúd tiene mucho drama. La vida no tiene sentido cuando no existe el drama.

—En eso estamos de acuerdo.

—Además, señora, por algo son libretistas y les pagan lo que les pagan. Qué sabremos nosotras de escribir dramas.

Esa era una verdad a medias. En los últimos años yo tomaba infinidad de apuntes en un cuaderno, ideas que cruzaban por mi cabeza, posibles argumentos de la gran telenovela con la que algún día me despediría de los sets de televisión. Saldría airosa por la puerta grande, con una historia de mi propia autoría. Firmaría el libreto con un pseudónimo para no perder credibilidad

ante mi público, ni cometer el error de las que escriben, producen, dirigen, protagonizan y cantan la canción de apertura. Las mujeres no podemos hacer todo a la vez sin que nos condenen de acaparadoras. Nadie sabe que la mayoría de las telenovelas que existen son adaptaciones y vueltas de tuerca de los treinta y seis radiodramas que Delia Fiallo escribió en La Habana, antes de la revolución y antes de exiliarse en Miami. A Delia no llegué a conocerla, ni siquiera en la época en que nuestras fotografías aparecían juntas en las revistas y páginas sociales de Caracas. Delia había escrito las telenovelas que hice en Venezuela en los setenta y ochenta, en la primera etapa de mi carrera, incluidas *Silvia María* y, por supuesto, *Coral*, en 1985, el papel que me convirtió en la mujer más vista de la Guerra Fría. Yo siempre he sido orgullosa y me negaba a compartir el éxito con alguien que no sufriera con nosotros en el estudio, en esos decorados baratos de cartón piedra de Radio Caracas TV. Los actores teníamos que llevar nuestro propio vestuario, no había presupuesto. Toda la ropa que vestí en *Coral*, del primer al último episodio, era mía, inspirada en el *power dressing* y en las blusas que se ponía Joan Collins en *Dynasty*. Seguramente, a Delia Fiallo debía pasarle lo mismo que a mí: competíamos por el protagonismo. Los tabloides me dedicaban ríos de tinta y ninguna línea para ella. Hasta mi camerino llegaban los rumores de que la pobre Delia se las veía negras para enviar los libretos a Caracas desde Miami. Perseguía a las azafatas en el aeropuerto para entregarles un sobre con el libreto del día y la dirección de RCTV, o les dictaba los capítulos por teléfono a las recepcionistas del canal. Eran tiempos difíciles. Los años suelen zanjar las disputas, aunque de ella prefiero no hablar más.

Recién al despedirme de Griselda me di cuenta de que su pelo era distinto. Sus greñas grises habían desaparecido. Se lo había cepillado y el color era ligeramente negro, brillante, las puntas recortadas, en orden.

—Cuántos cambios para un solo día, ¿no? —le dije desde la puerta.

—Señora, es que mi hija insistió en llevarme a la peluquería. Cuando vivíamos en Medellín con las justas podíamos comprarnos un frasco de champú.

—¿Tan mal estaban las cosas?

—Imáginese usted, tantos campamentos de venezolanos viviendo en las calles, en los parques, a la intemperie. Cada día llegaban más y no quedaba espacio para el resto. Felizmente fue ella la que convenció a sus hermanos de mudarse a Lima, y ya ve. No sabe lo cambiada que está.

—No es la única, por lo visto. *Bye, bye*, nos vemos el miércoles.

—Mucha suerte, señora.

El bochorno me recibió en el sótano del estacionamiento, el ardor recalcitrante de Florida y sus ochenta y cuatro grados Fahrenheit en invierno. Veintinueve grados Celsius, dicho en cristiano. Escurrí mi cuerpo dentro del Lincoln. Mi atuendo era sencillo: blusa blanca de seda y sastre gris de dos piezas, sin hombreras. Aquí conviene reiterarlo: *sin* hombreras. Las

exageraciones textiles las dejaba para las revistas de espectáculos. Los periodistas solían llamarme por teléfono cada tres años para saber si todavía estaba viva y, de paso, me pedían una entrevista cuando andaban escasos de noticias. A la hora de las fotos, si escogía un vestido normal, exigían que me pusiera alguno con hombreras, como si fuese imposible reconocermé sin ellas. Al parecer, los fabricantes de espuma sintética hicieron grandes fortunas gracias a todas las hombreras que tuve puestas en los años ochenta. De haberlo sabido antes, en la vida me las hubiese puesto. Las hombreras las reservaba para las pocas ceremonias a las que sí me invitaban: cenas benéficas, homenajes, estrenos, funerales. Sabía que me contactaban para rellenar un lugar vacío en caso de que les fallara algún invitado.

Cuando puse las llaves en el contacto, sonó una alerta del celular. *Bip*. Creí que era el asistente de Producción. Sin embargo, era un mensaje de texto.

Número desconocido.

Sé que leíste mi otro mensaje.
¿Por qué no respondes?
No estoy muerta.

El celular se resbaló de mis manos. ¿Cómo habrían conseguido mi número? Me enterré las uñas en las palmas de las manos una y otra vez, en círculos, desgarrándome la piel, pero no conseguí hacerme sangrar. Era la única manera de guardar la calma. Me mordí los nudillos, mi espalda se cubrió de sudor. Me resistía a creer que mamá estuviese viva. Tampoco me convenía reportar el problema a la Policía. En su día, me gasté casi todos mis ahorros sobornando a los paramédicos que recogieron el cadáver de mamá, para que no abrieran la boca ni avisaran a la prensa. Una noticia así hubiese destruido mi contrato con el canal de televisión.

Recogí el celular y puse en marcha el automóvil. Asomaron los laberintos de las carreteras, los edificios de color salmón con bordes turquesa que uniforman la arquitectura de Miami. El trópico se estremecía a mi alrededor. Un ente sigiloso, como si tuviese vida propia. Las residencias se levantan a mitad de los pantanos, entre palmeras y matorrales inhóspitos, donde el viento arranca las ramas de los árboles y el calor incendia los rabos de los gatos. El masoquismo de la naturaleza. Había que caminar cuidándose de las lagartijas y serpientes que se lanzan sobre los que cometen el pecado de no tener automóvil.

Dos millas antes del *expressway*, al girar por la 72 Avenue hacia la 36 Street, la camioneta que iba a mi costado frenó de golpe. Sus llantas chirriaron con estrépito. Me asusté. Bocinazos. Insultos en inglés y en español. Histeria. Una bomba, pensé, intrigada. Tal vez un *redneck* de mejillas coloradas abriendo fuego a quemarropa, en plena autopista. Algún supremacista blanco aprovechaba los autos detenidos, los barrios cubanos, la hora punta, pero no se escuchaban

disparos. Tuvieron que pasar unos segundos para recién ver lo que ocurría. Un cocodrilo de más de cinco metros de largo cruzaba la autopista. Se movía con toda la paciencia del mundo. Sus patas regordetas lo arrastraban como un ataúd. Tenía los ojos entreabiertos y una expresión cínica, indiferente al atasco del tráfico. Un par de policías se acercaron en sus motocicletas. La gente comenzó a salir de sus vehículos, atentos al espectáculo. Los celulares extendidos, la obsesión por documentar cada segundo. El reptil desfiló frente al Lincoln. Parecía exhausto, harto de deambular por las veredas angostas, lejos de los pantanos. Volvió la cabeza hacia mí y sus patas se detuvieron. Sus pupilas rojas me observaron con detenimiento. Su piel escamosa, pétrea, ardiendo bajo el sol. Ahogué un grito. Cerré los ojos, escondida tras el timón. El cocodrilo parpadeó y siguió su marcha, remolcando su cola infinita. Se perdió al otro lado de la autopista, entre unos matorrales, quizá buscando el camino de vuelta hacia los Everglades.

El tránsito se reanudó lentamente. Algunos curiosos se reunían en grupos a comentar lo ocurrido. Miré el celular. Las seis y treinta y cuatro, ningún mensaje nuevo. Suspiré. Nunca había necesitado un trago con tanta urgencia. Las únicas tiendas abiertas eran los supermercados que atendían las veinticuatro horas, pero allí solo vendían vino o cerveza. Me faltaban unas diez millas al oeste para cruzar Palmetto y llegar a los estudios de Unimundo, el canal norteamericano con programación en español donde desperdiciaba los últimos años de mi vida en personajes de abuela, madrina, tía lejana, millonaria en decadencia o hechicera solapada. Papeles cortitos, secundarios, en los que siempre acababa muerta. Intervenciones que no figuraban ni en las tandas comerciales, excepto cuando faltaba un par de capítulos para matarme. Decidí que prefería la muerte a seguir con la garganta seca, incluso si tenía que tomar un *pinot noir* de una caja de cartón.

Aceleré con dirección al CVS de Flagler y la 42. Se hallaba al centro de uno de esos bloques de negocios que en Miami se asientan en cada esquina. El estacionamiento estaba desierto, solo unos cuantos vagabundos daban vueltas en una callejuela junto a un cafetín cubano. De seguro andaban borrachos. No hacía falta ser una de ellos para percibirlo. Escogían a los que tenían camisa o la ropa menos andrajosa y les entregaban los billetes. El elegido compraba las botellas que luego escondían en bolsas de papel. Lo mismo se repetía a las afueras de cualquier tienda noctámbula. Salí del Lincoln con el bolso y las gafas de sol. Las marquesinas de colores aparecieron una tras otra: Café Fidel, Family Dentistry, Pasitos Baby Store, Armory Gun Shop, Mercadito Nicaragüense. Ingresé al CVS. Los anaqueles blanquísimos me recibieron con el *din-don* de la puerta. Un moreno de labios gruesos, oloroso a incienso, estaba detrás del mostrador, decorado con billetes de lotería, golosinas, chicles de nicotina, encendedores, cables para el celular.

En los corredores tampoco había un alma. Una *muzak* fantasmal salía de los parlantes. De vez en cuando, la grabación de una voz femenina anunciaba en inglés las ofertas del día, dos por uno

en ceras de depilación. Los anaqueles me recordaron a las filas de nichos de los cementerios y empecé a marearme. Cogí una botella de vino blanco al azar, sin leer la etiqueta. El moreno ni se había percatado de mi presencia, escondido en las hileras de tabloides. Las portadas con letras gigantes se lo comían entero. «*Exclusive! Oprah's Heroin Addiction Orgy*». «*Shocking! Teenage Girl Bakes Menstrual Blood Cookies*» «*Uncovered! Vladimir Putin's Gay Lover Speaks Out*». Planté la botella de vino y un galón de agua en el mostrador. El sonido espabiló al moreno, quien andaba hojeando el *National Examiner*: «*Tragedy! Florida Housewife Eats Her Baby*». Me acomodé las gafas de sol y le extendí un billete de cincuenta dólares. Él lo recibió examinando mi rostro. De pronto sonrió y preguntó:

—¿Es usted Grecia Colmenares?

—No.

Él dudó un segundo y volvió a la carga.

—¡Claro que sí!

—Se equivoca de persona.

El moreno meneó la cabeza, divertido. Abrió la caja registradora, y mientras contaba los billetes de mi cambio, se puso a cantar una canción que me atravesó el cuerpo como un torrente de electricidad:

*Perdona, es que yo
Caminaba por aquí
Y en tu alcoba vi la luz.
Perdona mi actitud,
Quizá debí llamar
Y no presentarme así...*

Sus palabras retumbaron en mi cabeza, nublándome la vista. La claridad del día se apagó con cada sílaba que salía de su boca. De pronto, su silueta se desdibujó. En su lugar aparecieron recuerdos de hacía un año atrás. Las llamadas perdidas de mi madre por meses y meses, guardadas en la casilla de voz. *Tenemos que hablar, tengo algo que decirte*, me repetía sin cesar. Más mensajes, más llamadas perdidas. Luego la llamada de advertencia del banco. *We can not process your payment*, dijo una empleada, robótica, como quien da el informe del tiempo. El mal presentimiento. El administrador del edificio abriendo el apartamento frente a mí con una llave maestra, los hombres del rescate esperando detrás. El olor insoportable, agridulce. Mamá echada en el parqué con los ojos muy cerrados y la boca abiertísima, mustia, deformada hacia ambos lados del mentón. La melodía resonando entre la pestilencia, los hombres mirándose con las caras horrorizadas. *Perdona, es que yo caminaba por aquí*. Uno de los hombres le había lanzado

un manazo al otro. Oye, apaga eso, un poco de respeto. El otro le pidió perdón con acento puertorriqueño, pulsando la pantalla de su celular con desesperación. *Perdona mi actitud, quizá debí llamar*. La canción que abría los créditos de *Coral* resultó ser el *ringtone* de su teléfono. No consiguió apagarlo a tiempo y la voz del cantante estalló en medio del apartamento, opacando los gritos de los hombres, ahora en los labios del moreno:

¡Mi vida eres tú!
Y solamente tú.
Abrázame y verás
Que aún en nuestro ser
Hay fuego que apagar...

Me desvanecí. El moreno fue más listo y me atrapó la mano. Mis piernas pendían como hilos junto a las repisas; las golosinas se esparcieron en el suelo. Con la otra mano me sujeté de la mesa y volví a ponerme de pie.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí, sí, descuide, no ha sido nada.

—Usted es esa, ¿no? La de la novela de los ochenta. Mi abuela era una gran admiradora suya. A mí no me engaña.

—Por favor.

—Usted es esa, la que trabajaba como modelo de pasarela, la que abandonaron cuando era una niña. La que descubre que su madre es...

—Se está confundiendo. Esa sí era Grecia Colmenares. ¿Me da mi cambio?

El moreno suspiró. Contó uno, dos, tres, cuatro billetes que cogí de golpe. Antes de abrir la puerta, sin embargo, me detuve. Al fin y al cabo, Miami no era un cementerio de celebridades como Paterson, New Jersey. Yo no vivía en esas calles grises, nauseabundas, repletas de cómicos peruanos que habían sido los reyes del *rating*, allá por los años en que el Perú se desangraba sin remedio y el resto del mundo aguardaba el derrumbe de la Perestroika. Giré sobre mis tacones.

—Yo soy la otra. La que hacía de la madre de la modelo. La que la abandonó.

Me quité las gafas de sol. El rostro del moreno se iluminó. Su quijada estuvo a punto de estrellarse en el mostrador. Puse un pie en el esplendor que hervía en el cemento de la calle y alcé la voz de folletín que él habría de recordar por el resto de su vida:

—Mi nombre es Jacqueline Metalius.

II

Los pobres nos precederán en el reino de los cielos

La maquilladora, quien estaba por casarse, me contó que estaba juntando dinero para que no fuese a llover el día de su boda. Dijo que el instituto meteorológico era capaz de controlar el clima, y que mediante un simple pago se podían evitar inconvenientes, porque el baile sería al aire libre, junto al mar; contratar el *catering* ya les había costado una millonada. Luego suspiró mientras me aplicaba la mazamorra de polvos traslúcidos en la cara. Movía a diestra y siniestra un pincel más gordo que sus cejas, sin saber que en la siguiente escena yo tenía que llorar y arruinaría sus horas de trabajo. Sus sobacos olían a amoníaco, quizá otro problema de tiroides. Posible causa de muerte: cáncer a los ganglios.

Yo la ignoraba. No me llamaba por mi nombre. La mayoría pensaba que yo había estado en Unimundo desde siempre, o que formaba parte del decorado. Tal vez creían que mi nombre sonaba muy exagerado para la pantalla chica, y no los culpo. Había aprendido a controlarme. Ya no temblaba de rabia cuando alguien no se acordaba de mí. Había perdido las ganas de recordarles que años atrás llegué a firmar autógrafos a Sarajevo, directo desde Caracas, en plena guerra del Golfo, donde la cola para conocerme era más grande que la cola para conseguir alimentos y llegaba hasta los Balcanes.

Jacqueline es mi nombre real. Así figura en mi partida de nacimiento. Pareciera que todas aquellas letras estuviesen destinadas a brillar en una marquesina de focos incandescentes sobre las cabezas de una multitud. Pocos recuerdan que me había iniciado en el teatro, y que hasta tuve propuestas para actuar en el cine. Cuando estás acurrucada en la cima del mundo siempre vas a querer más. Así de depredador es el instinto humano, y no hay que olvidar que en lo esencial somos animales. La ley de la jungla es selectiva. Hallamos un sitio a través de los olores; perseguimos a las manadas que nos atraen visualmente, que identificamos como iguales o como el ideal que aspiramos ser, y para conseguirlo nos devoramos los unos a los otros. Sin embargo, lamento decepcionarlos. Mi triunfo estuvo lejos de ser un premio consuelo. Detrás de cualquier celebridad como yo existe una recua de fracasados, de intentos fallidos, de personas que se quedaron a medio camino y optaron por dedicarse a otra cosa. Sin ellos yo no estaría aquí, ni sería nadie, ni estaría escribiendo estas líneas. Su ruina es la columna vertebral por la cual escalé a la cima. Los desastres de sus carreras son los bocados de los que me alimento, o dejé de alimentarme. He vivido lo que tuve que vivir y no tengo nada de qué arrepentirme. Supongo que

debería guardarle gratitud a Arístides, mi primer y único marido. De él heredé el apellido griego que seguí utilizando luego de su muerte. El nombre de pila me lo puso mi madre, obsesionada con las traducciones de los nombres bíblicos. *Jacqueline* es un derivado de *Jacob*, que en hebreo significa ‘el que suplanta’. Es decir, la que ha nacido para reemplazar. La sucesora.

La impostora.

Aquel lunes había llegado al estudio hecha un rayo. Me terminé el vino en tres largos tragos, agazapada en el baño del camerino, antes de que viniera la maquilladora. Los que saben a lo que me refiero comprenderán que al cabo del primer sorbo es imposible dar marcha atrás, incluso si se trata de vino blanco a las seis y cincuenta y dos de la mañana. La garganta inflamándose con el paso del líquido. Los sentidos floreciendo, alertas, como si recién despertaran de una pesadilla. El espasmo de júbilo en el cuello, en la nuca, en la espalda. La piel erizada, la carne de gallina frotándose contra la ropa. El corazón acelerado, la adrenalina absorbiéndonos de pies a cabeza. La quemazón trepando en las mejillas, detrás de las orejas. El sudor en las axilas, en el pecho, en las palmas de las manos, y sobre todo en la entrepierna.

El camerino empezó a girar delante de mis ojos. Cuando se fue la maquilladora, eché la botella vacía al tacho de basura. En la mesa del tocador había una nueva versión del libreto. En efecto, me habían cortado un par de escenas y reescrito algunos diálogos. Se notaba a leguas que el libretista improvisaba como le venía en gana, sobre la marcha. Supuse que lo mejor era no volver a aprenderme nada, aunque tampoco podía concentrarme. Miraba el celular a cada segundo, esperando un nuevo mensaje anónimo. Me había convertido en una más del resto, hipnotizada por la pantalla del teléfono.

Cogí la tablet que guardaba en un cajón del tocador. En ella me pasaba horas de horas devorando videos de mis telenovelas antiguas, mal grabadas, descoloridas, deformadas por líneas blancas y grises de interferencias y con el sonido pésimo, mordiéndome los dedos para no arruinar mi manicure, leyendo los comentarios que me escribían desde Bolívar, Maracaibo o Barquisimeto. El público todavía se acordaba de mí. Las telenovelas ya no las hacen como antes, oiga usted. *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos* y *Lucrecia Limantour* eran pruebas del descontento de los televidentes, y de que mi talento se desangraba año tras año.

Entré a la página de mi perfil. Di un salto. Había otro número parpadeando en la bandeja de entrada:

(1)

Cerré los ojos. El miedo me paralizó como si el cadáver de mi madre me hubiese abrazado por detrás, asfixiándome, haciéndome perder el aliento, las fuerzas, la cordura. Aquellos anónimos eran distintos al candor de los jovencitos y adolescentes que en su época me

perseguían a las afueras de Radio Caracas TV, temblando de expectativa, ansiosos por acompañarme a casa.

Del cajón extraje la licorera de plata, un regalo de Arístides. Tenía mis iniciales grabadas en el dorso, y la utilizaba solo para casos extremos. Bebí un par de tragos de whisky e hice clic en la bandeja de entrada, estrujándome los nudillos, hincándome los dedos con las uñas, los eructos amargos del licor atropellándose en mi garganta. El nuevo mensaje me alcanzó en la boca del estómago, las letras desplegadas en los píxeles de la tablet, arañándome la vista:

Tampoco respondiste al celular.
No voy a parar de escribirte.
No estoy muerta.

Debajo había otra foto mía, también a colores, el pelo con las mismas trenzas de *Silvia María*. Esta vez me fijé en el paisaje que asomaba detrás. Un acantilado rocoso, cubierto de neblina. Un mar de aguas marrones, empantanadas, las olas nauseabundas reventando en una orilla de piedras, como la saliva de algún animal rabioso. No tuve que pensarlo mucho, y apuré el resto del whisky.

Aquella ciudad era Lima.

Pero yo no había estado en Lima a esa edad, a los diecisiete años, sino en Caracas o en Mérida, grabando los exteriores de *Silvia María*, correteando entre los pastizales y revolcándome en las faldas de los cerros. Tampoco me había tomado fotos cerca del mar, al menos no en el mar que aparecía en la foto. El litoral estaba sembrado de edificios modernos, era una imagen reciente. ¿Y si se trataba de un truco?

Alguien había retocado las fotos digitalmente, para hacerlas parecer auténticas. Lo que más me llamó la atención fue mi rostro. En la foto sonreía al punto de reventar. Mis labios entreabiertos, alargados sobre mi cutis diáfano, a salvo aún de las marcas del tiempo. Esa chica no era yo. Mamá me había prohibido sonreír demasiado en las fotos. Tienes que sonreír sin mostrarte cercana, solía decir. El público debe verte tierna pero distante, inalcanzable. Si te ríes serás como ellos, romperás la cuarta barrera, y cuídate también de sonreír en público. El poder de una cámara fotográfica es astronómico, no siempre serás joven. Si te acostumbras a reírte, verán tu dentadura de principio a fin. Mantener los dientes intactos cuesta más que una resonancia magnética o un tratamiento para el cáncer. La dentadura es lo primero en marchitarse, te lo digo por experiencia. A nadie le conviene ser amable, la gente se aprovecha, te pedirán favores hasta el día en que te mueras. Si no te ríes, te apreciarán hasta cierto punto y te temerán. Una mujer debe aprender a esconderse, la sugerencia es tu instrumento. Cuanto menos enseñes, más chance tienes de que enloquezcan y de que el fuego interno les incendie la cabeza. Siglos atrás, los

virreyes les construían jardines y alamedas a las muchachas que se tapaban tres cuartos del rostro con una mantilla, recuérdalo bien.

Devolví la tablet al cajón. La migraña me consumía las sienes, la acidez del whisky me retorció las tripas.

Lo peor es que esa chica sí era yo.

Una hermana gemela.

Una réplica mía suelta por el mundo. O, en el peor de los casos, alguien pretendía hacer que lo creyera. Tal vez la tecnología había avanzado al punto de poder cambiar las muecas de la gente a partir de una foto antigua. Alguien trataba de mezclarme los pensamientos, de enredarme en una espiral de épocas distintas. Sentí náuseas.

La puerta del camerino se abrió de golpe. Detestaba que no tuvieran la delicadeza de anunciarse. El coordinador de piso asomó la cabeza.

—Cinco minutos —anunció, mostrándome los dedos extendidos.

—*Darling*, aún no he pasado por vestuario.

—Siete.

—Diez.

Frunció el ceño. Delgado. De unos treinta o treinta y cinco años. Gafas de médico. Cejas gruesas, calvicie prematura. Barba afeitada. Vello del pecho recortados, depilación excesiva. Axilas también afeitadas, no hacía falta verlas. Problemas mentales, como todo hombre que se afeita los vellos del cuerpo. Posible medicación para la ansiedad. Palidez extrema. Cara de vegetariano o vegano, ambas señales de psicosis, pobre chico. Expectativa de vida: de diez a quince años más.

Se fue sin responderme, dejando la puerta abierta. Daba igual. En la época de *Coral* él no estaba ni en pañales. Me puse las gotas para los ojos rojos, y me dirigí al vestuario a paso ligero, cuidándome de caminar pegada a la pared. Mis piernas se resistían a andar en línea recta, el alcohol todavía me quemaba en la garganta. Me sentía parte de un videojuego. Esquivaba a los que iban y venían por el pasillo hablando por el celular, sosteniendo sus tablillas de madera. Si me tropezaba con alguien, le daba los buenos días. Qué tal, *darling*; ¿todo bien, *darling*?; nos vemos luego, *darling*. Llamaba a todo el mundo «darling», para no tener que memorizarme sus nombres, otro consejo de mi madre. Jamás había hecho amistades en el trabajo. Las únicas personas que había querido conocer están en la ficción, en los libretos, y no afuera de los decorados. Siempre hay que ponerles buena cara, no vayas a olvidarlo, decía mamá. Ella solía acompañarme a las grabaciones, cuando todavía era menor de edad. En vez de esperarme detrás de las cámaras, se perdía por los rincones del estudio. Se ocultaba entre bastidores a espiar al resto, y al final del día, me contaba infinidad de historias que yo daba por ciertas: las del *catering* te escupen la comida, las del vestuario te cosen insectos en las solapas de la ropa, los de

posproducción te cortan los primeros planos, así que procura caerles bien y cuidadito con faltarles el respeto, todos encuentran la manera de vengarse de las que se creen estrellas y ni les responden el saludo.

El vestuarista me ayudó a colocarme una blusa celeste con hombreras y unas perlas que me daban varias vueltas al cuello. Su cuerpo despedía una mezcla de perfume de supermercado con agua de azahar. Homosexual por donde se le mire, entre cuarenta y cincuenta años. Ropa ajustada, sandalias de estilo romano, atadas hasta los tobillos pese al frío del aire acondicionado. Hablaba con la elocuencia de estar suspendido en la mediana edad sin saber que su estilo de ropa lo convertía en un remedo. Maternal, dicharachero, indicios de señora mayor, una copia de la madre. Criado en un hogar dominado por mujeres. Padre ausente o enterrado, hijo único o con hermanas con sobrepeso, dos o tres experiencias sexuales que no pasaron de tocamientos. Su voz era nasal y respiraba por la boca.

Me miré al espejo y no pude evitar serle sincera.

—Parezco adorno de centro comercial.

Él ahogó una risa. Lo había tomado como un cumplido.

—Hablando de eso —dijo, acomodándome las solapas de la blusa—, anoche vi que se incendió un centro comercial en Lima.

—Qué espanto.

—Usted es peruana, ¿no?

—Sí, aunque cada vez que salen noticias del Perú prefiero cambiar de canal.

—Creo que es el tercero que se quema en menos de un mes.

—En mi época solo había uno.

—Dicen que es terrorismo.

—No digas tonterías.

—Te-rro-ris-mo —repitió—. Como en los ochenta.

—El terrorismo también es melodrama, *darling*.

Después fui a grabar mis escenas una tras otra, sin tropiezos. Mi cuerpo iba y venía a través de la dramaturgia. Flotaba entre un decorado y el siguiente, como si obedeciera a los mandatos de un piloto automático. Mis diálogos eran aún más pequeños que mis personajes. Me limitaba a responder, a asentir con la cabeza o a levantar las cejas, recitando la única línea que me correspondía. Dame el dinero. ¿Adónde vas? Número equivocado. Yo no soy tu madre. Te voy a destruir.

En los descansos me lanzaba a coger el celular para ver si había llegado otro mensaje. No recibí ninguno. Después de mediodía aproveché para sentarme en una de las bancas cercanas a la mesa del bufet. Los del equipo técnico comían salvajemente, de espaldas, atragantándose con los bocadillos que habían sobrado del refrigerio. Unos se comían el jamón y abandonaban los panes

vacíos en la bandeja. Otros metían el dedo en las empanadas, succionaban la carne molida y echaban la corteza al tacho. Un espanto. Mis dedos palpaban la pantalla del celular mientras fingía ignorarlos. En realidad, sus movimientos me ponían más nerviosa. Refrescaba y volvía a refrescar la página de mi perfil, sin éxito. La bandeja de entrada continuaba vacía. Crucé los brazos y volví a clavarme las uñas en las palmas sudorosas. Recordé las navajas de afeitar con las que me cortaba las plantas de los pies, durante los años de *Coral*. Mis amantes no notaban las cicatrices. El filo del metal se clavaba en mi carne y me lanzaba punzadas de dolor a cada paso, cuando caminaba frente a las cámaras. Esos cortes de navaja me convertían secretamente en una máquina de llorar. Fue así como logré confesarle a Grecia Colmenares que yo era su verdadera madre en *Coral*, al cabo de doscientos cuarenta episodios, en el otoño de 1985. Jaime Lusinchí, el presidente de Venezuela, nos envió flores a ambas al estudio de Caracas. Cuando emitieron la novela en España, cinco años después, llegaron a reventar cohetes y bombardas en varios pueblos de Andalucía.

El terrorismo también es melodrama.

Alguien quería hacerme perder la razón. Lo de las fotos me aterraba más que los mensajes de los difuntos. Alguien había recortado mis fotos antiguas para hacerlas pasar por nuevas, como si mi madre quisiera suplantar mi identidad desde el más allá, reemplazar mis recuerdos, los retratos en blanco y negro que sacaba del armario para mostrármelos a los siete, ocho años, sentándome en su regazo. Mira, aquí está mamá cuando tenía tu edad; esta chica pecosa, aunque no lo creas, soy yo. Y yo, por mi parte, callaba, las preguntas amontonadas en el paladar. ¿Y si no me parezco a ti, entonces me parezco a papá? Pero no, ninguna foto de papá. Papá no hubo nunca y no hay que insistir. Tú no eres como las niñas de tu clase, tú vas a ser actriz.

Bajé la mirada. La tres de la tarde, ningún mensaje nuevo. Me puse de pie, repasándome el cabello en el monitor de una cámara encendida. Mi imagen repetida en las pantallas de posproducción. Recordé los retratos que decoraban las paredes de mi habitación, todos con los ojos puestos en el objetivo.

El asistente de Dirección se acercó sin mirarme, repasando los cronogramas de su tablilla de madera.

—Miss Metalius, foro 4.

—*Darling*, pensé que íbamos a aprovechar el decorado.

—Foro 4. La estamos esperando.

—Dame un minuto. Necesito fumar un cigarrillo afuera —mentí.

—No, ahora mismo.

Intolerante. No me quedó más remedio que seguirlo. Él avanzó, decidido, a pasos largos, e intenté igualar su ritmo. Los tacones no me ayudaban en lo absoluto. Tenía el paladar reseco, la vista nublada, la cabeza aún me giraba por el whisky. Observé las espaldas del chico, su camisa

de franela insertada debajo del cinturón. Larguirucho, altísimo, entre veinticinco y treinta. Un tatuaje de dos líneas paralelas adornaba su brazo. *Igualdad*. Trato brusco, seguramente activista de la sopa de letras LGTBWZ, soldadito de justicia social, los reyes de la intolerancia. Problemas mentales gestados en casa, como todos los activistas, demasiados hermanos mayores, el último de la fila. Frase favorita: *check your privilege*. Posible causa de muerte: suicidio. Expectativa de vida: de tres a cinco años.

En el foro nos recibió el alboroto de un recién nacido. Una actriz que había dado a luz hacía unas semanas había traído a su bebé orejudo para exhibirlo ante todos, arropado en una manta de colores chirriantes. Desfilaba por el set repartiendo al niño entre los brazos de los camarógrafos, sonidistas y las chicas del *catering* que la perseguían embobados, arrastrando los pies. Solo faltaba el sahumerio para que aquello se convirtiera en una procesión. Arrugué la nariz. El niño era feo, rechoncho, del diámetro de una damajuana. La escena me hizo recordar a los zombis que se agrupaban frente al edificio inteligente, arrebatándose la pipa de vidrio. Para la mayoría de mujeres, los niños pequeños son como un subidón de metanfetamina, no había más que verles las caras.

Me quedé atornillada al borde del set, sin atreverme a participar. El asistente/activista, más intolerante que nunca, se separó de mí y empezó a dispersar a la multitud. A ver, por favor, colaboren, no tenemos todo el día. Al escuchar su voz, la actriz (cuyo nombre me abstendré de revelar para no ganarme una demanda judicial) interrumpió el babeo. Se acercó corriendo hacia mí, puro dientes y muelas, deformada por la alegría. Me restregó al niño en la cara, convencida de que iba a tomarlo en mis brazos. Lo observé, estática, conteniendo las náuseas. El niño olía a talco infantil. Abrió la boca y su aliento despidió un tufo agri dulce. Mis labios se esforzaron en hacer una mueca lo más parecida a una sonrisa. Atiné a coger uno de sus deditos minúsculos, elásticos. Fue como tocar un reptil. Tuve que decir algo para no gritar de horror.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Harrison —respondió ella.

Me observó atenta, orgullosísima del nombre escogido, esperando alguna reacción. Volví a mirar al niño. Si apretaba su cráneo con ambas manos, podría hacerlo reventar fácilmente. Sus ojos saltarían al piso, la lengua le quedaría colgada.

Contuve la respiración, me incliné sobre su cabecita y le susurré en la oreja:

—Muérete.

El bebé me miró, abriendo mucho los ojos, y se echó a reír.

—¿Cómo dijo? —se alarmó la madre.

—Qué suerte, digo, un niño tan sano. ¿Qué tiempo tiene, *darling*?

—Un mes y diez días.

Ensayé mi mejor intento de sonrisa.

Quiero que te mueras, pensé, mis ojos puestos en las pupilas del bebé. Él pareció adivinar mis pensamientos. Muérete, repetí, dibujando las sílabas con mis labios, para que me entendiera.

Muérete.

Muérete.

Muérete.

La criatura extendió su manito deforme y me tocó la nariz. La actriz retrocedió, pálida, y se lo llevó entre risitas, murmullos infantiles y las monerías que le soltaban las del *catering*. Su pelo teñido de rubio platino le caía hasta rozarle la órbita del culo. Muñeca de quirófano, veinticinco años, a lo mucho. Interpretaba a mi nuera en la telenovela, aunque su formación actoral era nula. Se había dado el lujo de casarse, embarazarse y tomarse doce semanas de descanso, algo impensable treinta años atrás. Sospechaba que, al igual que varias de sus compañeras, no era más que una bailarina rescatada de algún bar de mala muerte de Ocean Drive.

—Silencio —ordenó el asistente de Dirección—. ¡Todos a sus puestos!

Me coloqué delante de las cámaras. Al centro del decorado, sobre una repisa, había un acuario de peces que revoloteaban enloquecidos, huyendo de las luces cenitales. Me miré los zapatos y me arreglé los pliegues de la blusa.

Luego, inevitablemente, me acaricié el vientre.

Si me ponía a sacar las cuentas, mi último aborto lo había tenido hacía treinta y seis años. Fue una concepción milagrosa, y para colmo en un vientre como el mío, estragado por los abortos de años anteriores. Una burla del destino, el único niño que pude haber criado yo misma y que también me rasparon de la entrañas. Como se habrán dado cuenta, no me quedé con ese bebé ni con los otros seis porque no soporto a los niños. Me causan pavor, trataba de evitarlos a mi paso y, si me apuran, hasta me dan asco. Dicha aversión la heredé de mamá. Nuestra relación, más allá de madre-hija, había sido de maestra-alumna, y posteriormente, de manager-artista. Mamá no se mostró cariñosa hasta que empecé a hablar, a leer y a escribir, a comportarme como adulta, a tomar decisiones o a aceptar las que ella me imponía. Por ejemplo, me ordenó liberarme de todo lo que se gestaba en mi útero. Vas a perder papeles importantes, a engordar, a darle más importancia al hogar que a tu carrera, me repetía. Tu hogar es el escenario, tus padres son las cámaras, tus hijos son los televidentes. Y yo, claro, no lo pensé dos veces. Además, tampoco me hacían falta. A los niños, en general, había comenzado a odiarlos desde chica. No soportaba verlos corretear por el salón de clase, jaloneándose la ropa, hablando con sus vocecillas torpes, de retrasados mentales. Me desesperaba ser la más inteligente y que no pudieran entenderme, que me interesaran las cosas de gente mayor, que no me dejaran en paz. Solo a la hora del recreo me apartaba e iba a mi aire. Me miraba en el espejo del baño y repetía las palabras de mi madre: *tú vas a ser actriz, tú vas a ser actriz, tú vas a ser actriz*.

* * *

Regresé al apartamento alrededor de las siete. Me recibió el barullo de las peleas de turistas y universitarios que se enfrentaban noche tras noche en la puerta del *strip club*. Aunque el local estaba abierto desde el mediodía, hacia las seis se podía encontrar una cola pintoresca de caballeros de piel colorada, bañados de pies a cabeza por los tubos de neón rojo del letrero que adornaba la entrada del local, *The Glass Slipper*, la zapatilla de cristal. Allí se podía encontrar de todo menos cenicientas, yo misma lo había comprobado. Una semana después de descubrir el cadáver de mamá y mudarme al apartamento, decidí visitar el local vestida de incógnito. Me disfracé con una peluca rubia que tomé prestada de los camerinos del estudio. Fue un milagro, pues las pelucas rubias estaban prohibidas desde la época del síndrome de Berlín. Me vi obligada a pararme en la cola, al lado de sujetos que buscaban cualquier pretexto para echarse a los golpes. Los *bouncers* no movían ni un dedo para detenerlos. Al bajar las escaleras del bar me arrepentí. Aquello era una estafa. No me extrañó que a los clientes los mantuvieran horas esperando en la cola. El lugar era diminuto, una caja de zapatos con mesas en un extremo y una barra en el otro. La plataforma del *pole dancing* estaba, absurdamente, detrás de la barra. El público tenía que hacer pelotitas con los billetes arrugados para lanzárselos a las bailarinas. Muchas lucían un brazalete electrónico en el tobillo, recién salidas de la cárcel, los cuerpos tatuadísimos y las dentaduras destruidas por las pipas que salían a fumarse a la entrada del edificio inteligente, casi todas eran clientas fieles de los zombis del estacionamiento. Un horror.

El edificio inteligente no poseía cerraduras, ni llaves de ingreso. Los artilugios del siglo pasado se consideraban un insulto. Las visitas tenían que anunciarse en recepción y no había manera de hacerlas entrar con un botón del intercomunicador. Los inquilinos abrían la puerta de entrada con un dispositivo de metal, un círculo diminuto para hacer clic en una pantalla de teclas numéricas. En caso de pérdida, se podía abrir desde una aplicación en el celular. Adentro, cada apartamento se abría colocando el dispositivo sobre la manija de la puerta. *Clic*.

Encendí las luces, muerta de miedo. No quería que el fantasma de mamá me cogiera desprevenida. Las sombras de los muebles dibujaban formas humanas sobre el parqué. Parecían burlarse de mí. Me descalcé los tacones y avancé al dormitorio.

Un crujido me paralizó al pasar por la sala.

Y otro.

Y otro.

El ruido de los cubos de hielo. Caían en la bandeja del refrigerador inteligente. Lo había programado para hacer hielo apenas cruzara el umbral. Es natural que una desee prepararse un trago al llegar a casa.

Extraje el celular del bolso. Un mensaje en la pantalla:

Tienes planes? Nos vemos más tarde?

El arquitecto. Dos preguntas en un solo mensaje. *Desesperación*. Seguro que le había fallado otra cita y yo era su plan B. La verdad era que ya había quedado tres veces con él, y una cuarta no me apetecía. El único atractivo de esos encuentros era la curiosidad por lo desconocido. Acomodarse desnuda sobre un cuerpo anónimo, descubrir el tacto de la piel, el olor de la transpiración, de las axilas, la incógnita de saber si se las afeita o si usa desodorante. Un cuerpo conocido se torna rutinario y el interés se esfuma, como en los matrimonios.

Tecleé la respuesta.

Esta semana voy fatal de tiempo, darling.

Hice clic en enviar. Un texto corto. Sencillo. Directo. Sin promesas ni disfuerzos. Aunque, si soy sincera, los cuerpos conocidos como el del arquitecto no dan sorpresas ni malos ratos. La semana anterior, un muchachito rubio con cara de delincuente juvenil me había invitado un pisco sour doble en El Portal, sin saber que yo era peruana, y acepté traerlo a casa con la esperanza de que perteneciera al 1% de los chicos de su edad a los que realmente les atraen las mujeres mayores. Después, cuando me acompañó al Lincoln, me dijo que tenía que pagarle por sus servicios. A cualquiera le hubiese parecido un insulto, en cambio a mí eso no me molesta en absoluto. Al contrario. No habría sido la primera vez. Pero, nada más llegar, me dio una bofetada que me hizo saltar la sangre y caí de rodillas. Me pasé la lengua por los labios, saboreando el gusto metálico. Estuve cerca de decirle que me pasara una servilleta para limpiarme, por favor, *darling*. Decidí quedarme callada al ver su bragueta delante de mis narices. Excitada por su energía, pensé que iba a poseerme en el suelo. Me ató a la pata de la mesa. Sentí que mi ropa interior se humedecía mientras me restregaba las muñecas con la sogá, agachado sobre mí. Su camisa entreabierta dejó ver un pezón erguido, pequeñito, oscuro, delicioso. Morí por arrancárselo de cuajo. Sus clavículas se dibujaban a ambos costados de su cuello con cada vuelta de la sogá. Al menos me hubiese dado por satisfecha si me hubiese penetrado antes de irse. No solo me robó el dinero del bolso sino que también se llevó unas joyas, el hervidor eléctrico y, lo que es peor, me escupió en la cara y no volvió a tocarme. Dejé que su saliva se deslizara hasta mis labios y me la tragué gota por gota, evocando el recuerdo. Griselda tuvo que desatarme al día siguiente.

El arquitecto no me respondió. Mejor. Quizá ya no se animaría a contactarme de nuevo. Volví a cargar la bandeja de entrada. Ningún anónimo nuevo.

¿Pero... de quién?

Varios rostros se dibujaron en el espejo. El asistente de Dirección. El coordinador de piso. El director. El vestuarista. La actriz del bebé deforme. Ninguno sabía que mi madre había muerto, ni siquiera que hubiese tenido una madre. En las entrevistas me abstenía de ventilar mi vida privada, y hacía una década que había dejado de aparecer en las revistas. Me senté a la mesa del comedor con un vaso, la cubeta del hielo, una botella de Jim Beam a la mitad y encendí la laptop.

No estoy muerta.

Si mamá no estaba muerta, al menos hubiese tenido una pista para empezar a buscarla. Antes de mudarnos a Caracas en los años sesenta, habíamos vivido en La Victoria, en el centro de la ciudad, un barrio populoso a pocas cuadras del mercado mayorista de La Parada, como se le llamaba entonces. Allí pasé la mayor parte de mi niñez. Con los años, aquella zona se convertiría en un emporio textil. Nuestra casa quedaba en el número 321 del jirón Cangallo, entre las avenidas 28 de Julio y Grau, detrás del Hospital Obrero. Más que una casa, la nuestra era una suerte de pasadizo oscuro en el primer piso de un complejo habitacional. Con las justas había una sala-comedor, dos dormitorios pequeños y una cocina unida al cuarto de lavandería en el fondo. En el segundo piso vivía una mujer de la edad de mi madre, una profesora jubilada, a la que vi muy pocas veces porque casi nunca salía a la calle. Según ella había vivido en muchas ciudades del mundo, y estaba escribiendo su autobiografía. Desde el pasadizo de nuestra casa podíamos ver hacia su ventana, en los altos. Se pasaba los días inclinada sobre la mesa del comedor, escribiendo, consultando libros y anotando en una pizarra de tiza en la que dibujaba líneas y números. Su casa estaba llena de cachivaches de otro tiempo: cafeteras del siglo anterior, estufas, relojes de cuerda, como una especie de museo empolvado. Era una dama flaquísima, elegante, olorosa a flores de jazmín. Mamá se limitaba a saludarla con una sonrisa seca, y cuando la perdíamos de vista me susurraba que quién será esa mujer, hay que tener cuidado, debe estar huyendo de alguien, un marido celoso quizá; si vive sola y no tiene familia, es por algo. Pensé que nosotras también debíamos estar huyendo porque también vivíamos solas y no teníamos contacto con ningún familiar. Sin embargo, era una mujer amable. Cada vez que me la encontraba me hacía preguntas extrañas, y pronto noté que solo me hablaba a mí. Me preguntaba fechas de eventos históricos: en qué año estalló la Revolución rusa, si había oído hablar de la bomba de Hiroshima, o si sabía por qué la sangre era roja y tenía gusto a minerales. Un día me preguntó: ¿sabes qué se siente cuando te mueres? Lo dijo con una sonrisa, como quien pregunta si hace calor o frío. A mamá no le gustaba que hablara con ella. Años después, me comentó que tenía miedo de esa profesora porque pensaba que era una vieja marimacha que quería seducirme y secuestrarme para luego venderme en Tailandia. Pero yo creía que la profesora me hablaba porque no había mucha gente amigable en nuestra cuadra. Era un vecindario de clase obrera, habitado por chinos y japoneses que migraron a Lima desde las haciendas azucareras del norte, en las décadas previas a la reforma agraria. Nuestro barrio asiático-peruano comenzaba en la

plaza Manco Cápac y terminaba en las faldas del cerro de El Agustino. El único lugar cercano para jugar o sentarse a pasar la tarde era el parque El Porvenir, entre la avenida Bausate y Meza y el jirón Lucanas.

Me serví un poco más de whisky. Los recuerdos habían reflatado todos de golpe. Miré mi cara envejecida, reflejada en la pantalla de la laptop. Saqué el celular y cargué la foto del mensaje anónimo. Mi retrato adolescente. Puse el celular al costado de la laptop y comparé ambas imágenes. Salvo por la hecatombe del tiempo, éramos idénticas. Sesenta años atrás, cuando aún vivíamos en el jirón Cangallo, estas tecnologías hubiesen sonado a cosas de extraterrestres.

Abrí el explorador de internet y tecleé:

la victoria, lima, jirón cangallo

Pulsé enter.

Lo primero que apareció fueron fotos de terrenos vacíos, publicidad de bienes raíces, compra y venta de apartamentos, guía de calles, cómo llegar, chifa delivery, federación de trabajadores de construcción civil. Me llamó la atención el dibujo de un plano con los nombres de cada avenida. Jirón Abtao. García Naranjo. Vía Expresa Grau.

¿Vía Expresa Grau?

En los años cincuenta, la avenida Grau no pasaba de ser una sucia calle de doble sentido, atiborrada de casonas de barro y talleres de mecánica, salvo el Hospital Obrero (hoy renombrado Hermilio Valdizán), al frente, y la Facultad de Medicina de San Marcos. Hice clic en una pestaña hasta ese momento desconocida:

Maps.

Me sentí en una película de ciencia ficción. Debí estar enferma para vivir tan lejos de la tecnología. Puse más hielo en el vaso. *Dios mío.* Un mapa en tres dimensiones. Podía navegar en tiempo real a través de fotos estáticas, siguiendo las flechas del puntero. Me acabé el whisky.

Al pie de la foto, una inscripción:

Fecha de la imagen: agosto 2015

Hice un cálculo mental. La última vez que había estado en La Victoria fue en 1965, antes de mudarnos a Caracas. En 2015 las calles estaban limpias, ni rastro de las toneladas de basura que solían acumularse en las esquinas. Coloqué el puntero en el número 321 del jirón Cangallo. Un círculo se dibujó en la pantalla.

Loading.

Apareció una foto actual de la calle. ¡Allí estaba nuestra antigua casa! Habían demolido la puerta de entrada, el umbral, la ventana de la sala. Ahora se imponía una puerta de metal y, arriba, un letrero: Funeraria Juana Inés de la Cruz. Tragué saliva. Nuestra casa convertida en un

negocio de pompas fúnebres. No hay derecho. Me serví más whisky. Mientras lo hacía, mi codo se posó en el puntero y, por error, hice clic en otra zona. El mapa giró frente a mis ojos como una ruleta rusa. En la pantalla había una nueva foto, también familiar: jirón Huamanga. Allí había un salón de belleza al que mamá me llevaba una vez por semana. La dueña del salón era una japonesa viejísima, experta en hacer cardados a lo Sophia Loren. Diez años después, los cardados pasaron de moda, las mujeres se cortaron el pelo hasta las orejas y nació lo que se conocía como el peinado Madeleine. Hice clic en la calle del costado. Las casas seguían igual de rancias. Una berma central de vegetación se sembraba a mitad de la calle, autos modernos estacionados a los extremos. Arrastré los dedos sobre las flechas de exploración. El parque El Porvenir, por el que dábamos paseos regresando del salón de belleza. El cine Porvenir, en la esquina de Bausate y Meza, donde vimos *Matrimonio a la italiana*. El cine Coloso, camino a La Parada, donde no me dejaron entrar a ver *Historia de amor*.

De pronto escuché un golpe.

Crac.

Esta vez fue detrás de la alacena. El edificio entero se movió. Vibraron las copas, se cayó uno de los retratos que colgaban en el dormitorio. ¿Temblores en Miami? La falla de San Andrés estaba en California, no en Florida. En el fondo sabía que no se trataba de un fenómeno natural. Era un anuncio de mamá. Protestaba por mi búsqueda en internet, por querer resucitarla de las cenizas, echándome la culpa.

Otro golpe. *Crac.*

Salté de la silla. Las copas de la alacena estaban alineadas con los bordes hacia arriba. Griselda las había dejado boca abajo en la mañana. *¿Cómo era posible?* ¿Habrían estado así desde que entré en el apartamento? Mamá decía que la bebida acabaría con mi figura. El alcohol me absorbería las entrañas, los ánimos, la juventud. Los malos hábitos crecen por dentro como un tumor maligno y a la larga es mucho peor que concebir un hijo, así como lo oyes. *Los hijos son como un cáncer terminal que nos sigue quitando la vida, incluso después de separarse del cuerpo.*

Las luces parpadearon. Lancé un grito. Me quedé a oscuras un par de segundos. Corrí a aferrarme a la pared, mirando enloquecida hacia el techo, al piso, al dormitorio. Me pareció oír que alguien respiraba a mi alrededor. Inhala, exhala, inhala, exhala. Una bocanada de aire tibio me calentó la oreja. Volví a gritar y me alejé. ¿De dónde venían los ruidos? Mi espalda se cubrió de un sudor helado que me puso a castañear los dientes. No escuché ruidos en los otros departamentos, ni en la calle. Por una vez, el *strip club* estaba en silencio, al igual que el resto del mundo. Pegué un oído en el rincón, temblando.

—¿Mamá?

Avancé hasta la esquina donde había encontrado su cadáver. Oí el *run-run-run* del aire

acondicionado. Pasé una mano por las rendijas de ventilación. El aire me congeló los dedos. Di un golpecito en la pared. Esperé la respuesta. Otro golpecito. El cemento sonaba cóncavo, distinto. Como si hubiese algo o alguien escondido allí adentro.

Intenté hablar con el fantasma de mamá. *Te perdono*. Pero las palabras se quedaron atrapadas en mi boca. Lamento haberte abandonado, ya no vale la pena encontrar culpables. Y, por favor, déjame en paz.

Crac.

Vibraron el piso, mis pies, mis pantorrillas. Salí disparada hacia atrás. Quedé tumbada en la alfombra, los brazos y pies muy juntos. Inmóvil, como mamá, embalsamada, esperando a los paramédicos del rescate. El techo cubierto por las luces de la calle había sido lo último que ella había visto mientras agonizaba. Rompí a llorar, más por el susto que por estar arrepentida. Mis ojos no se humedecieron. Hacía tiempo que no podía llorar fuera de los sets de televisión. Me puse a gemir, desesperada, derramando lágrimas auténticas por haberme ido de South Beach, por los cambios del libreto, por el destino de Lucrecia Limantour y la avalancha de papeles cortos que habría de venir.

Un zumbido.

La alerta del celular. Un nuevo mensaje anónimo. Me arrastré despacio, con los codos, hacia la mesa del comedor. El peso entero del peligro caía encima de mis hombros, el dolor en la espalda recorría mis músculos con cada movimiento del brazo. El puñal imaginario. Mis medias se rasgaron en el parqué que imitaba bloques de madera rústica. Repetición de repetición. Mi mano cogió el borde de la silla, el dolor mutilaba mis tejidos como una cuchilla de afeitar, mis pulmones agolpados, los brazos levantándose en peso. Logré incorporarme y me abalancé sobre el celular. Mostraba un solo mensaje, esta vez de un número larguísimo, precedido del código (+7). Busqué en Google mientras veía mi cara reflejada en la pantalla táctil, mis cejas sacudiéndose, gigantescas, hasta casi tocar mi nariz con la punta. Era el código de Rusia. ¿Quizá una llamada de spam o una falla del sistema? Había escuchado hablar sobre extorsiones bancarias cometidas por hackers del Medio Oriente, llamadas desde Pakistán o de Kuala Lumpur que clonaban los números de tarjetas de crédito de los usuarios que se atrevían a contestar, pero en este caso no tenía sentido. Era un mensaje diferente a los anteriores. ¿Por qué alguien querría rastrear me desde Rusia?

No pude leer lo que decía.

Las letras parecían rebelarse en el cuadro del mensaje apocalíptico:

СОВЕТСКАЯ ЖЕНСКАЯ
ОПЕРАЦИЯ:
ИНИЦИИРОВАННАЯ
ПОСЛЕДОВАТЕЛЬНОСТЬ
ЦЕЛЬ УЖЕ НА ПУТИ.
МЫ ЖДЕМ ЗАКАЗОВ.

III

Postales del fin del mundo

—Sí, muy buenos días. La noche de ayer se registró otro incendio en un centro comercial de la ciudad de Lima, como acaba de mencionar mi compañero. El siniestro tuvo lugar en el distrito de Miraflores, a orillas del litoral. Hasta el momento, hay cinco muertos por asfixia y más de una docena de heridos; la cifra puede aumentar en las próximas horas. El fuego se inició en una sala de cine, al igual que lo ocurrido el lunes pasado en el distrito de San Miguel. Los espectadores trataron de escapar en medio del pánico y bloquearon la entrada del recinto, quedando atrapadas una veintena de personas. No obstante, los bomberos lograron evacuar a los clientes que hacían sus compras en las tiendas del segundo piso, del que ahora solo quedan escombros, como se puede apreciar en las imágenes.

Subí el volumen del televisor. Mi corazón brincaba a través de la bata de dormir. Me quedé como hipnotizada en el sofá, el control remoto en una mano, el celular en la otra. Eran más de las seis de la mañana y ni siquiera había empezado a alistarme. Aquel día, el lunes 2 de mayo, a Griselda no le tocaba venir a trabajar. Mamá no había vuelto a manifestarse. Había pasado la noche sin poder dormir, pensando en el mensaje. Estuve horas de horas revisando los mapas de las calles de La Victoria, mientras escuchaba las riñas de los zombis al pie del edificio, que se reanudaron alrededor de la medianoche. A las cinco de la mañana me mudé al sofá con la laptop, y había tenido la mala idea de sintonizar las noticias matutinas.

En la pantalla, el hombre siguió hablando hacia la cámara.

—A la fecha, no hay indicios de que el fuego haya sido provocado, según la investigación realizada por los peritos de criminalística. Pero los incendios ocurridos a principios de abril en los cines de Chorrillos e Independencia, en las zonas sur y este de la ciudad, parecen determinar lo contrario. Fuentes de información señalan a una guerrilla paramilitar que opera desde los servidores de la dark web, o web oscura, páginas de internet a las que solo se puede acceder con un software especial o conexiones encriptadas. En breve entrevistaremos a especialistas en redes e informática para conocer más de este fenómeno. José Díaz reportando en vivo desde Lima, Perú, para Noticias Unimundo, Miami. Adelante, estudios.

La voz del periodista se esfumó cuando vi el paisaje que lo rodeaba.

Lo reconocí al instante. Era el mismo acantilado de la foto que había recibido el día anterior, donde asomaba mi rostro con cuarenta, cincuenta años menos, mi cabello agitándose en la

neblina que en la pantalla del televisor se cubría de una estela de humo negro y camiones de bomberos por doquier, las llamas esparcidas entre los bordes de los peñascos y los edificios de grandes ventanales.

Estás enloqueciendo, darling.

La imagen del incendio fue reemplazada por un plano del conductor del noticiero, quien movió la cabeza en señal de preocupación. Se limitó a hacer mutis, sentado en la mesa del estudio. Luego miró a la cámara y sonrió.

—*Gracias, José. Extendemos nuestras condolencias a los familiares de las víctimas de tan penoso incidente. Y, a continuación, después del corte, en exclusiva para Buenos días, América, un avance de lo que veremos hoy a las ocho de la noche en Los pobres nos precederán en el reino de los cielos. ¿Conseguirá Lucrecia robar los documentos de la caja fuerte? La recordada actriz Jacqueline Metalius, quien interpret...*

Arrojé el control remoto hacia la pantalla. El televisor se volcó y cayó de cabeza en el piso. Me di la vuelta y giré en círculos, recorriendo la pieza, buscando otro objeto para destruir, la furia ardiéndome en la sangre.

¿Recordada actriz? Recordada tu puta madre, grité. A mí no me hacía falta que me recuerde nadie. Y nadie tiene que recordarme porque yo estoy *siempre*. Mi rostro está inscrito de forma *permanente* en los recuerdos del público. Soy un verbo en presente y soy parte de cada uno. Soy intrínseca, lo quieran o no. Como la marca del fabricante que asoma por un costado de los electrodomésticos, como las recetas de cocina que las amas de casa repasan mentalmente generación tras generación, como los salmos que rezan de memoria en sus habitaciones cerradas, mustias, entre comercial y comercial. Estaba harta de que no pudieran nombrarme sin adjetivos a la hora de hablar de mí. *Recordada* actriz. ¿Tanto trabajo les costaba pronunciar mi nombre a secas? Fue precisamente por esa razón que desde el principio decidí quedarme con mi nombre real en vez de echar mano de un pseudónimo, para no necesitar de esos artificios ridículos. Ni siquiera había necesidad de mencionar que soy actriz. Con solo decir mi nombre ya uno se imagina el resto. Jacqueline Metalius no suena a oficinista, ni a presidenta de la Cámara de Cultura. Incluso prefería que me llamaran Virginia Lezcano, el inmortal personaje que interpreté en *Coral*, la dueña de la casa de modas que buscaba por todo Caracas a la hija que abandonó a los diecisiete años tras fregar pisos en una hacienda de Mérida, en algún punto de la cordillera.

El televisor había caído en el mismo ángulo y en la misma posición que el cadáver de mamá. Por un momento creí verla allí, mis pies restregando su cadáver con mis uñas pintadas de rojo jungla. Fuera de una fractura horizontal que surcaba la pantalla, el televisor estaba intacto. Volví a colocarlo en la repisa de la sala, lo conecté al tomacorriente y se encendió sin problemas. Lo primero que apareció fue mi rostro a mitad del comercial de *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos*. Líneas oscuras atravesaban mis mejillas, estrías que no había percibido al

mirarme al espejo. «¿Dónde están esos papeles, Miguel Enrique, dónde? ¡Me los voy a llevar a la tumba!», gritaba yo, en boca de Lucrecia. Salí del plano dando un portazo. Las líneas de la fractura se quedaron en la pantalla. Comprendí que, a partir de ese momento, tendría que ver mi imagen quebrada, distorsionada, hecha un rompecabezas, las piezas de mi rostro repartidas en los píxeles rotos del televisor LCD. Prefería los televisores antiguos, como el que Arístides me regaló cuando nos casamos, imponente, casi un instrumento bélico y, sobre todo, resistente a los objetos que le arrojaba. Era un televisor Rubin, una marca rusa.

ИНИЦИИРОВАННАЯ.

El mensaje de la noche anterior estaba escrito en alfabeto cirílico. ¿Sería realmente un error? Había llegado sin foto adjunta, sin imagen trucada, sin una postal de *ella*, mi yo adolescente mirando hacia la lente de la cámara en algún paisaje de mi ciudad natal. Tenía que conseguir un revólver. No iba a ser difícil. En Estados Unidos el gobierno es capaz de repartir armas de fuego en las escuelas secundarias en lugar de profilácticos.

МЫ ЖДЕМ ЗАКАЗОВ.

Alguien quería contactarme desde Rusia. Mamá me contó que la mujer que vivía arriba de nosotros en La Victoria, la profesora retirada, sabía hablar en ruso. Se llamaba Amelia y la había escuchado al teléfono, conversando en aquel idioma ininteligible. Por ese entonces, mamá le tenía pánico porque creía que Amelia, además de lesbiana, podía ser una espía infiltrada, terrorista o, en el peor de los casos, comunista. ¿Qué habrá sido de ella?

Me volví hacia la laptop y abrí la ventana de búsqueda. Ingresé estas palabras:

funeraria + juana inés de la cruz + la victoria + lima

Enter. El primer resultado fue una página con el número de razón social y los datos del comercio:

POMPAS FÚNEBRES Y ACTIVIDADES CONEXAS

OTRAS ACTIV. RELAC. CON SALUD HUMANA

PERSONA NATURAL CON NEGOCIO

Dirección:

PROLON. CANGALLO N.º 321 (FRENTE EMERGENCIA ALMENARA)

Teléfono(s):

9319089

Cogí el celular y marqué el número precedido por el código del Perú (51) y el del teléfono fijo de Lima (1). Miré el reloj. Las seis y veinte de la mañana, ya debería haberme puesto en marcha. El timbre empezó a sonar al ritmo de los latidos de mi corazón, que a esas alturas estaba a punto de salirse de mi pecho. Las palmas sudorosas, el celular estrujándome la oreja, la cabeza dándome vueltas.

—¿Aló?

El tiempo pareció detenerse. Una voz femenina, agresiva, somnolienta.

Colgué. ¿Qué más podía decirle?

Había olvidado que estábamos en horario de verano. En Lima debían de ser las cinco y veinte, pero suponía que las funerarias atendían emergencias a cualquier hora. Volví a marcar el número. Esta vez sonó una docena de veces. Cuando iba a darme por vencida, contestaron.

—¿Aló?

El mismo tono de voz. Sin saludo, sin buenos días. Dejé pasar uno, dos, tres segundos. Me mordí el labio inferior.

La voz insistió:

—¿Quién habla?

—Buenos días. ¿Es la funeraria Juana Inés de...?

—No, no. Este es otro número. Tiene que llamar a la oficina.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

—¿A quién busca?

—Mire, soy una antigua inquilina, y quisiera saber si...

—Estas no son horas de llamar. Hable con la señora Mancini.

¿Sigue viva? No puede ser la misma.

—¿Amelia Mancini? ¿La que vive arriba?

—Sí, en el segundo piso. Pero no se despierta hasta mediodía.

—¿Tendrá usted el número?

La mujer suspiró de mala gana y me lo dio. Después colgó.

Anoté el número en la agenda del celular. *Amelia Mancini*. De pequeña suponía que ella era dueña del inmueble, aunque no llegué a comprobarlo. Vestía siempre de colores pasteles, de rosado o amarillo pálido. Las pocas veces que salía a la calle se detenía frente a nuestra puerta de barrotes curvos que representaban a un dios mochica. Usaba siempre falda y tacones cortos, blancos como de enfermera, el pelo castaño ondulado y unas gafas redondas que le cubrían la mitad de la cara. Cuando pasaba por su lado, me detenía y me preguntaba cosas como «¿A qué sabe la muerte?» o «¿Sabías que el tiempo es elíptico en lugar de plano?». Era un par de años mayor que mi madre. De estar viva, tendría cerca de noventa años. Era soltera y no recibía visitas, y tampoco conocimos a ningún pariente suyo.

Un zumbido. Me alarmé.

La alerta del teléfono. Un mensaje de texto del asistente de Producción:

a las 7 la esperan en maquillaje

* * *

Grabé mi primera escena recién a las nueve de la mañana. Daba igual. De todos modos, me quedaban dos días de vida en la ficción. Lo más probable era que ignoraran mis anotaciones en el libreto y me enterraran como Dios manda. Me obligarían a estarme quieta dentro del ataúd en la escena del velorio. Cerraría los ojos, sudando bajo los reflectores. La del *script* me secaría la frente con un pañuelo y yo soportaría el ardor que me producía el cuerpo esquelético del actor que interpretaba a Miguel Enrique, mi hijastro. De seguro, él se echaría lágrimas falsas en los ojos y fingiría llorar inclinado sobre mí, cubriéndose el rostro. Yo lucharía por no estirar la mano para desabotonarle el vuelo de la camisa y recorrer mis dedos por su abdomen, de principio a fin. Pero eso jamás sucedería en absoluto. Soy un cadáver profesional.

La escena de mi muerte estaba ambientada en un nuevo decorado. Yo contaba los minutos para la una de la tarde y así poder llamar a la señora Amelia, en Lima. Hacia las doce y media me dirigí al camerino. Con el celular oprimido entre mis dedos, corté camino a mitad del set todavía sin estrenar y me topé con el director de arte. Estaba alteradísimo, arrastrando las palmeras de plástico, la cara roja de agitación. Espigado, pecho de tísico, brazos delgados como tallos de bambú, de unos treinta y pocos años, jeans repletos de agujeros, botas terminadas en punta. Una cruz de plata colgaba de su oreja, pinta de pirata drogadicto. Dos opciones: a) problemas gastrointestinales o b) medicación para bajar de peso. Posible causa de muerte: complicaciones digestivas, tumores renales.

—Buenos días, *darling* —le dije al pasar.

Puse énfasis en el *darling*. Él me ignoró. Quizá seguía guardándome rencor. La semana pasada me había atrevido a quejarme de sus gustos. A él se le había ocurrido ambientar la casa de Lucrecia Limantour con un centenar de estatuas griegas, tan ridículas como las casas de los narcos. En su momento, había intentado explicárselo. Ningún salón tiene tanto adorno, *darling*, y fíjate que yo sí he estado en las casas de los narcos, porque tener cosas por montón sí que las tienen; por ejemplo, hay fieras sueltas en los jardines, tigres de bengala, guacamayas, pavos reales, avestruces; Pablo Escobar criaba hienas pero no estatuas, por si acaso; palmeras, tampoco. Los televidentes van a pensar que estamos en un jardín botánico, hay que saber medirse, *darling*. Al día siguiente, en venganza, *alguien* forzó la cerradura y se llevó la botella de whisky que tenía escondida bajo llave en un cajón del camerino. En vez de indignarme, me causó risa. Los únicos que se lo toman mal son los mediocres. Les duele más el orgullo que el bienestar de su trabajo. Colocan su autoestima por delante de su creatividad, y está de más decir que ese tipo de autoestima es una carcasa con grietas en los cimientos. Ellos lo saben más que nadie y les horroriza cuando la gente lo percibe.

A la una de la tarde y un minuto, las doce horas en Lima, eché el seguro a la puerta del camerino y marqué el número que me había dado la mujer. Esperé. El dolor de la espalda se reinició con una picazón en el hombro, y el puñal imaginario volvió a enterrarse en mi piel. Cerré los ojos. Un cáncer, pensé. Un cáncer al pulmón, una metástasis en el hueso. El timbre del teléfono sonó unas cinco veces, sin éxito.

Un golpe en la puerta.

—Miss Metalius —dijo el coordinador de piso—, necesito hablar con usted.

—Un minuto, *darling*.

Vamos, vamos, contesta.

Más golpes.

—Es que es urgente —insistió él.

—¡Te he dicho que esperes! —rugí.

«Si desea, deje su mensaje en la casilla de voz».

Mierda. Marqué de nuevo. Repicó tres veces, cuatro. Al quinto, un susurro dulzón, desprevenido, se abrió paso por los cables telefónicos y me provocó un escalofrío:

—¿Aló, sí?

—Buenos días. ¿Señora Amelia?

—¿De parte de quién?

—Soy... Bueno, tal vez no se acuerde de mí. Yo... solía vivir en el primer piso.

—Ajá. Mire, la verdad hemos tenido muchos inquilinos. Ahora mismo el piso está alquilado.

—Lo sé, lo sé. Solamente quería hacerle una pregunta.

—¿Quién es usted?

Tosí e hice una pausa.

—Mi nombre es Jacqueline Metalius.

Escuché una carcajada que al segundo se tornó en un ataque de tos convulsiva. Arrastró un mar de purulencia que me obligó a alejar el oído del auricular. Diagnóstico médico: obstrucción respiratoria, infección pulmonar severa o terminal, posibles complicaciones cancerígenas. Esperanza de vida: de ocho a quince meses.

La señora Amelia terminó de toser y exclamó:

—¡Pero claro! Claro, claro, claro que sí. Tu mamá me dijo que vendrías.

Me dejé caer en la silla.

—¿Cómo dice?

—He estado meses esperando tu llamada. Pensé que iba a morirme sin tener noticias tuyas. No sabes el peso que me quitas de encima.

—No le entiendo nada.

—Tu mamá estuvo por aquí.

Abrí el cajón del tocador. Con una mano temblorosa extraje la licorera de plata.

—¿Mi madre? —pregunté, abriendo la tapa de la licorera—. ¿En Lima?

—Así es. Vino a visitarme. Dijo que había estado llamándote para contarte que vendría a verme.

Los mensajes de voz. *Tengo algo que decirte. Contesta. Contesta.*

—No lo sabía.

—Eso me dijo, que no sabrías nada hasta que se te ocurriera llamarme. Ella estaba segura de que darías conmigo. Conversamos cerca de una hora. Me contó que se regresaba al día siguiente, un viaje de ida y vuelta.

—¿Cuándo fue eso?

—Y, hará un par de años. La fecha debe estar dentro del paquete.

—¿Cuál paquete?

—Te dejó un encargo, un paquete no muy grande. Adentro te puso una carta explicándote todo. Dijo que vendrías a recogerlo, lo tengo acá conmigo. Puedes pasar ahora mismo si gustas, Jacqueline.

—Ahora no estoy en Lima. ¿Qué clase de paquete es? ¿Puede abrirlo?

—No, no, no, Dios me libre. Me hizo prometerle que te lo iba a entregar directo en tus manos. Se lo juré por la tumba de mis padres, después no quiero que vengan a reclamarme. Ya sabes lo mucho que penan los difuntos en estas casas antiguas.

La puerta se balanceó. El coordinador de piso intentaba forzar la perilla.

—¿Miss Metalius?

Me levanté de la silla y la remolqué hasta aprisionarla contra la puerta. Él siguió tocando. Pegué el auricular a los labios y dije, sintiendo que me faltaba el aire:

—Escúcheme, necesito que me envíe ese paquete. Por el dinero no se preocupe. Voy a mandarle un giro bancario esta misma tarde.

—Lo siento. Lo siento en el alma. Yo cumplo siempre mis promesas, y los muertos se acuerdan de los juramentos —volvió a toser—. Tienes que venir en persona, no hay otra forma. Ya sabes dónde encontrarme, me dará mucho gusto volver a verte.

—¿Miss Metalius! Abra la puerta, por favor —amenazó el coordinador de piso.

¡A Lima! No podía dejarlo todo y largarme a Lima de buenas a primeras. Allá no conocía a nadie, no tenía dónde quedarme, la ciudad había cambiado, los buitres de la prensa se me echarían encima, en caso de que todavía se acordaran de mí.

¿Y cómo no iban a acordarse?

De un sorbo rematé el whisky que quedaba en la licorera. El miedo se confundió entre los mareos que comenzaban a hundirme en un terreno de arenas movedizas, fangosas. Tuve que agarrarme del espaldar de la silla para no desmayarme.

—¡Miss Metalius!

—Volveré a llamarla —murmuré al teléfono—. Por favor, no vaya a deshacerse de ese paquete.

—No te preocupes, aquí estaré, a menos que la muerte me toque la puerta antes de que vengas.

—La muerte sabrá esperarme. Y gracias.

Colgué. Arrastré la silla de vuelta a su sitio, guardé la licorera, me eché colirio en los ojos, me retoqué el cerquillo y las hebras espantadas del pelo, repasé los vuelos de mi blusa y abrí la puerta. El coordinador de piso estaba pálido, ojeroso. Mordisqueaba la punta de su lapicero. Me acerqué a él como una bestia abriendo las fauces, a punto de devorarlo de pies a cabeza.

—¿Qué es tan urgente? ¿Qué mierda quieres?

—Miss Metalius... Tenemos un problema.

La actriz del bebé deforme se había sentido indispuesta a última hora. En la telenovela interpretaba a mi hijastra. Había abandonado el set sin que nadie pudiera detenerla. Tenemos que avanzar con las escenas pendientes y vamos a empezar con la del asesinato, dijo el coordinador de piso, hecho un manojo de nervios. Como el nuevo decorado estaba listo, el director había reorganizado el plan de rodaje y habían decidido eliminarme cuanto antes. Me quedaba una hora de vida. Palidecí.

—¿Y las otras escenas? Pensé que iban a matarme el jueves.

—Las escenas que faltan las grabaremos la próxima semana.

—Todavía no estoy lista para morirme. Estas cosas se avisan con tiempo.

Quise explicarle que debía prepararme, elegir mis gestos, practicar mis jadeos de moribunda. Él alzó los hombros, señalando el cronograma. No depende de mí, miss Metalius, dijo sin mirarme, y se alejó. Esperaba esa reacción. Sabía que iba a lavarse las manos del asunto. Los actores debemos adelantarnos al pensamiento del resto, conocer la naturaleza humana es parte de nuestro trabajo. Me basta con mirar la cara de cualquier persona para escribir su hoja de vida. Ya se habrán dado cuenta. La gente suele pensar que el talento o la belleza son suficientes para colocarse frente a una cámara. En absoluto. Hay que poseer nociones de psiquiatría, antropología, criminología, analizar coyunturas políticas, culturales, estar al día en los conflictos sociales. Por ejemplo, es imposible ambientar un melodrama en un país socialista, sin los impedimentos de la lucha de clases. No en vano, Delia Fiallo había escapado de Cuba. Y lo hizo a tiempo, antes de quedarse sin recursos y sin inspiración.

El cambio de escena fue el primer indicio de que el día nos iba a explotar en la cara. Lucrecia Limantour no habría de abandonar la ficción tan fácilmente. Yo continuaba extraviada en la conversación que tuve con la señora Amelia. Viajar a Lima, Dios mío. El espíritu de mi madre se colaba por los cables de la tecnología y tomaba decisiones por su cuenta. Para ella no era

suficiente mover las copas de la alacena, golpear las paredes del apartamento o enviarme mensajes anónimos.

El libreto no era problema. Tenía que recitar tres líneas de texto y dejarme apuñalar por la espalda, una escena simple. Según el cronograma, no íbamos a tardar ni veinte minutos en terminarla. Para el papel del asesino habían escogido a uno de los carpinteros que trabajaba en el decorado. Le habían puesto un pasamontañas en la cabeza, un suéter negro y unos guantes de cuero. El coordinador de piso señaló con una cruz en la alfombra el lugar donde tendría que caerme muerta. No de espaldas, como mamá, sino boca abajo, para mostrar el puñal sobresaliente. Allí congelarían la imagen en posproducción y rodarían los créditos finales del episodio.

Intenté guardar la calma, luchando por no despellejarme viva con las uñas. Ingresé al estudio. El director se acercó a mí y se disculpó por el cambio en el cronograma. Me preguntó si necesitaba más tiempo. Le dije que no. Estaba convencida de que debía escapar de allí cuanto antes. Él asintió con la cabeza y se dirigió al resto del equipo.

—¡Silencio! ¡Se graba!

—Escena 73, muerte de Lucrecia. Toma uno. Claqueta.

—¡Sonido!

—Listo.

—¡Acción!

Abrí la puerta falsa del *backing* de madera. Caminé por la alfombra con los dedos cruzados, repasando mis diálogos, rumbo a la chimenea que en realidad era de madera y pedazos de cartón. Los peces del acuario nadaban divertidos entre las luces de neón instaladas en el tanque de oxígeno. Las estatuas griegas me observaron con sus ojos blancos, vacíos, repletos de polietileno. Una Venus con los pezones en punta tocaba el arpa y miraba hacia el oeste. El director dio una palmada que después, en posproducción, reemplazarían por el ruido de una tormenta. Me aclaré la voz, resuelta a morirme de una buena vez.

LUCRECIA
(espantada)
¿Quién anda ahí?

Gira la cabeza sobre el hombro derecho. ZOOM IN en su mirada.

LUCRECIA
¿Eres tú, Asdrúbal Iván?

OTRO GOLPE surge del silencio. PLANO MEDIO de la luna a través de la ventana. Se escucha el ladrido de un perro a lo lejos. El miedo de LUCRECIA se disuelve.

Se acaricia la barbilla. Retrocede hacia la chimenea y revuelve el fuego con un atizador de acero. Sus ojos brillan al mirar las llamas.

LUCRECIA

Te advierto que, si has venido a asustarme, no lo conseguirás. Es inútil que vengas a penar en esta casa. Los muertos deben quedarse donde están. Si pudiera regresar en el tiempo y matarte una vez más, volvería a hacerlo, pero nunca vas a poder cambiar el testamento. Primero tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

PRIMER PLANO de las llamas en la chimenea. PLANO GENERAL del salón. LUCRECIA continúa de espaldas. UNA MANO ingresa con un puñal, a contraluz, por el lado izquierdo del plano. La sombra del asesino avanza lentamente, a la par que los ladridos del perro. PRIMER PLANO de la hoja del puñal. LUCRECIA recibe tres puñaladas por la espalda, en PLANO MEDIO. Se desmorona junto a la chimenea y expira con los ojos cerrados.

—¿Miss Metalius?

El director corrió hacia nosotros. Me aparté justo cuando el muchacho lanzó la estocada y me tiré al suelo, mirándolo por encima del hombro. El puñal descendió con un zumbido metálico por un costado de mi cintura, sin tocarme. El muchacho se quitó el guante negro, se secó el sudor de la frente y retrocedió, temblando. Dejó caer el puñal. Me arrastré hasta la chimenea y lo tomé entre las manos. El filo de la hoja se enterró en mi pulgar. Observé las gotas de mi sangre esparcidas en la alfombra.

No era de plástico, sino un puñal de verdad.

Quise apartarme el pelo de la cara y me embarré las mejillas de sangre. Los técnicos se aproximaron y formaron un círculo a mi alrededor, pero no conseguí distinguir sus rostros. La luz de los faroles me cegaba la vista. Un recuerdo lejano, incierto, atravesó mis pensamientos como el oleaje de un sueño. Las cámaras, el tumulto, las piernas de los demás, el puñal ensangrentado en el suelo.

La impostora.

—Esto ya lo he vivido antes —dije en voz alta.

Entonces explotaron las bolsas de sangre artificial que llevaba atadas debajo del vestido. Se desbordaron por mi blusa y se extendieron en forma de un pantano que alcanzó a tocar los zapatos de los curiosos. Ni siquiera atiné a moverme. Me tomó un par de segundos volver a ordenar mis ideas. El maquillaje se escurría por mi cuello, deslizándose la torta de pintura salpicada de sangre. Mis pestañas falsas, húmedas, grandísimas, despuntaban hasta casi tocarme

las cejas. El director hablaba a gritos con el coordinador de piso, dónde está el de utilería, de quién fue la culpa. En ese instante, un hombre avanzó hacia mí y se abrió paso entre los cuerpos.

Todos voltearon a verlo. El extraño me extendió una mano a contraluz. Los focos iluminaron los bordes de su cara alargada, un penacho de cabellos grises, unas pupilas celestes que me dejaron sin aliento. Cogí su mano, sin pensarlo. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos y me sujetó en un apretón que me levantó del piso. Me arrastró con una suerte de fuerza hipnótica, sísmica, olorosa a lavanda.

—Gracias —le dije, bajando la mirada.

El hombre me dio la espalda. Lo vi alejarse rápidamente. Cruzó los paneles del decorado y se perdió al fondo del corredor. Los curiosos se apartaron de mí entre cuchicheos, pobre, lástima que se esté volviendo loca, aunque a su edad es normal. La sangre artificial no cesaba de brotar desde mi pecho. Mi blusa, mi falda y mis piernas estaban teñidas de rojo; mi rostro desencajado se multiplicaba en los monitores de video. El director se acarició las sienes, cerrando los ojos, la cara hinchada por la ira.

—Anda a cambiarte —me ordenó—. Aún hay tiempo de escogerte otra ropa y de retocarte el maquillaje. Los de la limpieza se ocuparán de la alfombra.

Bajé la vista hacia el puñal. La hoja de metal había dejado de brillar bajo los focos incandescentes. Lo cogí de inmediato y lo oprimí contra la palma de mi mano. La hoja retráctil soltó un *cris-cris*. Se escondió en la empuñadura, otra forma tangible de la ficción.

Era un puñal de plástico. Alguien había vuelto a cambiarlo. Los técnicos retrocedieron, y uno de ellos me tomó una foto con el celular. *¿Cómo era posible?* Mi sangre todavía estaba en la alfombra. Por un momento creí que eran ideas mías, hasta que ocurrió el incidente de los peces del acuario y empecé a contar los días que me quedaban para morirme de verdad.

IV

La pecera luminosa

Los chicos del estudio creyeron que se trataba de un animal. Nadie supo nunca de dónde salió. A la mañana siguiente lo encontraron nadando en la pecera, amparado en las burbujas del tanque de oxígeno. Al principio no le hicieron caso. Era una masa deforme con manchas negras, violácea, como una criatura protozoaria. Medía lo mismo que un marisco. Su piel brillaba por el tubo de neón que el decorador había instalado alrededor del vidrio. El objeto estuvo allí durante horas, flotando junto a las plantas, las conchas de abanico, las estatuillas de hombres rana y los peces de colores que lo esquivaban despavoridos. Y se habría quedado dando vueltas en el agua durante semanas o quizá meses, de no ser porque alguien empezó a quejarse del mal olor.

Yo lo vi recién a mediodía. Había estado encerrada en el camerino desde el amanecer, mirándome en el espejo del tocador, rodeada de un sinfín de bombillas que me hacían centellear igual que un fantasma. El *cris-cris* del puñal de plástico aún retumbaba en mis oídos. *Alguien quiere matarme*, me repetía a mí misma, en silencio, al infinito. Cerré los ojos. Un escalofrío me recorrió entera.

Por la noche había soñado que *ella*, mi reflejo, se escapaba del cristal. *Ella*, mi versión anterior, mi *alter ego* adolescente de los mensajes anónimos. Las mismas pupilas huérfanas y frías que en su tiempo me habían abierto las puertas de los hogares venezolanos. *Ella* atravesó el marco del espejo y me saltó encima. Me cogió del cuello y me hundió las uñas en la yugular, impidiéndome respirar. Yo me defendí como había aprendido a hacerlo delante de las cámaras: tirándola de los cabellos. Rodamos por el piso, clavándonos los vidrios rotos. No en vano tenía experiencia de sobra, dentro y fuera del set. En casa, las peleas con mamá habían llegado a ese punto, por los años en que aún tenía fuerzas para atacarme. Desperté del sueño gritando, cubierta de sudor. *Ella* se había esfumado. Llamé a Griselda e intenté dejarle un mensaje de voz, pero contestó al instante.

—¿Señora?

—¿Qué haces despierta? Son las cuatro de la mañana.

—Tuve un sueño muy raro con usted.

—Qué casualidad.

—Se lo juro. Yo sigo pensando que es su mamá. Seguro que su espíritu todavía no puede descansar en paz.

—Mira, necesito que vengas hoy por la tarde.

—¿Y eso?

—Luego te lo explico.

Colgué. Preferí no anunciarle por teléfono que iba a quedarse sin trabajo. Me vestí, me trepé al automóvil y enruqué al estudio sin esperar a que amaneciera. El dolor seguía prendido de mi espalda como si los vidrios del sueño se hubiesen quedado enterrados en mi columna. Metí la mano por debajo del vestido y me toqué el hombro con los dedos helados. Sentí una punción intensa, el rastro del cuchillo invisible. A eso de las doce escuché un golpe en la puerta. Es hora, miss Metalius, dijo el coordinador de piso, midiendo sus palabras, aterrado por traerme siempre malas noticias. Guardé la licorera de la que había estado bebiendo y asentí, tras echarme el spray mentolado en el paladar.

Apenas entré al estudio, me invadió un olor a carne muerta.

Encontré al director, al libretista y al decorador inclinados sobre la pecera, inmóviles, iguales a las estatuas de polietileno. Los tres fruncían el ceño, alarmados, los ojos fijos en los peces del tanque. La fetidez me impidió seguir acercándome. Nunca me habían gustado los peces; mamá solía decir que traían mala suerte y los había prohibido en la casa. Entonces distinguí el objeto hundido en el agua. Parecía un trozo de piel, de músculo, de intestino. Me cubrí la nariz y pregunté:

—¿Qué sucede?

—Esto huele a cadáver —respondió el libretista, e introdujo un brazo en el agua.

—La bomba de oxígeno debe estar obstruida —opinó el director.

—Hay que llamar al fabricante —dijo el decorador.

La acidez me envenenó la saliva y sentí que el whisky me trepaba de vuelta desde la boca del estómago. El director tenía cara de querer arrancarse los cabellos. Perdió la paciencia y miró las hojas del cronograma. Hay que soportar el mal olor, advirtió, al menos hasta grabar los planos de las puñaladas, no podemos esperar a que limpien el acuario. Yo me encogí de hombros y asentí. Había trabajado en peores condiciones. Un pez podrido no iba a detenerme.

—¡Todos a sus puestos! Lucrecia, tú detrás de la puerta.

Lo miré de arriba abajo.

—No me llamo Lucrecia.

—Como sea.

Eché un largo suspiro y se alejó. El pobre ignoraba la cantidad de veces que mi sangre se había desparamado frente a los televisores del continente, a lo largo de los años. Yo, como mencioné antes, soy un cadáver profesional. Estaba acostumbrada a morirme con elegancia en todas las situaciones y giros dramáticos posibles. De actriz invitada a personaje secundario había un distancia más corta que los roles que me ofrecían. Me habían prendido fuego en *La*

atormentada, me empujaron por la ventana de un teleférico en *La tentación lleva tu nombre*, me hicieron rodar bajo un camión interprovincial en *El sacrificio de una madre*, me arrojaron ácido en el rostro en *Tan culpable como el pecado*. La lista era interminable.

Me coloqué sobre la cruz dibujada con tiza sobre el piso. El maquillador vino corriendo y me aplicó una nueva capa de labial rojo jungla. Como el asesino anterior se negó a participar, el director le puso el suéter negro y los guantes de cuero a un carpintero que escogió al azar. Tomé el puñal de plástico y hundí la hoja en mi mano. *Cris-cris*. Se lo entregué al muchacho. No te atrevas a cambiarlo, te estoy viendo, le dije, y él me miró asustado. Luego regresé a mi sitio y esperé la orden del director.

—¡Acción!

Le di la espalda al muchacho. Él levantó el brazo lentamente. Cuando iba a apuñalarme, uno de los camarógrafos aulló:

—¡Corten, corten! ¡Hay algo ahí, entre los peces, colándose en el plano!

El primero en acercarse fue el asistente de Dirección. Ordenó que apagaran las luces de neón. De un impulso cogió el objeto con la mano y lo observó de cerca. Lanzó un grito y volvió a arrojarlo al agua. Escapó tosiendo, ahogándose en arcadas. El segundo fue el director. Se tronó los nudillos para darse valor, observando las algas que ondulaban entre las estatuillas. Arriba, los de la sala de control, intrigados, colgaron sus audífonos y bajaron las escaleras. Un camarógrafo hizo *zoom* hacia un costado del tanque. La pecera se reprodujo en los monitores del estudio. El director metió un lapicero en el agua para alejar a los peces y contuvo el aliento.

—Creo que es carne humana —dijo, tartamudeando del pánico.

El camarógrafo se echó para atrás. Tropezó con el trípode y mandó la cámara al suelo. La lente se hizo trizas, los pedazos regados a los pies del resto. Quizá sea una mano, murmuraban los técnicos. O un dedo. O una oreja. No, no era un animal. El hallazgo tenía forma de tentáculo, demasiado sólido para ser un labio, un pedazo de riñón, una nariz. El director pidió que trajeran unas pinzas del tópico de enfermería. Sin embargo, el objeto rehuyó a sus intentos por atraparlo. Tenía los bordes resbalosos y se liberó de las pinzas una y otra vez. Dos personas más escaparon hacia el corredor. Al cuarto intento, el objeto se clavó en el tridente de la estatuilla de Neptuno. El director se remangó las mangas de la camisa, hundió los brazos y por fin lo atrapó entre sus dedos. Lo deslizó hacia arriba y el objeto goteó sobre el agua. *Plic, plic, plic*.

Resultó que el objeto poseía extremidades. Unas piernas de renacuajo, gelatinosas, y unos brazos que le colgaban de ambos lados. En la punta hallaron una especie de cabeza, rematada por dos círculos negros. En medio, un botón de carne, unos orificios, quizá una nariz minúscula, una boca. ¿Acaso era...? Sí que era. Hacía rato que yo había empezado a comprenderlo. Mis pies se congelaron sobre la alfombra, mi rostro blanco como las hojas del libreto. La espalda tiesa, los labios entreabiertos, la quijada sacudiéndose de aquí para allá, la mirada puesta en el objeto que

el director sostenía con las pinzas. El objeto resbaló y cayó muy cerca de mí. Me aproximé a verlo, aunque sabía que no era un objeto. Lo había tenido siete veces dentro de mi vientre y conocía sus formas de memoria.

Regresé al camerino castañeando los dientes, cogiéndome de la pared para no caerme. Se me había bajado la presión. La bilis se acumuló en mi paladar y me dejó un sabor nauseabundo. Nadie percibió mi ausencia. Escuché que iban a suspender las grabaciones. La gente se dispersó, algunos llamaban a sus casas y las chicas del *catering* se abrazaban para llorar en silencio. Los nuevos decorados pasarían a convertirse en un museo del crimen. Llamarían a seguridad, llegaría una patrulla y colocarían una cinta amarilla alrededor del acuario. Los peces que aún revoloteaban eran los únicos testigos y no convenía deshacerse de ellos. Un aviso de muerte, pensé, una advertencia de que aquí no soy más bienvenida. Unos reciben cabezas amputadas de animales o aves muertas por correo. Otros, como yo, reciben embriones humanos de unas diez o doce semanas a lo mucho.

Recogí mis cosas del camerino. Las puse en varias de esas bolsas grandes de Macy's. Me llevé las botellas de licor que escondía en los cajones y las fotos que tenía pegadas en el espejo. A los diecisiete en *Silvia María*. A los veintiocho en mi matrimonio, del brazo de Arístides, tan gigante, el pobre con las justas entraba por la puerta de la catedral de la Plaza de Armas de Lima. A los veintinueve, vestida de negro en el sepelio de Arístides. A los treinta y dos en *La Silvanita*, de vuelta en Caracas. A los treinta y siete en *Coral*, el pelo rojísimo y el blusón de hombreras. Descubrí que en las fotos antiguas me parecía más a *la impostora* que a mí misma. Las saqué de las bolsas, las rompí en pedazos y las tiré a la basura. Luego fui a comunicarle mi renuncia al director del canal.

Entré sin anunciarme y me senté en el sofá de su oficina. Él me mandó un beso volado y me pidió que lo esperara. Hablaba en inglés por teléfono con la Policía de Miami-Dade, de espaldas a mí. De la pared colgaba un cartel enmarcado de *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos*. Para variar, tampoco salía yo. La actriz del bebé deforme se aferraba a los hombros del actor que interpretaba a Miguel Enrique, los tentáculos de su cabello repartidos en las nubes del trucaje fotográfico. Tenía la boca entreabierta, el labio inferior le colgaba sobre el mentón. Reconocí ese gesto. Era mío. Yo lo inventé en 1986 en la secuencia de apertura de *Estrechándome* y después fue copiado por todo el mundo. El director del canal colgó el teléfono y volteó, sonriendo. Los brazos cruzados, las gafas gruesas descansando al borde de sus fosas nasales. Por la ventana se divisaba la vegetación de los Everglades y el infierno del atardecer.

—Me voy —le dije, sin más, a pesar de que en la ficción ya estaba muerta. Ni siquiera hacía falta que el cadáver de Lucrecia apareciera en los comerciales para que empezaran a promocionar las escenas de mi funeral.

A continuación le expliqué que me urgía regresar a Lima. Él se secó el sudor de la frente y

respiró con dificultad. Su barriga abultada me recordó el hallazgo del acuario. Era un hombre de cincuenta, cincuenta y cinco años, su rostro estaba deformado por los pliegues de grasa acumulada. El cuello de la camisa a punto de reventar, las orejas caídas, tristes, satélites de su cabeza calva. Un *broadcaster* emprendedor aunque descuidado. El abandono de su aspecto era síntoma de que le daba más importancia al trabajo que al cuerpo. Dos o más divorcios a cuestas, aficionado a las comidas exuberantes, ávido cliente de los bares de Ocean Drive. Posible causa de muerte: obstrucción al miocardio. Me analizó con sus ojos microscópicos, empequeñecidos por las gafas.

—Vamos a cerrar el estudio por cuarenta y ocho horas, hasta que terminen las investigaciones. No tienes por qué irte.

—*Darling*, la verdad es que he estado recibiendo mensajes anónimos.

—¿Qué clase de anónimos? ¿Amenazas de muerte?

No le contesté.

—¿Y por qué no me avisaste antes?

Bordeó el escritorio y apoyó el cuerpo en una esquina del sofá.

—Jackie, ¿cuántas veces te he pedido que te cases conmigo?

—Demasiadas.

—¿Y te parece poca cosa?

—Ya sabes lo que pienso. Los matrimonios forzados son como los peores libretos. Sé cuidarme sola.

Él estudió mi respuesta.

—Ayer me dijeron que tuviste problemas con una escena. Hiciste que la grabación se retrasara.

—No fue mi culpa. Algún gracioso se puso a jugar con el puñal.

Se acercó despacio y puso una mano sobre mi hombro. El vaho de su sudor fue como recibir una cachetada. El dolor de la herida invisible volvió a palpar en mi espalda y me hizo pegar un brinco.

—Jackie, hablé con el resto del equipo. No existe un puñal de verdad. Nadie lo ha visto nunca.

—No digas cojudeces, *darling*. Yo lo vi. Me corté los dedos cuando lo toqué.

Él suspiró. Lo oí tragar saliva. Se sacó las gafas y las limpió con su corbata.

—Mira, para ser honesto, creo que el viaje es una muy buena decisión.

—¿Me estás despidiendo?

—Acabas de decirme que te ibas.

—Tres o cuatro días. Una semana, máximo. Debo resolver un asunto.

Él volvió a sacarse las gafas.

—Deberías ver otras opciones. El Perú ha cambiado muchísimo.

—En el noticiero dicen lo contrario.

—Pues ayer estuvo por aquí un paisano tuyo. Vino a hablarme de negocios.

Me puse de pie. Él retrocedió, tomó asiento detrás del escritorio y examinó mis reacciones sin dejar de sonreír.

—¿Quién?

—El director del canal 3. Vamos a comprar una de sus telenovelas. *Amor en el arenal*, se llama.

—No la conozco —mentí—. No veo telenovelas peruanas.

—Pues deberías. La están transmitiendo en Chile y en Argentina. Nada del otro mundo, la historia de siempre. Ricos, pobres, un callejón, una mansión en esos barrios de millonarios en La Molina, La Planicie o algo así. Tiene más *rating* que esas telenovelas bíblicas cariocas que están tan de moda. Habla con él. Creo que su avión sale mañana. Ayer se dio una vuelta por el set.

—¿El empresario?

—Sí. Estuvo buscándote. Un poco retraído para mi gusto si te soy sincero, aunque tiene bastante visión. Me contó que era admirador tuyo desde niño. Pensé que te habías topado con él. ¿Alto, pelo gris, ojos azules?

Ese hombre. Me acordaba de él. Aquel desconocido, el que me había tendido la mano y me ayudó a ponerme de pie. Había huido apenas le di las gracias. Su rostro estaba oculto por el contraluz y solo había visto el destello de los faroles en sus ojos.

—Creo que sé quién es —le dije, y de pronto salté y tuve que ahogar un grito.

El dolor de la espalda había reaparecido. Apreté los dientes. Metí una mano en el pliegue de mi blusa y me restregué el hombro. Tenía un absceso, una protuberancia cubierta de un tejido grueso, escamoso. Intenté pellizcar unos rastros de piel reseca que agrietaban los bordes de la herida. Un líquido espeso y caliente me manchó los dedos, el tirante del sostén, la tela de la blusa. Resbaló hacia los pliegues de mi axila y me mordí los labios, sorprendida por el placer que me provocaba. Él me miraba alarmado. Debe ser alguna reacción alérgica, el poliéster me sienta fatal, le dije, sin poder dejar de rascarme. Me creyó. Abrió uno de los cajones de su escritorio y me entregó un papel, un documento que anulaba mi contrato. Solo para evitar cualquier malentendido, dijo él. Vamos a mencionar tu muerte en los diálogos del próximo capítulo. Lo firmé casi a ojos cerrados con un lapicero que tenía sus iniciales grabadas en el dorso. Él no se dio cuenta de que yo sangraba.

—Si estás en Lima, búscalos —dijo él—. Se llama Felipe. Felipe Gallego.

Mientras firmaba, me arranqué un pedazo de la costra con la otra mano. Lo observé. Era de color púrpura, como el feto que habían confundido con un pez. Me lo metí a la boca antes de que él lo descubriera.

—¿Te pasa algo?

—Debo irme a casa. Tengo que alistar mis maletas.

—Suerte con las vacaciones. Dicen que hay más de seis mil venezolanos en Lima. Vas a sentirte como en casa, ya lo verás.

—Lo dudo. Mi casa está aquí.

—Espera.

Se incorporó, se puso a mi lado y nos tomó una foto con el celular. A mí se me dan fatal las fotos sin avisar y sospecho que salí con los ojos cerrados.

—Es para mi hija que está en Moscú. Se fue a estudiar un posgrado hace años y no tiene ganas de regresar. Dice que en Rusia eres más famosa que en Caracas. Incluso hay una calle que lleva tu nombre.

Lanzó una carcajada. Luego eructó. Sentí su mal aliento y avancé hacia la puerta. Estamos en contacto, le dije, sintiendo la espalda húmeda. Caminé de costado, cuidándome de que no viera la mancha de sangre en mi blusa. No alcancé a agradecerle por los últimos doce años de trabajo, ni a decirle que lo más probable era que jamás volveríamos a vernos. Las únicas cosas que no iba a echar de menos eran sus abrazos mastodónticos y sus besos que me dejaban las mejillas untadas de su saliva espumosa. A la larga fue mejor quedarme callada. Tal vez el viaje era solo un pretexto para regresar a morirme en mi tierra.

Salí al estacionamiento. El Lincoln había hervido como un horno bajo el sol, los asientos me quemaban las entrañas. Dejé las bolsas de Macy's en la maletera y corrí a limpiarme la herida. Escogí un baño del edificio administrativo, para no toparme con los chicos de producción. Subí los escalones hasta un tercer piso de oficinas, entré a los servicios y cerré la puerta con seguro. Un fluorescente blanco zumbaba por encima de la fila de los lavatorios. Me desabotoné la blusa y puse la espalda muy cerca del espejo. La úlcera era peor de lo que había imaginado. Estaba abierta en flor, fresca por la carnicería reciente. La sangre coagulada formaba una pústula que me agrió el paladar y que por poco me manda al suelo de la impresión. El desgarró era vertical y profundo, de unos cinco centímetros, el largo de la hoja del puñal. Imposible habérmelo hecho con las uñas, pensé. De pronto, mi rostro en el espejo se transfiguró. Sobre mi cuello apareció la cabeza de *ella*, la muchacha de las fotos, mi yo adolescente. Los ojos desafiantes, los labios todavía intactos, a salvo de las décadas en las que se arruinarían de tanto comprimirse en esa mueca de perfidia que encajaba a la perfección con la tembladera de mi ojo izquierdo, mis dos gestos más famosos. *Ella* continuó observándome desde el espejo. Sus labios comenzaron a moverse. Una voz femenina surgió del aire acondicionado, de las cañerías, del zumbido del fluorescente y reptó hacia mis oídos.

—Te voy a matar.

Retrocedí de un salto y me pegué a la pared. *Ella* desapareció del espejo. En su lugar estaba

otra vez yo con el pelo hecho un lío, el tirante del sostén pendiendo de mi brazo, los colgajos de piel alrededor de mi cintura, la cicatriz en el abdomen de la vez en que mamá me fracturó la costilla al empujarme por las escaleras, cuando le anuncié mi matrimonio con Arístides, un mes antes de la ceremonia.

Crac.

Un golpe surgió de la pared del fondo. Rebotó en las puertas de latón de la fila de excusados. La luz del fluorescente se apagó y el baño quedó en tinieblas. Abotoné mi blusa a toda prisa, las piernas dobladas por las ganas de orinar. Al coger el bolso que había puesto sobre el lavatorio, escuché un segundo golpe.

Crac.

Un chorro de orina caliente se abrió paso a mitad de mis piernas. Me humedeció la falda, las medias de nailon, los pies. Mis tacones resbalaron en el charco que se extendía hacia los excusados. Los espíritus no pueden salir nunca del sitio donde fallecieron, solía decir mamá en el pasadizo tétrico de la casa en La Victoria, nuestros dedos puestos en la copa de vidrio que giraba en torno a las letras escritas en papelitos y formaba mensajes que yo anotaba en un cuaderno, el fantasma de turno respondiendo a sus preguntas una por una.

Crac.

No era mi madre, no podía serlo. Según ella, las almas se quedaban secuestradas en las paredes, en las esquinas de las habitaciones, en los vidrios de las ventanas que se empañan de repente y en los cojines de los sofás que se hunden o se doblan bajo el peso de la energía concentrada. Sin embargo, su fantasma era igual de terco que ella y había cruzado las barreras del apartamento inteligente, como en la época en que era capaz de remover cielo y tierra para encontrarme cuando llegaba tarde a la casa después de las grabaciones.

Me saqué los tacones y los sujeté con una mano. Bordeé el charco de orina, abrí la puerta y dejé que ingresara la claridad de la tarde. Aparte de la orina, había rastros de sangre en las mayólicas, justo en el lugar donde había apoyado la espalda. En el espejo descubrí que tenía un mechón de pelo erguido por detrás de mi cabeza, como una cresta. También había perdido una pestaña postiza. La otra apuntaba hacia arriba, a medio despegar. Salté por encima del charco y corrí descalza por el pasadizo de las oficinas que, afortunadamente, estaba desierto. No paré hasta meterme en el Lincoln. Arranqué y me alejé a noventa kilómetros por hora sin detenerme a mirar por el espejo retrovisor. No me estoy volviendo loca, no me estoy volviendo loca, me repetía, dudando cada vez más de mi salud mental.

Hacia las seis llegué por fin al edificio inteligente. Tuve que esquivar a un moreno vestido con abrigo y pasamontañas, a pesar del calor. Empujaba un carrito de supermercado cargado de ropa y cachivaches, y le gritaba en inglés al poste de la luz. En la esquina, un camión de asistencia social repartía platos de comida a un grupo de zombis que habían formado una fila. Un

par de voluntarias de pelo albino y caras rojizas les alcanzaban cubiertos de plástico, servilletas, paquetes de galletas, sin prestar atención a los gritos del moreno, quien continuaba con sus alaridos, un discurso inflamado que incluía las palabras *motherfucker*, *God*, *motherfucker*, *praise you*, *motherfucker*, *shut the fuck up*. Miré a toda esa fauna desde el Lincoln mientras se abría la puerta del garaje. Y pensar que mis impuestos iban a parar a los *food stamps* que esos indigentes revendían a refugiados haitianos y después cambiaban el dinero por armas para matarse los unos a los otros. A nadie se le ha ocurrido pensar por qué existen tantas personas dementes en esta parte del continente, cosas así no suceden en Sudamérica.

Cuando estaba por abrir la puerta del apartamento, escuché unos ruidos que provenían de adentro. Sillas arrastrándose, copas chocando unas contra otras, la mesa girando en el parqué. *Curioso*. El espectro de mamá no cesaba de hostigarme. Como tenía la espalda embadurnada en sangre y las piernas húmedas de orina, me resistí a quedarme esperando en el pasillo y toqué el manubrio de la puerta con mi llave inteligente. *Clic*.

Griselda limpiaba la sala afanosamente, como poseída por un huracán. Su cuerpecillo rechoncho estaba inclinado en cuatro patas, delante de la esquina del aire acondicionado. Llevaba el pelo recogido y embutido en un gorro de baño, las manos cubiertas por guantes de goma, armada con un spray desinfectante y una franela, restregando cada centímetro de la pared, del piso, de las ventanas. Con las justas volteó a saludarme.

—Señora, no la escuché llegar —dijo ella, ahogada de cansancio, casi sin aliento.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

Dejé el bolso en la mesa del comedor, los tacones al pie del refrigerador, y eché la blusa en el fregadero. Avancé hacia Griselda al tiempo que me sacaba las medias de nailon y las echaba al tacho de la basura. Su ropa era nueva, una imitación de la típica blusa entallada de Chanel en versión Walmart, unos pantalones de lino y unas sandalias doradas que dejaban ver una pedicura reciente.

—No es eso —respondió de espaldas, echando spray en el sitio que fregaba sin cesar—. Había un olor terrible, no se imagina, casi no se podía ni respirar. Dicen que las almas se quedan en los lugares donde hay calor cuando no pueden descansar. Hay que moverlas a otro sitio a la fuerza para que se aireen un poco. Así se dan cuenta de que todavía nos importan.

—Qué raro. Esta mañana no sentí ningún olor.

—Su mamá está esperando a que le recen un rosario o que le hagan una misa de honras. También hay que dejar vasos de agua por la noche, porque los espíritus tienen sed. Si quiere le puedo poner agua en las copas antes de irme. Señora, ¿se siente bien?

Se había girado a verme. Supongo que debí parecerle un fantasma. Retrocedí hacia el dormitorio. Ella se puso de pie y me siguió, secándose el sudor de la frente, el frasco del spray en una mano y la franela en la otra.

—Tuve un accidente en el estudio —le dije.

—Su habitación también huele muy mal.

—Soy yo la que huele mal. Voy a bañarme. Luego tenemos que hablar.

—¡Espere!

Me tomó por el brazo. Sentí la viscosidad del guante de goma en mi piel. Era la primera vez que me tocaba.

—Si me va a decir algo —amenazó—, prefiero que sea ahora.

—Como quieras.

Entré al baño y dejé la puerta entreabierta mientras me desnudaba y me ponía la bata de felpa.

—Tengo que irme de viaje. Pero solo por un par de días.

Griselda empujó la puerta con la sandalia dorada. Yo di un respingo.

—¿De viaje, señora? ¿Y a dónde? Estas cosas se avisan con tiempo.

Me cerré la bata hasta el cuello y la miré. Su comportamiento era inexplicable.

—Me voy a Lima.

—¿A Lima? ¿No ha visto las noticias?

Su cara se deformaba. Enrojecida, agitada.

Le expliqué lo del misterioso viaje de mamá. El paquete, la conversación con la señora Amelia. Ella continuó acercándose. Empecé a temblar.

¿Por qué estoy nerviosa? ¿Debería defenderme?

Me acorraló contra el lavadero. Respiré de cerca su aliento agrio.

—¿Y cómo sabe usted que de verdad su mamá estuvo por allá?

—Me lo dijo una vecina. La conozco desde que era una niña.

Ella pareció no escucharme.

—Esa mujer la está engañando. No voy a dejar que se suba a un avión.

Miré a Griselda. Solamente tenía que empujarla. Bastaba tocarla con la punta de los dedos, su propio peso la impulsaría de espaldas y se rompería el cuello en la taza del inodoro. Pero las capas de grasa amortiguarían su caída y la harían rebotar, quizá no moriría al instante. Podría intentarlo, desde luego, aunque después tendría que encontrar la manera de rematarla. Si no, se quebraría la columna y cobraría el dinero del seguro, como los zombis que el gobierno mantiene a sueldo para que les llenen las calles de mierda y agujas hipodérmicas, en nombre de la igualdad. Miré a mi alrededor. No podía cortarle la yugular con una navaja, su sangre mancharía las mayólicas y la idea de ponerme a limpiar me horrorizaba. Eché un vistazo a la tina. Solo tendría que llenarla de agua y electrocutarla, o asfixiarla. Primero le introduciría la cabeza y le aplastaría el cráneo con el pie. La muerte se la llevaría rápidamente en una retahíla de taquicardias, ahogos, un infarto. A veces la gente posee la habilidad de sortear a la muerte y

abandonan la lucha a la mitad, convencidos de que les ha llegado la hora, cerrando los ojos ante el resplandor enneguecedor, masticando el metal en las encías, escuchando los aplausos.

Los aplausos.

No podía matarla. No tenía estómago suficiente para cortarla en trozos, esconder su cadáver en una maleta y abandonarla en el basurero municipal, para que los zombis se alimenten de sus restos. Confundirían su grasa corporal con los restos de un asado o un delivery de *barbecue* a las cuatro de la mañana. Si hubiera ventanas, la empujaría al vacío, sobre las cabezas de los que esperaban en la fila del *strip club*. Los accidentes domésticos ocurren todos los días.

—Déjame pasar —le dije.

Las navajas las guardaba debajo del lavadero. Solo tendría que abrir el cajón. Griselda me cerró el paso y empuñó el frasco del spray como si fuera un arma. Una de dos: o me desfiguraba o me dejaba ciega.

—Señora, yo nada más quiero protegerla, usted no está bien. No ha estado bien desde hace meses. Hágame caso.

—¡Apártate!

—¿Acaso no se ha dado cuenta?

Crac.

Un golpe remeció las mayólicas. Las luces se apagaron al mismo tiempo y el apartamento quedó en tinieblas. Gritamos juntas en la oscuridad. La luz del atardecer ingresaba de a pocos, a lo lejos, por la ventana del dormitorio. Sus dedos regordetes me cogieron del brazo y sentí náuseas. La escuché rezar en silencio, un cántico atropellado de salmos sin sentido. Caminamos despacio de vuelta a la cocina, muertas de miedo, cuidándonos de no tropezar con los muebles. Griselda rompió a llorar y me abrazó. Aullaba como animal agonizante. Un chorro de moco húmedo me embarró el cuello y se deslizó entre mis senos, tuve que apretar los dientes para contener las náuseas. Avancé hasta el cajón del aparador para buscar los fósforos, otro artilugio del siglo pasado. Las hornillas de la cocina se encendían con pulsar un botón y no había necesidad de abrir fuego, pero guardaba las cajetillas de fósforos que me obsequiaban en el bar El Portal. Encendí uno. La llama nos iluminó las caras. El rostro de Griselda, trémulo, perdido de lágrimas, parecía el de un alma en pena.

—¡Deja de llorar que me estás poniendo más nerviosa! —le grité.

Mi aliento apagó el fuego y encendí otro fósforo. Sin quererlo, ya estábamos velando a los muertos.

—Es su mamá —dijo ella, en un hilo de voz—. Se lo advertí. A los espíritus hay que tomarlos en serio, si no, nos llevan con ellos.

—No digas tonterías.

—¿Le han pasado cosas malas últimamente?

Una ráfaga de viento helado nos atravesó de pies a cabeza. El fuego volvió a apagarse y encendí un tercer fósforo. *Curioso*. El aire acondicionado no funcionaba sin electricidad. Hacía mucho que sentía frío cada vez que pensaba en mamá o decía su nombre en voz alta. Griselda se secó las lágrimas.

—Los muertos, señora, cuando son infelices, traen mala suerte. No deberían quedarse en las casas. Por eso pasan tantas desgracias.

El fuego se extinguió. Alguien respiraba a nuestro costado, inmóvil. Más oscuridad. Encendí un cuarto fósforo que iluminó a Griselda justo cuando abría mucho los ojos y me cogía de las manos.

—Su mamá no quiere que se vaya a Lima.

De pronto, las luces se encendieron, como si el fantasma de mamá nos hubiese escuchado. El zumbido del refrigerador y del aire acondicionado opacaron el grito que Griselda y yo lanzamos a la vez, paradas al centro de la cocina. Ella rompió a llorar de nuevo y tuve que zarandearla de los hombros.

—¡Basta!

—Su mamá está haciendo de todo para que se quede acá con ella.

—Al contrario, me está llamando —insistí—. Solo ella conocía nuestra casa. No hay otra explicación.

—Entonces váyase. Váyase antes de que pase algo peor.

Me jaló del brazo hacia el dormitorio. Sacó mi ropa del clóset y la dobló sobre la cama organizándola en dos columnas, y luego la escuché poner mis cosméticos en un neceser. Yo observaba, tiesa, los muebles de la sala, la esquina del aire acondicionado. Si el tiempo era cíclico, entonces mamá expiraba todos los días en esa esquina, en alguna parte del universo. Pegué la cara en la ventana. Afuera, en la vereda, los zombis habían tendido un colchón inmundito al costado de una camioneta y se repartían la pipa transparente de mano en mano. Una mujer anciana y obesa estaba sentada en medio del grupo, las piernas embutidas en pantalones de *animal print*, la barriga asomando por los pliegues de su cintura, las hebras de pelo desgreñado cayéndole sobre los hombros. Los morenos se reían con ella y se turnaban para olerle los sobacos. Creí reconocer a mamá en aquel rostro. La misma cara redonda, el pelo entre rubio y gris, los ojos entrecerrados al sol de la tarde. La mujer exhaló el humo de la pipa y levantó la vista al cielo, sonriendo. Vi que no tenía ningún diente. Sus encías eran negras, quemadas, como recubiertas de carbón. No era mamá. Los transeúntes pasaban por su costado sin verla o quizá tampoco la veían. La mujer apuntó hacia la ventana con el dedo índice y por un momento creí que me miraba.

—Tienes razón. Yo tengo la culpa.

Griselda metió las montañas de ropa en la maleta grande y preguntó:

—¿Cómo dice?

Me di la vuelta y la miré a los ojos.

—Mamá sabe que yo la maté.

V

En carne propia

La última vez que había estado en el Perú fue en 1977, nueve años antes del desastre de Chernóbil y de darme el lujo de paralizar a las naciones más poderosas y temibles del planeta, gracias a mi papel protagónico en *Coral*. Me había casado con Arístides Metalius, un empresario peruano de raíces griegas a quien conocí en Caracas y del cual me enamoré al instante. Por él decidí abandonar mi carrera en Venezuela. Me convenció de irnos juntos a vivir a Lima, a un chalet de tres pisos que había construido en los valles de La Molina. Nuestro matrimonio duró un año exacto. Arístides fue una de las víctimas del Faucett DC-4 que se estrelló en el mar cuando yo estaba embarazada de unos siete meses y medio.

Fue mamá la que me dio la noticia. Habíamos dejado de hablarnos después del matrimonio y me echó la culpa de arruinar nuestros logros conseguidos. No vas a volver a encontrar trabajo si te atreves a casarte sin mi consentimiento, me advirtió, las actrices no están hechas para ser amas de casa, tampoco para criar hijos, vas a perder tu figura y a desperdiciar tu vida en esas criaturas que te abandonarán ni bien cumplan la mayoría de edad. Yo no hice caso a sus amenazas. La noche del vuelo me despedí de Arístides y subí a dormir a la habitación con mi barriga auestas, como de costumbre, pues él solo planeaba ausentarse por un par de días. La tragedia ocurrió en la madrugada.

Mamá llegó a primera hora de la mañana, emperifollada, perfumadísima, como si se hubiese alistado para alguna premiación. Llevábamos un año sin vernos. Apareció en la puerta del chalet, se anunció y la servidumbre la dejó ingresar. Hizo su gran entrada, subió las escaleras y avanzó directo al dormitorio. Me despertó el olor descomunal de su perfume. Abrí los ojos y distinguí su rostro entre las brumas del sueño. Ella me sonrió luciendo en las orejas los aretes de zafiro que le regalé con mi primer sueldo en televisión. Los señaló con ambos dedos, haciéndolos tintinear en el aire. Lejos estaba yo de saber que aquello no era una reconciliación y, mucho menos, que había decidido perdonarme. En lugar de eso, me alegré de verla, me senté en la cama y le eché los brazos al cuello. Su vestido era negro y dorado, idéntico a los colores del ataúd donde habrían de enterrar a Arístides. Ella me dejó celebrar el reencuentro y volvió a abrazarme. Me tomó de las manos y nos fuimos a sentar al descanso de la ventana, los cerros desnudos y polvorientos contemplándonos al otro lado del cristal. Le dije que tenía una habitación preparada para ella, que podía mudarse cuando quisiera, que no iba a apurarla, que aprovecharíamos mi último mes

de embarazo, que criaríamos juntas al bebé. Ella esperó con sadismo a que yo terminara de hablar.

Recién cuando le pedí que me acompañara a desayunar, noté que no había abierto la boca desde que llegó; la sonrisa seguía tatuada en su rostro. Conociéndola, me temí lo peor. No quise hacerles caso a las señales que se dibujaban en aquella expresión de calma absoluta. Le pregunté qué ocurría, y ella me ordenó que empacara mis maletas. Incluso entonces creí que era una broma o que había escuchado mal. Me eché a reír sin notar las grietas en las paredes del dormitorio, en el techo; la casa empezaba a derrumbarse a nuestro alrededor. Apúrate, me dijo en voz baja, tengo un taxi esperándonos abajo, haz tus maletas porque Arístides no va a regresar. Abrió su bolso y me enseñó un periódico doblado en cuatro, pero no alcancé a leer el titular. Me bastó con ver la foto gigante que abarcaba la página entera, la cola del avión sobresaliendo del océano entre los barcos del rescate. Sentí una punzada horrorosa en el vientre, y ni siquiera alcancé a escuchar mis propios gritos. La sangre se deslizó por mis piernas y perdí el conocimiento.

Lo recobré a los dos días en una habitación de la Clínica Angloamericana. Mamá se acercó a la cama con la misma sonrisa, como si no hubiese transcurrido un segundo desde el día de la tragedia. No tuve que tocarme la barriga para saber que el bebé ya no estaba más conmigo. Aprovecha tu dolor, murmuró ella, y colocó varios juegos de hojas engrapadas sobre las sábanas. Dales un vistazo, son los nuevos libretos de Delia Fiallo, te ayudarán a reponerte. No te preocupes por nada, ya me encargué de empacar tu ropa, tus muebles, y de poner la casa en alquiler. Viajaremos a Caracas después del funeral. Entiendo que no quieras quedarte en Lima; algún día olvidarás lo que sucedió y me agradecerás que te haya sacado de aquí.

Yo no tuve fuerzas para oponerme a sus planes. Esa tarde cogí un libreto al azar e hice anotaciones al margen, como era mi costumbre. Nuestras vidas siguieron su rumbo. Al cabo del entierro, iniciamos el viaje hacia el norte en un bus continental. Había decidido evitar los aviones, al menos por unos años. Cruzamos la selva amazónica, regresamos a Caracas y los nuevos proyectos empezaron a materializarse uno tras otro. Me alejé para siempre de los papeles de adolescente, colgué los delantales de empleada doméstica, y me convertí en estrella. De vuelta en Venezuela, aterricé en el rol de Virginia Lezcano en *Coral* y el resto es historia. Mis lágrimas y mis blusas con hombreras revolucionaron el concepto de televisión hispana, y de allí hasta Rusia no me paró nadie, donde la emitieron cuatro años después, en 1989. Según los analistas y estudiosos de la industria, la transmisión de *Coral* por señal abierta a los millones de hogares de Europa del Este fue uno de los factores decisivos de la caída de la Unión Soviética. Por esa época, partí en una extensa gira por Asia y el Medio Oriente para promocionar la telenovela, y estuve tan ocupada que el recuerdo de Arístides no tardó en esfumarse de mi memoria. Además, me sentía aliviada por haber perdido al bebé. A decir verdad, me había quedado embarazada a

regañadientes, solo por complacer a mi marido. Supongo que no habré sido la única mujer en cometer dicho error. Un error de juventud, al fin y al cabo, al igual que el resto de mis hijos muertos. Todos hemos sido jóvenes, y a la larga, culpamos a la inexperiencia. Felizmente, como solía decir mamá, la juventud es un cáncer que se combate envejeciendo.

Sea como fuere, empecé a planear mi venganza desde el día en que salí de la clínica. Tenía la certeza de que Arístides había muerto por los malos deseos y las amenazas de mi madre al momento de casarnos. Desde niña sabía de sobra que ella solo podía existir únicamente a través de mí; nuestra maquinaria insólita se echaría a perder en caso de que faltara alguna de las dos. Mi personalidad era un calco de la suya, me había construido pieza por pieza, desde el pelo hasta la punta de los pies. Yo era su mejor producto, su mejor ficción y su mejor instrumento. Le hice creer que envejeceríamos juntas, que seríamos como esas madres e hijas que terminan siendo idénticas en sus últimos años, que se echan a andar por la calle con el mismo peinado y la misma ropa; la una imitación de la otra, sus personalidades desdibujadas, una dualidad autónoma. Por eso la abandoné. No le di ninguna explicación, ella tampoco lo vio venir.

Después de la crisis financiera, le anuncié que buscaría un apartamento más pequeño y barato para ambas en Coral Gables y que debíamos dejar la casa de El Doral, pero el día de la mudanza ella se dio con la sorpresa de que en realidad viviríamos en apartamentos separados. Esa fue la estocada mortal. Supuse que no iba a durar mucho, y el tiempo me dio la razón. Sobrevivió tres años sola, hasta el día en que la encontré tirada en la alfombra, hecha una momia.

—Su madre estaba demente —concluyó Griselda, cuando terminé de contarle la historia.

—No —respondí—. Lo demencial es envejecer.

Se había hecho de noche mientras ella terminaba de empacar las maletas y yo buscaba ofertas de vuelos baratos en la mesa del tocador. Griselda se había dado el trabajo de seleccionar las prendas una por una, zambulléndose entre los miles de trajes y blusas con hombreras que no habían visto el sol desde los tiempos del ruido y los abrigo de piel de casi todas las especies animales del planeta.

Me miré al espejo y proseguí:

—El problema es que no nos damos cuenta del tiempo. A esta edad el futuro se estanca, las puertas de tus expectativas se cierran con candado. Nos vemos igual, nos sentimos igual, pero para el resto del mundo somos una persona distinta. Es como sufrir un trastorno psicológico.

—Qué cosas dice, señora. Me está dando escalofríos.

El rostro de *la impostora* apareció entonces sobre mis hombros, en el espejo. Mis arrugas se trasfiguraron en su cutis por un par de segundos, mis senos treparon de vuelta al lugar correcto. *La impostora* esbozó una sonrisa, me mostró sus dientes blancos y se esfumó. El espejo me devolvió mi imagen real. Sentí náuseas de lo que vi.

—Siempre hay alguien más joven y hambriento trepando la escalera detrás de ti, pisándote los

talones, esperando a darte un empujón al vacío. A veces, se sientan a tu lado a esperar a que tú misma des un paso en falso, porque, de todas formas, algún día vas a tropezar.

—Eso lo escuché en una película.

—Mamá solía decirlo todo el tiempo.

La pantalla de la laptop arrojaba precios exorbitantes. Había decidido comprar un boleto a Lima sin fecha de retorno para la mañana siguiente. Mi vida entera parecía estar hecha de viajes sin retorno. Tal vez mamá había reservado para mí alguna noticia tremenda, que en su momento no se atrevió a decirme a la cara. Tal vez, la mujer que hallé muerta en la alfombra no era ella y la encontraría viva, sana y salva, en el corazón del barrio donde habíamos vivido cincuenta años atrás.

Griselda cerró la cremallera de la última maleta y las arrastró hacia la cocina. En total eran tres maletas grandes, dos de ropa, una de zapatos, y una pequeña que contenía el maquillaje, los perfumes y mis cuadernos de anotaciones, mi posesión más valiosa. En sus páginas estaban escritos, de mi puño y letra, unos doscientos argumentos posibles de telenovelas en las que podría participar, por supuesto, de protagonista, todas historias de mujeres empoderadas y de mediana edad: patronas, madrastras, usurpadoras, empresarias, jefas de familia, narcotraficantes, mujeres que se van o mujeres que vuelven a los pueblos de su infancia y recuerdan, a modo de *flashback*, las vicisitudes que atravesaron para amasar enormes fortunas que después los hijos se disputarán con uñas y dientes sin dejarles un solo centavo.

Los hijos son como un cáncer terminal que nos sigue quitando la vida incluso después de separarse del cuerpo.

Encontré algo en la pantalla que llamó mi atención. Un vuelo de Fort Lauderdale a Lima a menos de la mitad del precio de las otras opciones. Era una aerolínea *low cost*, lo cual significaba que no podría viajar en primera clase. En peores garitas he hecho guardia, pensé. Ingresé el número de mi tarjeta de crédito e hice clic en el botón de reserva. Cuando recibí la confirmación del vuelo, el dolor del puñal imaginario me atacó de pronto y salté de la silla.

Griselda pasaba la aspiradora por la alfombra de la habitación, como si quisiera cubrir sus pasos. Todavía tenía puestos los guantes de goma.

—¿Señora?

—Ven un momento —le pedí, rascándome por debajo del hombro.

Le enseñé la herida, y noté que mis uñas estaban manchadas de sangre.

—Esto no pinta bien. Anda, alcázame el alcohol y una compresa.

Griselda retrocedió. Sus ojos se abrieron desmesurados. Yo coloqué la espalda junto al espejo del comedor. La herida se abría en canal subiendo hasta mi cuello, la línea vertical cubierta por una costra amarillenta. La piel había tomado una solidez porosa de un color gris casi negro en los bordes. Las pústulas blancas dejaban escapar un líquido transparente, la lámpara del techo se

reflejaba en el brillo de la sangre. Al pasar un dedo por los bordes me topé con un terreno inmaterial, aquellos centímetros de piel habían perdido sensibilidad al tacto. Era la primera vez que veía un trozo de piel gangrenada.

—Necesito un médico.

—Señora..., la verdad es que ahí no tiene nada.

Imposible. La costra estaba allí, delante de sus ojos, ¿por qué no podía verla? Griselda seguía mirándome, espantada. La sangre me había embarrado la bata y tuve que correr a cambiármela en el baño. Antes de ponerme una bata limpia, me desinfecté la herida. Un pedazo de piel muerta se levantó de un extremo de la costra, y sin dudarlo la arranqué de cuajo. La acerqué a mi nariz. Olía a mar, a pescado descompuesto, a carroña. Me la llevé a la boca y la mastiqué unos instantes. Mi saliva se inundó de un gusto salado, cáustico, el tejido rígido como la suela de un zapato. La escupí en el lavadero. Me coloqué una compresa y, de vuelta en la cocina, le entregué la bata sucia a Griselda.

—La pones en la lavadora y luego te vas.

Ella observó la bata y alzó la vista.

—Pero si está limpia.

La extendió frente a mí. La sangre atravesaba la tela blanca al igual que los contornos de un mapamundi. Ahugué un grito y cerré los ojos. Ella intentó hacerme reaccionar, señora, por favor, hágame caso, la bata está limpia, agitándomela en el rostro. Me aparté y le di un codazo por accidente. Ella se impulsó hacia atrás. Se apoyó en el aparador de la cocina, las manos muy cerca del cajón donde guardaba los cuchillos. Quise dar un paso y ella miró el cajón. El cuello de su blusa estaba empapado de sudor. El botón de su pantalón se había reventado y un pegote de grasa ondulante asomaba por debajo de su cintura. Jamás había intentado ser amiga suya, a pesar de las confidencias que le contaba. La sola idea me causaba repulsión. Eliminarla sería hacerle un favor; le ataría lonjas de carne congelada alrededor del cuerpo y la echaría en algún pantano para que se la coman los cocodrilos.

—Tira eso en la lavadora —le ordené, dándole la espalda—. Mañana temprano tengo que ir hasta Fort Lauderdale. El dinero que te debo está ahí, donde siempre, sobre el microondas. Y ahora déjame en paz.

Mentí. El vuelo hacia Lima estaba programado para las diez de la noche, y me quedaban todavía diecisiete horas en Florida. Ella tomó el dinero y se lo guardó en el sostén. Puso a andar la lavadora moviendo la cabeza, los labios contraídos, murmurando entre dientes. La bata era una masa de color violeta que daba vueltas en la puerta circular del artefacto. Parecía un animal triturándose al fondo de una licuadora. Griselda se sacó los guantes de goma, abrió la puerta y clavó la vista en el suelo.

—Adiós, señora. Ha sido un placer trabajar para una mujer tan fascinante como usted. Algún

día volveremos a vernos.

Me abstuve de sonreír y asentí con el mentón. Examiné sus movimientos, su indecisión. Le deseé la muerte. Oculté las manos detrás de la espalda y crucé los dedos para que le ocurrieran mil desgracias, para que sus hijos la abandonaran, para que se muriera sola, para que se fuera de excursión a los Everglades, para que sus pies tropezaran en un charco de aguas pantanosas y de verdad se la comieran los cocodrilos; su carne merecía completar el círculo alimenticio de las especies. La miré y repetí mentalmente: te odio, te odio, te odio, no te debo nada, y mucho menos esperes un abrazo de mi parte.

—Buen viaje —murmuró, desapareciendo tras la puerta.

Los guantes de goma de Griselda habían sembrado mis dudas. Me pareció verla disolverse en el marco, los contornos de su silueta evaporándose en silencio, traspasando las placas de madera. Al fin y al cabo, las puertas del edificio inteligente se cerraban solas y amortiguaban los sonidos. Las capas de pintura que revestían el concreto absorbían las voces de los inquilinos, como en un estudio de televisión. En el edificio inteligente todos éramos fantasmas. Los departamentos eran tan diminutos que no cabían familias enteras, edificadas para satisfacer a ejecutivos solteros o personas solitarias. Cuando lo alquilé tuve la impresión de que mamá iba a agradecerme la buena fortuna de irse a vivir a una zona libre de niños pequeños o, lo que es peor, de mascotas, esas criaturas paliativas que no sirven más que para apaciguar el patetismo de sus dueños.

Apagué la luz de la cocina y esperé a que la lavadora cumpliera su ciclo. En el dormitorio, me desnudé y deslicé mi cuerpo en la bata de dormir. La compresa de la herida estaba cubierta de sangre, pero al menos el dolor no había vuelto y preferí ignorarlo. Tampoco quise buscarle más explicaciones; Griselda me había mentido y punto. Quizá tenía la esperanza de conservar su trabajo o de hacerme enloquecer para evitar que saliera de la ciudad. No había mensajes nuevos en el celular. Los anónimos habían dejado de llegar mucho antes de la pelea con Griselda, aunque no creía que fuese ella la autora de las amenazas. No existía razón alguna para que ella se hiciera pasar por mamá, ni para explicar lo de las fotografías trucadas. Guardé la bata limpia en la maleta y me metí bajo las sábanas.

Para mi sorpresa, me quedé dormida al instante.

Al rato me despertó una voz femenina que susurraba en mi oído en plena oscuridad. Un balbuceo agudo que recitaba las palabras en carrerilla. Luego una risita y otra más, el peso de un cuerpo descansando a mi costado, hundido en el colchón. Mis piernas se paralizaron de miedo, mis manos intentaron quitarme las sábanas de encima, el grito atrapado entre mis labios. Giré la cabeza y la vi. Era *la impostora*. Mi hermana gemela. Tenía el cabello negro, larguísimo, peinado con una raya a mitad del cráneo. Los ojos grandes, fantasmales, flotando por encima de la cabecera de la cama, mirándome desde arriba. Apoyaba el mentón sobre una mano, sentada sobre la almohada, muerta de la risa. Por el peinado supuse que era una imagen mía de fines de

los setenta, probablemente de la época de *Lidia Sabogal*, la primera de las mujeres luchadoras que llegué a interpretar, la primera madre soltera que había escandalizado a la sociedad caraqueña.

La impostora alzó las manos, me mostró las puntas filosas de sus uñas y se echó sobre mí. Yo salté de la cama para esquivarla. Ella desapareció, pero creí seguir escuchando su risita por detrás de la cama. Por las cortinas llegaba el destello de las luces rojas de la calle, el tumulto en la entrada del *strip club*, los insultos, los alaridos, las botellas rotas.

Me senté al borde del colchón. Pensé que debería bajar a la calle a fumar un cigarrillo en bata de dormir, tal vez los zombis se compadecerían de mí y me alcanzarían la pipa de vidrio, olorosa a piel chamuscada, los pedazos de labios quemados adheridos en la boquilla.

Entonces oí a un hombre decir al otro lado de la puerta:

—¿Qué vamos a hacer con ella?

La voz provino del comedor. Escuché una tos, el ruido de un encendedor, las sillas arrimadas en el parqué, más cuchicheos. Me estremecí. La puerta de la habitación estaba cerrada y, a través de la rendija, se filtraba la luz de la cocina. ¿La había apagado antes de acostarme? Eché un vistazo alrededor, el corazón agolpándose en mi cuello, vibrando bajo la bata de dormir. Me arrepentí de no tener un arma para defenderme, una de esas pistolas pequeñas del tamaño de un cosmético que cabían en el bolso. Encendí el celular e iluminé mis pasos con el fulgor mortecino de la pantalla. En una repisa de la pared descansaba mi colección de trofeos colocados en fila: Premio a la Mejor Protagonista; Premio a la Mejor Villana; Premio a la Mejor Primera Actriz; Premio al Reconocimiento por los 20 años de trayectoria artística, 40 años de trayectoria artística, 50 años de trayectoria artística; las llaves de la ciudad de Caracas, Miami, Nicosia, Estambul, galardones que presumían de ser de metal puro y que resultaron ser todos de latón ordinario cuando había intentado empeñarlos. Cogí el más reciente, el Premio a la Contribución de las Artes Escénicas que me había otorgado el municipio de Miami-Dade hacía un par de años, una estatuilla de forma humana y bordes amenazantes. La sostuve firmemente y avancé.

Pegué una oreja a la puerta, temblando, lista para atacar al invasor, la estatuilla en una mano y el celular en la otra. Reconocí cuatro voces distintas. Dos hombres jóvenes y un adolescente de timbre muy agudo, casi un niño, los gallos deformaban sus últimas sílabas. El cuarto era un hombre mayor de voz decidida, académica.

Fue él quien preguntó:

—¿Estás seguro? ¿Y cómo lo sabes?

—¡Shhh! No hables tan alto —respondió un muchacho—. Vas a arruinarlo todo.

—Ya te dije que no puede vernos —comentó el otro—. Recuérdalo.

—El tiempo. Ella todavía no se ha dado cuenta del tiempo.

—La otra mujer se fue —dijo el niño.

—Afirmativo. Ya no nos sirve.

—Pero mañana es el día —volvió a hablar el hombre mayor.

—Encontraremos una solución.

Caí de rodillas al suelo. El dolor de la herida me atravesó la espalda y me paralizó la mitad del cuerpo. La sangre rebalsaba la compresa de gasa, tendría que volver a reemplazarla. Apoyé la estatuilla en el piso y me puse de pie. Afuera, los hombres seguían discutiendo algo sobre una mujer y sobre el tiempo, el tiempo, el tiempo. Marqué el 911 en el celular y me lo llevé al oído. Los muchachos empezaron a reír a carcajadas, y pronto escuché la voz de la operadora:

—*Nine-one-one, what's your emergency?*

No pude contestar. El martilleo al interior de mi cabeza me nubló la vista y me aferré al picaporte, los dedos salpicados de un sudor helado.

—*Hello? What's your emergency?*

Más carcajadas. Ahora el que reía era el niño.

—*Hello?*

Colgué. Levanté la estatuilla y, sin pensarlo dos veces, abrí la puerta.

Las cuatro sillas yacían dispersas, una de ellas volcada en el piso, patas arriba. La luz, en efecto, estaba encendida. Una carcajada súbita me hizo girar hacia atrás. Quedé justo frente a la esquina del cadáver de mamá. Descorrí la cortina y miré por la ventana. Abajo, en la calle, unas personas saltaban sobre el pavimento abrazadas, cantando una suerte de himno enloquecedor, cerca de un par de motocicletas que daban vueltas sin rumbo fijo. Al fondo, al final del callejón, cuatro hombres con pinta de ejecutivos se alejaban riendo a gritos hacia la avenida Ponce de León, las corbatas sueltas colgando de sus manos, lanzando botellas vacías de cerveza hacia los zombis que dormían en la esquina de los tachos de basura.

Un sueño, me repetí, exhalando una y otra vez. Había despertado de una pesadilla y me quedé atrapada en la parálisis del sueño. Quizá había escuchado las voces de la calle pensando que venían del comedor. *¡Pero si sonaban tan cerca!* En la cocina me serví un vaso de whisky sin hielo hasta la mitad y lo terminé de un sorbo. El alcohol me calentó el cuerpo, las extremidades, haciéndome recobrar el juicio. Como ya tenía las maletas hechas, decidí que había llegado el momento de abandonar el apartamento de mamá. Al volver de Lima alquilaría un nuevo apartamento lejos de Coral Gables, en caso de que consiguiera regresar. Un presentimiento, un malestar del cuerpo, llámenlo como quieran, me advirtió de que no iba a regresar jamás.

Si hubiese tenido un hijo, al menos contaría con alguien dispuesto a defenderme, pero ahora ya no tenía a nadie a quién llamar. El bebé que perdí tras el accidente de Arístides era, según el ginecólogo, una niña. De haber nacido viva, le habría puesto Rebeca, como el fantasma de la película de Hitchcock que había visto en el avión durante mi luna de miel en Atenas, cuando partimos a visitar la tumba de los abuelos de mi marido.

Me serví otro vaso de whisky, esta vez fui por hielo y mi rostro se reflejó en la puerta metálica del refrigerador. Por poco no me reconocí. Estaba más blanca que un fantasma, las formas de mi cuerpo habían perdido solidez y parecían suspenderse en el aire, como si fuera transparente, el cabello hecho un lío, peor que la pordiosera que interpreté en *La marginal*, la telenovela de 1998 con la que me despedí de los escenarios mexicanos, mi último papel de éxito hasta la fecha y mi más grande contribución para Televisa.

A mi edad, todavía me alcanzaba la memoria para enumerar cada uno de los papeles de mi trayectoria artística. Los tenía siempre presentes, y los recordaba más que a los cadáveres de mis hijos. A diferencia de mis personajes, que seguían dando vueltas en los videos y las redes del ciberespacio, mis hijos formaban parte del relleno sanitario. Después de abortar por primera vez, mamá me contó que las maratonistas de las Olimpiadas de Múnich de 1972 abortaban con frecuencia, porque era la única manera de obtener hormonas para competir al tope de sus condiciones físicas. Llegado a este punto, pensarán que soy una asesina en serie, pero lo cierto es que no hay mujer en el mundo que aguante el peso de la consciencia. Siete niños de siete padres distintos, concebidos en las mismas circunstancias, en los descansos de las grabaciones; seis engendrados con los coprotagonistas de mis seis telenovelas de Radio Caracas Televisión en los años setenta, y Rebeca, la que más me costó olvidar, pertenecía a Arístides.

Afuera empezaba a amanecer. Descorrí las cortinas de la sala y me puse a observar los nubarrones del cielo que anunciaban una tormenta, inflados, grises, iguales a la neblina que suele abatirse sobre Lima todos los días del año. Pensé en el largo viaje que me esperaba a la vuelta de la esquina, al anochecer, las seis largas horas de vuelo sin contar las dos previas al embarque y la cola de migraciones al llegar al aeropuerto Jorge Chávez. La idea de aterrizar allí espantaba a cualquiera. Era un arrabal de fábricas fantasma, casas prefabricadas y cementerios de barcos flotando en las babas del mar mugriento.

El timbre del celular me hizo saltar del susto. Corrí hacia el dormitorio y palidecí al ver en la pantalla el cuadrado del mensaje que había estado esperando. *La impostora*, mi *alter ego*, me había mandado una foto recién salida de la ducha, el pelo húmedo partido a la mitad, cayendo sobre los hombros. Sonreía en una habitación tapizada con carteles gigantes en los que aparecía yo misma, en mi época de *Coral*. Me atreví a responderle al instante. Lo último que contestó me atravesó el pecho como un cañonazo directo al corazón:

Si no vienes pronto, iré yo a buscarte

QUÉ QUIERES DE MÍ?
QUIÉN ERES?

Soy tu hija.
Me llamo Sofía.

VI

Miss Domodédovo

Felipe Gallego nunca había pensado en la muerte. De niño había olido el cadáver de su madre muy de cerca, tocándolo con la punta de la nariz, y tampoco se había impresionado. Era, según él, un estado natural del cuerpo. Algo que tarde o temprano iba a sucederle a todo el mundo y a lo cual no había que darle tantas vueltas. Pero fue recién aquella noche, al verme en el aeropuerto de Fort Lauderdale, cuando quiso morirse por primera vez. Él caminaba apurado rumbo a la sala de embarque y, de pronto, ahí estaba yo, sentada en un banquillo del bar, de espaldas a un enorme ventanal. Los aviones parecían dinosaurios destripados por las mangas de acceso que salían de sus entrañas. Yo bebía mi tercera copa, apoyada en la barra de un restaurante mexicano, mirando CNN en el televisor de la pared. Felipe se detuvo en seco. Se jactaba de ser el único capaz de reconocermelo a metros de distancia, por el pelo, por el diámetro de mi cuello, por la forma de las orejas, por el largo de mis extremidades, por los lunares de mi piel. Se quedó perplejo, bañado por la luz de los fluorescentes. El olor del cadáver de su madre se revolvía en su interior y lo agitó de pies a cabeza con la fuerza de un temblor de tierra.

Familias enteras de pasajeros cruzaban de un lado a otro con sus manadas de niños vándalos correteando alrededor. Uno de ellos se estrelló contra su pierna. Felipe aulló de dolor. Pensó que debería existir una ley para prohibir que los niños menores de siete años abordaran un avión. El niño le dejó una huella de chocolate en el pantalón. La limpió con un pañuelo pero fue inútil, parecía una mancha de mierda. Tomó el pañuelo con la punta de los dedos y lo arrojó a la basura. Su corazón empezó a descontrolarse. Hacía un par de meses que le habían recetado el medicamento para la presión arterial y sus pantorrillas se inflaban bajo el elástico de sus calcetines. Echó un vistazo al celular. Su avión a Lima despegaba en menos de hora y media. Respiró profundo y esperó a que se le pasara la conmoción. Contó mentalmente el ritmo de los latidos de su taquicardia: uno, dos, tres por segundo, como los golpecitos de un muerto dentro de su pecho.

Para ser sincera, yo, al igual que Felipe, también tenía ganas de morirme. Miraba el noticiero sin poder concentrarme. Es curioso, ahora que me doy cuenta. Nos pasamos la vida imaginando de qué nos vamos a morir, y al final, cuando nos toca, el tiempo que desperdiciamos en ello no nos lo devuelve nadie. Habían transcurrido unas quince horas desde que recibí el último mensaje y aún me resistía a creer que *ella*, la impostora, fuese mi hija, y que estuviera viva. La duda me

atacaba los nervios con la misma magnitud con la que ella había huido de mi vientre y de mis recuerdos. Tuve la impresión de que no solo estaba regresando a Lima por la carta de mi madre, ni por el paquete que la señora Amelia se negó a enviarme por correo. Era como si el deseo de regresar formara parte de un extraño mecanismo que hacía encajar las piezas de un gran rompecabezas. Incluso hasta podía escuchar el ruido de las piezas chocando unas con otras. En la televisión, un periodista de pelo blanco y cejas gruesas narraba las noticias con el ceño fruncido.

No, no es posible, me repetía, agonizando de angustia. Me había deshecho de mis hijos al primer, segundo mes de gestación como máximo. Millones de mujeres gastan los mejores años de sus vidas tratando de concebir, y en cambio a mí la naturaleza me había hecho fecunda. A veces creía escuchar las risitas y lloriqueos de los fantasmas de mis hijos en mis pesadillas. A Rebeca había intentado expulsarla de mi cuerpo al poco de concebirla, apenas Arístides y yo nos mudamos al chalet de La Molina. Mamá me había prohibido tomar píldoras anticonceptivas desde que empecé a trabajar en televisión, decía que las mujeres que las tomaban subían de peso o enloquecían, o ambas cosas a la vez. *No te engañes, Jackie, la belleza natural de una mujer fértil no tiene punto de comparación, métetelo bien en la cabeza.* Ella había consultado a varios médicos por su cuenta y aseguraba tener la razón. En el caso de Rebeca, no tuve ni que hacerme la prueba de embarazo. Una mañana sentí náuseas y supe que el vía crucis había comenzado. A esas alturas, me conformé con practicar ejercicios de gimnasia para abortar en casa. Me acostaba en la alfombra y levantaba las piernas en alto o me doblaba en dos por la cintura mientras tomaba litros de infusión de sésamo, comiendo pedazos de canela cruda, recomendaciones que mi madre recopiló de tanto preguntar a las comadronas de aquí y de allá, encaprichada por evitar lo inevitable. Reconozco que no llegué a introducirme palillos de tejer entre las piernas porque, al menos, había que tener un poco de humanidad y yo creo mucho en el karma. Pero Rebeca, terca como yo, sobrevivió a cada uno de mis esfuerzos. Terminé acostumbrándome a ella. Su padre no cabía en sí de felicidad. Luego del accidente del Faucett DC-4, era evidente que el destino se había burlado de mí y en mi propia cara. De la noche a la mañana estaba jodida. Por lo tanto, tomé la decisión de darle la vuelta a los hechos.

Al tercer whisky dejé de mirar los mensajes del celular, y me convencí de que esa niña, sencillamente, no existía. La mente es muy poderosa, la autosugestión lo es aún más, una puede pensar lo que se le antoje y convencerse de lo inimaginable. Los fantasmas, por lo general, son más palpables que los milagros; eso lo sabía por experiencia.

Alguien quería hacerse pasar por mi hija. No me refiero a los mensajes que recibía desde Rusia, sino a la persona que había cambiado el puñal de plástico por el de verdad en el estudio. Horas antes de salir de Miami, había sucumbido a la paranoia y registré el apartamento de cabo a rabo, hecha un manojo de nervios. Estaba segura de que hallaría un micrófono en los cojines del sofá o una cámara escondida detrás de los electrodomésticos, pero solo encontré un par de cables

revueltos. Con las justas tuve tiempo para cambiarme de ropa y cargar las maletas a la recepción del edificio, una por una, sin nadie que me ayudara. En la calle me esperaba el *shuttle* que me trajo al aeropuerto. El conductor no me reconoció, ni tampoco se dignó en ayudarme, y le deseé la muerte, como de costumbre. Él aceleró de inmediato, calladísimo, muy profesional. Del espejo del parabrisas colgaba un bebé de plástico, desnudo y minúsculo, atado por el cuello. Se meneaba en el aire y parecía mirarme con sus ojos de mentira. Lo observé revolviéndome en mi asiento durante todo el camino desde Coral Gables hasta Fort Lauderdale. Luego de hacer el *check-in* y pasar la cola del *security*, me senté en el primer bar que encontré cerca de la puerta de abordaje.

Felipe Gallego temblaba, aferrado a su equipaje de mano. A diferencia del aeropuerto de Miami, el de Fort Lauderdale es más pequeño y acogedor. Los terminales internacionales están repletos de largas barras de madera rústica y pantallas táctiles, ideales para ejecutivos en viajes de negocios. La información de los vuelos salía con estrépito de los parlantes y retumbaba aún más fuerte que el ruido de los aviones. El resto de clientes jugaba póker en línea o les hablaban a las pantallas, enlazados en videoconferencias. Felipe volvió a mirar la hora en el celular. En unos minutos comenzaría el abordaje. Su taquicardia había desaparecido, pero la ansiedad seguía oprimiéndole el corazón. Avanzó despacio y se desató el nudo de la corbata, a escasos metros de mí.

Yo no le presté atención. Tenía los ojos pegados al televisor. Mis manos estrujaban el vaso de whisky a punto de quebrarse entre mis dedos. En el noticiero aparecían imágenes de un nuevo incendio en Lima. Le pedí al barman que subiera el volumen y escuché por fin la voz del periodista:

—... *se produjo también en el distrito de Miraflores, al igual que el incendio del domingo. Hasta el momento, se han encontrado los cadáveres de nueve personas carbonizadas. Las autoridades han identificado una tienda de discos de la calle Tarata como el origen del siniestro. Fue en esta misma calle donde estalló, hace veinticinco años, un coche bomba al pie del colegio Virginia Woolf.*

El hombre, parado frente a una multitud que escapaba de unos nubarrones de humo, señaló hacia unas placas de latón retorcidas, negras, y siguió diciendo con el micrófono en la mano:

—*El fuego afectó, además, esta escultura de bronce, un monumento levantado a la memoria de las víctimas del atentado terrorista en el que perecieron veinte adolescentes entre once y dieciséis años, alumnos de la mencionada institución.*

Una sombra apareció por encima de mi hombro. Me pegó un buen susto. Felipe colocó su maletín en el piso, se tronó los dedos y llamó al barman con un gesto de la mano. Carajo, lo que me faltaba, pensé. Era habitual que los extraños me abordaran de ese modo. Mis escotes todavía acaparaban cientos de miradas, pero me cuidaba bien de revelarles mi edad. El que menos me

echaba cuarenta y cinco, cincuenta años bien llevados. Nadie se imaginaba que ya tenía sesenta y nueve. A veces ordenaban una botella entera o estampaban dólar sobre dólar en la barra, como si la opulencia fuera a impresionarme. Pobres. Yo no soy de las que dilatan esfínteres por el grosor de las billeteras. A mis amantes los escogía siempre a mi gusto, y tenía (todavía tengo) inclinación por los hombres tristes, altos, de manos fuertes. En la época en que ganaba más dinero, los aeropuertos solían ser mi lugar predilecto para buscar aventuras. Los pasillos son como esos gruesos catálogos de Navidad de Sears o JC Penney que se publicaban en los años ochenta, repletos de hombres solitarios para escoger, al alcance de la mano, dispuestos a irse contigo sin hacerse mucho de rogar. Cuando les cancelan un vuelo, no les queda otra opción, salvo correr a echarse unas copas y, por fortuna, Florida es el paraíso de horrores climáticos. No tengo vergüenza en admitirlo. Los míos eran amores de miseria.

Felipe Gallego ordenó un whisky y se odió a sí mismo cuando le tembló la voz en la última sílaba. Yo seguía pendiente del televisor. El periodista tosía sobre el micro, el humo de la calle cubría las caras de los curiosos que saludaban a la cámara en lugar de escapar del fuego. La verdad, hacía décadas que le había perdido la vista a la situación política de mi país. Cuando alguien me preguntaba algo sobre el Perú, yo suspiraba y me encogía de hombros. Lo poco que conocía me llegaba por boca de terceros. Sabía, por supuesto, lo de aquel coche bomba en el colegio de la calle Tarata. Ocurrió en julio de 1992, si la memoria no me fallaba, hacía *veinticinco años*, tal como había dicho el periodista. Se cumpliría un cuarto de siglo exacto en dos meses, aún estábamos en mayo, no podía ser coincidencia.

Las coincidencias solo ocurren en las telenovelas, en la ficción. Las rueditas del engranaje volvieron a girar con un crujido en mi cabeza, una nueva vuelta de tuerca. Lima me estaba llamando. Podía escuchar los ruidos de la ciudad a medida que se acercaba la hora de abordar el vuelo. Las tumbas se abrían de par en par, los recuerdos saldrían flotando a la superficie, inflados y deformes como el cadáver de Arístides. Podía respirar el olor a fruta podrida y pisoteada de los mercados mayoristas; la pestilencia del mar en agosto; el incienso de las calles del Centro; los carros antiguos, grises, mugrientos; las carrozas fúnebres; la...

—Perdone —interrumpió Felipe—. ¿Puedo hablar un momentito con usted?

La voz salió de sus labios con tanto desamparo que a él mismo le sonó distinta. La había ensayado mentalmente una docena de veces. Allí estaba yo, la mujer que él había descubierto a los cinco o seis años en un televisor National blanco y negro, una tarde después del colegio en que pilló a su madre tumbada en el sofá viendo un episodio de *Silvia María* y su vida cambió por completo.

Yo lo ignoré. Me encantaba ser cruel.

Él insistió, mirándome con ojos trémulos:

—Usted es Jacqueline Metalius, ¿verdad?

El barman regresó con el whisky. Felipe lo empujó lentamente hacia mí. Yo se lo deslicé con la punta del dedo, sin mirarlo a la cara. Él no se dio por vencido y me lo devolvió. Lo dejó a pocos centímetros de mi brazo. Me causó gracia. Felipe seguía de pie, esperando una respuesta, impaciente. Lo observé de reojo. Era más alto que yo aunque por pocos centímetros, delgado, los ojos celestes y de bordes amarillos como los de un demonio. Rostro alargado, una nariz curva que afligía sus facciones (las narices grandes son síntoma de carácter indómito, decía mi madre), barba espesa, bien recortada, cabellos entre grises y pardos, ninguno fuera de su sitio. Debía tener unos cuarenta y pocos años. Hombros y espaldas de un caballero que se acuerda de visitar el gimnasio al menos un par de veces a la semana, pero ni siquiera sus brazos bien trabajados lo salvaban de su aire trágico.

Regresé la mirada al televisor. Él tosió para aclararse la voz.

—¿En serio no sabe quién soy?

—Váyase, por favor.

Algunos admiradores me sacaban de quicio, en especial los que creen que recuerdo todos y cada uno de los autógrafos que firmé en mi vida. Se sentían con derecho a interrogarme, como si fuéramos viejos conocidos. Me quedé en silencio, con el mentón levantado y las cejas tías.

—Mírame bien —dijo él.

—¿Para qué? —respondí—. Siempre me olvido de los que insisten demasiado.

Felipe retrocedió. Contrajo los puños, el rostro enrojecido de cólera. En el televisor, el periodista tosía y luchaba por hacerse oír entre los camiones de bomberos.

—*Las autoridades aún se niegan a considerar que los incendios hayan sido provocados por jóvenes de algún grupo paramilitar, pero los mensajes aparecidos en la dark web continúan llamando la atención de la opinión pública. Reportando en directo desde Lima, Perú. Adelante, estudios.*

Mi vaso estaba vacío, pero de todas formas me lo llevé a los labios. Le di un par de tragos imaginarios, arrepentida de viajar a último momento. ¿Qué clase de ciudad iba a encontrar después de cuarenta años? Lo mejor era cancelar el vuelo y volver a Miami, así tuviera regresar desde Fort Lauderdale en tren, en el TriRail, rodeada de zombis estirándose en los vagones y dejando restos de comida y papel grasiento en el piso.

Felipe posó los ojos en el noticiero. Meneó la cabeza y exhaló intensamente, sus labios torcidos en una media sonrisa. Luego preguntó:

—¿Sabía usted que los rusos inventaron el terrorismo en 1870?

Lo miré de pies a cabeza.

El terrorismo también es melodrama, darling.

—¿Cómo dice?

Él señaló el televisor.

—Estudiantes universitarios, todos de clase media. Nadie se moría de hambre en Rusia, pero arruinaron a su país, lo dejaron peor de lo que ya estaba. Este año se cumplen cien años de la revolución y, como ve, la humanidad sigue cometiendo los mismos errores. Parece ficción, ¿no lo cree?

Yo no tenía ganas de hablar de política y me quedé callada.

—Claro, usted debería saberlo mejor que nadie —insistió él, sonriendo.

—¿Yo? ¿Por qué?

Felipe chocó su vaso contra el mío.

—Porque usted es la *Mujer Soviética*.

Me eché a reír.

—¿Quién?

—Su nombre es Jacqueline Metalius, ¿o me equivoco?

Me extendió su mano. Miré sus sortijas y entonces lo recordé. El hombre que me había ayudado a levantarme del piso la tarde anterior, en el estudio. Se había ido sin que pudiera verlo a la cara.

—Yo soy Felipe Gallego.

Su aroma a lavanda me azotó la nariz y me provocó un escalofrío. Olía a ropa limpia, a sábanas recién cambiadas, exudaba paz interior por los cuatro costados. Mis dedos se cerraron alrededor de los suyos. Una mano pálida, helada, cargada de una fuerza inusual. Su apretón me hizo doler los nudillos. Tenía buen porte, sin ser excesivamente atractivo. Sentí un cosquilleo en la entrepierna. Las manchas marrones de sus manos me confirmaron que era mayor de lo que yo creía. No vi ninguna alianza entre los anillos que llevaba. Soltero, por supuesto, aunque a su edad aquello era signo de alarma. Metódico, acostumbrado a su propia soledad, a las aventuras, a desplazarse en los aeropuertos como si estuviera en su casa. Cutis hidratado, treinta por ciento de probabilidades de que fuera homosexual, quizá hijo único, o sobreviviente de algún trauma. Posible causa de muerte...

Los parlantes interrumpieron mis pensamientos. Una muchacha en uniforme de la aerolínea anunció el inicio del embarque del vuelo JB1824 con destino a Lima sin escalas. Invitaron a abordar primero a los pasajeros con discapacidad o que viajaban con niños pequeños, que para tal caso es igual. Todos los niños pequeños tienen discapacidad mental. Los clientes del bar se levantaron de sus sillas y avanzaron, atropellándose, hacia la puerta de abordaje. Miré el whisky que Felipe había puesto delante de mí y me lo acabé de un solo trago. Me incorporé y me puse en marcha, la vista nublada por el alcohol, la frase de Felipe dándome vueltas en la cabeza. La *Mujer Soviética*. Felipe dejó su vaso intacto. Cogió su maletín y me siguió de cerca.

—Soy el director de programación de Teleprisma —dijo él, caminando a mi costado.

No le respondí. Metí la mano en mi bolso, para cerciorarme de que los lapiceros aún estaban

allí. Había llevado una docena de lapiceros para firmar autógrafos, a pesar de que los autógrafos escritos de puño y letra estaban pasados de moda. Ahora había que tomarse una foto con el celular, lo cual era fatal porque las fotos instantáneas me horrorizaban. No se podía controlar la iluminación, ni el ángulo, y de ninguna manera iba a permitir que la masa de carne que asomaba por debajo de mi mentón echara a perder las expectativas de mi público. Ellos sabrían comprenderlo.

Felipe insistió:

—En Teleprisma hemos transmitido varias telenovelas tuyas. ¿Me permite tutearla?

La fila se desplazaba a paso de tortuga. La mitad de los pasajeros eran madres gestantes o cargaban uno, dos, tres bebés en los brazos, un malabarismo insólito. Varios tenían puesta la camiseta de la selección peruana y reían a gritos, empujando el equipaje con los pies. La mayoría había escrito su nombre, apellido y dirección con plumón grueso sobre sus bultos, como si fueran paquetes de un bus interprovincial. Unos escuchaban bachatas a todo volumen, otros hablaban por celular y describían cada uno de sus movimientos: sí, sí, ya estamos caminando, ya estamos entregando el pasaporte, ya estamos abordando, no te escucho bien.

Me volví hacia Felipe.

—¿Qué quiere decir con eso de la *Mujer Soviética*?

Él frunció el ceño.

—Jacqueline, es imposible que no lo recuerdes.

Se deshizo el nudo de la corbata y adoptó una expresión seria.

—Hace treinta años fuiste a firmar autógrafos a la Unión Soviética. ¿De eso sí te acuerdas?

Por supuesto que me acordaba. Para nadie era un secreto que las telenovelas venezolanas fueron las primeras en exportarse a Europa y el Medio Oriente. A fines de 1989, a cuatro años de su estreno original, las columnas de espectáculos no hablaban de otra cosa, el boom del culebrón sudamericano. La gira de difusión de *Coral* había durado casi seis meses. Visité España, Italia, Rumanía, Bulgaria, Turquía, Filipinas, la Unión Soviética y otros países que ahora escapan a mi memoria. Mamá me había acompañado en el viaje, incapaz de dejarme sola ni por un instante. Aterrizábamos en la capital de algún país remoto y después recorriamos varios pueblos en un día, una semana por región. Me sentaba a grabar mis entrevistas en las estaciones de televisión o, a falta de una, en la municipalidad. El alcalde mandaba decorar las calles con guirnaldas de colores y armaban un tablادillo de madera sobre el cual la banda del pueblo tocaba la canción de apertura de *Coral*, «Mi vida eres tú», en versión instrumental, durante horas, mientras la gente esperaba en una larga cola a que yo les firmara un pedazo de papel. Al llegar al hotel, muerta de cansancio y de frío, me encantaba encender el televisor para escuchar mi voz doblada a otros idiomas por actrices que se afanaban en imitarme sin conseguirlo.

Mareada por tantos recuerdos, volteé hacia Felipe.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Empezaron a llamarte la *Mujer Soviética* desde que te escucharon hablar en ruso.

—¿Te estás burlando de mí?

—Para nada. Si no me crees, te puedo mostrar un video. Hay varios en YouTube.

Sacó su celular del bolsillo. Me sentí un fósil por la rapidez con que lo vi teclear en la pantallita. Y ojo que yo, con los años, ya no me demoraba tanto en escribir un mensaje. En cambio él encontró lo que buscaba en menos de cinco segundos y colocó el celular frente a mis ojos:

Miss Chernobyl @Domodedovo Airport / Moscow (February 1990)

¿Miss Chernobyl?

El video estaba deteriorado, repleto de líneas de interferencia. Se notaba que lo habían grabado en un casete de Betamax sucio y polvoriento. En las imágenes había un grupo de gente sosteniendo carteles con mi fotografía y pancartas escritas en alfabeto cirílico junto a un avión de Aeroflot. Por la escalinata bajaba una mujer saludando a la multitud. Con las justas se veía parte de su cara, pero reconocí mi blusa ancha, mis hombreras, mi peinado altísimo de Virginia Lezcano. Entre los brazos llevaba un objeto borroso. Por un momento creí que era un bebé, pero en realidad era un ramo de rosas rojas y blancas como la bandera del Perú, atadas por una cinta de los mismos colores. Los organizadores debieron de avisarle a la comitiva que yo era peruana y no venezolana. Cuando terminé de bajar, me alcanzaron un micrófono. La cámara hizo por fin un acercamiento a mi rostro. Era yo, no me cabía duda. Mis labios pintados de rojo jungla se separaron y exclamé:

—*Eto ty! Moya doch'!*

La multitud del video explotó en ovaciones. No quise ver más. Aparté el celular de Felipe de un manotazo, el corazón palpitándome de prisa. Los demás turistas de la fila no se dieron cuenta de nada. Una muchacha revisaba los pasaportes y los escaneaba por una máquina, *bip, bip*, muchas gracias, adelante, bienvenidos a bordo. Delante de nosotros había una familia de tres niños y un bebé deforme (todos lo son a fin de cuentas) que jaloneaba los cabellos de la madre y los mordía de las puntas. La muchacha del *counter* se chorreó entera, como cada vez que una mujer ve a un niño pequeño, por más feo y malcriado que sea. Empezó a hacerle mimos y a hablarle con voz de idiota al tiempo que el padre hurgaba en sus bolsillos, buscando los pasaportes.

Yo los ignoré y me quedé pensando en el video. En efecto, recordaba la bruma del aeropuerto de Moscú aquel día. Había tenido que quitarme el abrigo para que el público me reconociera por la blusa y por las hombreras que usaba en *Coral*. El frío me había atravesado la piel hasta los huesos, estábamos a mitad del invierno. Ocurrió el 2 de febrero, a golpe de calendario, seis

meses antes de que los iraquíes invadieran Kuwait y dieran inicio a la guerra del Golfo. El alcalde de Moscú me había entregado el ramo de rosas y las llaves de la ciudad. Yo, en lugar de agradecerle, había pronunciado la frase que, según me contaron, había paralizado al país: «¡Eres tú! ¡Mi hija!». Pero, en vez de decírsela a Grecia Colmenares, se la dije en ruso a todos los que fueron a recibirme al aeropuerto. Me tomó cinco minutos aprendérmela de memoria y pronunciarla correctamente.

El bebé deforme asomó por encima del hombro de su madre. Me miró y soltó una risita mongólica, metiéndose los dedos a la boca. Debían de ser una familia evangélica o amish, porque en tiempos modernos de sobrepoblación y crisis inmobiliaria no hay excusa para tener más de uno o dos niños. La madre sudaba a cántaros, una mujer colorada de unos treinta años. Una falda pantalón le cubría las piernas, el cuerpo estragado por el exceso de embarazos. Vestía un blusa cerrada hasta el cuello, de botones grandes, ideal para sacar los pechos a la hora de amamantar. Sentí asco. Las familias numerosas están condenadas al fracaso. Los hijos crecen conformistas, flojos, y a la larga son ellos los que elevan las tasas de desempleo y de accidentes de tránsito. Esperanza de vida de la madre: cincuenta años. O quizá menos, si es que antes uno de los hijos no se la sacaba de en medio y de un buen cañonazo.

Felipe me cogió del brazo.

—¿Estás bien?

—¿Quién más sabe de este video?

—Lo sabe todo el mundo, solo es uno de los tantos que existen. Hay centenares de niñas rusas llamadas Jacqueline o Virginia, nacidas por esos años. Si no me crees, búscalas en Google. ¿Estás segura de que te sientes bien? Te noto pálida.

No pude responderle. El aeropuerto comenzó a dar vueltas, las risas de los pasajeros estallaban en mis oídos. El bebé se sacó los dedos de la boca y tocó mi blusa. El muy cabrón me mojó con su saliva. Mis tripas se revolvieron. El sudor de la criatura, su aliento a leche descompuesta, el tufo de su orina y de sus heces resacas al fondo el pañal fueron como puñaladas en mi estómago. Observé sus manitos de duende, sus orejas puntiagudas, sus encías desnudas, lo absurdo de su tamaño. Una masa de carne, sin ápice de inteligencia ni sentido común. Tuve ganas de matarlo. De arrancárselo a la madre y echarme a correr con él por el pasadizo hasta el baño de mujeres y hundirlo bajo el chorro de agua del lavadero, sosteniéndolo del cuello, verlo retorcerse, detenerse, quedarse quieto, sus brazos y piernas colgando, inertes, un muñeco de goma.

El bebé se puso a jugar con el broche de plata que yo llevaba en la solapa. Lo dejó untado de sus babas. *Basta, pensé. Sácame las manos de encima. Sácamelas. Sácamelas o te araña.* De un impulso, me quité el broche y le hundí la punta de la aguja en la mano. Los gritos del renacuajo llegaron a mis oídos como una sinfonía que me llenó de tranquilidad. No le había sacado sangre,

la punción había sido mínima. La madre, de espaldas a mí, lo agitó en sus brazos, segura de que se trataba de un berrinche más, y se perdió con él por la manga del avión. Felipe miraba el celular.

Habíamos llegado al principio de la fila y la muchacha nos pidió los pasaportes. Yo intenté calmarme. Le regalé la mejor de mis sonrisas, acariciando los lapiceros dentro del bolso. ¿Le firmaría un autógrafo solo con mi nombre o le escribiría una dedicatoria? Ella se limitó a hacer su trabajo y escaneó los tickets de abordaje. La infeliz no me reconoció. La odié. Mis dedos oprimieron el lapicero y lo partieron en dos.

—¿Metalius? —dijo ella, muy profesional—. Aquí tiene. Bienvenida a bordo.

Me largué a caminar sin agradecerle. La rabia me incendió la cara. Un malestar insoportable se extendió por mi cuerpo y me creó un mal sabor de boca. Regresaría sobre mis pasos, encontraría a la infeliz y le clavaría el lapicero en el ojo sin darle tiempo a reaccionar, la sangre se rebalsaría lentamente sobre su uniforme, a ver si ahora me reconoces, hija de puta; y con un poco de fuerza y suerte, el lapicero le atravesaría el globo ocular hasta pincharle el cerebro. Ella convulsionaría sobre los azulejos; su vida apagándose de a pocos, mientras se preguntaba qué había ocurrido, presa de un derrame, la mitad de su cara escurriéndose como ropa mojada, llamarían a Emergencias, pero ya sería demasiado tarde para salvarla.

Y eso que yo nunca había sido violenta.

Felipe apareció detrás de mí. Parecía un animalito indefenso moviéndome la cola, uno de esos bichos peludos que la gente insiste en mantener para no sentirse sola. Lo miré por el rabillo del ojo y suspiré. Se estaba convirtiendo en un estorbo. Avanzaba a pasos largos, firmes, la espalda recta, calculando sus movimientos. Había algo en su mirada que me recordaba a otra época, sobre todo su forma de caminar. No era su aspecto lo que lo hacía atractivo, sino el misterio que desbordaban sus ojos. Le faltaba autoridad, por más triste que fuera. ¿Sabría tratar a una mujer? Agarrarme de la muñeca, forcejearme, dejarme un buen moretón en el brazo. Arístides nunca me pegó ni llegó a amenazarme, pero se negaba a que yo saliera de casa o a dejarme sola a mi antojo, y eso bastaba para hacerme flaquear las piernas y temblar de deseo. Antes de que Felipe me alcanzara, le advertí:

—Déjame en paz, por favor. No me vengas con más cuentos de mujeres rusas.

—Pensé que ibas a pegarle a esa pobre chica —dijo él.

—Ya estoy acostumbrada —respondí, avanzando por la manga del avión—. Las generaciones cambian.

—Pues ahora no cambian tanto. Ya no se olvidan de ningún detalle. La historia se documenta, YouTube es una enciclopedia. Existen bancos de datos, programas de reconocimiento de imágenes, los noticieros se graban y se guardan, como los videos de las cámaras de seguridad. Con solo ingresar una foto puedes identificar a un desconocido.

—Es igual. Todos los días, cuando me levanto, siento que estoy viviendo en un mal sueño.

—A mí también me pasa.

—Es como estar atrapada en una espiral. Lo único que hago es dar vueltas y más vueltas.

—Exacto. Es como uno de esos sueños compartidos entre muchas personas.

—¿Qué es eso? ¿Una alucinación?

—No, es algo diferente.

Me lo explicó. Según él, algunos pueblos de la Unión Soviética descubrieron que sus habitantes soñaban con las mismas situaciones, en la época de la Segunda Guerra Mundial. Al despertar recordaban las cosas que se habían dicho el uno al otro durante el sueño, como si una mente colectiva fuese capaz de operar a nivel inconsciente.

Yo asentí en silencio. *La Mujer Soviética*. Los rostros de la multitud que me esperaba en el aeropuerto de Domodédovo. Los gritos. Las cámaras.

Los aplausos.

—Es normal cuando la gente corre el mismo peligro, claro —prosiguió él—, pero da mucho que pensar. Por eso entiendo lo que dices. Es como...

—Como si estuviéramos todos muertos.

Me miró a los ojos.

—¿Hablas en serio?

Le expliqué el asunto de los golpes en el apartamento, aunque no le dije que se trataba del fantasma de mi madre. Felipe asintió, como si tuviera todas las respuestas.

—Los fantasmas no son una fuerza sobrenatural. Hay una teoría que dice que, cuando nuestra vida se acaba, la retomamos en otra realidad.

—¿Quieres decir que hay vida después de la muerte?

—No necesariamente. Déjame explicarlo mejor. Mira, en el universo existen varias realidades o dimensiones paralelas, y solo nos toca habitar en una de ellas. Nosotros, por ejemplo, estamos en este aeropuerto. En otra realidad no nos conocemos, ni nos llamamos por nuestros nombres.

—Ajá.

—Si tú y yo coincidimos en el mismo sitio, como ahora, en esa otra realidad, se produce un quiebre, como si una aguja se insertara entre ambas dimensiones. Los fantasmas son personas atrapadas en una de estas líneas paralelas, porque no pudieron hacer el tránsito, o por razones que los sujetan a esta realidad. Nadie es capaz de verlos, pero lo que sí podemos es escucharlos cada vez que las líneas se entrecruzan.

Cuando estaba por decir algo, un aguijonazo en la espalda me hizo dar un mal paso. Tuve que apoyarme en él. Se alarmó. Las punzadas palpitaron desde mi cuello hasta la punta de mis dedos. Ya casi me había olvidado del dolor de los días anteriores, la costra gris de mi herida había

empezado a quebrarse. La sangre humedeció la compresa que me había cambiado por la tarde antes de salir de casa.

—Perdona, estoy un poco mareada.

—Pensé que era por la conversación.

—En parte. Creo que regresar al Perú no es una buena idea.

—Al contrario. La cosa se puede poner mucho peor después.

La familia del bebé desapareció por la escotilla del avión, al final de la manga de abordaje. Las aeromozas inclinaron las cabezas, sonrientes. Ninguna hablaba español. Las odié por ser más altas que yo, por tener los pechos en su sitio, redondos, perfectos, oprimidos bajo el escote del uniforme. Felipe se inclinó también y me hizo una reverencia con la mano.

—Después de usted, miss Chernóbil.

El avión era pequeñísimo, sin separaciones de clase ejecutiva. Solo dos filas de asientos a ambos costados y tres al medio, que a la vista resultaban incómodas para un viaje de seis horas. Felipe fue el primero en sentarse. Le tocó el 1A, el primero a la izquierda, junto a la ventana. A mí me tocó el 13F, a la derecha, a mitad del pasillo. Los pasajeros iban a pisotearme camino al baño por el resto del vuelo, y debí de interpretarlo como un signo de mala suerte. Afuera reinaba la oscuridad. Los residuos de la lluvia aún golpeteaban las ventanas, las luces de la cabina principal la hacían parecerse a un acuario largo y bullicioso.

Felipe se acomodó en su asiento. Miró hacia atrás y se despidió de mí agitando la mano. Nos vemos en Lima, me dijo, colocándose unos audífonos. Yo no me despedí porque no pensaba volver a verlo. De algo sí estaba segura: en la vida había conocido a pocos hombres tan lúcidos como él. Su inteligencia me agitaba de un modo extraño. ¿Por qué habría escogido viajar en una aerolínea de bajo costo y desde Fort Lauderdale? Un ejecutivo como él podía pagarse tranquilamente el *business class* de American Airlines. Todavía no lograba definir lo que me atraía de él, si su capacidad para abordar varios temas de conversación o el aire de abandono que lo acompañaba. Las palabras salían de su boca como un niño pequeño que se había memorizado la lección, tratando de impresionar a la maestra antes que a sus compañeros de salón.

A mi costado había una mujer de unos treinta y cinco años con una Biblia en las manos. Sonrió sin reconocerme. Noté su estómago abultado, por el tamaño tendría unos siete meses. Mamá decía que las mujeres embarazadas no debían subirse a los aviones. Los hijos les salían retrasados o con un sinfín de malformaciones y, por lo general, morían antes de cumplir los diez años, a causa de los peligros de la radiación cósmica. Me puse el cinturón de seguridad. La mujer me preguntó si era la primera vez que iba a visitar el Perú. No hablo inglés, respondí. Fingí dormirme, maldiciendo por no tener audífonos. La mujer volvió a su libro.

El dolor me lanzó otra punzada en el hombro. Abrí el bolso y apuré el whisky que había llenado en las botellitas de colirio y de líquido para lentes de contacto, la única forma de pasar

alcohol por el control de seguridad. Me cogí de los reposabrazos del asiento y apreté los labios. *Miss Chernóbil*. Imaginé mis gritos en ruso, en armenio, en hebreo, las actrices de doblaje recitando las líneas que aún recordaba palabra por palabra: «¡Esa niña eras tú! ¡Eres tú! ¡Mi hija!». *Eto ty! Moya doch'!* Capítulo ciento treinta y siete de *Coral*. Grecia Colmenares lloraba sin maquillaje, tapándose los oídos, resistiéndose a escucharme, embutida en un espantoso mameluco blanco que aniquilaba su figura. Yo, fabulosa, mi cabello recogido en un moño que me aumentaba la edad, la blusa cerrada hasta el cuello y una falda tubo larguísima, pidiéndole perdón de rodillas, mis mejillas húmedas de lágrimas auténticas, mostrándole la carta del convento de las Hermanas del Buen Pastor y su fecha de nacimiento, rogándole que me aceptara como madre. Aquí está la prueba, ¡la prueba! Ella suplicándome que me fuera por donde vine, aquí no ha pasado nada, olvídense de mí, olvídense, señora, por favor, y ahora váyase, váyase, lo mejor que puede hacer es irse. ¡Que se vaya le digo! Nos reconciamos veinte capítulos más tarde, poco antes del gran final.

Tal vez volvería a escuchar esas mismas palabras en boca de *la impostora* al llegar a Lima. Tal vez abriría el paquete de mamá y encontraría una carta suya, una nueva fecha de nacimiento.

Es ella. Esa niña es tu hija.

Y está viva.

El avión se preparó para despegar. Las aeromozas señalaban las salidas de emergencia sonriendo, felices de la vida, sujetando las mascarillas de oxígeno como quien muestra un electrodoméstico en un infomercial. El dolor en la espalda seguía removiéndome la carne, las piezas del rompecabezas mental retumbaban en mis oídos, *crac, crac, crac. Esto ya lo he vivido antes. Esto ya lo he vivido antes.*

En un minuto ya estábamos en el aire. Los malparidos echaban hurras y aplaudían fascinados, por poco y cantaban el himno nacional. Para ellos era una suerte de regresión, un paseo escolar en un bus destartado, el nacionalismo incendiándoles el pecho, pero para mí volar era un suplicio desde la tragedia de Arístides. Habían pasado cuarenta años y, hasta la fecha, no habían descubierto las causas del accidente. Tampoco hallaron la caja negra, hundida en alguna parte del Pacífico. Al pobre lo encontraron flotando en la superficie e hinchado de agua, rodeado de cadáveres verdes, todos convertidos en alimento para la fauna marítima; mamá me lo había contado con lujo de detalles. Fue ella quien habló con la policía, reconoció el cuerpo y firmó el acta de defunción, mientras yo me recuperaba del susto en la clínica. Arístides había muerto con la boca congelada en un último grito de terror. Por allí entraron los peces que se comieron sus órganos internos. También devoraron sus ojos, sus dedos, su sexo. Su pantalón había reventado a causa de la hinchazón y después los buitres le sacaron lo que quedaba de las vísceras por el recto. Claro, lo de la boca abierta es común en ese tipo de accidentes. Los forenses dicen que no hay cosa más triste que ver las caras de las víctimas de un avión caído.

A la mayoría de personas, si les dan a escoger, les gustaría morir en un abrir y cerrar de ojos, sin verlo venir, sin detenerse a pensarlo. Otros eligen morir durmiendo, a mitad de un sueño, visitando habitación tras habitación en una espiral perpetua, las ficciones mezcladas en el inconsciente. Yo le tengo más miedo a la improvisación. Soy una mujer muy organizada y preferiría saber cuándo habré de morirme para poder disponer de mis asuntos, fiel a la creencia de que la muerte encontraría siempre una manera de anunciarse.

* * *

La impostora intentó ahorcarme en medio de la noche. Vestía ropas de mujer bolchevique. Llevaba un pañuelo atado en la cabeza, bordado de flores, y un vestido rojo intenso que le llegaba a las rodillas. Había estado escondida en el baño del avión, esperándome. La descubrí de madrugada. El dolor de la espalda me despertó mientras los pasajeros dormían a pierna suelta; la mujer del costado roncaba y su saliva se precipitaba sobre las hojas de su Biblia. Miré por la ventana. La costa de Florida se había hecho minúscula; el golfo de México envuelto en el manto gris de la tropósfera. Acabábamos de atravesar la isla de Cuba luego de la sacudida violentísima que algunos confunden con el triángulo de las Bermudas, pero que en realidad es una turbulencia normal de la zona, porque el triángulo está más hacia el noreste; los viajeros que suelen tomar la ruta Florida-Lima todo el tiempo deben saber a lo que me refiero. Caminé de puntillas por el pasillo, acompañada por el griterío de los bebés que se resistían a dormirse, la desesperación dibujada en las ojeras de sus padres, acostumbrados a trasnochar. Cuando entré en el baño se me escapó un grito. *La impostora* me miraba desde el espejo. Su traje rojo de bolchevique era casi fosforescente y dañaba la vista. ¿*Mamá, por qué no respondes los mensajes?*, preguntó; su ojo izquierdo palpitando como si tuviese vida propia. ¿Así me habrían visto los televidentes en su época? Quise responderle y no alcancé ni a pronunciar su nombre. *Rebeca...* La punzada de dolor me lo impidió. Me quité la blusa. La carne de mi hombro se había teñido de un color violeta, la costra grumosa y nuevamente negra cual pedazo de carbón. Al tocarla se despegó y cayó al suelo, arrancándome un trozo de piel. Las manos de la impostora se cerraron en mi cuello, empezó a faltarme el aire; ella era más fuerte que yo y logró inmovilizarme. La claridad de la muerte apareció delante de mis ojos, insoportable, enceguedora. Traté de decir algo para la posteridad:

Eto ty! Moya doch'!

Desperté en mi asiento empapada de sudor, respirando con violencia. Había sido un sueño. El cuello seguía doliéndome en los lugares donde la impostora había puesto los dedos. ¿Era posible? La mujer del costado todavía roncaba. Las aeromozas recogían servilletas del piso, y

una de ellas se acercó para pedirnos que enderezáramos los asientos porque ya íbamos a aterrizar en Lima.

Lo que vi por la ventana me hizo entrar en pánico. Me vinieron a la mente los arrabales de Sarajevo, la desolación de Bratislava, el polvo de las calles de Minsk, los monumentos en ruinas de Kiev. No quería ni imaginarme cómo debía estar Caracas para que los venezolanos huyeran en masa hacia esta ciudad y sin pensárselo dos veces. ¿Sentirían los mismos escalofríos que yo al aterrizar? La modernidad de los catálogos y anuncios turísticos desaparecía frente a aquellas montañas con pinta de fertilizante. La garúa absorbía el panorama en una sopa espesa de casitas de cartón piedra, construcciones de barro, cascos de edificios sin terminar y mesetas de bordes desiguales, descartes de la era Mesozoica. El mar que se tragó a mi marido echaba sus olas marrones en un litoral de barcos de carga y flotas de camiones desperdigados en las orillas. Aterrizamos en el aeropuerto Jorge Chávez a las cinco y cuarenta de la mañana. La gente aplaudió al tocar tierra, otra mala costumbre de los vueltos tercermundistas.

Encendí el celular que tenía apagado desde Fort Lauderdale. No me importó que fueran a cobrarme un dineral por utilizar el *roaming* internacional. Alertas del banco, llamadas perdidas de la oficina de Unimundo. ¿Para qué querrían contactarme? Un e-mail de la aerolínea: gracias por volar con nosotros, ayúdenos a rellenar un cuestionario y acumule millas de vuelo. Notificaciones: doce nuevos ‘me gusta’, cinco personas compartieron un post. Un mensaje nuevo:

Soy Sofía. Estoy en el aeropuerto, salgo hoy mismo para Miami. Sé dónde vives. En unas horas estaré en tu apartamento. Espero que me abras la puerta.

Se me encogió el corazón. La pobre se llevaría la gran decepción de su vida al descubrir que nos habíamos cruzado en direcciones distintas. Aunque, si lo pensaba bien, existía el peligro de encontrármela en los pasillos, en las salas de espera, o en alguna puerta de embarque. Quizá me vería a través de los ventanales y se lanzaría a correr detrás de mí, golpeando las vidrieras, desesperada, llamándome a gritos. ¿Qué podría decirle? ¿Que yo no tenía la culpa de haberla dado por muerta? ¿Que prefería enloquecer antes que mirarla a la cara y sentir que mi otro yo se había escapado del espejo como en mis pesadillas?

Felipe me esperaba de pie junto a la escotilla del avión. Sus ojos estaban rojos y se sonaba la nariz con un pañuelo bordado con sus iniciales, F. G. Yo pasé de largo sin detenerme. Él me sujetó del brazo y lo fulminé con la mirada.

—Si vuelves a decirme *miss Chernóbil*, te partiré la cabeza.

—Descuida, *la Mujer Soviética* es el término oficial —respondió él, tratando de igualar mis pasos—. Lo de *miss Chernóbil* fue algo que empezó en la *dark web*.

Primera impresión del Jorge Chávez: no tenía nada que envidiarle a otros aeropuertos casposos como el de Fort Myers, por ejemplo, o el de La Guardia, antes de que lo remodelaran. Las mayólicas blancas le daban la apariencia de beneficencia pública, eso sí. La gente dormía como podía en las salas de embarque, todos vestidos de gris, marrón, verde oscuro, zapatos baratos y esas casacas de polar horrendas que les encanta ponerse encima.

—No sé lo que es la *dark web* ni quiero saberlo.

—¿Nunca te enteraste de las teorías conspirativas?

—No me hagas reír. Las conspiraciones son puro cuento. La gente, cuando está aburrida, se inventa cualquier estupidez.

—Este no es el caso. Después del atentado del 11 de setiembre no se hablaba de otra cosa. Incluso lo publicaron en el *New York Times*. Pensé que lo sabías.

Se había formado una larga cola delante de las ventanillas de migraciones. Unas chicas muertas de sueño nos alcanzaron unos formularios para la declaración de aduanas. Lamenté que la burocracia nos siguiera persiguiendo hasta en los aeropuertos; la tecnología ya debería ahorrarnos tanto trámite.

Felipe se inclinó y me susurró al oído:

—Tu gira por el Medio Oriente la financió la Unión Soviética.

Su aliento era fresco y olía a pasta dental de eucalipto. Aparte de los ojos rojos, no había ni rastro de legañas. Los cabellos en su sitio, el cutis limpio. De seguro tuvo tiempo de arreglarse en el baño, y eso le restaba puntos. Los hombres demasiado metódicos me sacan de quicio. Prefiero a los aventureros, los que improvisan, los que te cogen desprevenida, los que tiran la ropa al suelo en vez de poner cada prenda doblada sobre la silla antes de levantarte en peso y echarte sobre el colchón.

—Mira, ya te dije que no me interesa. Eso fue hace treinta años. Yo solo me subí a un avión y punto, se acabó. Me da lo mismo que el viaje lo haya pagado Boris Yeltsin o Saddam Hussein.

—Gorbachov. Fue Gorbachov.

Y allí, parados en medio de la cola de migraciones, Felipe me soltó la bomba que yo, hasta entonces, ignoraba. Al parecer, mi nombre había estado en boca de todo el mundo por culpa de aquel bendito artículo del *New York Times*. A fines de 1990, cuando la Unión Soviética agonizaba, el gobierno ruso había hallado una manera de distraer la atención de sus habitantes. Corría el rumor de que la gente se sublevaría y no aceptaría el nuevo régimen, pero pronto encontraron la solución en las telenovelas venezolanas. El gobierno ejercía el control de los canales de televisión y empezó a transmitir *Coral* en los quince países de la Unión y en simultáneo, a las siete de la noche, la hora en que las familias se sentaban a cenar frente al

televisor. El resultado fue un suceso nunca antes visto. Era la primera vez que transmitían una telenovela de Hispanoamérica, una realidad distinta donde no existían la Guerra Fría ni la crisis económica, donde los problemas eran más cotidianos, por ejemplo, el cáncer de seno del personaje de Mariela Alcalá, la adicción a la heroína de Jeannette Rodríguez, o incluso yo, Virginia Lezcano, la muchacha pobre que abandona a su hija en un convento y que luego se convierte en una dama importante, una empresaria, dueña de su propia casa de modas, un símbolo de la mujer proletaria y triunfadora, del sacrificio de las amas de casa que combatieron en la Segunda Guerra Mundial, un tributo a las madres rusas que dieron por muertas a sus hijas en el frente de batalla y se reencontraron con ellas al cabo de veinte, treinta años, tal como yo me reuní con Grecia Colmenares en aquella escena lacrimógena al final de *Coral*.

Mis pies retrocedieron a medida que lo escuchaba. La cara de Felipe no se había alterado en lo más mínimo.

—Búscalos en internet, si quieres. Cuando estalló la guerra del Golfo, en el Medio Oriente solo se hablaba de Jacqueline Metalius, de lo que dijiste en el aeropuerto de Moscú y de tus visitas a Bosnia, a Varsovia, a Egipto.

Sentí que mis mejillas se encendían y me cubrí las orejas.

—El resto del mundo estaba al pendiente la guerra, pero en Rusia preferían ver *Estrechándote*, *La dama de blanco*, *Corazón de hierro*, las telenovelas que hiciste después de *Coral*.

—Me estás engañando.

—Jacqueline, escucha...

—La gira empezó en España. Allá la emoción de la gente era auténtica.

—Nunca dije que fuera falsa, pero también fue una estrategia militar. ¿Por qué crees que *Coral* tuvo éxito? ¿Por los libretos? ¿Por tus peinados? Jacqueline, transmitieron la telenovela en 1989 y la repitieron varias veces en los años siguientes, piénsalo bien. Las madres te veían por televisión mientras a sus hijos los despedaban en el Golfo.

—¡Basta!

Nuestra discusión empezó a llamar la atención de la gente. Habían pasado cinco minutos y la cola de migraciones continuaba igual de larga. Me coloqué las gafas de sol. Un oficial del aeropuerto alzó el brazo y me hizo señas diciendo por acá, señorita, por acá. Habían habilitado una nueva ventanilla. Me deslicé rápidamente, saltándome a varias personas que aún esperaban su turno. Hubo protestas, pero fingí no escucharlas. Después de cuarenta años de no pisar el país, lo menos que podía hacer era adaptarme a los criollismos. Felipe se quedó en la fila anterior, al otro lado del cordón de seguridad. La chica de la ventanilla me reconoció al instante y me tomó una foto con el celular. ¡Jacqueline Metalius! Qué honor, mi abuela es una gran admiradora suya desde niña, no sabe lo contenta que se va a poner.

Que me llamara *señora* me dolió más que lo otro. Ojalá tu abuela se hubiera cosido el coño, quise decirle, pero yo solo pensaba en huir, segura de que Felipe era un periodista encubierto, un columnista de espectáculos que intentaba llenarme la cabeza de ideas para sacarme una entrevista. Su sangre fría y su forma extraña de mirarme me hicieron creer que hasta podría ser víctima de problemas mentales, o incluso de tener impulsos homicidas. En alguna parte leí que los asesinos en serie suelen ser los mejores amantes, porque se entregan con un instinto animal primigenio, sin contemplaciones, pero decidí no averiguarlo. La chica me devolvió el pasaporte justo cuando Felipe retiraba el cordón de seguridad, decidido a perseguirme. Me fui sin darle las gracias, el miedo revolviéndome las tripas. Atravesé la tienda del *duty free* a la carrera, la cabeza dándome vueltas, mirando por encima del hombro, el dolor lanzándome fogonazos a cada paso que daba. Vi que un oficial detenía a Felipe y le cerraba el paso. Por los parlantes de la tienda se oía una melodía romántica que me quitó el aliento, y cuando la reconocí tuve que frenar sobre mis tacones.

Perdona, es que yo
caminaba por aquí
y en tu alcoba vi la luz...

Me cogí de un escaparate para no caer de bruces en el suelo. ¿En realidad la había escuchado o se trataba de una alucinación? El aire dejó de circular en mis pulmones. La melodía se distorsionó en un eco macabro, martillándome las sienes, los objetos de los escaparates girando en una espiral enloquecida: las guías de turismo, las camisetas fosforescentes, los ponchos de alpaca, las llamas de peluche, las botellas de licor con forma de ceramios prehispánicos. En medio de los nubarrones de colores reconocí, unos metros hacia el fondo, la zona de entrega de equipaje. Las maletas desfilaban unas tras otras sobre la faja del carrusel. Quise dar un paso adelante, pero las piernas me flaquearon y tropecé con una mesa repleta de perfumes. Una vendedora me agarró por la cintura, sus compañeras se acercaron entre curiosas y alarmadas. Y fue tal vez por la confusión y por el ruido de los perfumes haciéndose añicos en las mayólicas que no pudimos oír el primer disparo.

La gente empezó a gritar recién al segundo. Fue una descarga fulminante, ensordecedora. Creí que me habían explotado los tímpanos. Un pitido se instaló en mis oídos y caí de culo junto a la mesa de los perfumes. Los vidrios rotos se clavaron en mis piernas. Las vendedoras se alejaron a toda prisa hacia las filas de migraciones, gritando. Los disparos venían desde afuera, muy cerca de la entrega de equipaje, ahora cubierta de humo y de olor a pólvora. A mis espaldas escuché a unos policías tratando de controlar la situación, pidiendo guardar la calma, los chillidos de la multitud a punto de derribar las paredes.

En una esquina, una mujer como de mi edad lloraba con la cara pegada en el suelo y repetía:
—No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir...

Hasta ese entonces, los únicos disparos que yo conocía eran las balas de mentira con las que me asesinaban en la ficción.

El tercer y cuarto disparo se escucharon casi al mismo tiempo. Alguien ordenó echarse al piso, cállense la boca, ¡silencio, carajo!, y entonces los disparos de afuera cesaron sin más. El silencio que le siguió fue como un mal augurio. Prefería los ruidos en lugar de aquella quietud absurda, irreal. Escuché unas botas caminando en dirección a los escaparates, *clac, clac, clac*, el eco igualando el ritmo de los latidos de mi corazón. La gente se demoró un par de segundos en darse cuenta de lo que iba a ocurrir. Supuse que estaban tirados en las mayólicas, inmóviles, pero bastó con que oyeran el *clac, clac, clac* de las botas para que se levantaran del suelo y huyeran hacia la sala de embarque, a pesar de las advertencias de los policías. Yo atiné a arrastrarme hacia el estante de las guías turísticas y me escondí detrás. Me mordí los labios y contuve los gritos; la desesperación, la muerte me pisaba los talones y no había encontrado forma de anunciarse. Lo que más me aterraba de morir era la idea de reencontrarme con el fantasma de mi madre.

¿Qué le costaba mandarme una señal?

El eco de las botas se detuvo a pocos metros de mí. Alguien había llegado a la puerta del *duty free*, pero me resistí a echar un vistazo. Lamenté no haberles hecho caso a los noticieros. Mis dientes castañeaban y la orina me quemaba en la entrepierna, amenazando con rebalsarse.

A mi costado, la mujer siguió llorando desde el suelo:

—No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir...

El quinto disparo le voló la cabeza. Imaginé sus sesos regados en las mayólicas, la luz del fluorescente reflejada en los grises y azules de su corteza cerebral. Me saqué sangre de los dedos de tanto mordirme los nudillos. ¿Sería Sofía quien llevaba las botas? Tendría que llamarla por su nombre real y pedirle perdón. Baja el arma por favor, Sofía, acaba conmigo si quieres, pero deja de dispararles a los demás. Las botas avanzaron por el centro de la tienda a pasos gigantes, enérgicos. Esos pasos no eran de mujer, y que me perdonen las feministas. Cuando las botas pisaron los vidrios rotos supe que estaban a menos de un metro de distancia. Aguanté la respiración en mi escondite. Conté los segundos tapándome la boca, removiéndome en mi sitio. Un vidrio roto se enterró en mi rodilla y lancé un chillido. Ya estoy muerta, pensé. Sentí el cuerpo lívido, adormecido, sin tacto.

Una mano robusta me jaló de las piernas y me sacó de mi escondite. Fue como si me hubiesen cortado el vientre de un tajo. El pitido en mis oídos me impidió escuchar mis propios gritos. Me revolqué en el suelo, mis piernas cubiertas de los trozos de cerebro de la mujer que acababa de morir. La mano me tomó del brazo y me dio la vuelta con violencia. En medio del horror pude

ver un rostro asustado y hermoso que me miraba estupefacto. El atacante era un muchacho escuálido de cabellos rubios, desordenados, sus ojos celestes abiertos de la impresión. El sudor le caía a borbotones desde la frente, las mejillas blanquísimas manchadas de pólvora. Vestía, en efecto, unas botas militares, unos jeans desteñidos con huecos en las rodillas y una chompa de dibujos indígenas. Debía tener unos veinticinco años. El olor intenso de sus axilas me descolocó. Me levantó en peso con ambas manos; mis pies se agitaron, descalzos, en el aire. ¿En qué momento habría perdido los tacones?

El chico volvió a dejarme en el piso. Dio unos pasos hacia atrás y noté que llevaba el rifle colgado del hombro. Please, murmuré, esforzándome por llorar de verdad. Cerré los ojos e imaginé que estábamos en un set de televisión, que grabábamos la escena de una disputa, que él era un actor profesional y yo, por supuesto, la protagonista. Solo entonces las lágrimas se deslizaron por mis pómulos. *Please don't do this.* Él retrocedió, temblando, señalándome con el dedo, y de pronto adquirió una expresión petrificada.

—*Sovetskaya zhenshchina!*

Dio vueltas en círculos, celebrando sus palabras, los brazos extendidos, haciendo venias frente a un público invisible. Yo seguí atornillada en mi sitio, contemplándolo, sin atreverme a escapar. Él dejó de girar, tomó su rifle y con la culata derribó las botellas y los *souvenirs* al suelo, poseído por una emoción desconocida. Estaba tan eufórico que no alcanzó a escuchar las pisadas y susurros de un tropel de botas que se acercaba, abriéndose paso entre la sangre y los pedazos de cerámica. Luego lanzó un par de carcajadas y exclamó:

—*Eto ty! Moya doch'!*

Fueron sus últimas palabras. Una docena de hombres con cascos y uniformes negros irrumpió a nuestro alrededor y lo acribillaron a quemarropa, sin darle tiempo a reaccionar. Me pegué a la pared opuesta tapándome los oídos, conteniendo la respiración, el aire contaminado por la nube de pólvora y el aroma de la muerte. El chico se retorció en su sitio sujetando el rifle, escupiendo sangre por la boca mientras recibía los disparos. Yo corrí hacia la puerta de escape y una bala me alcanzó por la espalda, a la altura del hombro, en el mismo lugar de la herida.

El ardor me paralizó. Una quemazón espantosa, como si una barra de metal hirviendo me hubiese atravesado el músculo, y después sangre y más sangre caliente, un torrente incontenible que me hizo preguntarme si era posible que el cuerpo guardara tanto calor por dentro. No sé cómo acabé en el suelo. Un policía se arrodilló a mi costado, oprimió la herida con las manos y soltó unas palabras en un idioma extraño. Hacía unos segundos lo había oído hablar en español. Las vendedoras se acercaron, llorando a gritos en ese idioma extraño, aunque no pude seguir escuchándolas. Un sabor a metal derretido comenzó a endurecerme las encías. El corazón me dio tumbos en el pecho y me alarmé de no poder respirar por la nariz ni por la boca. Mi paladar estaba obstruido por los borbotones de acidez metálica. Felipe apareció corriendo en cámara

lenta, aullando en el mismo idioma extraño, su voz distorsionada por el pitido que seguía taladrándome las orejas. Se arrodilló junto al policía. Busqué su mano a tientas y la apreté entre mis dedos. Su piel era de una suavidad pasmosa, y me arrepentí de haber rechazado sus avances. Intenté decírselo, pero mis palabras también sonaron en aquel idioma extraño.

Entonces creí ver que las vendedoras se ponían de pie y aplaudían sin cesar.

Un segundo después descubrí que no eran ellas quienes aplaudían. Los aplausos surgían de una luz cegadora. Felipe se quedó inmóvil. Los policías se sacaron las gorras, cabizbajos, los aplausos cada vez más ensordecedores y la voz, la voz de *la impostora*, de Rebeca, de Sofía, el idioma extraño que sonaba a alguna lengua africana, primitiva, ruidos cortitos y guturales, las lenguas chocándose en los paladares, los latidos de un corazón lejano, la luz consumiendo el espacio a mi alrededor y los aplausos, los aplausos que ahora ocultaban los sonidos del mundo mientras yo estiraba las piernas en las mayólicas frías y pensaba en que la muerte, a fin de cuentas, a pesar de dar tumbos y asomarse en un sinfín de aplausos, la muerte era esto.

Por la noche, el hombre ojeroso regresó al cementerio y quiso violentar la lápida. Lo habían visto en el entierro, antes de la puesta de sol. En aquel momento no se les ocurrió que fuera un tipo violento, ni alguien capaz de perturbar el sueño de los muertos. Era, después de todo, un hombre calculador. Al que menos le había impresionado su postura y la delicadeza con la que se acercó al ataúd de la mujer, afligido, la cara deformada por la angustia, los ojos inyectados de sangre, como si fuera él quien estuviese dentro. Los que asistieron al entierro creyeron reconocerlo de algún sitio. Llevaba un sombrero pasado de moda y gafas oscuras, se persignó y se fue tal como había venido. Dos horas después volvió ya sin el sombrero. Los de la limpieza estaban juntando las sillas y los albañiles sacudían el polvo de la lápida recién colocada, una placa de mármol gris con salpicaduras blancas que en su momento desató la burla de varias damas. Una de ellas hasta se atrevió a decir que aquello parecía rastros de esperma. Nadie se atrevió a dar su opinión. La mayoría no terminaba de digerir la nueva y modernísima ala del cementerio de La Planicie, en los cerros de Rinconada Alta, en La Molina, a unos kilómetros del chalet donde la difunta había pasado sus últimas horas. En su momento había dicho que estaría feliz de morir allí si la decisión se la dejaban a ella. El destino cumplió su deseo. La mujer, en efecto, perdió la vida cuando le clavaron un puñal por la espalda, delante de las cámaras, mientras grababa una escena de la telenovela en la que participaba en aquel momento. Ella había decidido que fuese la última.

Ni siquiera vale la pena mencionar el nombre de la difunta. Los paramédicos habían llegado al chalet a bordo de una ambulancia que irrumpió en el estacionamiento con una patrulla enfrente y un camión de bomberos detrás. Cruzaron a gran velocidad los nubarrones de humo que salían por la puerta del estudio. Alguien, cuya identidad nunca fue esclarecida, había dejado de tomarle fotos a la mujer, quien se desangraba en el piso, para llamar a Emergencias. En medio del incendio, rodeada de estatuas carbonizadas y de los esqueletos de las cámaras, fue inútil tratar de salvarle la vida. Sin embargo, ella no tenía que estar muerta para convertirse en leyenda, como sucede con otras celebridades. Algunas recién empiezan a existir cuando sus cadáveres ruedan sobre una camilla, con los pies por delante. En esos casos, sus entierros se llenan de personas hinchadas de llorar pero que en vida no se habían atrevido a darles ni la hora. Recién cuando

alguien se muere, empiezan a lloverles las oportunidades laborales, las propuestas de matrimonio, las películas biográficas, los agentes literarios, se publican antologías y ediciones de lujo de sus manuscritos rechazados.

Pero para eso hay que estar bastante muertos.

Ella lo sabía por experiencia.

Los paramédicos se quedaron estupefactos al descubrir el cuerpo de la mujer en la alfombra, el puñal sobresaliendo de su espalda. Se llevaron el cadáver envuelto en el mantel del comedor de mentira. El estudio estaba repleto de muebles de utilería que a simple vista daban la impresión de ser auténticos. Nadie atinó a cerrarle los párpados a la mujer, ni siquiera por cortesía. Había muerto con los ojos abiertísimos, la boca congelada en las palabras que no llegó a decir y que hubiesen torcido el rumbo de lo que ocurrió después.

El hombre ojeroso estacionó su automóvil al pie de la pista. Hacía rato que se había hecho de noche y cruzó rápidamente la verja de entrada. El vigilante de la garita intentó detenerlo, pero el hombre lo ignoró. Iba tan a prisa que no le importó pisotear las lápidas de la parte antigua del cementerio. Cuando se acercó al nuevo edificio, hizo una mueca de desprecio. Los ingenieros habían arruinado el camposanto. El nuevo edificio había sido inaugurado apenas un par de meses atrás. Aún podía olerse el cemento fresco de las escalinatas de la entrada. En los anuncios de la televisión lo promocionaban como el cementerio del futuro, un lugar en el que la familia podía sentarse cómodamente en una salita con muebles de cuero y una pantalla gigante de plasma que simulaba el fuego de una chimenea. Al hombre le pareció un detalle satánico. Claro que más satánico era el *lobby*, donde se podía buscar la lápida en una pantalla táctil con solo ingresar el nombre del difunto en un tablero electrónico. El edificio entero era transparente. Se trataba de una estructura metálica armada con bloques de vidrio, de manera que podía verse desde afuera lo que ocurría en los siete pisos. El ascensor también era transparente, al igual que las escaleras. Las tumbas estaban instaladas en las paredes, a modo de mausoleos, frente a las salitas individuales para las familias, una por cada tres féretros. El hombre ojeroso no necesitó buscar la lápida de la difunta en la pantalla del *lobby*. Sabía que era la primera superior a la izquierda, en el séptimo piso, un lugar reservado solo para las estrellas de cine o de televisión y que de seguro habría costado no uno, sino los dos ojos de la cara.

Los albañiles se sorprendieron al verlo. Uno de ellos estuvo a punto de perder el equilibrio en la escalerilla e irse al suelo. Pensaron que era un fantasma, por las ojeras profundas y los ojos de duende siniestro. Sus cejas gruesas acentuaban su aire de demonio. Usted no puede estar aquí, le dijeron, tiene que retirarse. Él les alzó la palma de la mano en un gesto facho, pero en realidad apuntaba hacia la lápida que acababan de sellar.

—Abran inmediatamente esa tumba.

Sintieron un escalofrío. Si no lo habían reconocido por las ojeras, esta vez lo reconocieron por

la voz. Y quizá por eso permanecieron inmóviles, repitiéndole que no era posible, que tenía que hablar con el administrador, que ellos tres solo eran trabajadores, que si quería le podían dar un número de celular para llamar o que sino regresara mañana temprano, que ellos no podían hacer nada y que la concha de la lora.

—¡Ábranla, carajo!

El albañil descendió de la escalerilla. Se sacó la gorra y se encogió de hombros, temeroso. Avanzó despacio, limpiándose las manos en el overol sucio. No supo si darle la mano o pedirle un autógrafo. Perdone usted, dijo, aclarándose la voz. Y en seguida le soltó la misma cháchara, que si esto o que lo otro. El rostro del hombre se ensombreció. El albañil pensó que iba a abofetearlo como a un niño pequeño, que le echaría una maldición o que iba a morir allí mismo, del susto, en aquel cementerio en el cual no le alcanzarían ni un millón de vidas juntas de trabajo para pagarse una lápida. El hombre ojeroso se llevó una mano al bolsillo. Un arma, susurraron los compañeros del albañil. Calcularon cuánto les costaría escapar o llamar a Emergencias, en caso de que el hombre abriera fuego y los acribillara a todos a balazos.

Sin embargo, el hombre sacó una billetera de cuero.

—¿Cuánto quieren?

El albañil tartamudeó.

—No es posible, ya le dije que no es posible.

El hombre ojeroso se acercó y lo tomó por el cuello. Olió la transpiración de varios días impregnada en el overol, su aliento a frutas podridas, mala higiene bucal. El albañil cerró los ojos. Creyó que estaba suspendido en el aire, pero no. Sus piernas no le respondían del susto. El hombre ojeroso era unos centímetros más bajo que él y más débil. Tranquilamente se lo hubiese podido sacar de encima de un cabezazo, pensó, aunque...

—¡Vamos! —insistió el hombre ojeroso—. ¡No me hagan perder la paciencia!

Los compañeros del albañil bajaron de la escalerilla. La luz de la luna alumbró la lápida a través de las paredes transparentes. El hombre ojeroso le echó un vistazo con el rabillo del ojo.

Allí estaba el nombre de la mujer. Un solo nombre y un solo apellido, lo único que supieron de ella, en letras mayúsculas. Su fecha de nacimiento y de muerte, dos días atrás. Un recipiente de plata para las flores, y al costado, la foto ovalada de la mujer, no más grande que el recipiente. La foto no le favorecía, aunque la mujer tampoco sonreía. Se la habían tomado de frente, tipo carnet de identidad. Ella miraba al objetivo, los ojos ausentes, el pelo grandísimo, cepillado hacia atrás, la mala permanente que había estado de moda en los ochenta, y sobre todo, las hombreras, infaltables, que por supuesto no cabían en la foto.

Uno de los compañeros sacó discretamente el celular para llamar a la garita de control. El albañil cogido por el cuello reunió al fin el valor suficiente y abrió los ojos. Sintió que el corazón

se le iba a salir por la boca. Sin dejar de temblar, preguntó lo que debía haber preguntado apenas vieron al hombre aparecerse en el mausoleo.

—¿Por qué quiere que abramos la tumba?

Y el hombre de las ojeras, sin inmutarse, respondió:

—Necesito comprobar su ADN.

SEGUNDO ACTO

*Uno cree que los hijos le van a dar la felicidad.
No es cierto. Es un mito. Dividen, cansan, destrozan.
Un libro, incluso de esos que son destrozados por la crítica,
nunca tendría el mal gusto de gritar.*

ALBERTO FUGUET

Sudor

*Los fantasmas están ahí, son el espacio, me rodean.
Se alimentan de los ojos reventados de los hombres.*

MICHEL HOUELLEBECQ

La posibilidad de una isla

VII

La habitación rosa

Al abrir los ojos pensé que aquella claridad fulminante era la muerte. No supe cuánto tiempo había estado inconsciente, aunque por momentos veía la silueta de una mujer que se acercaba. Me ponía a temblar e intentaba pedir auxilio, mis labios agitándose en vano. La parálisis del sueño me congelaba la lengua, de mi garganta salían puros balbuceos sin sentido. La mujer era altísima, el cabello frondoso y ondulado sobre los hombros. Creí que era mi madre dándome la bienvenida, tendría que volver a acostumbrarme a ella luego de los años que estuvimos separadas. Me recibiría de brazos abiertos a pesar de haberla abandonado, ansiosa por enseñarme los secretos del más allá. Ya lo he preparado todo, tú tranquila, la vida nos reunió para muchas cosas y nos separó para otras, pero míranos ahora, por fin juntas, haciendo lo que hacíamos con otros, condenadas a nuestra propia naturaleza. A diferencia de mi madre, la mujer era casi idéntica a mí. Y, claro, también podía ser *la impostora*.

Mi hija.

Lo primero que noté fue una araña de cristal que colgaba del techo. Qué mal gusto, dije para mis adentros. Mis piernas estaban vendadas, extendidas en una cama enorme de más de dos plazas. Cuando quise moverme, me di cuenta de que tenía los tobillos atados por sogas a los extremos del colchón. Miré a mi alrededor. Un papel tapiz de color rosa cubría las paredes como única decoración. No había cuadros, ni flores, solo un sillón y una prenda negra doblada sobre un cojín. El dormitorio era amplio y tenía forma de pentágono, un ventanal con un pequeño descanso a la derecha y un armario con vestidor a la izquierda. Sentí un aguijonazo en la sien, la habitación se me hacía familiar. Había estado allí antes, o quizá era parte de un decorado. Lo último que recordaba era el ruido de los aplausos y unas palabras pronunciadas en ruso. *Eto ty! Moya doch'!* Intrigada por los fragmentos de mi memoria, giré la cabeza hacia la izquierda.

Descubrí a una mujer sentada en una silla junto a la cama.

Me alarmé. En efecto, la mujer se me parecía bastante. Aunque la mala permanente y el olor a laca para el pelo eran de mediados de los años ochenta. Vestía una blusa blanca con hombreras puntiagudas y unos pantalones negros, la misma ropa de Virginia Lezcano. Cruzaba las piernas leyendo un libro gordísimo de tapa dura, de esos de mil páginas. Sus dedos cubiertos de sortijas y pulseras me llamaron la atención. Dedos gruesos, gigantes, nudillos toscos de puntas redondeadas, las uñas postizas pintadas de rojo jungla.

No eran manos de mujer.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

Ella saltó como tocada por un rayo. La silla se tambaleó y cayó a un costado, junto con el libro. Me fijé en la portada. *Ana Karenina*. La mujer, aterrada, se pegó a la pared y retrocedió, rasgando el tapiz rosa con sus uñas postizas. Abría y cerraba los ojos rápidamente, hiperventilando, pálida, como si yo fuese a contagiarla de alguna enfermedad. La observé con detenimiento. La mujer tenía un bigote de puntas curvas, engomadas, y una barba que le llegaba hasta el pecho.

—¿Dónde estoy? —insistí—. ¿Por qué me tienen amarrada?

La mujer tragó saliva, hecha un manojo de nervios, se acomodó el pelo y se palpó los pliegues de la blusa. De pronto se dio una palmada en la frente, como si hubiese recordado algo, y dijo con una voz nasal:

—¡Dios mío! Tengo que llamar a Felipe. Espéreme aquí.

Se echó a correr por la alfombra y desapareció cerrando la puerta de golpe. A lo lejos la escuché bajar por unas escaleras. Volví a quedarme sola. Al menos había descubierto que la habitación estaba en un segundo piso. No parecía tratarse de un hospital. Conocía los olores y sonidos de los hospitales a la perfección, había pasado semanas internada en uno después del accidente de Arístides. Por ninguna parte se escuchaba el zumbido del aire acondicionado, y eso solo significaba que me hallaba en una habitación del tercer mundo. Se me escarapeló el cuerpo. Me vinieron todos los recuerdos de un tirón: el aeropuerto de Fort Lauderdale, el vuelo, los disparos, los aplausos.

La Mujer Soviética.

Arranqué la colcha y las sábanas de un tirón. Me desaté los tobillos; las sogas estaban hechas de un material suave al tacto y las habían amarrado con un nudo simple. Conseguí liberarme. Me recosté en la cabecera, apoyé el brazo derecho en el colchón y una punzada me atravesó el hombro sin misericordia, como una descarga eléctrica. Pegué un grito, mis piernas se escurrieron y caí de rodillas, al pie del catre. Noté que tenía bultos secos en las pantorrillas, bajo las vendas, las heridas que sufrí al cortarme con los vidrios de los perfumes del *duty free*. Una faja me rodeaba el torso y me oprimía los pulmones bajo el camisón de dormir. Traté de ponerme de pie y otra descarga en el hombro me paralizó.

La puerta se abrió despacio, el chirrido de las bisagras me recordó a mi madre. Ella acostumbraba abrir las puertas de ese modo a la hora de darme las malas noticias. Estiré el cuerpo desde el piso y asomé la cabeza por encima del colchón, temblando. No había nadie en el umbral. La puerta, sin embargo, continuó abriéndose por sí sola. Escuché unos pasitos cortos, temerosos, una respiración entrecortada. Apareció un niño pequeño que me observaba con detenimiento, mordiéndose las uñas, su otra manito aún cogida de la perilla.

—Si quiere, puedo ayudarla —murmuró.

Asentí con la cabeza. El niño tendría unos ocho años; los huesitos de sus brazos le daban la apariencia de estar desnutrido. Se acercó. Llevaba una guayabera celeste, diminuta, de otro tiempo, y unos pantaloncillos muy formales para un niño de su edad, que al revolcarse los echaría a perder con facilidad. Sus zapatitos marrones eran ortopédicos, su cuerpo olía a agua de colonia y le habían puesto gomina en el pelo. Su peinado con raya al costado y rapado de los costados también era de otro tiempo; un mechón de cabellos rebeldes le sobresalía por detrás.

El niño me ofreció su mano. Le dije que me tomara del brazo izquierdo. Obedeció. Le ordené que me jalara hacia arriba con todas sus fuerzas, y él sudó y se retorció y puso una carita de quien carga un mueble antiguo. Lo que le faltaba en energía le sobraba en disposición, y a duras penas consiguió dejarme con medio cuerpo en la cama. A partir de allí ya me fue más fácil. Me di la vuelta y extendí las piernas en el colchón. El niño se secó el sudor y me preguntó si me encontraba bien. Le respondí que sí y le agradecí. Él se miró los zapatos ortopédicos, intimidado.

—¿Usted es Jacqueline Metalius?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Mi papá me contó. Me llamo Teo.

Escondió las manos detrás de la espalda, quietecito, en posición marcial. Dijo que tenía nueve años, hinchando el pecho de orgullo, estaba en quinto grado y no en cuarto, en su colegio lo habían adelantado de año por sus buenas notas. Hablaba inglés y un poquito de francés y no se daba abasto, su papá también quería que aprendiera alemán, a veces se ponía pesado, pero él es así, *extravagante*. Lo digo con todas sus letras: extravagante. Como en el colegio estaban de vacaciones, su papá lo traía aquí a menudo, aunque se había divorciado de su mamá y su intención era mandarlo a estudiar fuera del país; según él, Lima se había puesto peligrosa. Porque esto es Lima, dijo Teo, extendiendo el bracito hacia la ventana, todo esto que ve aquí es Lima, mi papá dice que usted vive en Miami, pero que se va a quedar aquí, con nosotros para siempre.

Empecé a marearme. Tosí cubriéndome la boca con la sábana y le pedí que me trajera un poco de agua. Él arrastró una silla, se paró sobre ella y sirvió un vaso de una jarra de agua que encontró encima de la cómoda, junto a unos frascos de medicina y paquetes de compresas sin usar. Me pregunté cuántos días habría estado inconsciente. Al tomar el agua percibí que mi brazo no paraba de temblar, unas gotas se derramaron sobre la colcha. Teo palideció y me preguntó si debía ir a llamar a su papá. No, no llames a nadie, le imploré. Quería que me contara cómo había llegado hasta aquí, quién era su padre, por qué me tenían amarrada. Mi brazo seguía temblando, el agua me humedeció la parte superior del camión. Esta tembladera es algo reciente, le susurré, para que no fuera a asustarse; antes esto no me pasaba, te lo juro, y no me mires así. Dejé el vaso en la mesa de noche. El niño estaba blanco y temblaba más que yo.

—¿Entonces, usted también lo escuchó? —preguntó, mirando las paredes.

—¿Qué cosa?

—Los golpes.

Detecté una nota de terror en sus palabras.

—¿Cuándo?

—Hace un ratito. ¿No los oye?

Le respondí que no había escuchado nada. Él no se calmó. Me explicó que a veces, cuando su papá tenía que salir, él se quedaba conmigo, se sentaba en esa silla, jugando con la tablet, y escuchaba unos golpes en la esquina de la ventana. Al principio no les había hecho caso, pero después advirtió que los golpes lo perseguían por toda la casa. En las escaleras, en el primer piso, en el jardín. Su papá no le creyó. Los golpes ocurrían cada vez que él estaba solo. Sonaban como un *crac* (mi corazón se aceleró), el mismo ruido que hacen los temblores, como si las grietas de cemento se abrieran paso a paso por el techo. Quizá alguien se trona los dedos por detrás de las paredes. Qué raro, ¿no?

Teo se mordió una uña y dijo, en un hilo de voz:

—¿Usted cree en los fantasmas?

La puerta se abrió de pronto y se estrelló contra la pared. Ambos dimos un grito. Era la mujer del bigote que nos miraba espantada, el celular en la mano.

—¡Mateo! ¡Te dije que no entraras aquí! Vamos, fuera, fuera, fuera. Espérame abajo que no tardo nada. Y cierra la puerta.

Teo entornó los ojos y salió del cuarto. Me hizo adiós con la mano y le regalé una sonrisa. Era la primera vez que me topaba con un niño que no se portaba como un retrasado mental. La mujer del bigote tiró el celular en la silla y se aproximó cruzando los brazos, en actitud de maestra de escuela.

—Por lo visto voy a tener que atarla de nuevo.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me no me dejan salir?

—Acá nadie la tiene prisionera, usted solo está aquí de paso. Tiene que descansar y recuperarse, de momento esa es su única tarea. Ahora deme esa pierna.

—¡No!

—Es que sin las sogas va usted a caerse de la cama. Ya lleva varias noches así, con las justas puedo levantarla. Usted se mueve y grita y grita como una locomotora, nos va a volver locos a todos. Allá abajo están empezando a quejarse.

Me cogió por el tobillo. En el acto me solté, de un manazo la empujé hacia un costado. Ella no se dio por vencida, su barba se agitaba de aquí para allá como el fleco de una cortina. Traté de escapar por el otro lado y el dolor me paralizó. Me cogí el hombro y me removí en las sábanas, aullando. La mujer volvió a cruzarse de brazos.

—Usted se lo buscó. Mandaría al niño a comprar analgésicos, pero por acá no hay ni una sola farmacia. Hay que ir hasta el centro comercial, en Gobernadores, y el pobre le tiene terror a las bicicletas.

—Escúcheme bien —la amenacé—. Le doy cinco segundos para que llame a un taxi, necesito irme de aquí, tengo que ir hasta La Victoria.

—¿La Victoria? Imposible, Felipe está en camino, se va a morir de alegría cuando la vea despierta.

En seguida me alargó su mano gigante.

—Me llamo Alex, para servirla. La he estado cuidando todos estos días y ha sido un honor, créame. *Coral* me cambió la vida, no se imagina cuánto. He visto los doscientos cuarenta y seis capítulos unas diez veces, desde que era niño. Conozco casi todos los diálogos de memoria. Bueno, los más importantes.

La miré de arriba abajo, sin responderle el saludo. Ella escondió la mano.

—Lo digo serio. Esta ropa no la escogí por gusto, sabía que tarde o temprano iba a despertar y quería estar a la altura. ¿Reconoce este traje? —preguntó, palpándose las hombreras—. Capítulo ciento treinta y tres, cuando Virginia descubre que su esposo no estaba muerto.

Yo señalé su bigote.

—¿Qué es usted exactamente?

La sonrisa desapareció de su rostro. Se sentó en la silla, junto a la cama, tras dar un largo suspiro. Apretó los labios, y meneó la cabeza.

—Olvidé que usted es de otra generación, como todos nuestros ídolos. Cuando creo que empezamos a avanzar un poquito, la gente como usted nos hace retroceder de golpe.

—¿Perdón?

Tuvo que explicármelo punto por punto, al ver la cara que puse. No me considero ni hombre ni mujer, me dijo, y yo solté una carcajada. A él/ella no le molestó mi risa, al contrario, las reacciones de gente como yo eran la cruz que tenía que cargar día a día. Hacía décadas que se había acostumbrado. Le pregunté si se había operado o si estaba todavía en transición, y aquello sí que la/lo ofendió.

—Los transexuales ni me van ni me vienen —aseguró—. No somos lo mismo; ojo, la transexualidad es la culpable de que la sociedad siga jerarquizándose en roles heteronormativos, y por si no lo sabe usted, los seres humanos somos todos asexuales por naturaleza. Puede llamarme en masculino o en femenino, me da igual, usted siempre va a pensar que soy un hombre.

Me quedé en blanco. Tampoco quise que me lo explicara. Sentí asco. Él siguió hablando:

—El niño que acaba de irse es Mateo.

—Sí. Ya hemos hablado. Es un chico muy inteligente.

—¿Eso cree? ¿Y de qué han hablado?

Se lo conté. Su habilidad para los idiomas, el divorcio de sus padres, los planes para sacarlo del país. Alex asintió con la cabeza. Dijo que la situación política había cambiado enormemente de la noche a la mañana. En los últimos meses ya nadie sabía a qué atenerse. Mencionar la palabra *terrorismo* estaba prohibido, todo el que la usaba era tachado de alarmista. La mayoría se empeñaba en tapar el sol con un dedo, decían que lo que sucedía en las calles no eran más que incendios, los accidentes eran cuestión de negligencia, no se puede culpar a una guerrilla de comunistas de todos los cortocircuitos que existen en el mundo. Él/ella, sin embargo, formaba parte de los/las que opinaban que en verdad algo andaba mal. Era preferible evaluar las posibilidades de irse del Perú en lugar de quedarse y ver cómo la gran tuerca de la sociedad daba un giro de ciento ochenta grados. El país volvería a arruinarse pronto. Experiencia era lo que nos sobraba, ya deberíamos haber aprendido la lección.

Yo asentí y miré el vaso de agua que reposaba en la mesa de noche. Podría aplastárselo en la cara y escapar, solo bastaba un par de movimientos. Me deslicé discretamente para cogerlo.

—Teo también mencionó algo sobre unos golpes —dije, para distraerlo.

—Es un niño muy sensible —respondió Alex—. No me extraña que se invente cosas. Estas casas antiguas se retuercen con el menor viento, ni qué decir de los temblores. Acá, en los cerros, los temblores se sienten más fuertes que en Miraflores. Yo no creo en los fantasmas, pero no me extrañaría de que hubiera algunos merodeando por ahí. Sabrá Dios los secretos que guardan estas paredes, cuántos muertos habrán expirado en estos rincones; la energía se queda allí concentrada para siempre, ¿sabe? Además —continuó diciendo—, en esta casa, hace años, vivió escondido un terrorista.

Acerqué los dedos a la mesa de noche. El vaso estaba a menos de diez centímetros.

—¿Un terrorista? ¿Quién?

—Un cabecilla de Ardor Popular, ni más ni menos. Prudencio, se llamaba, no recuerdo su apellido. Unos dicen que se escapó a Rusia; otros, a algún pueblo perdido de Ayacucho o al Alto Huallaga. Nunca encontraron su cuerpo.

Sentí un escalofrío. Tendría que cogerla del brazo para que no se apartara cuando le diera el golpe. Dije, aclarándome la voz:

—Yo solo escuché hablar del que llamaban el Presidente, el camarada... ¿Amadeo?

—Asmodeo. Ese sí está en la cárcel. Pero el tal Prudencio desapareció y esta casa se convirtió en un museo, un «lugar de la memoria» o algo por el estilo. Ahora, como ve, es un estudio de televisión.

Cuando iba a agarrar el vaso, él/ella se dio cuenta y preguntó:

—¿Quiere que le sirva más agua?

Me lo quitó y se alejó hacia la cómoda. Yo me desmoroné sobre la cama. Debí haberle hecho

caso a mi intuición. Las casualidades solo ocurren en las telenovelas, no en vano me habían traído hasta aquí a la fuerza. Estaba convencida de que la cháchara de Alex era un invento para distraerme; en realidad sí me tenían prisionera y el niño les servía de excusa para no parecer una amenaza. Empecé a planear mi escape, aunque en mi estado me sería difícil encontrar una salida. El niño podría serme útil, me convenía tenerlo de mi parte. Alex me entregó el vaso. Me tomé el agua de un tirón.

—¿Qué día es hoy?

—Once de mayo.

Según Alex, yo había estado postrada en esa misma cama durante una semana, batallando en la inconsciencia, presa de horribles pesadillas. Alex era la mujer de pelo largo que yo había visto acercarse por las noches, para despertarme. Hay gente que se muere sin quererlo durante el sueño, afirmó, algunas pesadillas pueden provocar un infarto. Se llamaba «síndrome de muerte súbita» y lo había leído por internet. Hoy era miércoles. En el piso de abajo todavía estaban en plena grabación. Aquí arriba no se escuchaba nada por el ruido de los pájaros y por el tráfico de la avenida Gobernadores. El estudio de televisión abarcaba la primera planta y el jardín trasero del chalet. La segunda planta la reservaban para las oficinas administrativas y los camerinos. Me explicó que esta habitación, hasta hacía poco, la utilizaban de almacén, pero la habían pintado y acondicionado especialmente para mí. Los productores de Teleprisma habían movido cielo y tierra para utilizar la casa como estudio, el municipio prohibía ese tipo de actividades en una zona residencial. Por fortuna, las cosas se solucionaron, alguien debió hacer alguna donación fantasma, y pudieron construir en la sala, en el comedor y en el jardín los decorados de la telenovela.

—¿Cuál telenovela?

—*Amor en el arenal*.

Felipe abrió la puerta en ese instante. Apareció en el umbral con los ojos desencajados, despeinado, ojeroso, más delgado de lo que estaba el día en que lo conocí. Tenía pinta de no haberse bañado en días, la ropa desbordada de sudor le bailaba sobre el cuerpo. Cargaba a Teo a sus espaldas, el mentón del niño apoyado en su hombro, las piernecitas colgando a lo largo de sus brazos. Lo depositó en el suelo y se acercó corriendo. Yo cogí el vaso y se lo lancé encima. Cayó delante de sus pies, haciéndose añicos.

—¿Quién te has creído que eres? —le espeté—. ¡Sácame de aquí!

Él se quedó de piedra. Alex le tapó las orejas a Teo.

—El médico le ha prohibido moverse.

—Déjanos solos, ¿quieres? —chilló Felipe—. Llévate al niño.

—Y con el asuntito de afuera, ¿cómo haríamos? —Alex apuntó hacia la ventana.

—¡Después!

—Vámonos, Teo. Cuidado con los vidrios.

El niño se empinó para darme un beso en la mejilla. Ahí nomás, ahí nomás, le dije, frenándolo a tiempo. Le hice adiós con la mano. Me sentí culpable, pero si llegaba a poner sus labios en mi piel me habría provocado náuseas. Él se alejó, decepcionado, y Alex se lo llevó de la mano.

Felipe se sentó en la cama y me dio una bofetada que me hizo saltar la sangre. Mi cabeza chocó con fuerza contra la cabecera de la cama. Estuvo cerca de romperme la nariz.

Fue la primera vez que me pegó. Aún recuerdo el filo de sus sortijas abriendo surcos en mi rostro, a pesar de que había recibido cerca de un millón de bofetadas frente a las cámaras, sin contar las de mi madre. Creí que me había sacado una muela, hasta la fecha tengo una cicatriz horrenda bajo la mejilla. Me costó unos segundos recuperarme, mi mandíbula se había salido de su sitio. Él volvió a la carga. Me jaloneó del pelo como si quisiera arrancármelo. El dolor aún fresco del disparo me partió el cuerpo por la mitad. Con lo bien que me he portado contigo, gruñó Felipe, doblándome el brazo hacia atrás, enardecido, su saliva me salpicaba la cara. Me cubrió la boca para impedir que gritara, sus piernas se frotaban contra las mías, sus dedos a punto de vaciarme los ojos. Me confesó que fue él quien me había sujetado la mano cuando llegó la ambulancia; fue él quien se había hecho cargo de la clínica privada, de la operación, de los medicamentos; fue él quien había movido cielo y tierra para que los médicos lo dejaran traerme a esta habitación que él mismo había mandado a ambientar, rodeándome de decorados, luminotécnicos, sonidistas, camarógrafos, porque había leído en una entrevista que yo prefería la muerte a alejarme de las cámaras y, bueno, pues acá tienes tus putas cámaras.

—Mhmmhm...

—Si gritas, te cortaré la lengua y no volverás a actuar.

—Nnnhhh... Hmmhmmh...

—Le diré a todo el mundo que enloqueciste y te la cortaste tú misma.

Me soltó y retrocedió hacia la pared. Lo observé mientras me limpiaba la sangre con las sábanas, mitad angustiada y mitad sorprendida. Una erección se le marcaba en el pantalón, aunque no tuve mucho tiempo de pensar en ello, porque soy una mujer muy práctica y en ese momento mi prioridad era escapar de allí. Me pregunté cómo se vería desnudo, la rabia y la desesperación le sentaban de maravilla. Una vena le palpitaba al costado de la sien, un par de botones habían saltado de su camisa y dejaban ver su pecho hasta el esternón. Tenía una cicatriz enorme, vertical, escondida tras un arbusto de vellos grises y negros, una línea de carne reseca que empezaba por debajo de su cuello y se perdía cuesta abajo. *Te voy a destruir*, dije para mis adentros, y lo miré a los ojos:

—Fuiste tú.

—¿Qué?

—Fuiste tú el que cambió el puñal.

—No sé de qué me hablas.

—El día en que nos conocimos. En el estudio. Fuiste tú quien puso un puñal de verdad para asustarme.

Él me dio la espalda y miró por la ventana.

—Eso ya no importa. Deberías pensar en recuperarte. La bala entró y salió de tu cuerpo sin tocar ningún órgano vital. Tuviste suerte.

Los médicos le habían dicho que la hemorragia tardó en expandirse gracias a una misteriosa compresa de gasa que encontraron pegada en mi espalda, por debajo la blusa. Nadie supo explicar cómo había llegado hasta ahí; los rayos X confirmaron que mi hombro había estado intacto antes del accidente. Apreté los dientes para no responderle. Yo misma había visto la herida abierta en el espejo, días antes, la había tocado con los dedos, no podía ser cierto. Tampoco tenía cómo comprobarlo, engañarme era parte de su plan. Si quería escapar, tendría que cerrar la boca, preparar una estrategia, esperar algún descuido de su parte. Él regresó a sentarse en la cama y me tomó de la mano. Recorrió mi brazo con sus dedos, lentamente, y odié que mi piel se erizara, respondiendo a su tacto. Me odié por desearlo a pesar de tener la mejilla hinchada como un tomate.

—Perdóname —me suplicó—, no sabes la angustia que he sufrido estos días, hace una semana que no puedo dormir. Alex venía a cuidarte, pero era yo el que me mordía las uñas. No es fácil llevar el peso de un canal de televisión sobre los hombros; por las noches me quedaba en mi oficina con montañas de pendientes, incapaz de trabajar, sintiéndome culpable por no haber podido protegerte, creyendo que no volverías a caminar —tuve ganas de coger su mano y meter sus dedos en mi boca.

—¿Quién era ese chico que me disparó en el aeropuerto?

—No fue él. Te alcanzó una bala perdida.

—Es que se puso a hablarme en ruso, como si me conociera de toda la vida.

—Porque *te conocía* de toda la vida. En Rusia su generación creció viendo *Coral*.

—¿O sea que está muerto?

—La misma bala que te atravesó el hombro le dio a él en el corazón.

Su nombre era Andrey Chernetskiy. Tenía treinta y tres años y había llegado a Lima en un vuelo desde Moscú vía Newark que aterrizó quince minutos antes que el nuestro. Venía al Perú para explorar las reservas forestales y llevaba un rifle de caza en el equipaje. Los oficiales del aeropuerto lo encontraron sospechoso a la hora de cruzar aduanas y quisieron retenerlo, pero el ruso se puso violento y se desencadenó el tiroteo. Abatió a los policías fácilmente, gracias a su buena puntería. Cuando llegaron más refuerzos decidió huir hacia las puertas de embarque, donde se topó conmigo y con el resto de turistas.

—Saliste en las noticias, estás en boca de todo el mundo —dijo Felipe, y sacó el celular del

bolsillo.

Me mostró un video en blanco y negro, grabado por las cámaras de seguridad del aeropuerto, la fecha y hora especificadas al extremo inferior: 05 MAY 2017, 06:07. Los cuerpos de los agentes tirados en el suelo cerca de la puerta de salida, la sangre fresca precipitándose en las mayólicas como una mancha sólida, negra; yo, de pie, temblando frente a Andrey Chernetskiy — hay que reconocer que me veía fabulosa a pesar de mi expresión acongojada—; luego más disparos, mi cuerpo cayendo al piso, un policía cogiéndome de la mano y Felipe, Felipe abriéndose paso entre los agentes que trataban de retenerlo, lanzándose sobre mí, tironeando del brazo del policía que me cubría la hemorragia.

No me hizo falta preguntarle qué significaban las palabras que Andrey Chernetskiy había dicho antes de morir. Felipe abrió una aplicación del celular y buscó la traducción:

Советская женщина:
La mujer soviética

—La prensa no habla de otra cosa. Eres famosa, Jacqueline.

Intenté decirle que yo era famosa desde hacía cincuenta años, pero entonces recordé algo más importante.

—¿Dónde está mi celular? —pregunté, buscando bajo la almohada, en la mesa de noche, debajo del colchón.

—Calma, no te apures —dijo Felipe—. Tu celular, tu equipaje y el resto de tus cosas las acomodó Alex en el clóset, dile a él o a Teo que te ayuden a buscarlas, te aseguro que no falta nada; ahora lo que necesitas es descansar.

No lo escuché. Me quedé mirando las piezas del parqué del piso, azorada. Reconocí sus manchas, sus orificios repartidos en cada ángulo. Recordé su aspereza, el zigzag de las líneas en cuya superficie había vomitado chorros de bilis a cuatro patas y en otra vida, las contracciones azotándome el vientre mientras una voz lejana trataba de apaciguarme: *déjala ir, Jackie, déjala ir, esa niña no merece crecer sin su padre y ahora sácala, vamos, concéntrate, si se queda adentro va a contaminarte toda y luego tendrán que extirparte el útero, las trompas; tu cuerpo perderá su forma y no volverás a caminar igual, no podrás engañar a las cámaras, las mujeres se secan cuando les extirpan algún órgano y envejecen más rápido. No querrás ser una apestada, una víctima, una amargada de esas a las que nadie presta atención. Yo no te he criado para estés de adorno, anda, hazle caso a mamá y bótala, puja, puja, puja fuerte.*

—¡El regalo! ¡Casi lo olvido! —exclamó Felipe—. Ahora vuelvo.

Salió corriendo sin percibir la tembladera que ahora me asaltaba en las dos manos. Al mirar al frente ahogué un grito. Vi a mi madre sentada en el descanso del ventanal, las piernas muy juntas bajo el vestido, sus manos extraían del bolso un periódico doblado en cuatro. Alargó el brazo para alcanzármelo. Me tapé la cara con la sábana y conté hasta tres. *Estoy soñando, estoy soñando, estoy soñando.* Al bajarla, mi madre se había esfumado. Salvo por la ausencia de cojines y el color de las paredes, el rinconcillo del descanso era idéntico al de hacía cuarenta años.

¿La misma habitación? ¿Acaso era posible?

El primer golpe borró mis preguntas de un trancazo.

Crac.

Remeció el piso y tiró los cojines y las almohadas de la cama. El catre se elevó un par de milímetros y aterrizó haciendo vibrar la cabecera de caoba como una hoja de papel. Alcé los ojos y noté que una grieta vertical se dibujaba desde la cama hasta el techo, una fractura que descascaraba el tapiz rosa de la pared. No lo dudé un segundo. El espíritu de mi madre había dado conmigo. Había logrado sobrepasar las barreras del edificio inteligente, preguntando aquí y allá, haciendo correr la voz de alarma entre los muertos, escurriendo su cuerpo inmaterial por las pantallas de navegación aeronáutica hasta encontrarme a miles de kilómetros de distancia.

El chalet. Aún me resistía a creerlo. Por la ventana se divisaba el cielo lánguido de La Molina, la bruma asentada en las copas de los árboles, aunque las ramas de los abedules y las enredaderas de geranios ya no estaban más. Puse los pies en el parqué, me dejé resbalar al suelo y me apoyé en el brazo izquierdo, deslizándome como una oruga. Debajo de la cama brillaba un objeto, una tijera pequeña de cortar gasa. La guardé en los pliegues del camisón. Llegué al pie del descanso e intenté elevarme, aferrada a los bordes de cemento. Tal vez, si conseguía echar un vistazo a la calle, hasta podría lanzarme por la ventana y olvidarme de todo.

—¿Qué haces en el piso? —preguntó Felipe desde la puerta.

Sus manos descansaban en el espaldar de una silla de ruedas.

—Mira, la he comprado para ti. ¿Te gusta? Es parte de la sorpresa que había preparado para cuando estuvieras despierta.

Me palpé el camisón. La tijera continuaba en su sitio. En un descuido se la clavaría en el brazo, en la pierna y, con un poco de suerte, en el ojo. Él se acercó a recogerme del suelo, meneando la cabeza. Te dije que te estuvieras quieta o nunca vas a recuperarte; ven, apoya tu brazo detrás de mi cuello. Hice lo que me pedía y me levantó en peso. Su sudor me puso la carne de gallina, la tela de su camisa se había humedecido bajo sus brazos. Siempre he sido hipersensible a la transpiración de las axilas de los hombres, a diferencia de otras mujeres que prefieren que se las depilen y se echen desodorante como si fueran muñequitos de tamaño natural. El olor del sobaco masculino puede dividirse en tres: el agrio, el dulce y el ácido,

dependiendo, más o menos, de la alimentación y de la genética. De los tres, el agrio es el único que necesita contención y cuidado, de lo contrario la pestilencia es similar a la de una fruta descompuesta. Pero con un buen tratamiento a base de exfoliación constante, jabón de tocador y polvo de azufre, se puede prescindir del desodorante y pasárselo bomba. Mi sudor preferido era el dulce y, en el caso de Felipe, el suyo era una mezcla entre ácido y agrio, nada que no pudiera controlarse. Entre el aburrimiento y la aventura, yo opto por lo último, y debo reconocer que los cinco segundos que estuve en el aire y en sus brazos fueron los mejores de mis últimos cinco años de vida. Colocó una mano en mi cintura, dejó que mi espalda descansara en sus bíceps y pasó la otra mano por debajo mis piernas. En la parte baja de su cuello, muy cerca de la cicatriz, había más surcos de piel de los que había detectado a simple vista. No me extraña que ronde los cincuenta, pensé, y él me puso en la silla. Exhaló por encima de mi cabeza. Su aliento olía a hiel, a estómago vacío, a cigarrillos. De un impulso podría sacar la tijera y enterrársela en la mano, en la arteria del pulgar.

—¿Cuál es la otra parte?

—¿Qué?

—Dijiste que la silla de ruedas era parte de la sorpresa. ¿Cuál es la otra parte?

Él empujó el espaldar hasta hacer chocar las ruedas contra el descanso, al borde del ventanal, y estiró un brazo, enseñándome el paisaje.

—Esto. Todo esto es la otra parte.

Cuarenta años atrás, aquellos cerros no pasaban de ser un puñado de caseríos y haciendas recubiertas de pasto, árboles torcidos y rebaños de animales. Hoy se había convertido en una zona residencial, surcada de avenidas inmaculadas y mansiones de techos a dos aguas, verjas metálicas a la entrada de cada calle, tranqueras de metal y garitas de control que les daban la apariencia de fortalezas militares. Varias autopistas recorrían las colinas y el tráfico avanzaba por una alameda que terminaba en una suerte de fuente gigantesca, las cascadas de agua reflejaban los rayos del sol en un oasis de automóviles estacionados en hileras hasta donde alcanzaba la vista y, al centro, un complejo de edificios chatos de un solo piso: un centro comercial.

—¿Reconoces esta calle? —preguntó él, ansioso, e hizo girar la silla—. ¿Reconoces esta habitación?

Yo hacía rato que sabía que estábamos en mi habitación de recién casada, en el chalet donde había vivido con Arístides cuando abandoné Caracas y regresé a Lima en 1976. La habitación era originalmente blanca y la cama tampoco era la misma, al menos no la cabecera. Unos metros más allá, sin embargo, estaba aún la cómoda que me había regalado Rosita Pedraglio, esposa del presidente Morales Bermúdez y admiradora acérrima de *Silvia María*. Me la entregó en persona la tarde de mi boda, minutos antes de salir para la iglesia. No voy a volver a encender el televisor, me confesó, ahora que te jubilas de la actuación, te juro que ya no quiero ver ninguna

telenovela más, ninguna. Pero no importa, ya me contaron que Arístides se va a presentar a las elecciones municipales, y créeme que hasta presidente no lo para nadie.

—¿Cómo has conseguido esta casa? ¿Es tuya?

—No, es del canal —confesó Felipe—. Pensé que lo mejor era traerte aquí. Te recuperarás más rápido, Jacqueline, necesito que vuelvas a caminar.

—¿Para qué?

—Eso lo sabrás a su tiempo. Ahora solo nos queda resolver un último problema.

Se inclinó sobre mí. Pensé que iba a besarme, y que el último problema era resolver un asunto más carnal, pero me equivoqué. Felipe volvió a levantarme de la silla y nos sentamos al borde la ventana. Me acomodó en sus piernas como un marsupial, tan cerca del vacío que podía sentir por fin el viento fresco rebotándose en la cara. Metió sus manos en mis axilas y me sostuvo por encima del vidrio. Me ordenó que sacara la cabeza. Me temí lo peor. Creí que su plan era empujarme por la ventana para dejarme inválida, así le resultaría más fácil continuar con el secuestro. Cerré los ojos e imaginé la caída, mi cuerpo se estrellaría contra el pavimento y me quebraría los huesos, quizá hasta perdería las extremidades, la memoria, la noción de las cosas.

—Mira allá abajo —me dijo en la oreja.

En un principio no la vi. Formaba parte del paisaje. Una figura extraña, de pie a mitad de la calle, tras la verja del chalet. En el jardín de la entrada había fluorescentes, tachos de luz, rebotadores de tecnopor, trípodes, cables, tomacorrientes. Y allí, rodeada por los instrumentos para imitar, estaba ella, la imitación.

Ella, mirándome fijamente, las manos pálidas sujetas a los barrotes de metal.

—Esa mujer dice que es tu hija. La amenacé con botarla a la fuerza, pero no quiere moverse sin hablar contigo. Incluso su voz es idéntica a la tuya. Ha estado parada allí abajo todos los días, sin falta, desde que llegaste.

Mi otro yo, mi reflejo arrancado del espejo, mi doble de cuerpo, repetición de repetición, al fin y al cabo, sus labios contraídos y la expresión desolada, desangelada, la cara de no haber dormido en días, las mejillas demacradas y los ojos, mis mismos ojos, a punto de absorberme entera, a mí y al resto del mundo.

VIII

El derecho de nacer

Sofía, desde abajo, sintió una extraña picazón al verme. Los ojos negros sin maquillaje, redondísimos, gatunos, el rostro circular de mejillas prominentes, el pelo partido a la mitad. Una chica de la familia Manson en versión bastante adulta. Estaba parada en la vereda, rodeada de los trastos de grabación apilados en el jardín, y divisó mi rostro en la ventana de la habitación rosa, a unos cinco metros de altura. Fue como abrir un féretro y toparse de cara con su propia muerte. Se rascó el hombro derecho mientras me miraba. Pensó que la tira elástica del sostén le había infectado el brazo. Pero el cosquilleo provenía de más abajo, escondido tras las capas y capas de músculos y terminaciones nerviosas. El dolor parecía un cuchillo imaginario que se enterraba en su espalda y le quebraba el hueso del omóplato. Empezó a rascarse con violencia, mirándome a los ojos. Sus uñas abriendo surcos en su piel, dale que te dale, y tal vez hubiese continuado la carnicería de no ser porque su celular vibró en sus jeans y escuchó el timbre con aquella melodía que se había bajado de internet, en versión instrumental de ocho bits: *Perdona, es que yo/caminaba por aquí.*

Observó la pantalla. Reconoció el número del teléfono público, aunque antes de sacar el celular ya sabía de quién se trataba. Genoveva, su madre adoptiva, siempre conseguía rastrearla. Cuando Sofía no le contestaba, Genoveva la llamaba desde un teléfono público, uno de esos artefactos discontinuados, sucios, olvidados en las esquinas cual piezas de museo, monumentos intervenidos por el vandalismo del vecindario. Sofía llevaba más de una semana desaparecida, sin contactar a su madre. Se le formó una sonrisa en los labios, imaginando a Genoveva echándose a la calle con su bata de dragones chinos a encontrar un teléfono público que todavía funcionara.

Sofía había decidido irse de su casa el cuatro de mayo por la mañana, alrededor de las siete. Se fue sin avisarle a Genoveva, convencida de que hallaría la manera de explicarle todo después. Arrastró consigo una maleta con la ropa que había podido llevarse en los cinco minutos que le tomó preparar la huida. A mí me había enviado un último mensaje anónimo: *Si no vienes, iré a buscarte.* Para su sorpresa, le respondí. Ella dudó en soltarme la noticia en el próximo mensaje: *Soy tu hija, me llamo Sofía.* Cuando lo hizo, se arrepintió.

Mensaje leído. No obtuvo respuesta.

Sofía había conseguido mi número de teléfono, mi e-mail y dirección en una carta anónima, escrita a mano con una caligrafía redonda, de letras minúsculas, irregulares, temblorosas, llena de tachas y borrones. Creyó que la había escrito una persona muy, muy mayor. Alguien que no estaba acostumbrado a escribir una carta todos los días y que había recordado cómo hacerlo a través de cada línea. La carta incluía un mapa con las especificaciones para llegar a mi antiguo departamento y hasta el cronograma de buses de Miami-Dade, en caso de que Sofía no supiera conducir o no pudiese alquilar un automóvil. El autor o autora anónima acertó. Sofía había cumplido treinta y ocho años sin haber sacado el brevete y tampoco le interesaba ponerse detrás del volante. Para eso estaba el Audi de Genoveva, siempre dispuesta a llevarla donde quisiera.

La mañana en que huyó de su casa decidió hacer parte del trayecto a pie. Su plan era caminar hasta la avenida Gobernadores para llamar al Uber que la llevaría al aeropuerto, donde pensaba acampar hasta que saliera su vuelo hacia Miami. Era experta en dormir en aeropuertos, aunque el Jorge Chávez era una caja de fósforos comparado con el de otras ciudades del mundo. Desde la casa de Genoveva hasta la avenida Gobernadores había un kilómetro y medio, treinta minutos de camino a lo mucho. A medida que Sofía avanzaba con su maleta, los autos se detenían al pasar por su lado. Le soltaban silbiditos, obscenidades, por dónde vas, ven que te jalo. Ella apartaba la mirada. De niña, cuando se animaba a salir al parque, había aprendido a ignorar a los hombres que se escondían en los arbustos, se bajaban el pantalón y le enseñaban sus partes íntimas. Una vez, un tipo eyaculó tan fuerte que el chorro le manchó el vestido. Ocurrió cuando tenía siete años. Había querido morirse al imaginar que ese líquido blancuzco que se deslizaba por su pierna podría dejarla embarazada. Al llegar a casa, tras darse un baño, le había preguntado a Genoveva a qué edad se podía empezar a concebir. La pobre, en vez de asustarse, se alegró al pensar que Sofía tenía el instinto maternal muy desarrollado para su edad. Por eso se habían mudado a aquella casa enorme, segura de que su hija la llenaría con una docena de nietos. Qué equivocada estaba.

El celular siguió timbrando. *Perdona, es que yo/ caminaba por aquí.* Se mordió los labios y contestó, una mano sujeta a la verja del chalet y la otra en el celular. La voz de Genoveva:

—¿Sofía? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—No estoy en Lima, mamá —mintió.

El *mamá* no salió de su boca con la naturalidad que esperaba. Había estado tatuado en su vocabulario desde siempre. *Má-ma*, una ligera inflexión en la primera sílaba, como una palabra aprendida de un diccionario extranjero. Nunca había sentido mayor afinidad con ella, salvo por las comidas que las ataban a la mesa y que luego abandonaban para ocuparse de sus asuntos, y en el caso de Sofía, para sentarse a ver los canales de cable que repetían mis telenovelas antiguas, repletas de vestuarios pasados de moda y decorados de cartón piedra.

Sofía colocó el celular entre el hombro y la oreja, para poder rascarse mejor la espalda. La

picazón se le hacía insoportable. Genoveva guardó silencio. No podía reprocharle nada. Ella nunca pensó en confesarle que era adoptada, pero no tuvo que pasar mucho tiempo para que Sofía sacara sus propias conclusiones; quién es esa señora de blusas con hombreras que se parece tanto a mí, esa señora a la que siempre le tiembla el ojo, la ceja o todo al mismo tiempo, por qué nunca me contaste nada. Y Genoveva respondiendo que no, mi amor, cómo crees, esa señora no puede ser tu madre, madre puede ser cualquiera, excepto la que cría y la que sufre. Mírame bien, tú no saliste de aquí dentro, pero te quiero más que a mí misma y sufro, ¿acaso crees que no sufro? Esa actriz no vive en el Perú desde hace años, es imposible que sea tu madre, ya es hora de que te olvides de tantas fantasías, y si te quedan dudas, quizá más adelante puedas empezar la búsqueda tú sola. Genoveva, quien se había pasado el resto de su vida esperando el día en que la niña la abandonara para irse a poner en práctica sus consejos, solo atinó a preguntar:

—¿Cuándo volverás?

—No pienso regresar.

—Si no vienes, iré yo a buscarte.

¿Dónde había escuchado esas palabras?

Sofía cerró los ojos y apretó los dientes. El cuchillo imaginario se enterraba en su hombro. Necesitaba un médico para no terminar de volverse loca.

—Ni siquiera sabes dónde buscarme —dijo al teléfono.

—Una madre siempre sabe. Espera y verás.

Colgó. Volvió a tocarse la espalda, mientras espiaba hacia el chalet, pero el celular se le escapó de las manos y rebotó al otro lado de la verja. Mierda, murmuró. Se agachó para recogerlo. Metió el brazo entre dos barrotes y fue inútil, había caído lejos de su alcance. En la puerta, un grupo de personas conversaba en el jardín sosteniendo vasos de café, los libretos bajo el brazo, esquivando a los técnicos que armaban trípodes y cargaban plantas de plástico, maceteros, piezas del decorado, muebles de mentira. Al fondo, los asistentes de Dirección daban órdenes con sus tablillas de madera, sus lapiceros detrás de la oreja. De pronto, los que estaban en la puerta comenzaron a reír y señalaron hacia la ventana de la habitación rosa, cuchicheando, pasándose la voz, tomando fotos con el celular, mira, allá está, es Jacqueline Metalius, ¿la ves o no la ves?, qué flaca está la pobre, un cadáver vivo, ¿estás seguro de que es ella?

Entonces Sofía vio a Teo a un costado de la puerta, observándola fijamente.

El niño creyó que mi hija era un fantasma. Había salido al jardín para seguir a la voz que había oído en las escaleras. En un principio fueron los golpes, pero esa tarde escuchó a la voz por primera vez. Era una voz ronca, masculina, un anciano quizá, las palabras transportadas por el viento: *emperador*. Lo escuchó claramente. *Pequeño emperador*. ¿Qué cosa? Decidió salir en lugar de orinarse en el pantalón. Afuera, los tímidos rayos de sol le calentaron los hombros y le aclararon las ideas. Estoy imaginando cosas, se dijo el niño, respirando despacio. *Pequeño*

emperador, volvió a decir la voz masculina. Alzó la vista y notó que había una chica idéntica a mí junto a la verja. Teo retrocedió, asustado, y sus pies se toparon con un celular tirado en el pasto.

—¡Hey, eso es mío! —exclamó Sofía—. ¿Puedes alcanzármelo?

Teo se le quedó mirando, pálido, inmóvil, doblándose sobre sus rodillas, su vejiga a punto de explotar. Ella frunció el ceño. En el fondo siempre había odiado a los niños, desde niña, aunque lo que más la aterrorizaba eran los bebés recién nacidos, frágiles, las extremidades elásticas como monigotes, olorosos a excremento, a sudor de culo, a leche materna. Una vez leyó que en las playas de Tailandia vendían helados de leche materna a los niños que tenían miedo de meterse al mar. Teo se acercó temblando, mordiéndose las uñas, delicadísimo. Un niño guapo, aunque por su ropa parecía sacado de una fotografía antigua.

—Tú no eres real —dijo él.

Sofía oprimió los barrotes con ambas manos.

—¿Cómo que no?

—Te he visto allá arriba. No puedes estar en dos lados a la vez.

Apuntó hacia la habitación rosa. Sofía se acuclilló hasta quedarse a la misma altura que él.

—Si me alcanzas el celular, te lo explico.

El niño lo pensó un segundo. Luego avanzó, cogió el aparato y lo limpió con la tela de su guayabera. Sofía fingió sonreír. Cuanto menos contacto tuviera con él, mejor.

—¿Por qué ahora te ves así? —dijo él—. Antes, arriba, estabas más vieja.

—Es un secreto. Tengo una pócima que me hace rejuvenecer cada vez que salgo, y cuando entro en la casa se acaba el efecto.

—No te creo —dijo él, cruzándose de brazos.

—Anda, dame el celular.

—Si quieres que te ayude, dime la verdad.

—Bueno. La mujer que viste arriba es mi madre.

Teo abrió los ojos como platos. Mi hija le contó que le había tomado toda su vida encontrarme, y lo había hecho gracias a una carta escrita a mano. Mira, si quieres te la muestro. Hurgó en su mochila, sacó un papel doblado en cuatro y se lo mostró. ¿Me crees ahora? El niño le echó un vistazo. Leyó el primer párrafo sin separar los labios, parecía muy interesado. Asintió. Me llamo Teo, le dijo. Le dio el celular y abrió la verja.

Sofía dudó antes de entrar. Vamos, susurró el niño, te llevaré arriba, será una sorpresa. Ella sintió que las piernas le fallaban. La atmósfera del chalet se tornó espesa, como si caminara en un terreno de arenas movedizas, e incluso el aire era distinto, metálico. Mientras atravesaban el césped, los técnicos y los camarógrafos la miraron, espantados, como si ella recién hubiese empezado a existir en ese instante. Mi hija conocía de sobra aquel sentimiento. La gente la

miraba con esos mismos ojos desde pequeña, apuntándola con el dedo. ¿A quién se parece? No, no puede ser. Les resultaba conocida, aunque no sabían identificarla, y no porque Sofía no fuera una mujer atractiva, al contrario. Vivir bajo mi sombra significaba que para el mundo solo existía una Jacqueline Metalius. El resto era ilusión óptica, pura imaginación o imitación, lo cual era peor. Nunca se detenían a comprobar el parecido y seguían su camino. En cambio ahora interrumpían sus vaivenes y, por fin, la miraban sin poder quitarle los ojos de encima. Sofía memorizó cada detalle del estudio, convencida de que aquella sería la última vez que habría de pisar alguno. La repetición de una ilusión, la gran falacia delante de sus ojos. El escenario cortado a la mitad, el animal destripado de la ficción. De aquí para allá es artificio, de allá para acá es verdad sin maquillar, desnuda, las vísceras expuestas detrás de las cámaras. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Actores, directores, libretistas, piezas del inmenso tablero de la falsedad, cada uno en sus puestos, listos para mentirles a los televidentes. Sofía respiró el aroma de aserrín, de madera fresca, de cables derretidos. Quizá hasta el aire era de mentira.

No quiero irme de aquí jamás, pensó.

Teo la condujo por el primer piso, la hizo cruzar el corredor, la alfombra del centro de la sala, el comedor, la mesa de los bocadillos. Los actores que dormitaban en los sillones se pusieron de pie, creyendo que era un holograma. Ella trató de ignorar los cuchicheos, el corazón latiéndole con fuerza, el hormigueo constante en las piernas, la comezón en el hombro, infectado de tanto rascarse. Subieron por las escaleras. Las secretarias los husmeaban desde sus escritorios, conteniendo la respiración. Sofía comprendió que su vida estaba por comenzar otra vez desde cero. Cada paso era una marca imborrable en los peldaños del tiempo, incluso si decidía dar marcha atrás. Las lágrimas le asaltaron las mejillas. Lamentó no haber podido tomarse un minuto para arreglarse. De pronto, se arrepintió y frenó en el borde del umbral.

—¡Espera!

Pero Teo abrió la puerta de la habitación rosa sin detenerse.

* * *

Felipe me acomodó de vuelta en la silla de ruedas. Me preguntó cómo era posible que hubiese vivido tantos años sin sospechar que tenía una hija. Yo no supe qué responderle, tampoco habría sido capaz de explicarlo. Estaba al pendiente de sus manos, observando sus movimientos, esperando el momento para clavarle las tijeras. Había tomado la decisión de utilizar al niño como rehén en caso de que me impidieran escapar, por más repulsión que me provocase tocarlo. Tendría que aprisionar su pequeño cuerpo contra el mío al bajar las escaleras, si conseguía caminar, amenazarlo con hundirle las tijeras en el cuello. De seguro, abajo se creerían que todo

era una broma, o un ensayo; los actores, directores y camarógrafos observarían de lejos el espectáculo, sin atreverse a participar.

—Si quieres —ofreció Felipe—, le digo a Alex que deje subir a tu hija.

—Aún no estoy lista para hablar con ella.

Era cierto. De un modo extraño agradecí al cielo que Sofía se pareciera a mí en vez de a su padre. Desde la ventana había distinguido su cutis terso, ausente de líneas de expresión, los labios carnosos, el cuello largo, mi retrato vivo. ¿La estaría imaginado? ¿Sería un fantasma? *La mente es muy poderosa*, repitió la voz de mamá en mi oído. *Esa chica puede ser la proyección de tus frustraciones, de los hijos que te negaste a tener; ahora que regresaste al chalet y a este dormitorio, por fin eres capaz de verla como si fuera de carne y hueso*. La idea de tenerla frente a mí me espantaba. Yo, que durante la gira de *Coral* llegué hasta Ucrania sin temerle a la radiación de Chernóbil, que había nacido para pisar los sets de televisión, que dominaba los ángulos de las cámaras, los deseos de los hombres, la voracidad de la teleaudiencia, ahora era incapaz de hablar con esa pobre chica. Era absurdo.

—Bueno —dijo él—, pero si tratas de escapar, le mostraré esto.

En la pantalla de su celular había otro video en donde aparecía yo de rodillas, bañada en sangre, sujetando el puñal de plástico bajo los faroles del estudio, en Miami, mirando alrededor con los ojos enloquecidos, el día en que intentamos grabar la muerte de Lucrecia Limantour. Supuse que también había sido él quien puso el embrión en el acuario. Por su culpa había perdido la razón, me había convertido en un remedo de lo que era y ni siquiera podía reprochárselo.

—También se lo enseñaré a Alex. Si se te ocurre abrir la boca, pensarán que estás loca y nadie creerá nada de lo que digas.

—¿Él sabe que me tienes secuestrada?

—No, él solo trabaja aquí de maquillador y se ofreció a cuidarte.

—Pensé que te ayudaba a criar al niño.

—Teo es hijo suyo.

—Qué horror.

Me lo explicó. Alex prefería traer a su hijo al trabajo para estar al pendiente; el «asunto» lo tenía completamente aterrorizado. Lo miré sin saber a lo que se refería. Creí que hablaba de los incendios, de las especulaciones de la prensa, de los rumores sobre terrorismo, pero no.

—Los niños —murmuró Felipe—. Los niños están desapareciendo.

A la fecha habían llegado a diez, al igual que los incendios. Diez niños entre ocho y trece años se habían esfumado sin dejar rastro en menos de un mes. Niños de familias acomodadas o de suburbios de clase media-alta, todos alumnos de colegios privados. Dos de Barranco, dos de Miraflores, uno de Surco, cuatro de San Isidro. Anoche habían reportado la desaparición del

décimo, en Magdalena. Encontraron su mochila cerca de la Pera del Amor, con parte de su ropa adentro. La Policía sospechaba que el niño había decidido irse por su cuenta. Alex estaba desesperado por matricular a su hijo en un internado en Florida, para que el niño no perdiera el contacto con el idioma español. Le respondí que me parecía una idea pésima. En Florida lo único que hay son reptiles sueltos, reservas naturales, calor africano, edificios inteligentes, mala televisión.

—Que mejor lo envíen a Upstate New York.

—Donde sea —dijo él—. A Utah o a Alaska pero lejos, muy lejos de la telenovela que estamos viviendo en las calles.

—Es que el terrorismo también es melodrama.

Felipe me tiró otra bofetada. Lamenté que no hubiese sido tan fuerte como la primera. Mi vientre, de todas formas, se exaltó.

—¡No digas esa palabra! A las telenovelas hay que llamarlas por lo que son: ficción. ¿Entendiste?

No atiné a decir nada.

—¡Repítelo!

Me cogió la cabeza con ambas manos y me sujetó el cráneo entre los dedos, triturándome las sienes como una aplanadora. Yo lancé un grito ahogado, buscando la tijera en el camisón.

—Ficción. Fic-ción. Decirles melodramas a las telenovelas suena humillante; tengo ganas de matar a alguien cada vez que lo escucho.

Me soltó. Caminó en círculos, respirando aceleradamente, el rostro inyectado de sangre, la ira escapándose por los poros. Me miré en el cristal de la ventana. Tenía un moretón junto a la boca y unas marcas profundas en las mejillas. Su desequilibrio continuaba despertando mi deseo. Cerré los ojos y absorbí el olor de su transpiración, su aroma a lavanda que me intoxicaba, la energía de sus manos, su mirada de criminal. Tal vez, si sabía oprimir sus botones, allí donde más le dolía, podría lograr que me tumbara en el suelo y me ahorcara. Lo único que me interesaba era desaparecer.

Entonces se me ocurrió seguir provocándolo.

—¿Lo que están grabando allá abajo también es ficción?

Él volteó y contrajo los puños.

—¿Cómo dices?

—*Amor en el arenal. Esquina bajan. La princesa de Barrios Altos.* Esos mamarrachos no son telenovelas —dije, con una mueca de desprecio.

—O sea que conoces nuestro trabajo.

—No pude aguantarlas ni un minuto. No hay ficción, ni lágrimas, ni emociones humanas. Solo pastiche amateur, humor de pueblo, chistes bufonescos. ¿A qué clase de público le puede

gustar esas historias de andrajosos viviendo en callejones de un solo caño? ¿Dónde están las mansiones, los vestidos, las joyas, las intrigas familiares, los abogados corruptos, los hijos ilegítimos, las pelucas, los blusones, las hombreras, las villanas, los crímenes, la cárcel, el folletín? ¿Dónde?

Felipe se sentó al borde de la cama. Las manos crispadas, puestas en las rodillas. Un hilo de sudor cayó desde su frente. Lo secó de un zarpazo. Pensé que iba a darle un infarto.

—El problema no es el chiste fácil —aseguró—. A los televidentes hay que tratarlos como si fueran niños pequeños. Cada segmento del *share* es una vida a nuestro cargo. Un niño con un dedo puesto en el control remoto, a punto de cambiar de canal, de apagar el televisor, de prenderse al internet. Hay que nutrirlos de ilusiones, influir en sus gustos, en sus decisiones, en sus patrones de conducta, en sus impresiones sobre el amor, en sus relaciones de pareja, en sus ideales afectivos, incluso enseñarles a limpiarse el culo, recordarles que lo que vieron es solo una muestra de lo que verán en el futuro y por el mismo canal.

Su voz había cambiado. Mordía las palabras, frotándose un costado del cuello. Yo conocía de sobra aquella frustración. Mi madre opinaba que la necesidad de melodrama era mayor a la que sentimos por los alimentos. De otra manera, no se explicaba que el folletín hubiera sobrevivido a la invasión de los *realities*. El drama es lo primero en que la gente piensa al despertar, solía decir mamá. Es la fuerza que les conduce a ponerse de pie, a vestirse, a desayunar, a irse a trabajar. El drama es el único tema de conversación a la hora del almuerzo, y la gente seguirá hablando de dramas al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Felipe se puso de pie y preguntó:

—¿Qué pensarías si la protagonista de una telenovela muere en el último episodio?

—Las protagonistas son intocables. Solo los villanos se mueren al final.

—Estamos en otra época. La ficción es atemporal. Es un plagio de la vida real, pero, a la vez, no puede parecerse tanto a ella. Si no, acuérdate de lo que pasó con Leonela.

Sentí un escalofrío. *Leonela* era una telenovela escrita por Delia Fiallo que escandalizó al público venezolano y al resto del continente en 1982, con Mayra Alejandra como protagonista, la historia de una víctima de violación que termina enamorándose y casándose con su violador luego de verlo cumplir su condena en la cárcel. En la vida real, la pobre Mayra Alejandra falleció años después, víctima de un cáncer. Yo no llegué a conocerla, aunque aplaudí su coraje para interpretar aquel papel, tan adelantado a su tiempo. En el Perú hicieron una nueva versión de *Leonela* en 1997, *Muriendo de amor*, con Mariana Levy, quien también tuvo una muerte trágica. Sufrió un paro cardíaco a los treinta y nueve años, dentro de su automóvil, rodeada de toda su familia. Yo no estaba segura de aquella coincidencia. Desde los ochenta corría el rumor de que al papel de *Leonela* le habían echado una maldición. Todas las actrices que lo encarnaron alguna vez ahora están bajo tierra. Un castigo del universo por trasgredir las barreras de la realidad.

—Escuché que hubo una versión brasileña de *Leonela* que nunca salió a la luz —dije yo—. La actriz murió aplastada cuando grababan el primer capítulo, un reflector se desprendió del techo y le cayó en la cabeza. Luego su cuerpo se incendió. Claro que podría ser una leyenda urbana.

—Dudo que lo sea, aunque los tiempos ya no están como para reciclar libretos antiguos. Yo no tengo la culpa de que el folletín haya pasado de moda en el Perú. Lo mismo sucede en otros países. En Brasil los evangelistas se han infiltrado en el gobierno y son ellos los que financian esos refritos de películas religiosas. *Moisés, David y Goliat...*

—Sí. Los he visto en Unimundo.

—En lugar de avanzar, estamos retrocediendo. Los ochenta han vuelto a caer sobre nuestros hombros. Acá en Lima la cosa se ha puesto peligrosa, dentro de poco la gente volverá a tener miedo de salir a la calle. Por primera vez en veinte años los jóvenes van a encender el televisor, descubrirán que existe otro mundo fuera de sus MacBooks, de Netflix, de HBO, y ¿qué van a ver?

—¿La televisión de señal abierta?

—No. A ti.

Me tomó del brazo y me lo apretó con fuerza.

—Tú podrías escribir una telenovela. O, por lo menos, crear el argumento.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, trepando por las paredes de la habitación rosa. Fue como sufrir el lengüetazo de un animal gigante, mi piel húmeda de un líquido viscoso que bajaba hasta mis piernas. Recordé los libretos que me traje del edificio inteligente, los guiones de mis capítulos finales favoritos reunidos a lo largo de los últimos cincuenta años y que debían estar todavía en la maleta.

—¿Yo? ¿Escribir a mi edad? Estás loco.

—Delia Fiallo tiene noventa y tres años y sigue escribiendo.

—Pero yo nunca he escrito nada.

—Conoces muchos libretos de memoria, eso ya es bastante. Tu público merece volverte a ver en un papel protagónico. Otras actrices de tu generación ya se han retirado de los escenarios, piénsalo bien. ¿Quién más que tú podría hacerlo?

Antes de que pudiera responderle, escuchamos el redoble de unos pasos subiendo por las escaleras y la puerta se abrió de par en par. Teo apareció en el umbral caminando de puntillas, como si quisiera darme una sorpresa. Mira a quién te traigo, dijo, desternillándose de risa. A su costado, una mujer de cabello suelto lo cogía de la mano. Creí que se trataba de Alex, pero no tenía barba. Aún sin atreverse a entrar, con los ojos desbordados de emoción y de llanto, estaba Sofía, pálida como un fantasma.

IX

La impostora

Entonces vi a mi hija por primera vez. Sus pies atornillados en el umbral, resistiéndose a entrar. Una imagen congelada, ampliada y recortada de *Silvia María*, a colores y en tres dimensiones. Llevaba una mochila horrenda a la espalda; unos jeans horrendos, desteñidos; botas horrendas de gamuza hasta los tobillos; una blusa blanca, horrenda, estampada con dibujos de aves (las aves traen mala suerte, decía mamá); y una casaca con flequillos color azul marino, lo más horrendo del atuendo. Se notaba a leguas que la pobre necesitaba un cambio de imagen con urgencia. A excepción de la ropa, era una copia exacta de mí misma. Y cuando digo exacta quiero decir idéntica, porque las copias también poseen sus fallas. Esta copia, sin embargo, era un calco al milímetro. Ni rastro de Arístides por donde se le mire. Las mismas líneas de expresión, los mismos lunares bajo el mentón, el mismo tamaño del busto, la misma circunferencia de la cadera. Las palabras de Felipe aún retumbaban en mis oídos. *Otras actrices de tu generación ya se han retirado de los escenarios. ¿Quién más que tú podría hacerlo?* La respuesta acababa de materializarse frente a mí.

Lo que más me costó admitir, aparte de su presencia, fue que mis piernas habían dejado de funcionar, de lo contrario me hubiese levantado de un salto. Apreté la mano de Felipe, quien todavía no salía de su estupor. Teo contuvo sus risitas y decidió romper el hielo.

—Mira a quién te traigo.

Tiró del brazo de Sofía y ella lo siguió dando pasos cortitos, como un robot, hasta el centro de la habitación.

—Anda —exclamó Teo—, diles lo que me contaste.

Ella dudó un segundo. Se secó las lágrimas, su labio inferior se sacudía. Cuando estaba por decir algo, se fijó en mi silla de ruedas. Se llevó una mano a la boca, asombrada, y rompió a llorar de nuevo. Yo me tragué la desesperación que amenazaba con sumarse a la suya. Traté de acomodarme el camión, repasarme los cabellos, ocultar el moretón de mi mejilla. Miré alrededor. Necesitaba un cigarrillo, algo con qué esconder la tembladera. Eché la cabeza hacia atrás, la ceja ligeramente levantada, entrecerrando los ojos, la marca registrada de Jacqueline Metalius en estado puro, y le extendí mi mano en un gesto exagerado, distante.

—¿Cómo te va?

Ella se derrumbó a mis pies. Me besó la mano, la muñeca, el antebrazo. No supe qué hacer y le di un codazo a Felipe.

—*Darling*, ¿me das un cigarrillo?

Él me miró asombrado, más por el *darling* que por la solicitud.

—En esta casa está prohibido fumar.

—Aquí tengo uno —murmuró Sofía, a mitad del llanto, rebuscando en sus bolsillos.

Me lo encendió. El cigarrillo estaba salpicado de sus lágrimas. Le di un par de caladas, exhalé el humo y la observé. Mi boca se alargó en una sonrisa de mentira y le mostré todos mis dientes.

—Sofía es tu nombre, ¿no es así?

Ella continuó sollozando. Al fondo, el niño contemplaba la escena muy serio, las manos detrás de la espalda. Mi hija me humedeció el camisón y dijo que hacía años, décadas que había soñado con este momento. Asentí varias veces con la cabeza.

—¿Quieres tomar algo? ¿Agua? ¿Un whisky?

Intenté tocarle el hombro izquierdo. Ella dio un chillido y retrocedió. Tengo una herida allí, dijo. Yo me acaricié la cicatriz de la bala por encima del camisón en un gesto automático. ¿Acaso habíamos sentido el dolor al mismo tiempo? Nos miramos en silencio en la misma posición, cada una con la mano en el hombro. Frente a frente éramos como un espejo.

La puerta volvió a abrirse. Alex asomó la cabeza y se quedó de piedra.

—Felipe —dijo al recuperarse—, es mejor que vengas conmigo. Abajo se niegan a seguir trabajando.

Me guiñó un ojo. Le agradecí con una sonrisa. Felipe suspiró, puso una mano en la espalda de Teo y los tres abandonaron la habitación.

Apenas cerraron la puerta, mi sonrisa se disolvió. Me aparté bruscamente de Sofía. Me remolqué en la silla de ruedas hasta el descanso del ventanal y le di la espalda, resistiéndome a revivir la escena de *Coral*. Ella se sentó al borde de la cama, limpiándose la cara con la manga. Observé los cerros a través del vidrio, el tráfico de la avenida Gobernadores, los tímidos rayos de sol que intentaban filtrarse entre las nubes, aquella claridad absurda, irreal. La vida seguía su curso, incólume, al menos de la puerta para afuera. Le di una calada al cigarrillo y dije:

—Todo marchaba bien hasta que apareciste tú.

Hice girar las ruedas y se lo expliqué de porrazo. ¡Los anónimos! ¡Las amenazas! En mi vocabulario eso tenía un nombre: terrorismo sentimental. ¿Cómo se le ocurría? ¿De dónde había sacado semejante idea? A nadie le hace gracia enterarse de algo así de la noche a la mañana y menos en esas circunstancias. Ella bajó la mirada y abrió su mochila horrenda. Se puso a revolver las cosas que guardaba adentro y escuché el ruido de unos vidrios, tal vez un arma. Quizá había venido a torturarme, era más fuerte que yo y no le costaría mucho esfuerzo levantarme en peso y arrojarme por la ventana; ella confesaría que yo me había tirado sola, por

decisión propia, incapaz de afrontar su presencia. Después me recluí en una habitación similar y se dedicaría a torturarme, a fracturarme los tobillos con un martillo, a insertarme clavos en el cráneo, a cortarme las plantas de los pies con navajas de afeitar. La vi levantar el brazo y echarse sobre mí. Un resplandor blanco. Un puñal, pensé, si tenía buena puntería me atravesaría el corazón y moriría instantáneamente, sin agonizar, aunque el cuerpo igual se tarda unos diez segundos en dejar de funcionar.

El resplandor blanco descendió de golpe. Un haz de luz se reflejó en la ventana, rapidísimo, y se estrelló contra mi regazo. Di un respingo y Sofía retrocedió. Dejó un montón de hojas de papel sobre mis piernas: cartas escritas a mano. Las revisé. Estaban ordenadas por fechas. En la última habían pegado un mapa, calles de líneas naranjas, amarillas, Alton Road, Dade Boulevard, Washington Avenue, Flamingo Park. Un punto dibujado con lapicero rojo, la ubicación del apartamento de South Beach. Debajo, la dirección, mi número de teléfono y del celular.

No tuve ni que leerlas para reconocer la caligrafía pequeña de mi madre.

Había escrito mi nombre; mis horarios de trabajo; la dirección de Unimundo; los teléfonos del estudio; un mapa del foro 7, de las oficinas, de mi camerino. Fotografías del Lincoln, placa de registro, el número de mi carnet de identidad y de mi licencia de conducir. Tras un vistazo fugaz, percibí un patrón. En todas las cartas figuraba la misma advertencia. No le digas quién eres, mándale mensajes al celular, nunca firmes con tu nombre, tienes que ir a buscarla, tómate fotos e intenta posar como ella para que no le quede ninguna duda de que ella es tu verdadera madre, tu verdadera madre, tu verdadera madre.

—Yo no quise escribirte esos anónimos, ni amenazarte —dijo Sofía, sin mirarme, en un hilo de voz—. Las cartas decían que era la única manera, que de otra forma no ibas a hacerme caso.

Recordé los mensajes que mamá había dejado en mi buzón de voz. *Tengo algo urgente que decirte, contesta, contesta*. A su edad le habría costado enormemente aprender a utilizar las herramientas de la tecnología. Me la imaginé sentada delante su computadora de escritorio, una Compaq del 2007 que en su tiempo le había regalado por el Día de la Madre. Le había tomado un año entero saber cómo encenderla y apagarla. No navegaba por internet, pero jugaba interminables partidas de solitario. Me la imaginé pulsando las teclas de la Compaq con lentitud, una letra por cada diez segundos, abriendo la ventana del explorador, escribiendo una dirección de Google. Me la imaginé trepándose a su Mini Cooper y conducir hasta el Staples de la 32 Avenue y Coral Way, los empleados admirándose al descubrir su cuerpecito menudo y encorvado, ella demorándose dos horas para ingresar a Google Maps en las computadoras del mostrador, temblando por el aire acondicionado, pidiéndole con su vocecilla ronca a un empleado que, por favor, le imprimieran una hoja, luego otra y, de paso, me llevo también este papel de carta, estos sobres de manila, estos lapiceros de colores. Me la imaginé sentada en el comedor del edificio inteligente, escribiendo hoja tras hoja con los lapiceros, pegando los mapas

impresos a la espalda y metiéndolas en los sobres, escribiendo la dirección del destinatario antes de volver al Mini Cooper y conducir hasta la oficina de UPS en Ponce de León para depositar las cartas en el buzón, todas con las letras que a esas alturas me hacían daño a los ojos:

*Sofía Durand
Los Balcanes 337
Urb. El Sol de La Molina
Lima 12
Perú*

Arrugué las cartas y las sujeté en mi puño. Enterré mi nariz en ellas, las olfateé. El aroma dulzón de mi madre. Recordé otra dirección: jirón Cangallo 321. Me la imaginé rumbo al aeropuerto, comprando un billete de avión, volando en clase turista hacia Lima mientras redactaba la otra carta para mí, aún más larga que las que recibió Sofía. Me la imaginé tomando un taxi hasta el Centro, recorriendo la avenida La Marina, la avenida Brasil, la plaza Grau, los edificios grises, quemados, infectos. Me la imaginé bajando del taxi a espaldas del Hospital Obrero, tocando el timbre de nuestra antigua casa, y después preguntar, reconocer, alegrarse, entregar la carta y el paquete cerrado, regresar por donde vino y sin detenerse, sin animarse a recorrer la ciudad que hacía décadas había dejado de pertenecerle.

—Tenemos que llegar al fondo del asunto —le dije a Sofía—. Esto es solo el principio.

Ella me miró perpleja.

—¿Sabes quién escribió estas cartas?

—Sí. Pero todavía nos falta la segunda parte para terminar de resolver el enigma.

Ella se mordió el labio.

—¿Y dónde está?

—En La Victoria.

Se ofreció a ir en busca del paquete. Le dije que era imposible, tenía que ir yo personalmente, pero que no podía caminar.

—Claro que puedes —respondió ella—. He visto el video del aeropuerto, todo el mundo lo ha visto. La bala no llegó a tocarte ningún miembro vital, lo dijeron en las noticias. Y, además, ¿sabes lo que están diciendo? Que la guerrilla de la *dark web*, la que está provocando los incendios, fue la que mandó traer al ruso que disparó.

Aquello era inaudito. Me desabotoné el camisón y le enseñé mi hombro vendado, sin importarme que me viera desnuda, mis senos encogidos, los huesos sobresalientes, la piel marchita, descolgada.

—¿Crees que lo del aeropuerto fue una puesta en escena? —le pregunté, exasperada—. Esto que tienes delante soy yo, o lo poco que queda de mí. No tendría sentido desfigurarme, mutilarme, haber perdido mi silueta por un afán político, ni haber aniquilado mi carrera en televisión. Nadie va a querer contratarme, a todos les da igual que esté inválida o que esté muerta.

Mi hija se arrodilló junto a la silla y me tomó de las manos.

—Yo nada más te repito lo que escuché. Estoy de tu parte, recuérdalo. Nunca pensé verte en esta silla.

Me contó que al parecer existían más versiones de la historia de la Mujer Soviética. Algunas aseguraban que yo conocía al ruso desde antes. Según fuentes policiales, Andrey Chernetskiy había estado ligado a ciertas cúpulas extremistas que planificaban sus movimientos por internet, y que, incluso, su madre le había puesto Andrey por Andrés, el nombre del hijastro de Virginia Lezcano en *Coral*.

Sofía me auscultaba con ojos inmensos. Su presencia me turbaba. Mirarla era como un recordatorio constante de lo que yo alguna vez había llegado a ser, cada segundo que pasaba se parecía más a la Jacqueline Metalius que se convirtió en estrella; y yo, en cambio, estaba un centímetro más cerca de la tumba, lista para ser reemplazada. Hacía años que Sofía había cumplido la edad en la que yo interpreté a Virginia Lezcano, aunque primero tendría que quitarse esa ropa ridícula y someterse a un tratamiento capilar.

Ella me estrujó la rodilla. Me confesó que su vida entera había dado un vuelco desde el día en que recibió la primera carta. Cuando tuvo la certeza de que pronto habría de encontrarse conmigo, se sometió a un estricto régimen alimenticio para poder bajar de peso, porque, hacia los últimos años, el resentimiento y la insatisfacción la habían forzado a asaltar constantemente la refrigeradora, su voracidad alcanzó niveles insospechados. Por aquel entonces, estaba muy descuidada, sabes, me daba vergüenza que me vieras así, creí que no iba a estar a tu altura, me dijo, bajando la mirada. Su dentadura, además, había adquirido el tono gris de los fumadores compulsivos, desesperados, el tabaco y la ansiedad habían aniquilado la tersura de su rostro, colmándolo de líneas afiladas a ambos costados de la boca y de granos en la frente, en los pómulos, en el cuello, forúnculos que se arrancaba con las uñas y le dejaban llagas por doquier. Le tomó dos años enteros convertirse en la persona que ahora volvía a colocar los ojos en los míos, humedecidos de lágrimas.

Luego me pidió perdón por haberse alterado y posó su cabeza en mi regazo. Intenté acariciarle el cabello, pero había olvidado cómo hacerlo. Es más, nunca le había hecho ningún cariño a nadie. Extendí un dedo, dos, tres. Fueron un par de caricias erráticas, tiesas, a las que tendría que acostumbrarme. Le agradecí al cielo que hubiese llegado a conocerla adulta. Otro sería el cuento si Sofía fuera una niña, no podría tocarla sin sentir náuseas. La escuché sollozar.

Lo de las lágrimas lo había heredado de mí, no necesitábamos de colirios ni artificios para llorar hasta arrugarnos. Le expliqué lo que ya debía saber por las cartas de mi madre: que no tenía idea de su existencia y que su abuela tal vez la había entregado en adopción sin consultarme, aprovechándose de que yo estaba inconsciente luego de haber perdido a su padre. Ella levantó la vista.

—Se llamaba Arístides, ¿no? Cuéntame cómo era él.

De Arístides no quedaba mucho por decir, salvo que su mayor sueño, además de tener un hijo, era llegar a tener un cargo político. El accidente del Faucett DC-4 había acabado para siempre con su afán de lanzarse a la alcaldía. Sofía meneó la cabeza. Sabía lo del accidente, por supuesto, las cartas no ocultaban ningún detalle. La familia que la adoptó también vivía en La Molina, al otro lado de la avenida Gobernadores, y jamás imaginó que ella había sido concebida a un par de kilómetros de su casa, en este chalet y en esta misma cama. Sus padres se habían divorciado al cumplir los ocho años, cuando Genoveva, su madre adoptiva, se negó a tener más hijos, y su padre volvió a casarse. Sofía había estudiado Administración. Después de graduarse se dedicó a viajar por el mundo, desempeñándose en trabajos disímiles: camarera, barista, fotógrafa, traductora de inglés y francés. Al cumplir los treinta, se desencantó de viajar y cayó en una depresión fulminante. Genoveva había hecho hasta lo imposible por reanimarla y obligarla a que saliera a la calle, a que tuviera amigas. Ella se rehusó a abandonar su dormitorio. Si salía, tenía que lidiar con los hombres y no le interesaba relacionarse con nadie, salvo para encuentros furtivos, esperando a que su reloj interno dejara de funcionar porque los bebés la aterraban. ¿A ti también? A ella también. Se pasaba los días encerrada buscándome en internet y devorando los videos que encontraba a su paso.

—Sentía que cada telenovela tuya contaba mi propia historia, a pesar de que los argumentos eran distintos. Algunas no pude verlas en su momento. Has hecho tantas telenovelas que les perdí el rastro, pero hay varias en YouTube con los capítulos completos. Imagínate ver de diez a doce capítulos al día por el resto de tu vida, solo así pude verlas todas, de *Silvia María* a *Los pobres nos precederán en el reino de los cielos*.

Un día de 2015, Sofía recibió por correo la carta anónima de mi madre. Leerla le devolvió el alma al cuerpo. Nunca fue su intención asustarme, ella solo se limitó a seguir las instrucciones. Mi madre había pensado en todo. Conociéndome, supo que las amenazas y los anónimos conseguirían intimidarme.

Su celular empezó a timbrar. La melodía se propagó como un manto gris que envolvió el piso, los muebles, las paredes, arrancando suavemente las esquinas del papel tapiz. *Perdona, es que yo/ caminaba por aquí*. La habitación rosa giró frente a mis ojos, las náuseas me doblegaron sobre la silla. Ella puso el aparato en silencio, ahora repiqueteaba en su bolsillo. Recibió un mensaje, luego otro. Me tapé los oídos. Una espiral me arrastraba hacia un agujero abierto al

centro del parqué, los pedazos del papel tapiz revolotearon alrededor de mi cabeza. Ella se arrojó sobre mi regazo, el piso continuó sacudiéndose. Me pidió que me calmara y me ofreció un vaso de agua. La abracé. Y el ruido, el ruido del ventanal que se agitaba sobre el marco, como si unas manos invisibles golpearan el vidrio. Una multitud coordinada, una ovación. *Los aplausos*. El contacto con el cuerpo de mi hija frenó los movimientos sísmicos. La ventisca se apagó.

Ella me besó el pelo y me acarició la mano.

—Debe haber sido de grado cuatro, cuatro punto cinco.

—¿Tú también lo sentiste?

—¿El temblor? Claro. En los cerros siempre es más fuerte que en otras partes de Lima. ¿Qué creías que era?

El tapiz rosa estaba intacto, en su sitio, salvo unas líneas que habían aparecido en la superficie. ¿Habrían estado allí antes? Emergí de vuelta a la realidad. Ella miró la pantalla del celular y entonces se puso de pie apresuradamente. Se asomó a la ventana, miró hacia la calle y ahogó un grito. Regresó sobre sus pasos. Anunció que se iba y que volvería en cuanto le fuese posible. Me dio un abrazo enorme y un beso en la cabeza. Me invadió el pánico. Quise decirle que me tenían prisionera, que me ayudara a escapar, pero su aroma me detuvo. Olía a almidón, a cremas rejuvenecedoras, a almizcle. ¿Sería también aquel mi aroma natural?

Sofía me dio un beso en ambas mejillas, mojándome la cara con sus lágrimas. Recorrió el borde de mi rostro con un dedo, como si quisiera dibujar mis facciones. Descubrió el moretón.

—¿Qué es esto? Hay más marcas aquí, por tu cuello, en tu oreja. ¿Y este araño?

Me inventé que había sufrido un ataque de histeria al descubrir que no podía caminar. Ella asintió, muy críptica. Descuida, ya hablaremos. Antes de irse, me aconsejó que verificara las esquinas, detrás de los muebles, de la cama, del sillón, por si habían puesto algún micrófono, nunca se sabe, y de paso revisa también los cajones de la cómoda, el baño, el armario, después te lo explico, no debemos levantar sospechas, confía en mí, hazlo por papá. Mi corazón se aceleró al escuchar aquellas palabras. *Hazlo por papá*. Ella abrió la puerta y dijo:

—A papá lo mataron los rusos. Estoy segura.

Me dejó con el alma en vilo. Bajó por las escaleras sin detenerse, consumida por una rabia primigenia que la había asaltado desde niña. Felipe y Alex aguardaban sentados en los escalones y la vieron pasar por un costado a gran velocidad, el cabello en el aire, sus puños sujetando las asas de su mochila, los nudillos blancos, la cabeza inclinada. Las personas se detenían a saludarla, los vigilantes de la garita de control le hacían reverencias, tomándole fotos con el celular. No se detuvo hasta llegar a la calle, brincando sobre los micrófonos y los cables desperdigados en el jardín. Un vigilante le abrió la verja y allí, al otro lado de la calle, la esperaba Genoveva. Estaba de pie, recostada en el Audi aparcado junto a la vereda, cruzada de brazos. Un cigarrillo sobresalía de entre sus labios. Me asomé por la ventana y la vi. Una mujer

blanquísima y ojerosa de estatura baja, el pelo trinchado, corto y teñido de gris platino, las cejas pintadas con delineador grueso. Vestía pantalones estrechos, botines negros de taco alto y una chompa roja de cachemira. Tenía pinta de profesora de yoga o de espía infiltrada, y una expresión de desconsuelo tatuada en el rostro. Posible causa de muerte: depresión clínica, desnutrición. Observaba fijamente a Sofía, no había que ser adivina para saber que le dolía el rencor de su mirada.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella.

* * *

Su voz también le dolió. Genoveva tragó saliva y fue como si se hubiese tragado un sable. Por un segundo se le olvidó todo lo que tenía que decirle. Notó que Sofía estaba cambiada, tenía el aura de otro color, exudaba un aire distinto, se movía despacio, con gestos suaves, reptilianos. Qué casualidad, ella que solía ser tan déspota, callada, apagada, pero también es cierto que a los hijos jamás se les termina de conocer. Algo en su interior le confirmó que esa mujer que tenía enfrente ya no era más su hija. Había sido un error venir a buscarla. Había sido un error llenarle la lonchera con productos naturales, fibra energética, extractos de frutas impronunciabiles, tres décadas atrás. Había sido un error acompañarla a la puerta del colegio, esperarla a la salida, ver pasar las horas en casa, impaciente, rezando para que no la cogiera un atentado o un coche bomba, insistir en formar parte del comité de madres durante los paseos escolares. Había sido un error intentar convertirse en su confidente, escuchar la música que le gustaba, procurar no levantarle la voz, abstenerse de reprimirla, ponerle siempre buena cara, celebrarle hasta la más mínima mueca, sacarle el cariño de a pocos, con cucharita, conformarse, alegrarse por las contadas veces en que le dio un abrazo, un beso minúsculo, apenas rozándole la piel, sentir que Sofía era una extraterrestre, una niña salvaje y marginal rescatada de la selva virgen que no consiguió adaptarse. En qué momento, pensó Genoveva, en qué momento empezó a alejarse, o quizá jamás la tuvo conmigo. Qué hice mal, se preguntaba, al igual que otras madres con problemas similares. Pero otras madres no prestaban tanta atención a sus hijos, sino que los castigaban periódicamente, los hacían limpiar su propio dormitorio, su propio baño, lavar los trastos después del almuerzo, no les concedían permisos ni dinero para los fines de semana, no les lavaban la ropa ni los obligaban a ser independientes o los echaban de la casa, y mira tú cómo han salido, qué considerados, qué agradecidos por el mal trato. Pronto Genoveva descubrió un patrón. Los hijos que dormían en el piso y se criaban como esclavos alcanzaban lo inalcanzable, abandonaban la casa a los dieciocho, conseguían una beca en alguna universidad del Ivy League. En cambio, la crianza acomodada y posmoderna como la suya arrojaba niños perpetuos, sin aspiraciones ni sueños de grandeza, conformistas, acostumbrados a trabajos imaginarios,

bloggers, stylists, influencers, couchsurfers, nombres inventados solo para decir que se dedican a algo, incapaces de adquirir un automóvil o una propiedad porque a la larga heredarán los de los padres. Y ni pensar en matrimonio, ni en traer hijos a este mundo contaminado, «hiperpoblado», como les encanta llamarlo; mejor pasarse las noches navegando en la *dark web*, como dicen en los reportajes de la televisión; mejor descubrir la hambruna en Nigeria o convertirse al islam; mejor mandarse a mudar a Iraq, entregarse por completo al activismo de minorías, a la lucha por la justicia social, a vender humo, a quejarse por lo mínimo; mejor gastar millones en estudiar doctorados en cosas inútiles como *Gender Studies, Women's Studies, Queer Studies*, diplomados de mentira que no sirven ni servirán en el mundo real, estudios que cursan para no sentirse oprimidos ni fuera de su *comfort zone*, donde aprenden a rechazar sus privilegios y a vivir de *okupas*, a ser zarrapastrosos, a declararse asexuales, pansexuales, cerosexuales, a organizar una guerra contra el mundo en vez de promover la igualdad, a destrozarnos el corazón y verlos aparecer con una mueca de desprecio, solo por cometer el pecado de quererlos demasiado.

—¿Cómo has dado conmigo? —insistió su hija, las mejillas teñidas de rojo.

Genoveva había tenido que echar mano de las nuevas tecnologías: gracias a una simple búsqueda en internet, encontró un foro para padres en el que otros usuarios con hijos fugitivos compartían sus experiencias. Una madre anónima había resuelto el problema por casualidad: existía la opción de rastrear un GPS compartido en Facebook. Sofía le había bloqueado los mensajes, pero el rastreo seguía funcionando. La ubicación no era exacta. Se limitaba a mostrar un punto blanco en el mapa de calles, que al menos le daban una idea del vecindario para empezar a buscarla. Después leyó en las noticias que Jacqueline Metalius, la reina del melodrama, se «recuperaba» en los estudios de Teleprisma, en La Molina, a solo un par de kilómetros de su casa. Genoveva se había prometido peinar la ciudad de cabo a rabo y cumplió. En el fondo, había intentado evitar lo que precisamente estaba sucediendo, en su afán por sobreprotegerla.

Abrió la puerta del Audi, pero Sofía volvió a cerrarla de golpe.

—No voy a irme contigo. Tampoco voy a perdonarte. Ya sabes de lo que te hablo.

Se refería al episodio de los rusos. Genoveva lo recordaba como si fuera ayer. Una noche, Sofía, cuando todavía era niña, había bajado a escondidas hasta la sala, incapaz de quedarse dormida. Allí, entre las sombras, escuchaba las conversaciones de Genoveva con sus amigas desde el comedor. Casi todas eran esposas de políticos o de hombres relacionados con el gobierno. Se reían a carcajadas mientras Sofía exploraba las botellas del minibar. Las carcajadas empezaban cuando alguien se burlaba de las historias sobre los espías rusos. No, no, qué va a ser. ¿Espías rusos en Lima? No te creo, mejor cuéntate otra. Sí, claro, por supuesto que los había. Es más, dijo alguien, hacía unos años habían intentado capturar a un espía ruso que se escondía en Cieneguilla, y por su culpa habían matado a Arístides Metalius, ese griego-peruano que estaba

fijo para alcalde. ¿El que murió en el avión de Faucett? El mismo, pero era un asunto complicado. Se murmuraba que un espía de la Unión Soviética operaba en Lima desde mediados de los años setenta, a fines del gobierno militar. Había llegado de incógnito desde Moscú y buscó una zona lejos del Centro para establecerse, atraído por la neblina que le recordaba a Vyborsky, su barrio natal. El espía había tratado de chantajear a Arístides Metalius y a otros empresarios, les pidió un cupo por un millón de dólares a cada uno para financiar sus labores de espionaje. Arístides se había zurrado en las amenazas y cometió el error de delatarlo. Escribió una carta a la embajada de Estados Unidos indicando el escondite del espía con mapa incluido. Sin embargo, las autoridades no llegaron a atraparlo. El ruso se enteró a tiempo y escapó a Bolivia, vía Desaguadero, pero antes de huir logró vengarse del soplón. Arístides murió cinco días después, a bordo del Faucett, aunque no por causa del accidente. Cuando el avión se estrelló, hacía rato que él había expirado en su asiento, en silencio. Una aeromoza rusa, infiltrada de un vuelo de Aeroflot, le había puesto un cubo de hielo envenenado en el whisky, o al menos eso habían dicho en su época. El asesinato fue un fiasco. Al final, los pasajeros, la aeromoza y la tripulación entera perecieron despedazados, hinchados, en el océano Pacífico.

—¡Fueron rumores! —se defendió Genoveva.

Sofía no la escuchó. La dejó hablando sola y se alejó hacia el final de la calle, aún con la mochila en la espalda, convencida de que sería la última vez que la vería. Sabía que Genoveva se treparía al Audi y conduciría a cinco kilómetros por hora, siguiéndola de cerca al pie de la vereda, como había ocurrido tantas veces en su adolescencia. Los fines de semana estaban forzadas a soportarse, regresaban de algún sitio y se ponían a discutir al aire libre, llamando la atención de los demás. Sofía se devanaba la cabeza para seleccionar insultos, mientras Genoveva pensaba en tácticas para conmovérsela o para hacerla sentir culpable. Esta vez, sin embargo, Sofía no iba a dar su brazo a torcer. La estrategia se le presentó luminosa, como un resabio del futuro delante de sus ojos, y supo que le quedaban pocos días para dar la estocada mortal.

X

El suplicio de una madre

Observé mis pies en el parqué. Intenté moverlos hacia la derecha, a la izquierda y en círculos. Me respondieron tímidamente al principio, aunque sin hacerse mucho de rogar. Estaba sentada al borde de la cama, había logrado arrastrarme de vuelta desde la silla de ruedas por mi cuenta, cuando mi hija abandonó la habitación. Al chocar el muslo con la mesa de noche sentí una punzada que me confirmó lo que sospechaba: no estaba inválida. En unos días podría caminar sin dificultad. Felipe había entrado a preguntar si todo estaba en orden y le respondí que solo quería echarme a descansar. Él suspiró, aliviado, luego ya veremos qué hacer con esa chica, tú tranquila. Se despidió diciendo que tenía que ausentarse: dirigir una cadena de televisión y hacerse cargo de mí al mismo tiempo era un suplicio. No podía seguir escapándose a todas horas, la tensión estaba arruinando su salud y su presión arterial tampoco andaba bien. Había que conducir diecisiete kilómetros desde las oficinas de Teleprisma, en el Centro, hasta subir el cerro de La Molina; y por lo general se demoraba cerca de una hora atravesar el tráfico de la avenida Javier Prado, a pesar de los atajos que a la larga no servían de nada en los días de semana. No le contesté. Le esquivé la mirada. Él cerró la puerta. Mientras la cerraba lo vi tocarse debajo del abdomen, el rostro fruncido, la vista baja. ¿De verdad estaría enfermo? ¿Qué dolencias escondía?

Al quedarme sola empecé a planificar mi escape. Todavía guardaba la tijerilla en el camisón. Probé a resbalar desde la cama al suelo, convencida de que la silla de ruedas era la culpable de que yo estuviera paralizada. Era como si aquel dichoso aparato tuviese vida propia y me quitara la sensibilidad de las piernas. Llámenlo sugestión o como quieran. En ese instante una idea me iluminó: ¿qué pasaría si me fingía paralítica? Nadie tendría cómo descubrir el engaño. Y, si lo descubrían, siempre podría inventar la excusa de sufrir un trastorno postraumático. Las secuelas psicológicas son normales en estos casos. Algunas personas hasta llegan a perder la razón y nosotros, los actores, estamos acostumbrados a mentir. Había llegado el momento de representar mi mejor papel. No lo hacía para sobrevivir, sino para llegar al final del enigma, tal como le había dicho a Sofía. ¿Podría confiar en ella? Las cartas de mi madre habían despertado mi espíritu aventurero. Engañaría a todo el mundo, los tendría comiendo de mi mano. Interpretaría a la víctima frágil, indefensa y asustada que ellos deseaban ver, postrada en una cama, y me los metería al bolsillo como si fueran televidentes. Conocía varias técnicas para excitar la simpatía del público. Mi madre me enseñó que el sentimiento de culpa de la gente es como un órgano

viril. La única manera de hacerlos eyacular era masturbando sus emociones. El papel me lo sabía de memoria, era una nueva versión de *Silvia María*. Pero en lugar de una chica ciega y embarazada, ahora sería una mujer paralítica con sed de venganza. De quien tenía más ganas de vengarme era de Felipe. No iba a descansar hasta verlo agonizar ante mis pies. Yo misma le clavaría la tijerilla entre los ojos.

Alguien tocó la puerta. ¡Un momento!, exclamé. Regresé a la silla de ruedas lo más rápido que pude. Alex se asomó por la rendija. Yo me abatí sobre mis rodillas.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No puedo mover las piernas —dije, fingiendo llorar.

Él entró en la habitación. Se le notaba cansado. Tenía colgada una especie de alforja negra llena de pinceles de varios tamaños.

—Todo está en la mente, Jacqueline. Pronto te sentirás mejor y volverás a caminar, te lo aseguro, no hay de qué preocuparse.

—Necesito mi celular de vuelta. ¿Puedes conseguírmelo?

—Felipe cree que no es una buena idea.

Me limpié las lágrimas de mentira y lo miré.

—¿Él y tú son amantes?

Alex se echó a reír.

—Él está enamorado de ti desde niño. ¿Todavía no te lo ha contado?

Por un segundo me olvidé de mi papel. Me quedé con la boca abierta. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Aquí está prohibido fumar, murmuró, este secreto queda entre las dos. Y lo dijo así, *las dos*. Me invitó uno que acepté, cabizbaja, a pesar de haberme pasado los últimos diez años intentando dejarlo. Él exhaló el humo mirando por la ventana, hacia los cerros cubiertos de neblina. Sus ojos verdes se escondían bajo una frente amplia y redonda, los rulos teñidos de marrón rojizo le rozaban el bigotillo de puntas engomadas. Parecía un pintor renacentista, un Velásquez vestido de mujer. Edad indeterminada, entre cuarenta y sesenta, delgadísimo, aunque mejor conservado que Felipe. Sus manos, a pesar de ser enormes, estaban intactas, señal de una vida sin complicaciones ni trabajos duros. Hijo único que tal vez escapó de la presión familiar, decisión digna de admirarse. El pelo en su sitio, síntoma de orden y paz interior. Expectativa de vida: entre noventa y cien años, si es que los cigarrillos no se lo llevaban antes. Posible causa de muerte: cáncer al pulmón, neumonía mal curada, complicaciones respiratorias. Mientras hablaba, noté que sus dientes eran de un color plomizo, propio de las personas que fuman demasiado.

—Los sábados hago un show de transformismo y cabaret. Ahí conocí a mi novio.

Al ver la cara que puse, me dijo que no era el primer novio que tenía. Aunque sí era el más joven, un muchacho que recién había cumplido los treinta. Justamente lo había conocido el día

de su cumpleaños. Se llamaba Rodrigo y se llevaba bien con Teo.

—Cuando puedas caminar tienes que venir al show. Me encanta imitar actrices.

No tuve corazón para decirle que estaba atrapado en el laberinto de la ficción y que lo suyo era imitación de una imitación. Las actrices se interpretan a sí mismas, *darling*, somos niñas atrapadas en un personaje público, un instrumento construido por representantes y agentes, máquinas que les sonríen sin parar a los espectadores y a la prensa, dependiendo del personaje, claro, porque también existen las distantes como yo, las que preferimos el desapego y el orgullo exagerado. En cambio, los personajes del libreto son lo de menos.

—¿Y a quienes has imitado?

—En realidad solo te imito a ti.

Se me escapó una carcajada que tuve que disimular.

—No me digas.

—A los shows va mucha gente joven, gente que nunca ha visto *Coral*. Estos chicos nacieron en los noventa. Por eso me disfrazo de...

—La marginal.

Después de Virginia Lezcano, mi personaje en *La marginal* era el segundo que el público recordaba con más cariño, quizá por la cantidad de cachetadas que repartí. Felizmente, la cachetada es un lenguaje internacional. Yo había comenzado a trabajar en Televisa justo después de llegar de la Unión Soviética. *La marginal* fue un desafío a todo nivel, un personaje por el que luché con uñas y dientes luego de perder, un año antes, el protagónico de *La usurpadora*. Salió al aire a fines de 1998 por el Canal de las Estrellas, a las ocho de la noche, el horario estelar, gracias al interés del público por las historias de hermanas gemelas y las actrices en doble papel. *La marginal* era una mezcla de *Coral* con *La usurpadora*. Madre e hija se reencontraban después de veinte años, cuando la hija ya es adulta, pero existían dos detalles. En primer lugar, madre e hija eran idénticas, por milagro de la genética y de la suspensión de incredulidad. Y, en segundo, la madre era inválida, atada de por vida a una silla de ruedas, a pesar de ser millonaria. La hija tampoco era una chica empeñosa y humilde, sino una salvaje de maneras toscas, criada en la calle, dicharachera, la marginal del título. El reto era doble, al igual que el papel. Por ese entonces yo tenía cincuenta años; la gente pensaba que iba a hacer el ridículo interpretando a una muchacha de veinte. Se equivocaron.

—A mí también me encantan los retos —dijo Alex—. Para disfrazarme de la Marginal tengo que ondularme el pelo. Teo me ayuda siempre con la maquinita antes de salir de casa.

Al hablar de su hijo se le iluminó el rostro. ¿Cómo era posible que ese niño existiera?, pregunté. Él no tuvo problemas en contármelo, parecía orgulloso de la historia. Había estado casado por cerca de un año. Esta vez yo me reí sin evitarlo y le pedí otro cigarrillo. Me lo alcanzó con gusto. ¿Casado? Sí, casado. En realidad, había sido un matrimonio arreglado.

Contrajo nupcias por lo civil cuando su esposa tenía unos cuatro meses de embarazo. El pobre Alex había nacido en esa clase de familias que más que familias son como cofradías o aquelarres. Un niño afeminado y lleno de dudas como él los espantaba; en los cumpleaños y reuniones, esquivaban el tema. Él había estudiado una carrera de artes liberales que nunca llegó a ejercer, y para sobrevivir mantenía pequeños trabajos administrativos en las oficinas regentadas por la familia. También era aficionado a la literatura mediática, le gustaban los libros de un famoso conductor de televisión que escribía novelas acerca de su propia bisexualidad, y quien por entonces tenía por novio a un periodista argentino. Cuando la relación de ambos se disolvió, el novio despechado escribió un libro en el cual acusaba al conductor de televisión de no ser bisexual, sino gay, afirmando que su aparente bisexualidad era una mera forma de enriquecerse y de solventar su frívolo estilo de vida, pues el conductor recibía un millón de dólares de su familia cada vez que engendraba un hijo con una mujer. Alex supuso que la historia era falsa, era evidente que el novio argentino era mejor *blogger* de moda que escritor de ficción, pero la historia le sirvió para poder disolver el yugo familiar y abocarse a sus proyectos artísticos. De inmediato, se puso manos a la obra y esgrimió un plan de acción junto a una amiga suya que necesitaba dinero para irse a estudiar un máster al extranjero. Ambos fingieron ser novios durante unos meses, Alex la presentó ante su familia y el plan dio resultado. Una noche, la futura madre de su hijo se echó en la cama, levantó las piernas y se inyectó con una jeringa el semen que Alex previamente había recogido y congelado en un frasco de vidrio. Él había sido incapaz de hacerle el amor y optó por la inseminación artificial. Su amiga obtuvo lo que anhelaba: matrimonio relámpago, divorcio, pensión vitalicia, abuelos encantados con el nieto. Apenas dio a luz, inventaron una pelea irreconciliable, la amiga partió a realizar sus estudios y los abuelos se hicieron cargo del recién nacido. Al principio fue difícil. Alex se sentía atrapado, consumido por un sentimiento de culpa infinito, aunque pronto fue víctima de un síndrome de Estocolmo que lo cogió desprevenido. Cuando el niño empezó a pronunciar sus primeras palabras, se encariñó a muerte con su hijo, y la historia tuvo un final más o menos feliz, pero eso no importaba. Teo poseía un coeficiente intelectual altísimo y los abuelos veían en él al heredero clave para dirigir las empresas familiares, la idea de mandarlo a estudiar al extranjero los tenía extasiados.

Me reí y le di una palmada en la rodilla. Luego recordé que debía regresar al personaje y volví a poner cara de velorio.

—Debiste sufrir mucho, qué historia —dije, exhalando el humo del cigarrillo.

—Es una historia verídica, eso es lo importante. La mejor forma de ficción.

—¿Eso crees?

—Claro. Mucho más que el show de la Marginal de la Selva.

Sonreí.

—¿La Marginal de la Selva? ¿Como la autopista interregional?

—Así es. La Marginal de la Selva es mi nombre artístico. Es que yo soy de la selva, bueno, mi familia lo es. Nací en Tarapoto y me trajeron a Lima de muy pequeño.

Alex apagó el cigarrillo y se puso de pie. Dijo que tenía que irse a trabajar, era el único maquillador de *Amor en el arenal* y debía darse prisa, abajo hacía rato que estaban esperándolo en los camerinos. Me sirvió un vaso de agua y me dio una pastilla de color amarillo.

—Tómala, te ayudará a sentirte mejor. Son vitaminas.

—¿Qué clase de vitaminas?

—Felipe es el que sabe. Pregúntaselo. A mí solo me ordenó que te las diera.

—¿Te ordenó?

—Anda, tómatela. Felipe se va a molestar si no lo haces. Tómatela, vamos.

Le tiré la pastilla en la cara. Fue una reacción automática, no pude evitarlo. Me había salido el personaje, ya no podría ganarme su simpatía. Lo miré de pies a cabeza y me provocó escupirlo. Los travestis son un género desdibujado, la peor forma de ficción.

—Ningún maricón va a venir a forzarme.

Él se ofendió más por el insulto que por haberle tirado la pastilla.

—Ya te dije que no soy maricón.

—No me interesa lo que seas. El día en que te mueras verán tu ADN y en tu certificado de defunción escribirán que eres un hombre. Para la muerte y para la ciencia tú siempre serás un hombre. Hagas lo que hagas, así te vistas de pájaro. Ahora vete si no quieres que te arañe los ojos.

Cada minuto que pasaba me daba cuenta de que esos dos maricones, Alex y Felipe, tramaban algo, manteniéndome prisionera en esta habitación con el fantasma de mi madre, con los recuerdos de Arístides, con los ruidos de los técnicos que iban y venían remolcando cables, luces, muebles falsos y trípodes en el primer piso, el ritmo de vida que solía llevar hasta hacía una semana. Y los muros, los muros del tapiz rosa que empezaba a descascararse.

Alex se fue en silencio. Yo pensé en las palabras de Sofía y me acerqué a la pared. Las grietas estaban allí, no las había imaginado. Cogí el papel de un extremo y tiré hacia arriba. Una larga tira de tapiz se separó hasta casi tocar el techo. Rompí otro pedazo, a la altura del interruptor de la luz.

Descubrí un cable pegado en el cemento.

Se extendía a lo ancho de la pared. ¿Sería un cable suelto? ¿Un residuo de la renovación? Lo palpé siguiendo el rastro. El cable llegaba al otro lado de la habitación, bajaba al ras del descanso, daba la vuelta a la esquina y terminaba debajo de la cama. Me arrodillé. El cable estaba oculto por el enchufe de la lamparilla. Detrás de la mesa de noche había un objeto negro en forma de cubo. Un parlante. Me eché para atrás. Sofía tenía razón. Tal vez la habitación estaba sembrada de micrófonos. No me extrañaba que también hubiera cámaras. Felipe guardaba

muchos videos en el celular, quizá tenía una aplicación para ver todo lo que pasaba en la habitación. Se me escarapeló el cuerpo y regresé a la silla de ruedas.

Rodé hacia el espejo del baño. No lo habían retirado, los inquilinos respetaron la decoración original. Lo que sí había cambiado era el reflejo. Las bolsas bajo mis ojos eran más profundas, al igual que las arrugas del mentón y las comisuras de los labios. La piel de mis brazos era una suerte de chompa que podía remangarme hasta los hombros. ¿Cómo había podido adelgazar tanto en una semana? ¿Habrían pasado ocho meses en lugar de días? Felipe y Alex querían volverme loca, pero no iba a darles el gusto. Abrí las puertas armario. Habían colgado mis vestidos ordenándolos por colores. Ahí estaba la blusa celeste de Virginia Lezcano, una de las pocas que conservaba de esa época. Me la puse sobre la bata y me cerró entera. No había perdido la figura, aunque mi piel se descolgaba de los codos. En adelante no podría utilizar blusas de manga corta. Mi maquillaje también estaba intacto sobre el lavatorio, del primer al último frasco. ¿Cómo sabían que yo los ordenaba así? Traté de echarme base en las mejillas y de delinearme los ojos. Mi mano tembló, negándose a dibujar una línea recta. *Es inútil que lo intentes*, me susurró la voz de mi madre, *jamás volverás a parecerte a la impostora*. El maquillaje se humedeció y se vino abajo como una mazamorra.

Felipe volvió al anochecer. Me encontró en la silla de ruedas, frente al espejo, quitándome el maquillaje a manotazos. Traté de golpearlo con mis dedos huesudos. Él me agarró de los brazos. La erección aparecía en su entrepierna cada vez que me tocaba. *Está enamorado de ti, desde niño*. Me echó hacia atrás, cogiéndome de los pelos, y vi su rostro enfurecido. Así, viéndolo al revés, me recordó a Arístides.

—¡Deja de hacerte daño!

—¿Por qué no me matas de una vez?

—No me conviene que desaparezcas todavía.

Me soltó. Yo me limpié el maquillaje con una toalla.

—Toma —dijo él—. Acá tienes algo para que te distraigas.

Señaló hacia la cama. Había dos cuadernos, dos lapiceros y una libreta de notas.

—Si no te gusta escribir a mano, puedo traerte una laptop.

Lo observé inmóvil en la silla, sin poder creer lo que escuchaba. Sus ojos brillaban lunáticos, hermosos, iluminados por la lámpara de la mesa de noche, la camisa entreabierta dejaba ver su cicatriz. Un accidente. Las marcas de nacimiento no eran así de profundas. Si me levantaba de golpe podría atacarlo, él no se lo esperaba. Mi curiosidad aumentó. Lo estudié detenidamente, en silencio; mis ansias por descubrir el misterio eran más grandes que las de clavarle la tijerilla.

Concéntrate, concéntrate, no lo echas a perder.

—Estás loco. Ya te dije que no sé escribir.

—Delia Fiallo tampoco era guionista. Es doctora en Filosofía, aunque siempre quiso ser

veterinaria, y mira lo que pasó con *Silvia María*.

El efecto de aquella telenovela había azotado al continente peor que los terremotos, desde Panamá hasta Tierra del Fuego, en la segunda mitad de los años sesenta. En su tiempo, algunos especialistas definieron el fenómeno como «silviamanía». Mucho antes de la invasión de las blusas con hombreras, de las permanentes gigantes, de la bisutería exagerada y de los litros y litros de laca para el pelo, los periodistas me exigían usar las trenzas y el delantal hasta para ir al baño.

—*Silvia María* es única —dijo Felipe—. Ya no se hacen telenovelas así. Existen generaciones de niñas bautizadas con ese nombre. Hicieron adaptaciones de la misma historia en Argentina, en México, en Brasil, en Turquía, en Rusia. *Brenda María*, *María Beatriz*, *María Fabiola*.

—Son otros tiempos —respondí—, a la gente ya no le interesa ese tipo de ficción. La realidad ya no es un misterio, debieron prohibirla hace tiempo, el Perú no se quedó atrás. Ahora prefieren las historias de guachimanes, de vírgenes de la cumbia, de barrios marginales, chabacanos, a los actores los sacan del modelaje.

No, no, ni muerta volvería a actuar en el Perú.

—Pero si aquí siguen hablando de ti. Nadie te ha olvidado.

—En este país no existen las leyes. Jamás resolvieron el asunto del Faucett.

Felipe giró hacia la ventana.

—Si tu marido estuviera vivo, no habrías vuelto a Caracas, ni a actuar en telenovelas. *Coral* no existiría, *Silvia María* hubiese sido tu único éxito. Las cosas están bien como están.

Tragué saliva.

A papá lo mataron los rusos.

—Quiero saber lo que ocurrió con ese avión —respondí—. Mamá me escribió una carta, puede ser que ella haya sabido la verdad. Tengo que ir a recogerla.

—Irás. Pero primero escribirás tu próxima telenovela.

Puso un cuaderno abierto en mis piernas y me entregó el lapicero.

—Escríbelo a mano. También puedes usar la grabadora de voz. Teo estará feliz de transcribir tus palabras.

—Pero....

No terminé la frase porque me dio una bofetada. Se acarició el puño, y noté que su erección no había desaparecido. Me sorprendió que fuera aún más impulsivo que yo. Quise clavarle la tijerilla en la entrepierna, pero me quedé quieta. Miré los cuadernos. Escribir ficción era más complicado que esconder un cadáver. Mamá solía decir que un libreto es como un crimen. Las víctimas son los televidentes. Se sientan todos los días frente al televisor para ser destruidos, saqueados, engañados, y, a pesar de todo, siguen viendo episodio tras episodio sin poder despegar los ojos de la pantalla. Lo peor es que ellos mismos son conscientes del engaño. Cuanto

más se lo creen, más ganas tienen de sufrir por las desgracias de gente imaginaria. Somos sadomasoquistas por naturaleza.

—Piénsalo bien —dijo Felipe—. Te deben sobrar historias.

—*La mujer soviética*. Podría llamarse *La mujer soviética*.

—Como quieras. Solo escríbela.

Partió dando un portazo. Me imaginé que regresaba a darme otro golpe, que me rasgaba el camisón y me penetraba a la fuerza sobre el parqué, a los pies del velador, sus manos alrededor de mi cuello, impidiéndome respirar. Hasta la fecha no se aprovechaba de mí, oportunidades no habían faltado. ¿Tendría algo que ver con su cicatriz del pecho? ¿Con el modo en que se tocó el vientre hacía unas horas?

Suspiré. Si quería leer la carta de mamá, tendría que hacer lo que él me pedía, no había otra solución. Recordé las ambiciones de escribir mi propia telenovela y de firmarla con pseudónimo. Cuando eres mujer, tienes menos posibilidades de que los productores te tomen en serio. A veces ocurre así, a una se le cruzan mil ideas por la cabeza, pero a la hora de escribirlas es distinto. Lo que al principio nos sonaba bien, luego nos parece ridículo. Nuestra naturaleza nos impide arriesgarnos. Sin ir más lejos, los productores les quitan los manuscritos a los libretistas porque se pasan años de años corrigiéndolos y nunca estarán contentos con el resultado. Por eso no hay que juzgar las malas películas, los libros insípidos, las telenovelas que fracasaron por falta de público. Al menos, el autor apostó por una visión, por una estética personal, y se lanzó a realizarla. En cambio, nosotros no hemos hecho nada y nos sentamos a criticar sin saber cuántos meses o años les costó llevar a cabo su proyecto, los dolores de cabeza, las versiones del guion, el esfuerzo, el sudor. El mundo puede ser tu lienzo, pero eso no te da derecho a ensuciarlo con tus opiniones.

Me paré de la silla y avancé lentamente hasta el armario, apoyándome en la pared. Debajo de mis vestidos hallé las tres maletas con las que había llegado desde Fort Lauderdale. En una de ellas, por fortuna, estaban mis cuadernos de anotaciones. Me puse manos a la obra. Estudié las hojas escritas con aquella caligrafía alargada, borrosa a causa del tiempo. Había dibujado organigramas y árboles genealógicos, en mi ansiedad por desentrañar los secretos de los libretistas. La dramaturgia de las telenovelas, a simple vista, era sencilla. Se dividía en historias de pobres y ricos, el yin y el yang. Los personajes transitaban de un extremo a otro como satélites, la gravedad y las leyes de la física se reemplazaban por los sentimientos. Pronto descubrí un patrón. La protagonista era una eterna perdedora. Su calvario consistía en una serie de fracasos, repartidos en capítulos de cuarenta y cinco minutos. Los villanos le tendían trampas, la silenciaban bajo amenazas, le arrebatában a sus hijos recién nacidos, la mandaban a la cárcel a pesar de ser inocente. La protagonista naufragaba en un vía crucis, la gente celebraba su miseria, y en ello tenía mucho que ver nuestra crianza católico-romana. Había que sufrir y autoflagelarse

para alcanzar el cielo. Recibir las cosas de un modo fácil y ser feliz automáticamente era cosa del demonio. Por eso las telenovelas siguen teniendo tanto éxito. Los televidentes, aparte de masoquistas, son sádicos. La única vez en que la protagonista triunfaba, y que el público contenía el aliento, ocurría durante los capítulos finales.

¿Qué pasaría si la protagonista muriera en el último episodio?

Me acosté sobre la colcha. Abrí la primera hoja del cuaderno que me trajo Felipe y escribí:

«La mujer soviética»

-Historia de una MADRE y una HIJA.

-La madre regresa al Perú después de cuarenta años.

-La madre se llama JUDITH. Es una ESPÍA que huye del Perú en el año 1974. Se enamora de UN BOLIVIANO, un PROFESOR UNIVERSITARIO implicado en la REVOLUCIÓN CUBANA.

-La POLICÍA está tras los pasos del profesor. Como la pobre está muy enamorada, decide irse, escaparse con él. Pero Judith está EMBARAZADA. Da a luz una NIÑA que entrega en ADOPCIÓN.

-Judith y el profesor sufren una EMBOSCADA en Panamá, cuando estaban por irse a Cuba. El profesor MUERE de un disparo en el aeropuerto. Judith se escapa a RUSIA. En el año 2017 ella decide volver a Lima.

-La hija se llama REBECA. Es una ABOGADA. Es FEMINISTA y, por desgracia, LESBIANA.

-Judith y Rebeca se reencuentran en Lima. Judith tiene esperanzas de ver a su hija casada y de ayudarla a criar a sus nietos. Pero, como Rebeca es LESBIANA, odia a su madre por haber sido COMUNISTA.

Releí lo que había escrito. Lo del feminismo era algo nuevo, supuse que había que agregarle una pizca de modernidad, después de todo, eran otros tiempos, como decía Felipe. Pero cometí un error, casi todas las feministas que veía entrevistadas en la televisión tenían un discurso más o menos comunista. Si mi madre estuviera viva, podría haber aportado algunas ideas, ella siempre estaba ahí para ayudarme cada vez que me quejaba de que un libreto no sonaba lo suficientemente auténtico. Olvídate de eso, me decía, la verosimilitud no le interesa a nadie, ¿o acaso no has oído hablar de la suspensión de incredulidad? La realidad debería estar prohibida. Para que la ficción funcione hace falta un buen giro de guion, algo que no encaje, una sospecha que el televidente no pueda descifrar, una duda que lo arrastre hacia el final. Después de resolver el misterio se sienten realizados, creen que su tiempo y su esfuerzo han valido la pena. Son

dueños del mundo por un segundo, pasan la página, se van a dormir tranquilos. Es la única manera.

Un buen giro de guion.

En *Coral*, por ejemplo, el giro se veía venir desde la mitad de la historia. Coral, el personaje de Grecia Colmenares, era una chica huérfana que en el capítulo sesenta y pico consigue su sueño de trabajar como modelo de pasarela en Casa Virginia, el atelier de Virginia Lezcano, interpretada por mí, una mujer millonaria que por casualidad andaba buscando a su hija. No había que ser muy listo para sumar uno más uno. Además, como ya dije anteriormente, las casualidades solo ocurren en las telenovelas.

Los ochenta han vuelto a caer sobre nuestros hombros. Acá en Lima, la cosa se ha puesto peligrosa, dentro de poco la gente volverá a tener miedo de salir a la calle. Por primera vez en treinta años los jóvenes van a prender el televisor...

Los ochenta. Los jóvenes de hoy ignoran lo que ocurrió en los ochenta. El propio Alex imitaba mi época de *La marginal*, en los noventa, porque solo los adultos mayores de treinta y cinco se acuerdan de *Coral*. Borré los tres últimos párrafos de mis anotaciones.

-Judith y el profesor sufren una EMBOSCADA en Panamá, cuando estaban por irse a Cuba. El profesor MUERE de un disparo. Judith se escapa a RUSIA. En el año 2017 ella decide volver a Lima.

-TODA LA HISTORIA SUCEDE EN LOS OCHENTA.

-En 1986 Judith vuelve a Lima con el propósito de llevarse a su hija a RUSIA.

-La hija se llama REBECA. Es una ABOGADA. Es FEMINISTA y, por desgracia, es LESBIANA.

-Rebeca estudia DERECHO en la universidad y está comprometida para casarse con MATEO, el hijo de unos MILLONARIOS.

-Judith y Rebeca se reencuentran en Lima. Judith tiene esperanzas de ver a su hija casada y de ayudarla a criar a sus nietos. Pero como Rebeca es LESBIANA, odia a su madre por haber sido COMUNISTA.

-Rebeca oculta la existencia de Judith porque cree que la familia de su novio les prohibirá el matrimonio si descubren que su madre es COMUNISTA.

-Judith se queda en Lima. Se compra ropa nueva y llega a ser una exitosa EMPRESARIA. (Y explicar la clase de negocio aquí después).

-Rebeca la desprecia y se avergüenza de ella. Le dice a Mateo que su madre es una tía lejana. Como Judith es una mujer HERMOSA, REFINADA y con CARÁCTER, Mateo poco a poco se ENAMORA de ella.

-Madre e hija COMPITEN por el amor del mismo hombre.

(giro de guión 1).

-Pero lo que nadie sabe es que Judith sigue siendo una ESPÍA enviada de Rusia con un PROPÓSITO (giro de guión 2).

El lapicero se me escapó de las manos y rodó por el piso.

¿Y si en el fondo me llevaron a Rusia por algo, como dijo Felipe?

Miré el reloj de la pared: las nueve y cuarto de la noche. El vidrio de la ventana se remeció de pronto. Escuché un golpe. Mínimo, apagado. Luego otro. Y otro. Por un momento pensé que se trataba del fantasma de mi madre, pero los golpecitos en serie parecían contener un mensaje en clave. Me asusté. Por si las dudas, me arrastré de vuelta a la silla. Entonces lo vi. Alguien tiraba piedras a la ventana. *Cloc, cloc, cloc*. Rodé hasta el descanso y me asomé.

Sofía me agitaba la mano desde la calle, sonriendo, más Silvia María que nunca. Además de la mochila, traía una maleta de color gris. A su costado estaba el Audi de Genoveva con el motor y los faros todavía encendidos, y distinguí parte de su chompa roja de cachemira, el brazo apoyado en el timón. Qué carajos. No le devolví el saludo y retrocedí. Cerré el cuaderno al tiempo que escuchaba una discusión en la escalera. Pasos acelerados, gritos, cuchicheos. Seguramente Alex era el último en irse del estudio y se había topado con Felipe. Un teléfono sonando, más pasos. Hice una nota mental de averiguar más detalles sobre los cables cubiertos tras el papel tapiz y el parlante escondido tras el velador.

Abrieron la puerta sin avisar. Felipe apareció bañado en sudor. Se recostó en el umbral tocándose el abdomen, los ojos cerrados, el mismo gesto de hacía unas horas. Sofía entró tras él cual ventarrón, a paso firme, colocó la maleta en el piso y se arrodilló frente a las ruedas.

—Desde hoy viviremos juntas.

Felipe se acercó por detrás. Le puso una mano en el hombro y ladró:

—¡Eso es imposible! Esto no es un hotel.

—No te atrevas a ponerme las manos encima —respondió Sofía, fulminándolo con la mirada.

Quitó la mano de Felipe de un zarpazo, como si fuera un animal muerto, pero no fue eso lo que me sorprendió. Había utilizado una de mis frases más famosas: «No te atrevas a ponerme las manos encima», capítulo ciento setenta y pico de *Coral*, cuando Virginia desenmascara al gigoló que intentaba escapar con el dinero de su empresa, Casa Virginia. Sofía lo dijo con la misma entonación de la voz, la ceja levantada, el ojo temblando, el labio inferior torcido, mirándolo por encima del hombro. Felipe retrocedió, seguro había identificado la frase, el gesto, las muecas. Parpadeó un par de segundos y se abalanzó sobre ella. Yo di un grito. Sofía ni se descompuso, al contrario. Siguió montando guardia, separando las piernas, y lo empujó. En ese instante, algo se quebró en el rostro de Felipe, aunque no era miedo, no supe identificarlo. Bajó la mirada, indeciso, respirando por la boca. Sofía volvió a empujarlo, lo echó de la habitación y le cerró la

puerta en la cara. Suspiró como si no hubiera pasado nada, o como si hubiese recitado las líneas de un guion y el director acabara de dar el corte. Puso las manos en las caderas, miró alrededor y dijo:

—Nos espera una larga noche. Tenemos que hablar de Moscú.

XI

Moscú/ el cielo es pálido

Mi hija abrió el armario y recorrió con los dedos las prendas multicolores que durante veinte años habían sobrevivido al paso del tiempo, en Florida, pero que en Lima no tardarían en arruinarse por el exceso de humedad. Se cubrirían de una capa de polvo blancuzco; los extremos de las solapas se descascararían sin remedio; los botones de metal se oxidarían, adquirirían una aureola negra y ya no cerrarían más; eso sin mencionar a las polillas y a la devastación del aire contaminado. Mientras la veía sacar y poner las blusas en su sitio, admirándolas con detenimiento, como piezas de un gran museo del melodrama, yo no dejaba de pensar en los efectos climáticos, mordiéndome los nudillos. Si la atmósfera intoxicaba la ropa de esa forma, no quería ni pensar en las consecuencias para el carácter. En Unimundo las maquilladoras y las chicas del *catering* solían huir de los limeños recién llegados, los que aún tenían los pulmones llenos de neblina, antes de que el sol les derritiera el descontento y, sobre todo, les calentara las emociones. Decían que, a diferencia del candor de la gente de provincia, los limeños vivían amargados y se habían acostumbrado a ello sin darse cuenta, a causa de la niebla. En Lima se concentra el noventa por ciento de humedad y prácticamente se respira agua, incluso en el verano. Sus habitantes son peces de asfalto, con branquias en lugar de pulmones. Aquello, a la larga, influye en el comportamiento, y por eso viven amargados, conducen pésimo, recorren las calles sin mirar a nadie, presas del mal humor. La pesadez y el descontento tienen una explicación meteorológica. Quizá yo también me convertiría en una mujer adusta.

Como una niña, Sofía miraba la prendas de cerca, las olfateaba, se las ponía sobre los hombros. Escogió una blusa con hombreras, la cerró a la altura del busto y se dio la vuelta, buscando mi aprobación.

—¿Me la prestas?

Imaginé que, si existiera alguna forma de retroceder en el tiempo, ella podría presentarse en Caracas, en 1985, con aquel atuendo, y nadie notaría la diferencia. Sería mi doble de cuerpo y yo me encargaría de gestionar su carrera; pero, a diferencia de mi madre, le daría libertad suficiente para tomar sus propias decisiones, para ausentarse de los escenarios, para enamorarse, para no acabar sola y encerrada entre cuatro paredes, mirándose por horas al espejo del tocador, dibujando las arrugas de su rostro en una fotocopia, hablando con los espíritus, como yo.

Le dije que podía ponerse cuanta ropa quisiera. A la larga, esas prendas le sentaban mejor que a mí. Mientras se las probaba, empezó a contarme lo que sabía sobre su padre. Absorbí sus palabras temblando, boquiabierto. La caída del Faucett, la venganza del espía ruso, la aeromoza disfrazada de ángel de la muerte gracias a sus contactos con Aeroflot. Su teoría tenía muy poco de leyenda urbana. En su momento, Arístides me había contado sobre el asunto de la extorsión, *los comunistas quieren sacarme plata*, pero lo cierto es que él recibía amenazas casi todos los días. En especial, luego de anunciar sus planes de lanzarse a la alcaldía. Al morir, sus negocios pasaron a manos del Estado, durante el gobierno militar, y nunca existió una investigación oficial del accidente. No les convenía, opinaba Sofía, ellos también tuvieron mucho que ver en ello. De su mochila había sacado un número de la revista *Caretas*. Un ejemplar reciente, publicado en abril de 2017. Al parecer, un historiador especialista en conflictos de la Guerra Fría había sacado la noticia a la luz, al cabo de cuarenta años. El espía ruso había vivido en Cieneguilla, en efecto, y escapó a Bolivia días después de que el Faucett se estrelló en el mar. Sin embargo, lo capturaron en Europa, acusado de asesinato y doble espionaje, y lo sentenciaron a cadena perpetua. Murió en prisión por los años de la guerra del Golfo. Sofía advirtió un vínculo que no aparecía en *Caretas*. Según ella, la clave estaba en el año: 1977. El accidente del Faucett y la huida del espía ocurrieron en marzo. En setiembre se fundó Teleprisma, la cadena de televisión que hasta 1982 se llamó Canal Lima 3 TV.

—¿Sabes desde cuándo Felipe es el director de programación?

—No. Pero supongo que no desde hace mucho. En 1977 él era muy joven para ser director de un canal.

—Ese hombre nos oculta algo.

Sofía se inclinó sobre mi silla con la blusa puesta. Me preguntó dónde había conocido a Felipe. Se lo expliqué. No le dije lo de miss Chernóbil porque no venía a cuento. Ella asintió, acariciándome el muslo. Me lo apretó con los dedos, como para cerciorarse de que mis piernas seguían inmóviles. Por alguna razón me resistí a contarle que sí podía caminar, y que estaba fingiéndome inválida.

—Vamos a descubrirlo juntas —dijo ella—. ¿Ha pasado algo entre tú y él?

—En absoluto.

—Pero es un hombre atractivo.

—No me interesa. No pienso quedarme en Lima. Solo vine aquí para recoger la carta de mi madre.

Ella asintió. A pesar de su sonrisa, la ceja le tembló por unos segundos, un movimiento minúsculo. Mi respuesta le había incomodado. Quizá pensaba que al estar reunidas cambiaría de opinión.

—Tienes que seducirlo —sugirió, abriendo mucho los ojos.

—¿Te has vuelto loca?

—No va a ser difícil. He visto cómo te mira.

Por supuesto, ignoraba lo de los golpes. Tampoco se lo conté porque, en el fondo, yo los disfrutaba a pesar de la hinchazón. Ella misma me había frotado el moretón con una crema que sacó de su mochila. Dijo que de ahora en adelante iba a encargarse de mí y que yo no tendría que preocuparme de nada. No supe qué responderle. No pongas esa cara, exclamó riendo, sé muy bien cómo se siente cuando te tienen acorralada. Genoveva, su madre adoptiva, la había hecho pasar una infancia insufrible, según ella. Aunque en esa época, en los ochenta, era una cosa normal por causa del terrorismo, la guerra sin cuartel que se desataba en la calle. Sofía no podía ir al colegio sola por miedo a los coches bomba, a los atentados, a los secuestros para pedir rescates. Ella había estudiado en el colegio Americano Miraflores, que quedaba en la avenida Angamos, a unas diez cuadras del colegio Virginia Woolf, y un año antes de la explosión había estallado también el Kentucky Fried Chicken de la esquina de Domingo Orué. Aquello había traumatizado a Genoveva. Por eso la llevaba y la recogía del colegio desde La Molina, no la dejaba salir a la calle por miedo a los extraños (porque te abducían), ni tampoco la dejaba tener amigos (por los comunistas). Sofía aseguraba que Genoveva era víctima del síndrome de Münchausen por poder (*by proxy*), y a partir de entonces, empezó a alejarse, a pesar de que siguieron viviendo juntas hasta hacía poco.

—¿Qué tal me queda? —preguntó, dándose la vuelta frente a mis ojos.

—Te faltan las joyas. Mamá decía que salir a la calle sin joyas y sin maquillaje es como salir desnuda.

—¿Dónde las guardas?

—En el cajón de la cómoda.

Fue a traerlas. Se me escarapeló el cuerpo al imaginar lo que pensaría su padre si la hubiese conocido, si la viera rebuscando en los cajones de la cómoda de Rosita Pedraglio como ahora, de espaldas a mí, disfrazada de Virginia Lezcano, lista para repetir plano por plano las escenas de *Coral*. Existen innumerables historias de padres que sufren de demencia senil y que confunden a sus hijas con sus esposas, y luego las persiguen por la casa con el calzoncillo en la mano. Según mi madre, el olor de la regla vuelve locos a los hombres, la detectaban a metros de distancia, y decía que en Japón venden pantimedias manchadas de sangre adolescente en las tiendas para fetichistas. Arístides era mayor que yo; no me cabía duda de que habría enloquecido tan pronto como Rebeca empezara a menstruar. Es decir, Sofía. Me pregunto por qué Genoveva había bautizado a mi hija con aquel nombre ordinario. *Rebeca* es un nombre bíblico que significa ‘muy hermosa’ y además tiene más carácter, le sentaba perfecto. Ella eligió unos aretes de plata en forma de lágrimas, mis predilectos, y un collar de amatistas. El verla tan emperifollada me transportó a otra época. Padecí una de esas experiencias alucinógenas en las que el espectro se

separa del cuerpo y es capaz de verse a sí mismo, como los espíritus que corren hacia la luz y al último segundo giran a ver el cadáver tieso, dejando atrás su forma terrenal. Tuve que agarrarme del reposabrazos de la silla, sintiendo que me asfixiaba.

—¿Cómo me veo?

—Estupenda —respondí—. ¿Nunca te has maquillado?

—Le tengo alergia al maquillaje.

—Entonces no mereces llamarte hija mía.

—Es que me siento un payaso con la cara así toda pintada.

—No se hable más. Mañana te maquillo y vas a ver qué cambio.

Ella sonrió. Terminó de modelar para mí, hizo una venia y devolvió las joyas a la cómoda. A continuación, muy suelta de huesos, se desnudó. No llevaba ropa interior. Se quitó la blusa, la falda tubo, y las colgó en la percha del armario. Parecía una criatura indómita, como si no le molestara exhibirse desnuda. *La marginal*. En la espalda tenía una costra repugnante, similar a la herida que me había brotado en el hombro.

—¿Dónde te hiciste eso?

—No sé, la tengo desde ayer. Debe ser una reacción alérgica, una picadura de zancudo, qué sé yo. Con el tiempo se borrará, supongo.

—Échate algo para que no se te infecte.

—¿Preocupándote por mí? —dijo, y caminó hacia la cama.

Su desnudez me turbaba. Sus senos pequeños estaban aún en su sitio, las caderas intactas, el matorral del pubis sin afeitar. En efecto, más que una impostora, era una marginal por derecho propio. Caminaba despacio, moviéndose en silencio, como un fantasma, sus pies con las justas tocaban el suelo.

Como si estuviéramos todos muertos.

El corazón empezó a palpitarme de prisa. Y así, desnuda, me ayudó a moverme hasta la cama. Volví a representar el papel de inválida, poniendo muecas de dolor y aullando cada vez que lo creía conveniente. Ella se creyó mi actuación. Mientras me acomodaba las almohadas, el roce de su piel me llegó a la punta del estómago. Jamás había visto a otra mujer desnuda, ni siquiera a mi madre en sus peores épocas. Ella bordeó la cama. Desdobló la colcha del otro lado y alisó las sábanas, sus senos bamboleaban apuntando hacia el colchón. Tragué saliva.

—No pensarás dormir aquí, ¿o sí?

—¿Y dónde más?

—Pues...

—Felipe no quiere que me quede contigo. ¿O te da vergüenza?

Se echó a mi costado sin esperar mi respuesta. Se tapó con las sábanas y me dijo ven. Yo no supe qué hacer. Ella intentó quitarme el camisón y ahogué un grito.

—¿Nunca has dormido con tu madre?

—¡Nunca! Cómo se te ocurre.

Yo no sabía qué clase de crianza progresista le había inculcado la tal Genoveva, pero aquello me pareció el colmo del descaro. Una niña pequeña era distinto, claro, pero una mujer adulta...

Sofía apagó la luz. Nos quedamos en tinieblas. Ella me acarició el brazo.

—Mañana tenemos que ir a La Victoria.

—Dudo que Felipe me deje salir.

—Ya pensaremos en algo. No estás sola en esto, recuérdalo.

Me dio un beso en la mejilla, sobre la hinchazón. La punta de su pezón se enterró bajo mi cuello. Me abrazó con fuerza y recordé la pesadilla que había tenido en Miami, *la impostora* flotando sobre la cabecera de mi cama, sus cabellos agitándose como una medusa. No pude evitar una risita.

—¿De qué te ríes?

—Es raro. Todo esto es raro.

—Ya te acostumbrarás.

Volvió a darme otro beso, esta vez en los labios. Me eché para atrás, horrorizada.

—Te quiero mucho mamá —dijo, apoyando la cabeza en mi cuello, la palma de mi mano rozaba el vello frondoso de su pubis.

Quiero aclarar que en ningún momento se puso erótica. Quizá había sufrido una regresión involuntaria, sintiéndose otra vez niña, estrechándose al saberse una parte de mí, sangre de su sangre, nuestras venas palpitando juntas, restregándose incansables, porque, repito, los seres humanos al fin y al cabo somos animales. O quizá Genoveva, con lo obsesiva que era, la había acostumbrado a dormir desnuda, a besarla en los labios, a vestirla con su ropa. Sea como fuere, decidí quedarme con el camisón puesto, al menos por esa noche.

—Rebeca.

—¿Mmm...?

—Sofía...

—¿Qué?

—Nada. Que si puedo llamarte Rebeca.

Pero ella se había quedado dormida. De su boca cayó un hilo de saliva que resbaló y me salpicó en el hombro, en el mismo lugar del balazo.

Lo tomé como una bendición.

Cuando desperté al día siguiente no la encontré en la cama. Por un segundo creí que el día anterior había sido un largo sueño, y que en realidad era el primer día en que recobraba la consciencia en la habitación rosa. Me di la vuelta y olí las sábanas. El aroma salvaje de Rebeca.

Es decir, de Sofía. Uno de sus cabellos se había quedado adherido a la almohada. Miré el reloj. Las once de la mañana. Había dormido de un tirón. No recordaba haberme movido en absoluto durante la noche, ni que mi hija hubiese aflojado el abrazo para girar hacia el otro lado. Me recosté en la cabecera. Su ropa tirada por el suelo, junto a la maleta, su neceser sobre la cómoda, sus botas al pie del umbral. Una salvaje. Sentí un ramalazo de ternura. ¿Cómo era posible que lograra conmoverme? Debo estar enferma, pensé.

Me senté en la silla de ruedas y rodé hasta el descanso. Recordé las innumerables madrugadas en que me asaltaba el insomnio, en Miami, y que decidía conducir al estudio antes del amanecer. Por la ventana de mi camerino se podían ver los Everglades, el tráfico de la US-1; y, en cambio, aquí se divisaba el tráfico de la avenida Gobernadores, la fila de autos que bajaban del cerro de La Molina, los cerros de casas de cartón piedra de Manchay. Lamenté haber dormido hasta tarde, de lo contrario hubiese visto el desfile de actores y técnicos, todos con gafas de sol, bostezando, corriendo para llegar a tiempo a maquillaje o a iluminar la primera escena del día. Llegaban de a pocos, solos o acompañados, en automóviles particulares o en la camioneta del canal que recogía a los que vivían más lejos. En el jardín del chalet, un técnico armaba un trípode en el césped y echaba miradas furtivas hacia mi ventana. Lo vi sacar el celular y tomarme una foto. El coordinador de piso apareció después con su tablilla de madera, le dijo unas palabras, irritado y lo empujó para que se diera prisa.

Los rodajes seguían entusiasmándome. Ya casi había olvidado la adrenalina a la hora de cruzar la puerta del estudio; los buenos días, *darling*; qué tal, *darling*; el primer chorro de whisky en el café; el olor de los polvos del maquillaje; las voces gangosas de las maquilladoras contándome sus más recientes dramas familiares con pelos y señales, a pesar de que yo no tenía ningún interés en escucharlas y no se daban cuenta, pero había que ponerles buena cara, asentir de vez en cuando, agradecerles, recordar las fechas sus cumpleaños o saber con quién estaban casadas, los nombres de sus hijos, de sus mascotas. Mamá anotaba esos datos en una libretita y me los susurraba al oído, cada mañana. Cuando dejó de acompañarme, reemplacé su estrategia con el *darling*, como ya lo he explicado unas páginas atrás.

Escuché una melodía del otro lado de la puerta, unos golpecitos. La voz de Teo.

—¿Se puede?

—Adelante.

Entró campante con un celular en la mano. Del aparato salían las notas de una cancioncilla que alguna vez había estado de moda, hacía décadas, durante el verano en que regresé a Caracas:

Y cuando mi-mi-miro tu cara

Ahí estás tú-tú-tú, solo tú

Te encuentro al fin-fin-fin y, de pronto,

Ha nacido el amor en Moscú...
Moscú, Moscú, luces de película
Llenan nuestra música, solos en Moscú
¡Hey!

Me preguntó si había dormido bien. Yo quise saber más de la canción. Me dijo que estaba en la *playlist* de su papá. ¿En la *qué*? En la lista de canciones, dijo, hay un programa de internet donde las compilas y las puedes escuchar en desorden, esa canción estaba en una lista que se llamaba «Canciones antes de *Coral*». En realidad, mi papá, siguió diciendo, era un aburrido porque solo tenía dos listas: «Canciones antes» y «Canciones después de *Coral*», pero sus amigos del colegio tenían varias; él, por ejemplo, tenía más de una docena. Además, esa canción era especial porque Rusia se había vuelto a poner de moda, y también el comunismo, que es lo máximo, según un amigo suyo que había conocido hacía poco.

—¿Qué amigo?

—Un amigo que vive acá, pero nunca lo he visto porque es muy tímido.

—¿Vive aquí? ¿En esta casa? —dije, espantada.

—Ajá, pero vive en las paredes.

—¿Cómo que en las paredes?

—O sea, dice que los adultos no pueden verlo, pero él puede ver todo.

Los golpes. Yo no era la única que los escuchaba.

—¿Te refieres a un fantasma?

—Mi amigo dice que la palabra *fantasma* suena ofensiva.

—¿Y cómo se llama?

—Prudencio. Es muy inteligente, me está enseñando muchas cosas que no están en mis libros del colegio, aunque a veces no entiendo lo que dice.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Pues... a ver, ¿qué significa *proletariado*?

No pude seguir escuchándolo. Me había quedado observando el celular. Podría llamar a alguien, mandar un mensaje de auxilio, escribir algún aviso de alerta en mi *fan page*. Lo señalé y le dije, tratando de sonar despreocupada:

—Préstamelo un rato.

Me lo entregó. Prácticamente me abalancé sobre el aparato. Había una lista de canciones, pero la cerré y abrí el explorador de internet. Tecleé mi nombre en el buscador de Google. Apareció una serie de noticias con titulares de lo más sensacionalistas. La reina del drama acribillada en aeropuerto de Lima. La reina del drama renuncia a Unimundo. La reina del drama se recupera con éxito en residencia privada en La Molina. ¿Residencia privada? ¿Sabría alguien que me

tenían prisionera? A continuación busqué «la Mujer Soviética». Los únicos resultados eran frases de artículos de investigación, perfiles históricos, una galería de propaganda socialista expuesta en Nueva York. ¿Por qué no mencionaban mi nombre? Tecleé «la Mujer Soviética, *New York Times*». En ese momento se oyeron pasos en la escalera y tuve que devolverle el celular al niño.

En la puerta aparecieron Sofía y Alex. Se disputaban una bandeja con café, jugo de naranja y tostadas, arrebatándose de un lado al otro. Alex traía unos jeans desteñidos, una blusa negra de hombreras inmensas, extraterrestres, y una cadena de oro con piedras de cuarzo en el pecho. Su pelo largo y ondulado estaba húmedo, como recién salido de la ducha. Se había maquillado con ahínco. Párpados cubiertos de líneas celestes y fucsias que comenzaban en los extremos de la cara, los labios pintados de rojo jungla, el rostro excesivamente blanco, de geisha, y un lunar falso en forma de corazón en la mejilla. Sofía, en cambio, se había puesto un kimono negro e iba descalza, el pelo recogido en una cola de caballo y la cara limpia. Teo se quedó boquiabierto al ver los muslos de mi hija, sus mejillas se llenaron de rubor.

—¡Suéltala! —dijo Alex—. ¡Yo la prepararé!

—¡Pero me corresponde llevarla a mí! —respondió Sofía—. Te dije que desde ahora iba a hacerme cargo de ella, ya no te necesitamos.

Les pedí que se calmaran, señalándoles al niño. Alex se compuso y dejó que Sofía se quedara con la bandeja. Sofía se acercó y la puso sobre mis rodillas, dándome un beso en la frente. Me preguntó si acaso ella había roncado, tenía fama de moverse demasiado por las noches. Descuida, respondí, y no le confesé que no recordaba absolutamente nada. Me fijé en sus pies. Los tenía negros, con rastros de tierra mojada. Había caminado por el jardín. Una salvaje. Teo no dejaba de mirarla como hipnotizado. Sofía, este es Teo, le dije, el hijo de Alex, aunque suene a cuento. Sofía arrugó la nariz. Ya nos conocíamos, dijo, y se abstuvo de darle la mano. Era cierto que había heredado mi aversión por los niños. En cambio Teo se deshizo en risitas, chorreadísimo, sin saber qué hacer con el cuerpo. Retrocedió, nervioso, para colocarse junto a su padre. Alex quiso ponerle un brazo alrededor de los hombros y Teo lo apartó de un manazo, papá, por favor, ya no estoy para esas cosas, ya soy grande. Tomé un sorbo de café. Me calentó de pies a cabeza, el subidón me cogió desprevenida. Mi hija le había echado whisky. Me echó una mirada cómplice, de lejos, guiñándome un ojo. El whisky, además de ponerme eufórica, me hizo recapacitar. Observé a Alex y le dije que me perdonara lo de ayer. Tenías razón, soy de otra generación, la verdad no estaba en mis casillas y no soy quién para juzgarte, como ya comprenderás. No tiene importancia, dijo él, las manos detrás de la espalda, sin mirarme, haciéndose el ofendido. Comprendí que lo suyo era puro teatro. En el fondo me idolatraba. Él mismo me lo había confesado.

Sofía se cruzó de brazos y miró a Alex con furia.

—¿Y tú no tienes que irte a trabajar?

—Hoy es distinto. Han reorganizado las escenas. Ocurrió una tragedia.

Me estremecí.

—¿Dónde está Felipe?

—Hoy tenía cita con el médico. Pero descuida, se trata de otra cosa.

Muy a pesar de la hostilidad de mi hija, Alex se sentó en la cama. Encendió un cigarrillo y ambas nos lanzamos a pedirle uno para cada una. Él nos los entregó, sorprendido. Mi hija y yo realizábamos los mismos movimientos, como si fuésemos una doble entidad, nuestros cerebros enlazados al mismo sistema nervioso. Tras encendernos los cigarrillos, suspiró. Nos contó lo que había ocurrido.

La noche anterior habían raptado al nieto de una actriz que iba a comenzar las grabaciones recién hoy por la mañana. Una actriz invitada, dijo Alex, exhalando el humo. Un papel cortito, la abuela de la familia de millonarios en *Amor en el arenal*, cuyas escenas se filmaban en los decorados del primer piso. El nieto de la actriz había desaparecido a las seis de la tarde. Mejor dicho, fue a esa hora en que recién habían notado su ausencia. No había regresado del colegio. La Policía insistía en lo del secuestro, a pesar de que el niño se había llevado una mochila llena de ropa, sus gafas, su cepillo de dientes, su diario. El patrón era el mismo del resto de niños desaparecidos en el último mes. El niño vivía en Surco, en Las Casuarinas, y era alumno del colegio Pestalozzi. Sus familiares no terminaban de explicarse el motivo de su ausencia. En los días previos no habían notado cambios en su conducta, seguía manteniendo sus buenas notas. La mañana de su desaparición, su padre lo llevó al colegio y se despidió de él como todos los días. No volvieron a verlo.

—Prudencio me habló de eso —interrumpió Teo.

—¿Quién? —preguntó Alex.

—Prudencio. Mi amigo. El que vive en las paredes. Dice que los niños...

No pudo terminar la frase porque el teléfono de Alex empezó a sonar de pronto. Nos alarmó a todos. Contestó la llamada, preocupado, y frunció el ceño. Colgó.

—Era el coordinador de piso, desde abajo. Dice que veamos las noticias. Voy a buscar la web de Teleprisma.

Abrió el explorador de internet y buscó la señal en vivo. Luego puso la pantalla en modo horizontal y todos nos colocamos a su alrededor para verla. Un noticiero. El periodista estaba parado al costado de unos escombros, el humo salía a borbotones del escaparate de una tienda. Habló de un nuevo incendio en un centro comercial, en el límite de Surquillo y San Borja. Otro cortocircuito en una sala de cine. Se había producido a las once de la noche. Doce muertos por asfixia y siete heridos hasta la fecha. El periodista se desplazó, tosiendo, hacia el grupo de gente que corría por la pista. Quiso entrevistar a una mujer que intentaba romper el cerco policial, bañada en lágrimas. Mi hijo, sollozó la mujer, mi hijo está allá adentro, mi hijo, mi hijo, ¡David!,

¡David!, gritó, desgañitándose en llanto, ¡David! El periodista le acercó el micrófono y la mujer entrecerró los ojos, la luz de la cámara explotándole en la cara. Era una mujer de pelo corto, baja estatura, rechoncha. Al ver la cámara encima de ella, la mujer dio un grito y se alejó, cubriéndose el rostro. El periodista insistió en entrevistarla, pero la mujer salió corriendo. Se arrancó la chompa y se la puso en la cabeza, perdiéndose a la carrera por un costado del plano.

Antes de que escapara había podido reconocerla.

Era Griselda.

* * *

Cinco kilómetros hacia el sur, en una lujosa oficina con vista a la avenida Javier Prado, Felipe Gallego cerraba los ojos y se apoyaba en la camilla. Sintió un mareo en el consultorio de un médico, amigo suyo, desmoronado por lo que acababa de escuchar. El médico había aceptado recibirlo a las seis y media, tras una llamada desesperada, pensando que Felipe había sufrido de algún otro efecto secundario, a causa de su medicación para el colesterol. Aparte de la taquicardia y de las pantorrillas hinchadas, el médico le había advertido de otros peligros: dolor abdominal, dificultad para alcanzar la erección, ausencia de deseo sexual. Cada palabra fue para él una sentencia de muerte. Felipe había estado quejándose por días de un extraño dolor en los testículos. Una presión horrenda que parecía jalarle el escroto y oprimirle los genitales, unas agujas de acupuntura que le pinchaban la entrepierna. Finalmente, la noche anterior había sucumbido a la tentación. Había escapado del chalet llevándose unas blusas mías que encontró en el armario de la habitación rosa. Al llegar a su casa se había masturbado oliendo mi ropa, sin problemas, solo había sentido un pequeño pinchazo en el testículo izquierdo, nada fuera de lo común. Estaba orgulloso de no sufrir aún los problemas de erección que había mencionado el médico. Entonces eyaculó sobre la palma de su mano.

Al limpiarse, descubrió rastros de sangre en su esperma.

Cáncer, murmuró para sí mismo, al instante. Cáncer, como mi madre. El cáncer se transmite de generación en generación, menudo regalo me dejaste. Desesperado, llamó al médico, y se pasó la noche entera sin poder pegar un ojo.

—Prostatitis —repitió el médico luego de examinarlo.

Felipe volvió a retorcerse, una mano cubriéndose la cara, la otra oprimiendo el borde de la camilla, maldiciendo a su madre, maldiciendo al cadáver helado que decidió besar en la mejilla en el último momento, antes de que se lo llevaran para el velorio.

—Mira, Felipe, no es algo tan grave —intentó consolarlo—. Al menos no es cáncer, todo está normal por allá abajo. Ningún bulto raro, ninguna hinchazón. La biopsia salió negativa, no hay células en peligro, ni por asomo.

Pero Felipe estaba lejos de serenarse. Según lo que le explicó el médico, la prostatitis era una infección que podía ser crónica, muchas veces transmitida por vía sexual, nada que un buen cóctel de antibióticos no pudiera sacar del camino, ánimo. ¿Vía sexual? Eso era impensable, jamás había cogido ninguna enfermedad, por sus propias costumbres se mantenía alejado de cualquier tipo de penetración y, en caso de llegar a mayores, el uso del preservativo era más que una consigna. Felipe no necesitaba de fricciones en cavidades ajenas para llegar al orgasmo, ni tocarse el miembro. Anoche, a falta de recursos, se había valido de su mano, como excepción a la regla. Claro, no había sabido contenerse y ahí estaba el resultado. Aquel dolor espantoso en la parte baja de la espalda y del abdomen, sin contar los pinchazos en los genitales.

El médico anotó la prescripción en su fajo de recetas.

—Te voy a recetar un par de inyecciones para el dolor. Si te sientes mareado después de ponértelas, las dejas. El antibiótico te lo tomas por la mañana; la finasterida de cinco miligramos, por la tarde, te ayudará a bajar la hinchazón de la próstata. Y no me vengas con esa cara, hombre, alégrate, esto te sirve también para la caída del cabello.

Malestares de viejo, murmuró Felipe para sus adentros. Si hasta hace un mes se sentía bien o *creía* que estaba bien. Tarde o temprano iba a llegarle la hora y a cogerlo desprevenido, como a su madre. La pobre había durado solo seis meses después de que le detectaron el cáncer, seis meses pensando en que la radiación iba a dar resultado, que iba a producirse un milagro, seis meses en que Felipe creyó enloquecer porque iba a quedarse solo. Para colmo, su madre expiró el día de su cumpleaños número once. Se arrepintió de haberle deseado la muerte todas las tardes en que ella lo obligó a apagar el televisor. Qué tanta novela, carajo, ojalá este niño no me salga maricón por ver tanta novela. Felipe había hecho hasta lo imposible para poder verme por la televisión y no perderse ni un capítulo de *Silvia María*. Notas impecables, el primero en el colegio, diplomas, buen comportamiento, premios. Nada fue suficiente. Cuando su madre se ausentaba, ella sabía que él había encendido el televisor. Ponía una mano sobre el aparato y lo notaba caliente, luego lo perseguía hasta el dormitorio y le curaba la insolencia a correazos. A pesar de los castigos, a Felipe se le rompió el corazón en el velorio. Destrozado por el llanto, vio el cuerpo de su madre disolverse lentamente, el dolor arrastrándolo consigo, la angustia que parecía pulverizarle el estómago, el ánimo, las ganas de vivir, pensando en que jamás iba a poder volver a verme por televisión sin que el rostro de su madre se apareciera delante de él, creyendo que se sentiría culpable de su muerte por el resto de sus días. El destino puso las cosas en su sitio. Apenas terminaron de enterrar a su madre, antes de que el último de los dolientes se retirara del cementerio El Ángel, en los Barrios Altos, el corazón de Felipe dio un vuelco. Me había visto de carne y hueso, a los lejos. ¿Jacqueline Metalius? Me reconoció a pesar de las gafas oscuras. Yo estaba vestida de negro de pies a cabeza, inclinándome para poner un ramo de tulipanes en la puerta de un mausoleo. El pequeño Felipe corrió hacia mí. Me llamó por mi nombre,

desesperado, pero yo no lo escuché, la verdad es que ni siquiera recordaba haberlo visto, hasta que me contó el incidente que aparece en estas páginas. Según él, yo le di la espalda, sin notar su presencia, y me alejé rumbo a la entrada del cementerio. Allí me esperaba una camioneta de turismo y una mujer mayor, bajita, de rostro severo. Mi madre. La camioneta arrancó y se perdió con nosotras entre una nube de polvo, al final de la pista sin asfaltar. Felipe retrocedió sobre sus pasos, secándose las lágrimas. Al pasar por el sarcófago, leyó la inscripción de la puerta:

ARÍSTIDES METALIUS

ESPOSO Y PADRE

1931-1977

Lo interpretó como un buen augurio. Su madre nos había juntado por azar en aquel cementerio, entregándole un último regalo, y se le formó una idea en la cabeza. Para él yo no merecía haberme quedado viuda tan joven. Yo sabría esperarlo, según él, a mí no me importaría la diferencia de edad ni aunque nos tomara un siglo volver a encontrarnos. Para entonces, él ya no tendría las manos vacías, al contrario. Se forjaría una carrera, un nombre, algún día me ofrecería algo gigante y yo no podría negarme. Con el paso del tiempo, descubrió que el mundo del espectáculo, en Lima y en todas partes, era minúsculo. La mayoría compartía los mismos contactos, no le fue difícil ubicarme. Sabía dónde vivía, cuál era mi número de teléfono, en qué circunstancias trabajaba. Llevó a cabo una labor de hormiguita, decidió que el reencuentro tenía que producirse de un modo espontáneo, en un lugar público, posiblemente un aeropuerto.

Se metió la receta del médico al bolsillo. Se despidieron y salió de su consulta, pensando en los cuarenta minutos que tendría que conducir desde San Borja hasta La Molina. Mientras caminaba hacia el ascensor, escuchó el timbre del celular. Un mensaje nuevo. Se sobresaltó. Seguro que es Alex, pensó, debe haber pasado algo. Pero la pantalla le mostró lo de siempre: «Número desconocido». La encriptación, el anonimato. Habían transcurrido unos tres días desde la última vez que lo contactaron. Al ver el texto, suspiró de alivio.

Leyó el primer mensaje y estableció el diálogo:

Objetivo cubierto.

Me alegro. Ahora necesito el dinero ASAP.

¿Ya la convenciste?

Todavía no. Ayer despertó. Necesito un día más.

Enviaremos adelanto cuando se confirme el proyecto.

Hay que actuar rápido. Ella no durará mucho tiempo.

Copiado.

Una cosa más.

Sí.

El niño. Teo.

El niño no es problema. Les doy mi palabra.

Queremos al niño.

No. Imposible. Eso no estaba en el acuerdo.

Cambiamos de parecer.
Son órdenes.

Queremos al niño.

XII

El sol sale para todos

Los aplausos comenzaron a escucharse antes de que Felipe pusiera los pies en el primer peldaño de la escalera. En aquel instante su barba me rozaba la frente mientras me sostenía en sus brazos como a una niña pequeña. Me sentí suspendida en el olor de la transpiración que emanaba de su cuello y no se me ocurrió pensar en nada más, ni relacionar el episodio con los aplausos que ya había escuchado repetidas veces, ocultos entre las ráfagas de mi memoria. Ahora que lo recuerdo, aquel fue el primer atisbo que tuve del estudio del primer piso. En unos días habría de convertirse en parte de mi nueva casa, pero en este entonces no tenía cómo saber que aquellas paredes habrían de salpicarse de sangre, y que el fuego despojaría a los fantasmas de su refugio.

Pálido, con la camisa deshecha y una expresión de terror condensada en el rostro, Felipe había entrado en la habitación rosa en el segundo en que reconocí a Griselda en la pantalla del celular. Tuve que morderme la lengua para no lanzar un grito. Las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta: yo conozco a esa mujer, solía ser mi criada, qué hace aquí, por qué no me contó que también estaba en la ciudad. Alex se guardó el celular en el bolsillo. Felipe nos miró, muy solemne.

—Ya deben haberse enterado —murmuró—, nos hemos quedado sin actriz invitada.

Luego se aproximó a la cama y cogió a Sofía del brazo.

—Apártate —le ordenó.

Ella frunció el ceño.

—Piensa bien en lo que vas a hacer.

—Voy a llevarla abajo. Es hora de que la conozcan.

—Todavía no está lista.

—No me importa, ya no tenemos más tiempo.

Sofía obedeció, para mi sorpresa. Sus ansias de protegerme habían desaparecido. ¿Ya se conocían desde antes? Alex avanzó hacia mí cruzándose de brazos.

—Al menos voy a maquillarla. Sé que no le va a gustar bajar así como está.

Me guiñó un ojo.

—Tres minutos —dijo Felipe.

Alex se puso manos a la obra. No me dio tiempo a reaccionar. Con una velocidad pasmosa, sacó los pinceles de su alforja, me limpió la cara con una toalla húmeda e improvisó, en un abrir

y cerrar de ojos, un estilo de sombras alargadas en los párpados que había estado muy de moda en la época de *Coral*. Sofía, por su parte, me cepilló el pelo hacia atrás, dejando mis orejas al descubierto. Sus movimientos eran rápidos, ensayados, y confirmaron mis sospechas. ¿Qué había pasado con la chica salvaje? Ni rastro de ella. Su habilidad era propia de una *esthéticienne*.

Esto estaba planeado, pensé. Todos ellos actores del mismo libreto. Interpretaban la misma coreografía, como si sus pasos hubiesen sido marcados con cruces de tiza sobre el parqué. Mi hija me puso los aretes y el collar de amatista de la noche anterior. Al fondo, Teo abrió un pequeño estuche y se acercó despacio. Faltan las pestañas, papá, lo más importante. Sostenía una en cada manito. Alex las pegó en el borde mis párpados mientras el niño me colocaba unos tacones rojos en los pies y corría a traer el espejo. Luego se reunieron todos a mis espaldas, levantaron el cristal para que pudiera verme y asomaron las caras por los bordes del marco.

El resultado era admirable. En otra situación no habrían conseguido hacer tantas cosas en tres minutos. ¿Cuánto tiempo se habrían pasado ensayando? Felipe ni siquiera me preguntó si estaba de acuerdo.

—Jacqueline, pon tus manos alrededor de mi cuello.

No tuve escapatoria. Los otros me miraron con sus caras de autómatas y asintieron en silencio. Yo seguí fingiéndome paralítica e hice lo que Felipe me pedía. Él cerró los ojos y apretó los dientes al levantarme. Aproveché para rozar mi cara en los vellos de su pecho; las puntas eran como agujas clavándose en la cicatriz de mi pómulo, aún fresca de sus bofetadas. Mis pies quedaron en el aire, los tacones rojos se movían al ritmo de sus pasos. Teo abrió la puerta de la habitación. Los actores secundarios formaron una fila detrás de nosotros y avanzaron en procesión. Felipe descendió los peldaños de la escalera, su barba estaba a pocos centímetros de mí, los poros de su piel abiertos cual agujeros minúsculos. Se veía mucho más atractivo de perfil y me asaltaron las ganas de besarlo, de morderle los labios, de ser aplastada bajo su peso, de que sus piernas se enredaran entre las mías. Imaginé que me iban a matar, me llevarían a un festín para sacrificarme en el último acto, me habían traído al chalet para darme una última alegría. Recordé que Arístides, fiel a las tradiciones, había realizado el mismo trayecto pero al revés, cuarenta años atrás. Me había cargado en sus brazos hasta el dormitorio desde la limusina decorada con guirnaldas y claveles blancos; yo, incómoda por el arroz que nos habían tirado encima y por los granos que se quedaron metidos en mi sostén.

Y allí, en las escaleras, oí la primera ronda de aplausos.

Los actores se habían alineado también a doble fila, delante de la línea de técnicos, camarógrafos, sonidistas, todos con los celulares levantados, flashes y más flashes, las sonrisas congeladas, irreales, ensayadas. No conocía a nadie excepto a un cómico de televisión, un flacuchento de pelos crespos que solía imitar a políticos en esos programas de humor grotesco de los años ochenta. Ahora se las daba de primer actor, como si fuera fácil pasar de la chabacanería

al melodrama. Es decir, a la *ficción*, aunque la comedia vivencial era también una muestra de imitación de la imitación. Inclino la cara, criollísimo, zalamero, y me hizo un gesto obsceno con la lengua. Me dio asco.

Pensé que cuando terminaran de aplaudir encenderían los sahumerios y los candelabros, cantarían alabanzas en arameo, se vestirían con túnicas negras y darían inicio al ritual del sacrificio. Felipe me acomodó en la silla de ruedas que el excómico arrastró hacia el centro de la sala. Decir sala es una exageración. En realidad era mitad sala y mitad estudio; al otro lado de los muebles habían colocado las cámaras, los monitores y los booms de los micrófonos. El comedor y el jardín trasero habían desaparecido. Entre los dos habían construido un escenario techado, las paredes pintadas de negro y recubiertas de cortinas también negras. Aparte de los muebles y los sofás, había estatuas de espuma sintética, palmeras, animales disecados, una ventana falsa y un reflector que hacía las veces de luna llena. En la ficción y en esa clase de decorados, todas las noches son noches de luna llena, para justificar el trabajo de ambientación y los millones gastados en la cuenta de la luz. Sofía, Alex y Teo se pusieron delante del grupo de personas. Felipe dio un par de palmadas. Los flashes y los aplausos cesaron sin más. Miró su reloj, se aclaró la voz y dijo:

—Buenas tardes, amigos y compañeros. Como ustedes sabrán, la actriz que iba a debutar con nosotros el día de hoy ha sufrido un percance que nos obliga a suspender las grabaciones.

Susurros, lamentos, exclamaciones.

—Pero descuiden. Ya hemos encontrado una solución.

Me tocó los hombros y los apretó con firmeza, a punto de quebrarme los huesos.

—La mujer que tienen ante ustedes no necesita presentación. Ni siquiera me hace falta mencionar su nombre. Con solo verla ya sabrán ustedes de quién se trata. Y los que no la hayan visto, reconocerán su trabajo en el rostro de otras actrices que jamás llegaron a igualar su grandeza, por más que lo intentaron. Hoy tengo el gran honor de anunciarles que, desde esta tarde, una leyenda nos acompaña. Y repito, ella no necesita presentación. A ella la conocen desde siempre. Con ustedes, una auténtica leyenda.

Los demás contuvieron el aliento.

—Su nombre es Jacqueline Metalius.

La ovación fue ensordecedora. Esto no puede estar pasando, le dije a Felipe, sintiendo hormigas en las piernas, pero mi voz se perdió entre los aplausos y la gente que se abalanzaba sobre mi silla de ruedas. Me cogían de las manos, me besaban ambas mejillas, me tomaban fotos. Algunos aparecían por detrás, ponían el celular al frente, hacían clic y se alejaban sin saludarme, sin darme las gracias, escudriñaban sus pantallas como si yo hubiese dejado de existir, luego tecleaban o hablaban por teléfono, ¿viste lo que te acabo de mandar?, te dije que no estaba

muerta, ajá, es la misma de *La marginal*, como lo oyes, está más flaca eso sí, hueso y pellejo, también dicen que está loca.

Tal vez se creían que yo era un fantasma, o que no podía escuchar lo que hablaban delante de mí. Nadie me preguntó por mi estado de salud, a nadie le parecía raro que estuviera en una silla de ruedas, en camisón de dormir, maquilladísima, con esos taconazos rojos, ridículos, mirando de un lado a otro, buscando la mirada de Felipe, de mi hija que también se tomaba fotos, de Alex que abrazaba a Teo y trataba de subir por la escalera, como si alguien fuera a quitárselo. Quise pedir auxilio y me ignoraron. Abrieron una botella de champán y pasaron vasos de plástico llenos hasta el tope; varios quisieron entablar conversación conmigo aunque no pude entender lo que decían. Comenzaron a repartirse los bocaditos del bufet y me dieron la espalda. En medio del alboroto, me quedé sola y giré sobre las ruedas rumbo al comedor.

Nadie percibió que me alejaba. Rodé hasta el jardín trasero, ahora cubierto de cemento. De la época de Arístides no quedaba ni rastro. Habían quitado la vitrina donde guardaba las piezas de porcelana, mi vajilla de recién casada, el juego de copas de los expresidentes, los cubiertos de plata. La mesa del comedor tampoco era la misma. Al costado, en la habitación que solía ser la cocina y el comedor de diario, habían implementado los camerinos. Tres cuartos distintos, pintados de negro. Entré en uno de ellos, las ruedas con las justas cabían por la puerta. Era más estrecho que los camerinos de Unimundo. Encendí los focos del espejo y observé mi reflejo. Las sombras de los ojos me hacían parecer un payaso. A esto hemos llegado, pensé, creyéndome invisible. Podría salir caminando y ni siquiera se darían cuenta de mi ausencia.

Cuando iba a levantarme, Felipe se asomó en el umbral de la puerta.

—Te estás perdiendo la celebración.

Tuve que hincarme las uñas en las rodillas para no lanzarme sobre él. La ira me subía por las piernas, una sopa caliente que me incendiaba las vísceras, el cuello, el rostro, nublándome la vista. Me pregunté en qué momento había dejado de existir, cómo podían tomar decisiones por mí y sin consultarme, así de sencillo. Me sentí enferma, la cabeza dándome vueltas. Observé su sonrisa, su cuello, e imaginé que le hundía las uñas y lo sacudía, lo apretaba hasta acogotarlo, luego le ataba las manos y cortaba su cuerpo en pedazos aún estando consciente, lo dejaría desangrarse mientras acomodaba sus restos en las tres maletas que traje de Fort Lauderdale.

—Festegan por gusto —respondí—. Nunca voy a actuar en tus mamotretos.

Él sacó un cuaderno que tenía escondido en el bolsillo de atrás.

—¿Y entonces quién va a interpretar a la Mujer Soviética?

Me lo agitó en la cara, las bombillas del espejo reflejadas en sus pupilas. Lo miré y repetí para mis adentros: te voy a destruir, te voy a destruir, te voy a destruir. Felipe abrió el cuaderno y pasó las hojas lentamente.

—Alex lo encontró en el velador. Me sorprendes, Jacqueline. ¡Ambientar la historia en los

ochenta! —exclamó, riendo—. Qué idea tan estupenda. Si te soy sincero, nunca creí que fueras capaz de escribir ni siquiera una sinopsis. Pero hay un pequeño error. La Mujer Soviética no puede ser una espía. Tenemos que inventarle otra ocupación, eso se lo dejaremos a los guionistas. La ficción no puede parecerse tanto a la realidad, ¿o ya lo olvidaste?

—¿A qué te refieres?

—La Mujer Soviética eres tú. En 1989 te mandaron a Rusia con un propósito. ¿Qué crees, que fuiste solo para promocionar una telenovela? Te entregaron un sobre de manila al salir de Caracas, ¿no lo recuerdas? El viaje fue solo un pretexto para que llevaras esos documentos. Gorbachov no iba a financiar una gira por gusto.

Lo del sobre de manila era cierto. Antes de abordar el vuelo de Aeroflot me dijeron que debía entregarlo a la delegación de bienvenida en el aeropuerto de Domodédovo, en Moscú. En su momento pensé que eran papeles de inmigración, información del hotel o algo por el estilo; el sobre estaba cerrado y no pude ver lo que contenía. Sin embargo, tenía motivos para sospechar de las palabras de Felipe. La búsqueda en Google no arrojó ningún resultado sobre la Mujer Soviética. ¿Dónde había quedado el supuesto artículo del *New York Times*?

Él se acercó a la silla de ruedas. Me sujetó de la barbilla, creí que iba a darme otra bofetada.

—Pero después nos ocuparemos de *La mujer soviética*. Ahora nos toca resolver el asunto de *Amor en el arenal*.

Me entregó un libreto.

—Tu personaje se llama Verónica Iturriaga. Léelo, tus líneas están subrayadas. Tranquila, no me mires así, es un papel muy, muy corto. Tómallo como un anticipo para el público. Se quedarán con ganas de ver más de ti. Los dejarás con la miel en los labios.

Yo arrugué los papeles del libreto. Furiosa, hice una pelota y la tiré a sus pies. Él la recogió y me tomó por el cabello de un zarpazo. Tiró mi cabeza hacia atrás, arrancándome un mechón de pelos que cayeron junto a las ruedas. Yo aullé de dolor.

—Si no me obedeces, no volveré a tocarte. ¿O crees que no me he dado cuenta de que te gusta?

Intenté zafarme, pero él me estrujó con más fuerza.

—Los libretistas han hecho algunos cambios. No en vano les pagamos lo que les pagamos. El que estés inválida le va perfecto al personaje, lo de la silla de ruedas tiene mucho drama, ¿no te parece? La vida no tiene sentido cuando no existe el drama.

Las palabras de Griselda.

No había duda de que ella era parte del rito. En Miami me había mencionado a una familia afincada en Lima, a unos hijos que habían encontrado trabajo después de emigrar a Canto Grande desde Medellín. Su rostro aparecería en los periódicos, en las noticias; ahora mismo debía de estar en la morgue reconociendo el cadáver de su hijo, escondiéndose de las cámaras,

hinchada de llorar. Tenía que ubicarla. Bastaba con leer la lista de las víctimas del incendio, solo necesitaba un par de segundos a solas con el celular de Teo. Felipe me soltó y pude acariciar la tijerilla que todavía escondía en el camión.

—¿Tengo alternativa?

Él volvió a enseñarme el video grabado en su celular. Mi cuerpo ensangrentado, mis manos sujetando el puñal de plástico, mis ojos enloquecidos, enormes, mis labios pronunciando la frase que a estas alturas cobraba aún más sentido: *esto ya lo he vivido antes*.

—No. Ninguna. Una palabra tuya y este video dará la vuelta al mundo en un par de horas. No podrás despedirte de tu público como siempre quisiste.

Leí las hojas arrugadas del libreto. Mi personaje tenía solo tres líneas de diálogo. La última cerraba con un llanto antes de terminar la última sílaba. Según Felipe, no había razón para explicarme todo el argumento de *Amor en el arenal*. Desde el título ya uno se podía imaginar el resto. Lo que sí me explicó fue que el personaje de Verónica Iturriaga no existía en la primera versión de la historia. Lo habían inventado para justificar la salida de un actor que fue despedido de la telenovela, después de que otras actrices lo acusaran públicamente de acoso sexual. No había ocurrido nada físico, ojo. El actor les había enviado fotos de sus genitales al celular y a ellas no les hizo mucha gracia. ¿Y dónde están esas fotos?, quise preguntarle. ¿Por qué a mí nadie me envía nada nunca? *Dios le da hambre a quien no tiene dientes*, diría mi madre. El caso es que el actor abandonó la ficción y los libretistas eliminaron a su personaje. Lo hicieron morir en una escena larguísima en la cárcel. Verónica Iturriaga era, pues, la madre del villano muerto. La primera escena ocurría en el comedor de su residencia, cuando el mayordomo le trae el plato principal y le comunica que su hijo acaba de fallecer. En el libreto, ella rompía a llorar y se desmoronaba sobre el guiso.

—¿Cuándo empezaremos a grabar?

—Ahora mismo. En cinco minutos te esperan en vestuario.

Sofía ingresó con un vaso de champán en la mano y unos zapatos plateados en la otra, un vestido blanco doblado sobre su brazo. Felipe se volvió hacia mí:

—Mañana te dejaré ir hasta La Victoria. Alex y Teo te acompañarán.

—¡No! —intervino Sofía—. Yo la acompañaré. Te dije que iba a ocuparme de ella.

Él no le respondió. Se alejó cerrando la puerta. Sofía miró el espejo, las paredes pintadas de negro, los vestidos cubiertos por bolsas transparentes, colgando de un perchero de metal.

—Qué emoción —dijo, estremeciéndose—. Nunca antes había estado en un camerino, ni en un estudio. Siempre quise saber lo que se sentía.

A continuación me enseñó el vestido blanco.

—Le ayudé al vestuarista a escogerlo. ¿Te gusta?

La miré. Parecía un poco borracha.

—¿Tú estás con ellos en esto, no?

—¿En qué?

—En esta conspiración. ¿O crees que no me doy cuenta?

Ella contempló sus botas, ruborizándose. Bebió el resto del champán de un sorbo, puso la copa en el tocador y se pasó el pelo por detrás de las orejas. Dijo que ella no tenía la culpa de haber sentido curiosidad por las grabaciones, la ficción era como hacer magia. Citó las palabras de Felipe: *ficción*. Desde niña, había soñado con ayudarme a escoger mi vestuario, a peinarme, a ensayar mis parlamentos, a seleccionar mis próximos proyectos, a contestar los e-mails de mis admiradores, a responder los comentarios de mis perfiles en las redes. No se arrepentía de haber abandonado a Genoveva, toda su vida se había sentido una extraña viviendo con ella, ahora iba a quedarse a mi lado y se iba a encargar de todo. Imaginé que a la larga se convertiría en mi madre y que yo sería su prisionera. Quizá, en treinta años Sofía tendría mi aspecto, intercambiaríamos los papeles, una avería en las tuercas de la gran maquinaria del tiempo.

—Anda, ponte esto. Los zapatos metálicos hacen juego con tus ruedas.

Obedecí. A la hora de sacarme el camisón, la tijerilla que llevaba escondida cayó al suelo. Se escuchó un *cling*. La vi perderse por debajo del tocador. Sofía no se dio cuenta. Me ayudó a meter los brazos en el vestido mientras miraba con cierta fascinación las arrugas que habrían de aparecer en su cuerpo, estudiándome como si yo fuera un libreto que tendría que aprenderse en unos años. Yo seguía pensando que todo era un sueño y que mi cuerpo estaba en coma, inmóvil en una cama de hospital, mi inconsciente suspendido entre las capas y capas de aquella pesadilla.

El coordinador de piso hizo su aparición con su tablilla de madera y la pieza del micrófono colgando de su oreja.

—Es tiempo.

—Aún falta llevarla a maquillaje —dijo Sofía.

—Son órdenes.

—Me cago en las órdenes. Espérame aquí —se excusó ella.

Empujó al chico hacia afuera. Los escuché discutir del otro lado de la puerta. Yo rodé hasta el tocador y me agaché a recoger la tijerilla. Ya no estaba. ¿En qué momento se había esfumado? Quité los fierros del reposapiés y me lancé al suelo, arrastrándome bajo la mesa, hacia la esquina, detrás del espejo, pero no encontré nada. ¿La habría descubierto Sofía? Vi mi rostro pálido en el cristal. Las marcas de los anillos de Felipe habían formado una costra en mi mejilla derecha. El vestido me quedaba bien, a pesar de que no llevaba cinturón y el vuelo me cubría más de la mitad de las piernas. En otras épocas, mi contrato especificaba que todos los vestidos que me ponía en la ficción resaltarán la circunferencia de mi cintura y dejaran ver mis muslos. Mi público merecía estar al corriente de mi figura. Yo no soy de esas actrices que se comen la refrigeradora entera mientras esperan a que les llueva algún papel secundario.

La puerta se abrió súbitamente cuando yo estaba de espaldas. Regresé corriendo a sentarme en la silla. Sin embargo, al mirar atrás, el camerino continuaba desierto. Qué carajos. Algo empezó a vibrar tras el espejo y de pronto un golpe me frenó en mi sitio. *Crac*. Uno de los vestidos colgados en la percha se vino abajo, las ruedas de la silla se despegaron del suelo por un segundo, el espejo sufrió un corte y dividió mi reflejo en dos. *Acá, en los cerros, los temblores se sienten más fuertes que en Miraflores*. Dos Jacqueline Metalius me miraron desde el cristal. Puse una mano en el tocador. La madera aún se movía, las patas de la mesa vibraban desde el piso. *Crac*. Una grieta brotó en la superficie de la pared. *Crac*. La habitación entera se agitó y me arrodillé a esconderme bajo la mesa, tapándome los oídos, *crac, crac, crac, crac*, las cortinas negras se levantaron en el aire, el espejo estalló y se hizo añicos, *crac, crac, crac, crac*. El ruido surgía del suelo, de las placas de la tierra, los golpes opacaban los gritos que salían de mi garganta, *crac, crac, crac, crac*, el polvo precipitándose de las grietas de la pared y una voz, una voz femenina colándose en mi oído, un sacudón en los hombros, en el brazo, el fantasma de mi madre, *tengo algo que decirte*. ¡Basta!, ¡basta!, los golpes martillaban al fondo de mi cabeza y entonces el silencio, el silencio y mi madre, mi madre petrificada, arrodillada sobre mí, llamándome a los gritos, la tijerilla metida en su bolsillo, la cogí y luego se la hundí una, dos, tres, cuatro, cinco veces en la espalda, más gritos, mi madre retrocedió y cayó para atrás, retorciéndose, pataleando en el aire, el extremo de la tijerilla sobresalía de su hombro.

—¡Jacqueline!

La voz de Felipe. Me zarandeaba de los hombros. Me sacó de mi escondite, me alzó en sus brazos y le toqué la cara, preguntándole si había sentido el temblor. Me miró extrañado. ¿Cuál temblor? Fue recién cuando percibí que mis manos estaban llenas de sangre, y que le había manchado el rostro. A su lado, Sofía lloraba de dolor en el suelo. Se sacó la tijerilla de la espalda y la tiró a sus pies.

—Perdóname, perdóname —le supliqué, entre lágrimas.

Felipe me dejó en la silla y marcó el número de Emergencias.

—Te dije que no la dejaras sola, te dije que no la dejaras sola —le espetó a Sofía.

Ella sonreía a pesar de la sangre que había perdido. Incluso siguió sonriendo cuando llegaron los paramédicos. Se negó a echarse en la camilla y salió del chalet caminando por su cuenta.

—No llores mamá, no fue tu culpa —me dijo al pasar por mi lado—, solo me van a hacer un chequeo y me pondrán un par de puntos, la herida es superficial.

Yo no le creí, estaba segura de que lo decía para no preocuparme. La vimos partir desde el jardín. Ella se despidió agitando la mano antes de entrar en la ambulancia. Yo no me atreví a hablar con nadie, ni siquiera con Felipe. Él se apresuró a pedirle al resto que guardaran la calma, que las grabaciones debían continuar, que mi hija había tropezado por accidente en el camerino.

—Hay que retocarle el maquillaje —dijo Alex, sin mirarme.

Teo se acercó con los pinceles y la maquinita del pelo. Su padre lo jaló por el brazo y lo apartó. No la toques, le advirtió, no vuelvas a tocarla. El niño se mordió los labios, sus ojos húmedos, asustados. Yo me hundí en la silla. El cómico flacuchento de los años ochenta regresó, haciendo una reverencia. Vestía guantes blancos y un traje oscuro. Resultó que él iba a interpretar al mayordomo, y que íbamos a compartir mi primera escena de *Amor en el arenal*. Estrujé las páginas del libreto en mis dedos mientras Alex me maquillaba, muy profesional, como si no me conociera. Teo se recostaba en la pared, cabizbajo.

Se había sacado la chompa, y vi que tenía puesta una camiseta roja con el rostro del Che Guevara.

Diez minutos después, el coordinador de piso empujó mi silla de ruedas hasta el comedor. En lugar de la mesa de caoba de los tiempos de Arístides, había una mesa de vidrio. Sobre ella, un jarrón horrendo de flores también horrendas. La decoración era simple, un par de cuadros de naturaleza muerta sobre las paredes blancas, un aparador en un extremo y un minibar en el otro. La Dirección de Arte brillaba por su ausencia. Al menos en Miami tenían mejor gusto. Guardé silencio, petrificada, convencida de que tarde o temprano acabarían internándome en un hospital psiquiátrico, la segunda etapa de su plan. Quienes estuvieron internados allí me habían contado que los gritos que pegaban los internos durante las madrugadas eran suficientes para enloquecer a cualquiera. El director se aproximó a darme las indicaciones, pero no lo escuché. Yo tenía la vista pegada en el vidrio de la mesa, devanándome los sesos, pensando en mi hija.

¿Cómo había podido confundir a Sofía con mi madre?

El asistente de Dirección dio un par de palmadas en el aire. Al fondo, los monitores de video reprodujeron las imágenes de las tres cámaras del estudio. Por el rabillo del ojo vi la cicatriz de mi mejilla derecha y exclamé:

—¡Un momento!

El director se puso de pie.

—¿Algún problema?

—No pueden enfocarme de este costado —le dije mostrándole la cicatriz.

—Imposible. Tendríamos que volver a colocar las cámaras.

—¿Y a qué están esperando?

El director echó un vistazo hacia Felipe, sentado al lado de los monitores.

—A mí ni me mires —dijo él—. Háganle caso. Ahora la que manda aquí es ella.

Les tomó otros quince minutos mover las cámaras. Yo me quedé en el mismo sitio, tratando de repasar mis parlamentos, pero fue inútil. La cara de Sofía se dibujaba en cada página. Teo estaba sentado unos metros más allá, leyendo un libro rojo de tapa gruesa. Otro par de palmadas y el cómico se ubicó tras el panel que simulaba una puerta. Cargaba una bandeja de plata, que en

realidad era de plástico, y un plato con lo que parecía ser un guiso, que en realidad eran granos de avena remojada en tinte color naranja.

—¡Silencio! ¡Se graba!

—Escena 43. Toma uno. Claqueta.

—¡Sonido!

—Listo.

—¡Acción!

VERÓNICA

(Hace sonar una campanilla)

¡Adolfo, adelante!

Entra ADOLFO con una bandeja. Está pálido. La pone frente a ella y retrocede.

ADOLFO

¡Señora! No la esperábamos tan pronto, la verdad. Pensé que estaba usted en la morgue, con el resto de sus hijos. Todos están ahí desde esta mañana... ¿No le han avisado?

VERÓNICA

(Tensa)

¿Avisarme? ¿De qué? El vuelo se adelantó, todavía no me entero de nada. ¿Qué ha pasado?

ADOLFO

Su hijo, doña Verónica. A su hijo lo agarraron en una golpiza en el penal. Está muerto.

ZOOM IN al rostro de Verónica. Adolfo baja la mirada.

VERÓNICA

Incrédula)

Mi hijo... ¿Muerto?

VERÓNICA rompe a llorar.

Se escucharon palmadas, que en posproducción serían reemplazadas por una música de intriga. Sin embargo, otro llanto cruzó mis pensamientos. Me arrancó de la silla y me transportó hacia otra época. Ocurrió durante mi gira al Medio Oriente, una de aquellas noches en que, cansada de firmar autógrafos, habíamos regresado al hotel. No recuerdo si fue en Rusia o en algún otro país. Mi madre se había quedado dormida al instante y yo, a causa del *jet lag*, encendí

la televisión. Estaban dando un informativo en directo, a las once de la noche, en un idioma desconocido. Lo que sí recuerdo es que la noticia ocurría en Sarajevo. Un bombardeo había aniquilado a la mitad de la población de una pequeña aldea. Los muertos se esparcían en un campo abierto y los soldados los cubrían con unas sábanas, o trataban de ordenar los pedazos y extremidades de los cuerpos que habían quedado regados como rompecabezas. Una madre logró abrirse paso entre el tumulto de gente y recorrió el espacio yendo y viniendo de cuerpo en cuerpo, la cámara persiguiéndola detrás, hasta que ella halló el cadáver de su hijo. La cámara hizo un rodeo y se plantó ante su rostro para no perderse un segundo de su angustia. Pero la madre no rompió a llorar de inmediato. No les dio el gusto. Se sentó cerca de la sábana, acariciándola, sus dedos fijos en la piel del muchacho que había muerto con los ojos abiertos, quizá para cerciorarse de que era él y que en verdad ya no quedaba más por hacer. Recién entonces comenzó a llorar. Un lamento largo y agudo como un canto de púlpito, una nota que mantuvo inamovible por más de veinte segundos. El cántico se transformó en un grito que me heló la sangre. Parecía provenir de sus entrañas, un grito primigenio que se esfumó tal como vino y que volvió a estallarle desde el estómago, quebrándose en cada uno de sus gimoteos, porque la mujer lloraba en seco, las lágrimas vendrían después. Lo primero era el grito, el horror asfixiante, fresco, la reacomodación sísmica de la realidad, la que solía ser y la que ahora es. Alguien, seguramente su esposo, la zamaqueó de los hombros. Ella no hizo caso y tomó la sábana entre sus manos, estrujándola, gritando a todo pulmón, echándose sobre el cadáver, olisqueándolo, quebrándose la nariz al besarlo. Su llanto acabó cuando uno de los soldados la silenció para siempre de un culatazo en la cabeza.

—¡Corten! —ordenó el director.

—¡Espera, espera! ¡Sigan grabando! —gritó Felipe.

Llegado a ese punto, yo había acabado de destrozar la vajilla y rodaba por el suelo, presa de convulsiones, sintiendo que me moría. El dolor se tornaba auténtico y me sujetaba por la garganta, mis gritos irreales rebotaban en los paneles del decorado, me di la vuelta y gateé sobre mis rodillas hasta alcanzar el brazo del sofá. Me puse de pie despacio, temblando, dejando que el dolor me congelara las extremidades. Mis dientes castañeaban y me impidieron decir las palabras que se retorcían en mi lengua.

—¡Está caminando! —chilló Alex, sujetando la mano de Teo.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la manga. Sonreí. Sabía que las tres cámaras me estaban haciendo un acercamiento al mismo tiempo. No me pregunten cómo lo supe, estas cosas se adivinan por instinto. Detrás de las cámaras, los técnicos habían abandonado sus actividades y estaban sentados al borde de una tarima, contemplando la escena, la cúspide de mi histrionismo. Era la primera vez que ocurría, como si en vez de una telenovela fuesen espectadores de una pieza teatral. Unos se cubrían la boca, asombrados. Otros se sonaban la nariz en sus camisas.

Miré a Felipe, a Alex, a Teo. El coordinador de piso había roto su lápiz en dos mitades. El asistente de Dirección tenía los ojos rojos de llorar. El director gimoteaba con la cara enterrada en sus manos. Y así, sosteniéndoles la mirada, pude decir fuerte y claro las palabras que el resto del país escucharía dos días después, conteniendo el aliento, cuando el episodio salió al aire y ni yo misma pude creer lo que había dicho, saliéndome del libreto:

—Juro por mi propia vida que los voy a destruir a todos.

Los aplausos que surgieron detrás de las cámaras no se comparaban a los que me habían recibido al bajar de la escalera, en los brazos de Felipe. Todos me aplaudieron menos Teo. Su mirada era distinta, sus ojillos no mostraban ni pizca de emoción. Al ver su camiseta me di cuenta de que había estado en un error. No era una foto del Che Guevara lo que llevaba en el pecho.

Era el rostro cuadrado del camarada Asmodeo, el presidente del grupo terrorista Ardor Popular.

XIII

Jirón Cangallo 321

Sofía regresó a las tres horas en una camioneta del canal que la trajo del hospital con unas vendas alrededor del hombro. Para entonces, había anochecido y el último de los técnicos ya se había ido a su casa. Felipe los despidió a cada uno en la puerta, agradeciéndoles por el esfuerzo de la jornada. Previamente, se había encerrado con los libretistas en uno de los camerinos y los convenció de alargar el personaje de Verónica Iturriaga en *Amor en el arenal* durante las pocas semanas que le quedaban al aire. Sofía entró en la habitación rosa y me encontró descalza, parada frente al espejo. Yo estaba probándome uno de los vestidos del armario.

—No sabía que ya podías caminar —me dijo—, observándome maravillada.

Me echó los brazos al cuello. Sus vértebras tronaron al estrecharla con fuerza. Pensé que podría quebrarle la médula y matarla fácilmente si me lo proponía. No le mencioné lo de la tijerilla. Verónica Iturriaga había clamado por venganza, y yo aún no decidía cómo vengarme de mi hija. En cambio, hacía rato que ya había decidido el destino de Felipe y también el de Alex. A pesar de que Sofía había negado ser parte del extraño plan que se cocinaba en el chalet, sus ojos grandísimos parecían decir lo contrario.

—Fue un milagro —le respondí—. El libreto me hizo mover las piernas, «la magia de la ficción», como bien dijiste tú. Cuánto me arrepiento de haber estado alejada de esta ciudad todo este tiempo —obviamente era mentira.

No veía las horas de largarme, de poner un pie más allá de la puerta del chalet. En el fondo, tenía miedo a escaparme de la dramaturgia. Mamá solía decir que los fantasmas no podían abandonar las habitaciones. Sin embargo, ¿cómo había logrado ella manifestarse, hace unas horas, cuando estábamos en el camerino?

—Mañana es el gran día —confesó ella, y se sacó la camiseta que llevaba puesta.

Como era su costumbre, no llevaba ropa interior. Al verla desnuda pensé en Arístides. Así debió haberme visto él la primera vez que nos acostamos juntos. Antes de conocer a mi marido, los hombres habían sido una suerte de mal necesario, cuyo peso tuve que cargar sobre la espalda, metafóricamente hablando, por supuesto. A la hora de hacer el amor solo se ocupaban de sí mismos. Fueron ellos quienes me enseñaron las leyes de la autosatisfacción. Por lo general, durábamos un par de minutos, cinco como máximo, una cogida básica, frente a frente, en la pose del misionero. Se daban por bien servidos y se mandaban a mudar. Yo, después, recapitulaba la

experiencia. Me acariciaba entre las piernas para poder llegar hasta el final. Arístides, en cambio, fue otro cuento. Su cuerpo de gigante me intimidaba. Cuando se sacó los pantalones pensé que no sería capaz de enfrentar todo aquello, o que iba a partirme por la mitad con su infinita virilidad. Intenté escabullirme, mitad en serio y mitad por juego, pero su mano me paralizó y me sacó la ropa interior de porrazo. En uno de esos encuentros habíamos engendrado a la mujer idéntica a mí que ahora se metía en mi cama, desnuda, y me esperaba con los ojos muy abiertos.

—Ven.

Era la segunda vez que dormíamos juntas. Tal como la primera noche, me dormí apenas su cuerpecillo se enroscó al mío. No volví a abrir los ojos hasta el día siguiente. ¿Habría disuelto algún somnífero en la jarra de agua? Nos levantamos a las diez, pues planeábamos llegar a La Victoria hacia el mediodía. Al salir de la ducha, Sofía me ayudó a secarme la espalda, me cepilló el pelo, ordenó las toallas y dejó mi maquillaje listo en el tocador. Luego me pidió que la maquillara. Le humedecí el cutis con cubos de hielo, el procedimiento que usaba desde mi debut en las pantallas. Le puse sombras en los ojos y le pinté los labios de color rojo jungla. Sofía era como la muñeca que nunca tuve, mi madre me tenía prohibido jugar hasta con tacitas de plástico, y me obligaba a repetir diálogos de obras clásicas delante de ella, apenas empecé a hablar. Tú no eres como los otros niños, tú vas a ser actriz, solía decirme, tus juegos serán las palabras escritas en tus textos. Sofía, por su parte, me colocó las pestañas postizas. A un cuarto para las once, se sentó en el descanso de la ventana. La miré mientras me echaba el perfume, y pensé que podríamos llegar a ser un equipo, tal como habíamos sido mamá y yo. Sofía cuidaría de mí, la llevaría a vivir conmigo a Miami, al departamento inteligente. Yo no quería morirme sola, como mamá, con el ruido del aire acondicionado como única compañía. A las once en punto, Alex nos tocó el claxon desde la calle. Es hora, dijo ella, incorporándose. Así, vestida con mi ropa, era tal como el público me había visto treinta años atrás. Sentí un aguijonazo en el pecho.

Quizá había empezado a quererla.

Salimos juntas del chalet, cogidas de la mano. Incluso entonces pensé que ambas estábamos muertas y que no lograríamos cruzar la calle. Alex y Teo nos miraban por la ventana del automóvil, impresionadísimos. Yo respiré el aire seco y polvoriento. Miré la hilera de casas a ambos costados, las aceras en que la gente paseaba a sus mascotas y se agachaba a recoger los excrementos en bolsitas transparentes, las chozas de latón y esteras en las faldas del cerro de Cieneguilla, hacia el fondo. Sofía y yo nos sentamos en el asiento de atrás. Teo iba delante, en el asiento del copiloto. El niño seguía actuando de forma extraña, ya no era tan avisado como cuando lo conocí. Con las justas nos dio los buenos días, y en seguida volvió la vista al libro que yacía sobre sus piernas.

Eché un vistazo a la tapa: *Historia del pensamiento comunista*.

Sonreí.

—¿No te molesta que esté leyendo eso, siendo tan chico? —le pregunté a Alex.

—Prefiero que lea sobre política, para que esté al tanto de todo, en lugar de navegar en la *dark web*.

—Dicen que no es tan fácil entrar ahí, ¿no? —comentó Sofía.

—Yo sí puedo —dijo Teo, rompiendo su silencio.

—¿Cómo así?

—Me enseñó mi amigo, el que vive en las paredes.

—¿El fantasma? ¿El tal Prudencio?

—¡Este niño se inventa cada cosa! —se rio Alex.

—Se nota que de grande va a ser escritor de ficción —dije yo.

Alex arrancó el vehículo y bajamos por la avenida Gobernadores. Me sorprendió ver una redada policial a la altura del centro comercial. Alex comentó que lo habían cerrado hasta nuevo aviso, por temor a los incendios. No son incendios, opinó Teo, son *rezagos del capitalismo*. Lo dijo tal cual, «rezagos del capitalismo». Qué bonito estás aprendiendo a hablar, respondió su padre. A mi costado, Sofía se tomaba fotos con el celular. Le pedí que me lo prestara un momento. Ella tragó saliva y me dijo que no era buena idea, que mejor esperaríamos a que Felipe me devolviera el mío. Solo quiero leer las noticias, insistí, si quieres búscalas tú misma. Sofía tecleó la pantalla y me mostró los resultados del último atentado. «Otro incendio en San Borja, víctimas superan las 20». «Ministerio de Transportes y Comunicaciones planea regular contenidos de internet para impedir acceso a la *dark web*». Hice clic en el primer enlace y deslicé mi dedo hasta el final. *Lista de víctimas mortales*. Recordaba el apellido de la familia de Griselda y lo ubiqué al instante:

Juan David Restrepo Carranza (21)

Alcé la vista. El carro avanzaba por la avenida Javier Prado. Las bermas estrechas de doble carril estaban sembradas de palmeras y pensé que no tenían nada que envidiarles a las de Coral Gables. A la altura del Jockey Plaza, otro cerco policial cubría la entrada del estacionamiento. A pesar del maquillaje de concreto y los anuncios publicitarios, la ciudad seguía siendo esencialmente la misma, ricos a un lado y pobres al otro, divididos por la vía pública. Clínicas de amplios ventanales y edificios modernos a pocos metros de construcciones precarias, los pisos apilados uno sobre otro como cubos de juguete. Las escaleras estaban fuera de las casas, al costado de las ventanas, en lugar de estar adentro. Carteles de colores eléctricos muy parecidos a los de Little Havana. Metros más allá, una manifestación con pancartas se formaba en el puente de Evitamiento. Teo se quedó mirando a los manifestantes y murmuró, en voz baja: «Más rezagos del capitalismo». La Vía Expresa también se parecía, por tramos, a la US-1, especialmente al tramo de los barrios grises de Homestead en que los puertorriqueños fumaban

pasta básica a la luz del día, echados en el césped junto a las barandas de la autopista. Recuerdo que cuando recién construyeron la Vía Expresa, a mediados de los sesenta, hubo harta polémica. Eran épocas en que la gente dejaba abiertas las puertas de sus casas, incluso en La Victoria. Los vecinos se sentaban en la calle a la hora de la siesta y comentaban qué barbaridad, qué desperdicio, imagínese, tanto despilfarro, gastar la plata del municipio de esa forma en lugar de construir más complejos habitacionales, como si estuviéramos en Europa, en Estados Unidos; acá la mayoría somos pobres, nunca van a haber tantos carros en Lima, esa autopista es un robo, de acá a veinte años van a transitar dos o tres carritos y nos vamos a burlar en su cara, y para entonces no habrá más sitios dónde vivir y tendremos que dormir en la calle. Medio siglo después, la realidad era otra. A esa hora, las once y pico de la mañana, la Vía Expresa hacía rato que estaba tan o más congestionada que la US-1 a las cuatro de la tarde. En la salida de la avenida México, un puente elevado nos condujo en un abrir y cerrar de ojos a la plaza Manco Cápac, mi vecindario. Entonces me estremecí.

Los comercios invadían las esquinas como una feria ambulante. Al menos, en mis tiempos, era una zona más residencial. Los montículos de basura seguían allí, intactos, e incluso los buses destartados de la época continuaban transitando. Alex subió por Bausate y Meza y dobló por Cangallo. La mayor parte de edificios eran fábricas antiguas que esperaban ser demolidas y unidades vecinales llenas de grafitis, nombres de equipos de fútbol escritos en las paredes que no habían sido pintadas quizá desde los años en que abandoné el barrio. Algunas cuadras estaban separadas por verjas de metal similares a las que había visto en La Molina, para protegerse de las pandillas de robacasas. El carro se agitaba por los baches de la pista, y pronto mi corazón se aceleró. Cuánta injusticia, cuánta desigualdad social, dijo Teo, desviando la mirada de su libro.

Un mural anunciaba con pintas el nombre de un candidato a presidente en las próximas elecciones, un asiático nacido en el Perú que había vuelto a postular luego de pasar diez años en prisión y que estaba seguro de volver a controlar el país por cuarta vez. Frente al mural, el número 321, sobre un cartel de letras grandes que ya había visto en Google Maps:

Funeraria Juana Inés de la Cruz.

—Aquí te esperamos —dijo Alex—. No me veo bajando por estos sitios, mi hijo es muy joven para quedarse huérfano.

—Te acompaño —dijo Sofía y abrió la puerta.

Antes de salir, le toqué el hombro al niño y le pregunté:

—¿Puedes entrar en la *dark web*?

—No desde el celular.

—Necesito que busques el lugar donde se están velando las víctimas del incendio.

—Para eso no hace faltar usar la *dark web*.

—Entonces encuéntralo. Acuérdate del libro que te di —le dije guiñándole un ojo.

Alex, por fortuna, no escuchó lo último. Sonreí para mis adentros y tomé la mano de Sofía. Puse un tacón en el asfalto y me cubrí los ojos con las gafas de sol. No hacía frío, pero el aire olía a alcantarilla; alguien quemaba basura cerca de allí. Entré en la funeraria. Sofía se quedó mirando nerviosa hacia todos lados, segura de que sufriríamos un asalto a mano armada. La recepción solía ser la sala de nuestra antigua casa. Un par de hombres con los ojos hinchados de llorar llenaban unos formularios, sentados en las sillas alineadas en la pared. En la mesa de atención, una mujer como de la edad de mi madre averiguaba los precios de los ataúdes. Luego la vi entregar un papel con las medidas del cadáver a otra mujer parada detrás de la mesa, quizá la dueña del negocio. Yo no me quité las gafas. Ella me miró, extrañada por mi apariencia:

—¿Sí?

Reconocí la voz del teléfono.

—Vengo a visitar a la señora Amelia, la que vive arriba.

—Toque el segundo timbre. Y dígame, por favor, que estoy harta de hacerle pasar a sus visitas.

Tuve ganas de escupirle. Luego la escuché decirle a la otra mujer que esas medidas del papel no servían de nada, los cadáveres se hinchan después de morir y había que calcular unos centímetros de diferencia.

—Y yo qué voy a saber —respondió la otra, temblando—. A mí no se me muere una hija todos los días, oiga. Además murió quemada, no creo que su cuerpo vaya hincharse mucho.

Me di la vuelta y le toqué la mano, apretándola con suavidad.

—Lo siento mucho. ¿Su hija falleció en el incendio del centro comercial?

Me arrepentí de la pregunta. Ella bajó la mirada y sollozó tímidamente. Uno de los hombres que llenaba el formulario se levantó y la abrazó por detrás.

—Perdone —le dije—, es que justo lo acabo de ver en la televisión, qué horrible lo que está pasando, ¿no le parece?

El hombre dijo que sí, que su hermana falleció en el incendio; pero que, felizmente, el terrorismo se acabaría pronto, porque en las próximas elecciones iba a ganar el único hombre que era capaz de derrotarlo, el expresidente, el héroe nacional que lo había vencido la primera vez, en los años noventa. El Chino, pues, ¿quién más?, me aseguró, sonriendo, y apuntó hacia el mural. Presidente 2020. A mí se me escarapeló el cuerpo.

—Y de casualidad, ¿sabrá usted dónde se están velando las víctimas? Me gustaría acompañarlos más tarde.

—En el Hospital del Empleado. El Rebagliati. Nos van a pagar una indemnización, una miseria, señorita.

Le agradecí más por el «señorita» que por el dato que acababa de darme. Sofía inspeccionaba la puerta del costado, los tres timbres en la pared, el intercomunicador resquebrajado por las pandillas, con rayones y manchas de tinta indeleble. Oprimí el segundo timbre y lo oí retumbar

en el segundo piso. No hubo respuesta. No puedo creer que viviste en este barrio decrepito por tantos años, opinó Sofía, torciendo los labios. Volví a tocar.

—¿Quién es?

—¿Se-señora Amelia? —tartamudeé—. Mi nombre es Jacqueline Metalius.

—Qué alegría. Adelante.

Nos hizo pasar. A pesar del tiempo en que viví en el piso de abajo, nunca había subido por aquellas escaleras. La pestilencia a lejía y a tuberías obstruidas nos recibió como una bofetada. Arriba se podía ver el cielo y las líneas de ropa colgada en los cordeles del tercer piso. Hubo que trepar con cuidado. La señora Amelia nos esperaba al final de la escalera, sonriendo, las manos entrelazadas. Una sonda amarilla bajo su nariz la conectaba a un pequeño tanque de oxígeno. Sabía que era mayor que mi madre, aunque los rasgos de su rostro la hacían parecer menor, o incluso como de mi edad. A excepción de la sonda y los cabellos blancos, sus dientes estaban enteros. Era tan flaca que sus brazos dejaban ver los contornos de sus huesos y el ramillete de venas azules, gruesas, escondidas bajo sus mangas. Vestía un conjunto de color rosa del mismo tono que mi habitación del chalet. La falda le llegaba a las rodillas y sus piernas eran un par de carrizos a punto de romperse. A pesar de su delgadez se había puesto tacones, y eso siempre es digno de admirarse. La única tarea de una mujer es arreglarse, decía mi madre, las que no se arreglan es porque no tienen un hombre al costado y se desperdician sin remedio.

—Buenas tardes —nos saludó Amelia.

Su voz era distinta. Si bien la había escuchado en el teléfono, ahora me recordaba a la de otra persona, pero esa mañana no la identifiqué. La sonrisa de Amelia desapareció al ver a Sofía. Se puso blanca del susto, volvió a toser y dijo pasen, pasen, por favor, siéntense. Nos ofreció té y le dije que no se molestara. Al darle la mano percibí que esta no era humana, o al menos no lo parecía. Estaba recubierta de piel; pero, por dentro, era dura, metálica, helada. Tomamos asiento en el sofá de la salita. Las paredes seguían siendo las mismas que había visto de niña, desde nuestro pasadizo. Los mapas antiguos, los carteles con fórmulas matemáticas, el reloj de péndulo en una columna, los estantes de libros, los tomos de nombres escritos en alfabeto cirílico. En otro rincón había diplomas también en alfabeto cirílico. A esas alturas ya reconocía el ruso, y recordé sus historias del viejo continente.

—Y bueno —dijo ella—, ¿cuál de ustedes dos es Jacqueline Metalius?

Sofía y yo nos miramos sin saber qué decir. Amelia soltó una carcajada que luego se convirtió en tos convulsiva. Se llevó un pañuelo a la boca.

—Sí, sí, sé lo que están pensando. Si pudiera retroceder en el tiempo, no volvería a fumar. Claro, en ese caso habría cosas más importantes que resolver, en lugar de los cigarrillos.

—Chernóbil, por ejemplo —dije yo.

Descubrí que había hablado sin pensar. Una reacción automática.

¿Un recuerdo?

—Así es, Chernóbil. La peor tragedia de la humanidad. Peor que las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki. Tarde o temprano nos va a aniquilar a todos.

—¿Y esos diplomas? —preguntó Sofía.

—Soy doctora en Biotecnología —dijo Amelia, respirando despacio—. Estudié en la Universidad Estatal de Moscú, la Lomonosov, pero eso fue hace muchísimo tiempo. Yo nací aquí, en esta casa. Regresé después de graduarme, en 1959. Fue ahí cuando nos conocimos, Jacqueline.

—Yo no soy Jacqueline. Soy Sofía, su hija.

A Amelia le dio otro ataque de tos. Nos alarmamos. Ella manipuló la válvula del tubo de oxígeno y caminó hacia la repisa de los libros, sacándose la sonda de la nariz. La cambió por una pequeña mascarilla. Regresó a sentarse arrastrando el tanque de oxígeno, que tenía unas rueditas en la base. Luego siguió hablando con la mascarilla sobre la boca.

—Disculpenme, a veces confundo a la gente. Jacqueline, no sabía que tuvieses una hija. ¿Y tu mamá?

—M-m-m-murió —respondí.

¿Qué carajos con el tartamudeo?

—Lo siento. Lo siento en el alma. Cuando vino por acá se le notaba bastante triste.

—¿Triste? Ahora está histérica, más bien.

La doctora frunció el ceño. Quiso saber más. Yo le conté con pelos y señales que mamá venía a visitarme por las noches, en Miami, y que su espíritu no me dejaba en paz. Había sido capaz de venir hasta Lima, en las paredes seguían escuchándose sus golpes a donde quiera que yo fuera, iba a volverme loca. Pero no la culpaba, la había abandonado, tenía todo el derecho de vengarse, ¿quién era yo para juzgarla? Amelia agitó la mano, no, no, no, no.

—Olvidalo. Los fantasmas no existen.

—Pero... usted me dijo por teléfono que no quería que los espíritus vinieran a penar en su casa.

Lanzó otra carcajada.

—Esa fue una excusa para hacerte venir —me aseguró, riendo por un lado de la mascarilla—, sé que voy a morirme pronto y quería verte por última vez. Los fantasmas no existen para la ciencia, solo los fenómenos que se conocen como poltergeist, y que en vez de ser fantasmas son liberaciones de energía, mueven cosas, armarios, muebles, mesas. Los golpes son distintos. A veces, por acción del eco, las palabras pueden quedarse en las paredes, o se puede identificar un ectoplasma. Es natural encontrar sonidos, los investigadores llevaban grabadoras a los bosques donde ocurrieron matanzas durante la Segunda Guerra Mundial. En Chernóbil, por ejemplo, no hay voces, pero sí mucha radiación. De eso nos moriremos todos algún día, tenlo por seguro. En

cambio, los golpes los causan los seres humanos. Y, a propósito, ¿a qué clase de golpes te refieres?

Los describí como un *crac*. Un movimiento sísmico, una fractura del cemento. La doctora soltó la última carcajada del día. Fue también la última vez que la escuché reír.

—Eso me recuerda al siglo pasado. Cuando se descubrieron las enfermedades mentales, como la esquizofrenia. Ya deben saber la historia, dijo, mirándonos con atención. Antes, las mujeres no éramos más que úteros con piernas, no teníamos ni voz ni voto, solo servíamos para reproducirnos y punto. Se nos consideraba seres frágiles, delicados, intocables. Si una se agitaba, nos mandaban a recostarnos, a descansar, y pobre de aquella que sudara. El sudor en una mujer, salvo a la hora de dar a luz, era indecente. Y los hombres, pobrecitos, no podían divorciarse. Si se enamoraban de otra o se hartaban de sus esposas, que para tal caso es igual, nos encerraban en un manicomio. Contrataban a un médico, un hombre también, para que escribiera un diagnóstico falso. Se inventaban cientos de enfermedades. Ataques de nervios, delirios, histeria. Puros pretextos. Y si nosotras nos resistíamos a ser internadas, por tercas, entonces ellos pensaban en otros métodos. ¿Sabes lo que hacían? Golpeaban las paredes. En tiempos modernos, hasta les ponían micrófonos, escondían parlantes detrás de los muebles. Todo para quedarse con las herencias o con las propiedades. Les ponían grabaciones de ruidos para convencerlas de que las casas estaban embrujadas. Las pobres terminaban locas con tanto golpe. Histéricas. Y solo entonces los hombres podían librarse de ellas.

Sofía estaba blanca, los labios más juntos que una tumba. Yo me mordí los nudillos. Recordé el ruido del aire acondicionado en Miami. El tapiz roto de la habitación del chalet. Los cables. El micrófono en la mesa de noche. Felipe en el aeropuerto, hablándome de líneas en el tiempo, de fantasmas atrapados en otra realidad. Había construido una ficción más grande que la historia de *La mujer soviética*.

Sofía reaccionó en medio del silencio.

—¿Por qué dice que nos vamos a morir de radiación?

—Porque es cierto. Mírame a mí —dijo la doctora—. La energía que se liberó en Chernóbil se va a demorar ciento veinte mil años en disiparse. El cáncer no es una casualidad. *Las casualidades solo ocurren en las telenovelas*. Pero basta de hablar de mí. Tú, Jacqueline, has venido a recoger el paquete, ¿no es cierto? Espérenme aquí un momento.

Salió arrastrando su tubo de oxígeno. Sofía se levantó y caminó en círculos, cruzándose de brazos. Me preguntó desde cuándo la conocía. Yo le respondí que desde siempre, al menos Amelia había estado viviendo en los altos desde que yo tenía uso de razón. Sofía asintió, aunque no parecía estar segura. Por el rubor de su cuello, supe que algo le molestaba.

—Creo que esa mujer nos miente. Debe ser víctima de algún delirio senil. A veces, la gente confunde las cosas cuando está más cerca de la muerte. Yo que tú no me fiaría, al final, el

cerebro se encoge y los diplomas y los doctorados no valen de nada. ¿Cuántos años dices que tiene?

—No lo sé. Mamá murió a los ochenta y cinco. Debe estar por ahí.

—Tengo noventa y siete años —anunció la doctora, entrando de pronto.

Iba a decirle que estaba demasiado bien conservada, y por un segundo pensé que era un chiste. Yo le habría echado unos ochenta, a lo mucho, el pelo gris la envejecía todavía más. Pero entonces reparé en lo que llevaba entre las manos. Un paquete pequeño, del tamaño de una caja de zapatos, envuelto en papel de embalaje. Me lo entregó como quien entrega una urna llena de cenizas. Sobre el paquete había una carta cerrada, escrita con la letra de mamá:

«Jacqueline Metalius – South Beach, Miami, FL».

En seguida, Amelia me quiso dar un abrazo.

—No quiero distraerte más, me dijo, sé que solo viniste a recoger el encargo y no por mí.

Yo le entregué el paquete a Sofía y abracé a la doctora. Su cuerpo entero estaba heladísimo, la piel elástica parecía no estar adherida a sus huesos, sin contar con aquella dureza casi metálica por detrás de su rostro. Ella me abrazó de vuelta unos segundos. Luego se separó y me tomó de las manos. Se le había escapado una lágrima. Olía a perfume de jazmines, a piel marchita, a ropa antigua rescatada del armario. Sabía que llegarías muy lejos, Jacqueline, murmuró, sonriendo; he sido admiradora tuya incluso antes de conocerte.

Me estremecí.

—Hazme un último favor.

—¿Cuál?

—¿Puedo pedirte un autógrafo?

Cuando retrocedí para coger el lapicero que siempre llevaba en el bolso, Sofía ya no estaba. Había huido con el paquete. Escuché, a lo lejos, el ruido de sus tacones en los peldaños. La alcancé a mitad de las escaleras y la detuve por el hombro. Pensé que ya habíamos terminado, dijo ella, haciéndose la desentendida. Regresamos juntas arriba. Le firmé el autógrafo a la doctora en un cuaderno amarillento que me alcanzó. Sofía me esquivaba la mirada. Golpeaba el suelo con la punta del tacón, impaciente, y aquello me dio muy mala espina.

—Prefiero leer la carta aquí dentro —dije yo.

—Tómense el tiempo que quieran —murmuró la doctora—. Estaré en la cocina.

Me senté en el sofá. Agité el paquete, pensando que en verdad eran cenizas. Solo oí el ruido de unos papeles. Era preferible empezar en orden. Sofía se sentó en el brazo del sofá y miró por la ventana hacia la esquina de Cangallo y 28 de Julio, donde estaba aparcado el automóvil de Alex.

Entonces rajé el sobre de la carta y la abrí frente a mis ojos.

XIV

El amor tiene rostro de mujer

Querida Jacqueline:

Si estás leyendo esta carta, es porque has llegado al final de una historia que empezó cuando te encontré llorando en la Maternidad. Antes de que sigas echándote la culpa, déjame aclararte que soy yo la que tiene que pedirte perdón. Desde el momento en que te tomé en mis brazos sabía que no ibas a cuidar de mí y que iba a morirme sola. Llámalo un presentimiento o como quieras. Lo primero que te enseñé y que espero se te haya quedado en la memoria es que el tiempo no es lineal, sino cíclico. Hay que vivir pensando en el futuro, siempre con un pie por delante, ir y venir cuando el resto va hacia una sola dirección. Yo lo supe muy temprano y tuve que enseñarme a mí misma a sobrevivir. Por eso nunca te hablé de mi familia, nos teníamos la una a la otra y el resto no me importaba. De haberlo sabido mejor, no hubiese hecho lo que hice, pero tampoco podía dejarte allí, en esa silla, indefensa, mirándome con esos ojos enormes con los que llegaste tan lejos. Y por eso, una vez más, perdóname. Ahora que ya estoy vieja me he dado cuenta de lo poco que nos dura la juventud. Los primeros treinta años de vida se te pasan volando y el resto es esperar lentamente a que pase nuestro entierro, arrancamos hojas y hojas de un calendario que nunca se acaba. Y te lo escribo así, de corrido y tal vez en desorden, porque ya sabes que no se me da muy bien ponerme a escribir a estas alturas de mi vida. Me cambié de apellido y espero que jamás lo averigües, ya ni siquiera vale la pena acordarme de esa época. Tampoco importa dónde nací, solo diré que fue en el norte. Me escapé a Lima de muy joven, y cuando digo escapar lo digo con todas sus letras. En mi casa éramos muchos hermanos, más hombres que mujeres, o sea que ya te imaginarás lo que ocurría. En esos tiempos una tenía que quedarse callada. No podía buscar ayuda, ni confesarme. No había cómo. Los curas también tienen hijos, en el pueblo iba a la escuela con un par de niños engendrados en la parroquia. Al pasar por la calle le decían «papá» al párroco y la gente se pensaba que lo decían por piedad. De grandes llegaban a parecerse a ellos y también tenían que irse a Lima. Allá no parecía un asunto raro, al contrario. La mayoría de las familias tenían algún hijo de un cura y los criaban con el resto de hermanos de padres distintos. Nadie se quejaba. El cura apuntaba todo en una libretita y se acordaba de dejarles regalos en Navidad. En mi casa, por ejemplo, éramos dos mujeres. Mi única hermana se parecía más al párroco que a mi papá. Empecé a ocuparme de mis hermanos más chicos a los cinco, seis años. Luego, cuando los varones crecieron, empezaron a hacer lo que ya habían hecho antes conmigo mis tíos y mis primos. Me daba pena acabar allá, en el pueblo, igualita que el resto de esas mujeres que se sientan en la puerta de sus casas a la hora de la siesta, todas con esa expresión de tristeza en la cara. Fue así como aprendí a cuidar de mí misma, a escaparme; pero, por más que corría, me arrepentía y regresaba. En una de esas, me fui lejos y ya no volví. Tenía catorce años y me fui caminando derecho por el camino del canto, que así le decían en el pueblo, el canto era donde se acababa la calle y empezaba la carretera. Después del canto había eucaliptos, pero ya no miré para atrás.

Entonces escuché que me seguían. Era mi mamá. No trataba de detenerme. Caminaba despacio nada más, siguiéndome. Cuando llegamos a la carretera se cansó, se sentó en una piedra y se despidió de mí. Yo miraba para atrás pensando que iba a seguir caminando, pero ella se quedó ahí, sentada, y tampoco vio que yo estaba llorando. Caminé hasta el otro pueblo y de ahí tomé un bus que me llevó a Paramonga. En realidad estaba viniendo a Lima, pero tuve que bajarme en Paramonga porque en el trayecto sentí un dolor horrible y me desangré en el asiento. Un poco más y me moría. Me llevaron a la posta médica, y resulta que había estado embarazada. De mi papá o de mis hermanos, ya qué más me daba. Pero con suerte me recuperé. Comencé a trabajar limpiando pisos en una fábrica de papel y ahorré plata para venirme del todo a Lima. No fue fácil. Yo ya había pasado por tanto y sabía hacer tantas cosas que lo único que quería era ser enfermera. Cuando trabajaba me di cuenta de que no se podía confiar en los demás. También descubrí que para ser enfermera había que terminar el colegio, y que tampoco me alcanzaba la plata para estudiar. Entonces preferí ahorrar. Guardé todo lo que ganaba en la Caja de Ahorros, y entré a la Maternidad de Lima, en el jirón Miró Quesada, a trabajar limpiando, también, aunque allí me hice amiga de otras enfermeras y a veces les ayudaba con otras tareas pequeñitas. En la Maternidad descubrí las telenovelas. En el pueblo yo ya había escuchado las radionovelas, pero verlas en la televisión era otra cosa. Me daba una cólera tremenda cuando me pegaba con una historia y luego resultaba que todo era mentira, y que la actriz salía después en otro papel y en otra telenovela. Pero me daba todavía más cólera cuando me enteraba de que alguna actriz se casaba y abandonaba su carrera. Si yo fuera actriz, nunca haría eso, pensaba. No iba a decepcionar de esa forma a todas las que como yo veían la televisión siendo incultas. Como yo, que no sabíamos nada de la vida. Una actriz debe deberse a su público, debe ocuparse solo de actuar, de conseguir mejores papeles, de ser grande. Las actrices no tiene que trapear pisos ni limpiar la mierda de los baños, solo tienen que memorizarse sus diálogos y pararse frente a las cámaras, pensaba yo. Una de esas noches, cuando tendría unos dieciocho años, te encontré. Y perdóname una vez más (ya te he pedido tantas veces perdón, pero esta es la definitiva, te lo prometo), perdóname por no habértelo dicho antes. Hija mía, yo no soy tu verdadera madre. Pensé que ibas a darte cuenta porque no nos parecemos físicamente en nada, ni siquiera en el carácter. Sé que es una noticia fuerte, y no puedo imaginarme cómo te sentará. Pero al menos déjame seguir contándote. Una noche vi que una mujer entraba con un bebé a la recepción de la Maternidad, serían como las cuatro de la madrugada. Yo estaba limpiando los pisos y la perdí de vista. Al rato, la mujer se había ido y solo estabas tú, llorando sobre una silla. Te tomé en los brazos y te arrullé. No pensaba robarte. Esperé a que llegara tu verdadera madre, y antes del amanecer salí a la calle contigo aún en brazos. Nadie. Me imaginé que tu madre era una de esas mujeres que abandonan a sus hijos en los hospitales, y cuando llegó el cambio de turno me fui contigo. No corrí. Me fui caminando despacio, en caso de que tu madre fuese a volver. Regresé los días siguientes, aunque ya había renunciado al trabajo. Preguntaba si había ocurrido algo raro, si algún familiar se había acercado, y nadie me dio razón. Nadie nunca te buscó, ni reportaron tu desaparición. Y acá espero que me entiendas, no es que haya querido robarte, ojo. Incluso cuando te llevé a mi casa (antes vivía en Barrios Altos, en la esquina de Wari con Desaguadero, a la espalda del hospital Dos de Mayo y me iba caminando a la Maternidad), seguía esperando a que vinieran a recogerte. Al año te bauticé y comprendí que iba a quedarme contigo. No supe muy bien cómo fueron sucediendo tantas cosas después, pero todas ocurrieron gracias a ti. La gente te veía y, literalmente, se enamoraban al instante de ti. Me regalaban cosas, me abrías puertas. Con el tiempo, conseguí otro trabajo (ya habrás entendido que no podía quedarme en Barrios Altos),

crucé la avenida Grau y te traje a vivir a otro barrio. El jirón Cangallo podrá haber sido todo lo que quieras, pero al menos era un barrio tranquilo, y no era Barrios Altos. Te crié con rigor para que no cometieras mis mismos errores, y sé que es otra cosa que las madres dicen siempre. Yo solamente quise adelantarme al futuro. Si te criaba como cualquier niña común y corriente, hacía rato que hubieses arruinado tu vida. Mi esfuerzo valió la pena, en la primaria ya estabas participando en esas obras infantiles y haciendo comerciales. También supe de tus limitaciones. Por más que me esforzaba contigo, comprendí que no llegarías a ser una actriz de carácter. Para el teatro te faltaba garra, jamás ibas a ser una buena intérprete, por ejemplo, como esas actrices del método, las que ganan todos los premios, las que interpretan a la Madre Teresa o al reina de Inglaterra. Además, Jacqueline, el teatro no es como la televisión. En el teatro los actores se desperdician porque no hay cámaras, no hay registro vivo. Ahora que las imágenes de la televisión se almacenan y el mundo es distinto, el teatro sigue siendo el mismo. ¿Para qué sirve esforzarse por actuar si no existe una grabación? Te podrán decir que tal o cual actriz estuvo fenomenal en tal o cual papel, pero no te lo crees hasta que no lo vas a ver con tus propios ojos. En cambio, la televisión llega a millones de personas, cualquiera puede verte. Es la única verdad que interesa, la única clase de ficción. Cuando me contaste que empezabas la gira de Romeo y Julieta, yo rezaba para que se dieran cuenta de que no actuabas bien, tenía miedo de que hicieras el ridículo. Y gracias a esa gira nos fuimos del Perú. Llegamos a Caracas, era como empezar las dos juntas de cero, el Perú en la dictadura militar no crecía, ni iba a crecer jamás, había que pensar hacia adelante, sabía que en el extranjero estaba nuestra gran oportunidad y, mira tú, no me equivoqué. Al año, ya estabas en papeles cortitos en otras telenovelas, y... ¿para qué contar el resto? Mi esfuerzo valió la pena, y tú lo cambiaste todo, TODO, por un hombre. Un hombre mucho mayor que tú y que se iba a arrugar como un papel cuando tú estuvieses aún en la flor de la edad. Traté de explicártelo y no me hiciste caso. Me dolió tanto que pensé que nunca más iba a volver a verte. No podía. Cuando pasó lo del accidente del Faucett, yo fui la primera en alegrarme. La vida tiene la facultad de borrar los errores así, de porrazo. Quizá te haya parecido fría o cruel cuando te di la noticia, pero yo, fiel a mis ideas, ya había pensado en todo, solo estaba contenta porque íbamos a vivir juntas de nuevo. Y, claro, no pensé que habías estado embarazada. Te llevé a la clínica, quisieron explicarme que había ocurrido algo con el bebé que estabas gestando, pero no los escuché. Vinieron varios abogados de Arístides, y les encargué a ellos que se ocuparan de todo. No quiero saber nada, les dije, yo solo quiero llevarme a mi hija, en mi vida solo hay espacio para mi hija. Y fíjate tú cómo acabaron las cosas. Tu hija había nacido viva, te juro que yo no tenía ni idea, espero que me creas. Un día, conduciendo por Miami, la vi en la calle. Pensé que iba a volverme loca. La seguí hasta la playa, averigüé quién era. Una turista. Peruana, por supuesto. Era idéntica a ti, y, si no la conocías, estaba segura de que ibas a conocerla pronto, si es que no lo has hecho ya. Descubrí en qué hotel se quedaba y busqué los datos de su tarjeta de crédito. Quería darte una sorpresa, un último regalo, pero no respondiste a mis llamadas. Tal como me conozco a mí misma, sabía que no ibas a perdonarme y que no volverías a hablarme. Por eso le aconsejé a Sofía que te escribiera cartas y también mensajes al celular, que es lo equivalente en esta época. Tú eres muy sensible al miedo y, si te asustabas, ibas a querer descubrir la verdad. Siempre has sido así, la única forma de que hagas algo es amenazándote. El miedo fue mi arma, me di cuenta desde que eras una niña. Cuando te quiebras, eres mejor actriz. A pesar de que no te parí, te conocí mejor que nadie. Sabía cómo herirte, tenía las herramientas, sabía qué botones de tu cuerpo presionar para hacer que me temieras. El miedo nos convierte en seres infelices, frustrados, la insatisfacción es el único camino para conseguir el éxito. Por

eso dediqué cada uno de mis días a humillarte, a martirizarte. Eras mi juguete personal, y debo reconocer que me gustaba. Estabas más que lista para los papeles fuertes, habías descubierto el horror y había llegado la hora de comerte al mundo. No te he hecho venir a Lima por capricho, sino para que te acuerdes de tus raíces, y para que puedas escribir esta historia. Espero de todo corazón que puedas perdonar mis culpas. Quizá, cuando leas esto, yo ya habré empezado a pagar las mías.

*Con amor,
tu madre.*

Después de perdonarla, la mujer se materializó en el umbral. La luz no le dejó ver el resto de su cuerpo; pero, a pesar de ello, *la impostora* notó que la mujer estaba conservada, mucho mejor de lo que había esperado. Atrás había quedado el asunto de las tumbas vacías, la mujer estaba allí de carne y hueso, no había más que tocarla. La sentó en la sala y le sacó los zapatos, uno por uno, acariciándole los pies. La llevó a la tina y le enjabonó el cuerpo, la enjuagó, la envolvió en una toalla y le enseñó el cuarto que había preparado para ella, le mostró la cama, las sábanas de lino, en especial el cubrecama. Había puesto empeño en que no fuera de color rosa, para que no le recordara en nada a la otra habitación. Incluso le había comprado ropa nueva. La mujer se echó a dormir en la cama y *la impostora*, nerviosa, se puso a plancharle la ropa sin estrenar, solo por tener algo en qué ocuparse.

Cuando la mujer despertó, *la impostora* estaba por terminar de preparar la comida. Cenaron juntas, en silencio, sin mirarse. La mujer podía comer con sus propias manos, no tuvo que ayudarla, al menos no por el momento. La vio masticar los pedazos de carne que había cortado con sus manos. Había puesto mucha carne en el plato porque a la mujer le encantaba hacer bromas sobre los vegetarianos. Los consideraba retrasados mentales y no había cosa que le molestara más que el concepto del vegetarianismo. Tantos años de evolución en nuestra especie, solía decir, para que al final unos idiotas nos prohíban comer; las fieras grandes se comen a los animales pequeños y no se hacen manifestaciones en las calles por ello, ni se contabilizan las muertes, nadie hace dramas, se quedan callados; los médicos dicen que hasta necesitamos las proteínas de la carne, que es buena para la salud y que es mentira lo del cáncer. Lo del cáncer es por Chernóbil, no por comer animales, allá ellos que viven engañados. Las especies cierran el círculo de alimentación y no hay más de qué hablar. Por eso siguieron comiendo en silencio, para no discutir como antes.

Al terminar, *la impostora* recogió los platos. Los lavó satisfecha, pensando en todo lo que la mujer había comido, lo mucho que la había visto disfrutar mientras masticaba cada bocado. La mujer se sentó en el sofá de la sala y no le extrañó que quisiera volver a dormirse. La acompañó hasta el dormitorio. La acomodó bajo las sábanas y apagó la lámpara del velador. Se alejó despacio, llevándose sus zapatos. En la cocina los limpió, los cepilló, los hizo brillar y ella

misma fue a acostarse; al día siguiente todo empezaría de nuevo y desde el comienzo, porque el tiempo es cíclico. Años después seguirían haciendo lo mismo, aunque para ese entonces los roles empezarían a confundirse y tendrían que intercambiarlos. La una se haría cargo de la otra, pero para eso faltaba mucho tiempo. Alejadas de las cámaras y de los estudios, se pasarían la voz cuando transmitieran alguna de sus escenas antiguas por televisión. Las verían juntas en el sofá, recordando los viejos tiempos, repitiéndose que ahora estaban mejor, y que no cambiarían ni un ápice de su convivencia, obstinadas por creer, en el caso de la impostora, de que eran felices, la vida era una ficción después de todo, un invento, una imitación del inconsciente, imitación de imitación para volver a citar las palabras de la mujer, y seguirían sonriendo hasta el día en que, juntas, tal como lo habían deseado, escucharían los aplausos desde la ventana. Se cogerían de la mano y, atentas, esperarían con los ojos llenos de lágrimas lo que estaba por ocurrir.

TERCER ACTO

*Estaba tan agotada que no se dio cuenta
de que solo en ese instante moría,
y no antes, cuando creyó ver
a todas las constelaciones rodeándola.*

JOSÉ DONOSO
Coronación

*Nave rusa Stalin 103
Camarada Smirna Smirnoff
En la NASA no saben qué hacer
En la CIA reina el descontrol
Hay cien mujeres rusas
En el espacio exterior*

ALASKA y DINARAMA
Mujeres rusas

XV

Madres egoístas

El pasadizo de la morgue era larguísimo e inclinado, casi del tamaño de la pared lateral del hospital, una rampa de tobogán por la que había que caminar aferrándose a las paredes pintadas de amarillo. O quizá eran blancas y los fluorescentes del techo eran amarillos, no lo recuerdo bien. El caso es que las esquinas se tornaban verdosas y presentaban manchas de las tuberías rotas del piso de arriba, porque la morgue del hospital, como todas las demás, estaba en el sótano. Tendría más sentido que las ubicaran en el último piso, más cerca del cielo, como en los hospitales asiáticos, pero aquí existía la tradición prehispánica de las catacumbas y los círculos del infierno, no cualquiera puede irse al cielo de buenas a primeras. En Miami no llegué a conocer ninguna morgue ni a acompañar al cadáver de mamá. Los del servicio social me entregaron después la urna con sus cenizas que aún estaban en la repisa del edificio inteligente. Ahora que sabía que mamá no era la autora de los golpes y que incluso estaba lejos de quejarse de mi abandono, solo me quedaba ir en busca de la otra. Es decir, de mi verdadera madre. Nunca imaginé que habría de tener tanto en común con Sofía. Las dos habíamos sido abandonadas en las mismas condiciones. Las dos habíamos crecido sintiéndonos extrañas, desterradas, en planetas equivocados. Pero, de las dos, fui yo quien salió ganando, gracias al carácter de hierro de mamá. En cambio, Sofía no había llegado a ninguna parte, por causa de los afectos irrespirables de Genoveva.

Para descender a la morgue había que tomar el ascensor. Uno de esos ascensores para cincuenta personas, operados por ascensoristas que lo único que hacen es pulsar botones y te preguntan a qué piso vas, sin sonreír, conscientes de que sus oficios son rezagos de otra época, como los teléfonos públicos. Una vez abajo, se bordeaba un corredor y se bajaba por el pasadizo que les acabo de describir. La primera porción del pasadizo era oscura, no sé si por la propia decoración o por mantener la cuenta de la luz al mínimo, los muertos al menos no iban a protestar. Cuando atravesé la parte oscura, sentí escalofríos. Una podría imaginar que en la morgue se escuchaban susurros del más allá o se veían sustancias vaporosas flotando en los claroscuros. Esas, según las palabras de la doctora, eran tonterías. Los únicos lamentos provenían de los dolientes. O de los médicos forenses, que salían a estirar las piernas o a hablar con los familiares. A cada tramo había contenedores rojos donde los enfermeros echaban las sábanas frescas de los muertos que zarpaban al velorio. El color rojo, supongo, no era casualidad. Al

pasar junto a uno de ellos, tuve ganas de inclinarme para aspirar el aroma de la muerte. Si los fantasmas no existían, al menos quería descubrir cómo olería mi cuerpo cuando empezara a descomponerme. Puse las manos en los bordes del plástico y lo primero que vi fueron las manchas de las sábanas. El cuerpo se hincha y había que deshincharlo, desaguarlo, debatírselo a la muerte, devolverle el aspecto de cuando estaba vivo. Eso también es otra clase de ficción; la dramaturgia estaba en los instrumentos quirúrgicos. Bien mirados, eran como los pinceles que Alex utilizaba para maquillar al reparto de *Amor en el arenal*.

Habíamos llegado al Hospital Rebagliati una hora después de dejar la casa de la doctora. Me despedí de ella temblando, con la carta todavía en las manos. Le prometí que estaríamos en contacto. Ella me dijo que la llamara cuando quisiera, que no tenía celular ni e-mail y que prefería las visitas, casi nunca salía de su casa. Sofía le había dado un beso en la mejilla, muy seria, y la doctora se le quedó mirando. De vuelta en el carro, Sofía me arrebató la carta y la leyó mientras Teo me daba la noticia de que había encontrado el lugar del velorio de las víctimas del incendio. Ya sé dónde es, le respondí, el boca a boca suele ser más rápido que las tecnologías y que la *dark web*. Él pareció decepcionado. Le supliqué a Alex que, por favor, nos diéramos una vuelta por el hospital, que tenía un último asunto por resolver y que todos podían acompañarme si tenían miedo de que me escapara. Él verificó la hora. Felipe ha organizado un gran almuerzo en el estudio, respondió, tiene que ser rápido. Asentí. Luego cogí el paquete de mi madre y vi lo que contenía. Teo separó la vista de su libro y miró con curiosidad. Adentro había decenas de fotografías, mi acta de bautizo, mi partida de nacimiento (quizá falsificada), mi orden de alta de la clínica después del accidente de Arístides, el famoso periódico doblado en cuatro con la noticia del accidente del Faucett, una bolsa con ropa de bebé, un enterizo y medias minúsculas y una nota adjunta: «Esta es la ropa que te puse cuando te traje a la casa. Mamá». Otra bolsa con una manta manchada de amarillo. «Con esto te encontré en la Maternidad». La acerqué a mi nariz. Un perfume rancio, apolillado. Algo me hizo cosquillas en el pómulos, y noté que había una etiqueta en un extremo de la manta.

La leí: cinco letras rojas en alfabeto cirílico.

Qué curioso.

Al llegar al hospital ocurrió lo que imaginaba. Nadie quiso acompañarme. Afuera, en la explanada de los servicios funerarios, se aglomeraba la gente y muchos pintaban carteles sobre el pavimento: «Los incendios son terrorismo»; «¿Dónde están las autoridades?». El hospital tenía pinta de una construcción de Europa del Este, de esos edificios que se salvaron de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, un bloque de cemento con ventanas como panales y edificios pequeños alrededor. Una verja los separaba de la calle y los vendedores recorrían la vereda ofreciendo anticuchos, butifarras, helados, ataúdes. Al pie de la verja se formaba una infinita cola de las visitas que llegaba hasta la avenida Salaverry. Los vigilantes de

la puerta bostezaban o les silbaban a las mujeres que veían pasar en falda corta o pantalones estrechos, sin reparar en el dolor de los familiares abandonándose a su congoja. Me puse las gafas de sol y pregunté por los familiares de las víctimas. Me señalaron a varias, la mayoría estaba de brazos cruzados en la puerta de la morgue. ¿Juan David Restrepo? Por allá, me dijeron, apuntando hacia una esquina. En una banca estaba sentada una familia, dos de ellos con las facciones de Griselda, debían ser sus otros hijos. Les di el pésame a cada uno, incluso abracé al bebé de una muchacha. El bebé, por supuesto, olía a vómito. Sentí náuseas y me limité a cogerlo de la ropa, para no tocarle la piel. Conté los largos tres segundos en que lo sostuve en el aire. Estoy de paso por Lima, le dije a la madre, Griselda solía trabajar conmigo en Miami, me enteré de la tragedia y vine a apoyarla. Abajo, dijo ella, señalando al pavimento. Está abajo, en la morgue.

El pasadizo de la morgue terminaba en un espacio rectangular. A un lado estaba la puerta por donde salían la ambulancia o los carros fúnebres; al otro lado, la hilera de recámaras en las que se alojaba a los muertos. Al centro, bajo el resplandor del fluorescente, tres mujeres hablaban en voz baja, dos ancianos cogidos de la mano y, en un extremo, con la cabeza gacha, Griselda. Creí que había perdido la razón. El maquillaje se le había corrido a causa de las lágrimas. Se había arrancado las uñas a mordiscos, ya no quedaba nada de la manicure coreana que solía mostrarme en los días del edificio inteligente. La blusa transpirada, el pantalón sucio en las pantorrillas, los pies inmundos en las sandalias. Me mordí el labio inferior. Me quité las gafas de sol y me acuclillé delante de ella. Ni siquiera alzó la vista. Se miraba las sandalias, los ojos abiertos y húmedos, una lágrima le cayó en el dedo gordo y disolvió la mugre acumulada en el pie.

Le toqué el brazo. Por alguna razón supe que no iba a espantarse, ni a escapar como cuando trataron de entrevistarla en el noticiero, el día del incendio.

—Lo siento mucho —le dije.

Sus ojos giraron en círculos, sin mirarme.

—Gracias, señora.

Me eché para atrás. Pensé que no iba a reconocerme. Tal vez quedaba algo de cordura en su inconsciente, entre las capas del dolor. La rabia me dio un puñetazo en la boca del estómago. Era ella quien tenía que pedirme perdón. Pero no era eso por lo que había venido. Mis piernas empezaron a acalambrarse. Me puse de pie. Ella me cogió de la pierna.

—Váyase —murmuró—. Tiene que irse.

Tomé su mano. Entrecruzamos los dedos.

—Regrésese a Miami. Acá corre peligro. ¡Váyase!

Le acaricié el pelo. Traté de peinar sus hebras desordenadas. Entonces comprendí el motivo de tanta ropa nueva, tanto peinado, tanta manicure, tantas joyas. No tuvo que decírmelo. A esas alturas era como si pudiésemos leernos la mente. No en vano podía organizar las cosas de mi

tocador sin mi permiso, poner los muebles en su sitio, recordarme de pagar las cuentas, hacerse cargo de mí como nunca lo hizo mi madre. Conocía a Griselda más que a Sofía, y tampoco voy a negar que quizá era la única persona, aparte de Arístides, a la cual le había tomado una pizca de cariño. Ella continuó inmóvil. El líquido blancuzco que resbalaba por su nariz cayó en el mismo lugar de sus lágrimas.

—Fue ese hombre, Felipe —dijo ella en un hilo de voz.

Había ocurrido un año antes. Ella no lo conocía, me aseguró, pero él había ido a buscarla hasta su casa para ofrecerle dinero a cambio de cumplir órdenes suyas, sin chistar. Cuando llegaron a un acuerdo, fue ella quien le abrió la puerta del apartamento inteligente, mientras yo estaba en el estudio. Él llegó con un par de electricistas que instalaron los instrumentos de la ficción en la sala, en el comedor, en el dormitorio. Los cables con los micrófonos, los parlantes en el conducto del aire acondicionado, los *subwoofers* debajo de la mesa de la sala. Felipe le regaló un nuevo celular, de última generación, un aparato que alguna vez ella me había mostrado orgullosa y confundida al mismo tiempo, porque nunca había terminado de aprender a usarlo. Lo que sí aprendió fue a activar los golpes y los ruidos de las paredes. Él le enseñó a controlarlos en la aplicación del celular. Un botón para cada golpe, subiendo o bajando la intensidad. También le ordenó desordenar las copas de la alacena, para confundirme. Ella tiene que creer en los fantasmas, había sido su orden, de ti depende la primera parte del plan. Sin preguntas, sin objeciones. Solo un dinero que llegaba a fin de mes y que ella enviaba a sus hijos en Lima por Western Union, pero de eso ahora ya no valía la pena acordarse.

—Pero me arrepentí —susurró—. Traté de advertírselo, se lo juro. Creí que iba a matarla, a torturarla. ¿Cómo iba a saberlo? Créame, yo quise protegerla. El último día, antes del viaje, le rogué que no se fuera, ¿o no se acuerda?

Me incliné sobre su cabeza. Ella alzó la vista pensando en que iba a darle un beso. Se equivocó. Yo respiré hondamente y le escupí en la cara con todas mis fuerzas. Tal vez ella se lo esperaba, porque no dijo nada. Ni siquiera parpadeó. Mi saliva se estrelló en su frente y resbaló entre sus ojos.

—Me alegra que tu hijo esté muerto —le susurré al oído—. Con toda esa familia ridícula que he visto allá arriba no iba a llegar muy lejos. Además, no lo mataron los terroristas. A tu hijo lo maté yo.

Luego me fui caminando de vuelta al ascensor. A mis espaldas escuché que ella se ahogaba. Las señoras del costado se levantaron asustadas y trataban de pedir ayuda a gritos. Fue la última vez que la vi y también la única vez que visité la morgue. Lo que le había dicho era mitad invento y mitad en serio. La mente es muy poderosa, solía decir mamá, los malos deseos existen desde que el mundo es mundo. El ascensorista se emocionó al verme. Había olvidado ponerme las gafas de sol. Jacqueline Metalius, exclamó, la reina del drama, Victoria Lezcana, ¡eres tú!,

¡mi hija! Me coloqué detrás de él cuando nos tomó la foto con el celular. Como era mi costumbre, no sonreí. Fue una señal de que las cosas, finalmente, estaban cambiando para bien. Afuera me puse las gafas, pero él había corrido la voz. Los susurros, la expectativa, los flashes de los celulares. Aceleré el paso y me metí corriendo en el vehículo.

—¡Vamos! —le ordené a Alex—. ¡Rápido!

Nos tomó cincuenta minutos regresar a La Molina. Al llegar al chalet, encontramos una camioneta pequeña y a unos trabajadores acomodando cajas en la parte de atrás. Reconocí mis tres maletas, habían empacado todas mis cosas. Las grabaciones se habían suspendido aquel día y los actores se acercaron al jardín a saludarme como si me conocieran de toda la vida. Me felicitaron con sonrisas de mentira; un par de muchachas de pelo lacio y pechos operadísimos, hinchados, se lanzaron a abrazarme. Habían leído las noticias y me preguntaron quién iba a interpretar a mi hija. Yo parpadeé, confundida. *¿Qué noticias?* En la cochera habían armado una gran mesa de bufet decorada con cintas blancas y claveles, como si fuera un matrimonio. Teo fue el único que se metió corriendo en la casa. No quiero ver a tanta gente, refunfuñó, con el libro de tapa roja bajo el brazo. Yo me quedé afuera recibiendo felicitaciones. Un mayordomo se acercó con una bandeja de champán y cogí dos copas que me terminé de un sorbo delante de él. Le pedí que me trajera un whisky. Obedeció. El cómico flacuchento me dio dos besos en las mejillas y me agarró el culo. Sentir sus cinco dedos estrujando mi nalga izquierda. Estuve a punto de abofetearlo, pero el mayordomo regresó con el whisky. Salud, me dijo el cómico, haciendo chocar nuestras copas. El líquido descendió por fin a través de mi garganta y fue como una bendición. Creí que recién había resucitado después del disparo en el aeropuerto. Una claridad intolerable inundó el jardín y pude ver los contornos de las cosas, las grietas en la pared del chalet, las capas y capas de pintura que habían cubierto el color blanco original. Busqué a Felipe por todos lados, pero de pronto Alex me tomó de la mano y me dijo ven, por acá, quiero presentarte a alguien. Me condujo hasta la esquina de un matorral, donde un extraño hombre bebía su copa en silencio.

—Jacqueline Metalius, él es Rodrigo, mi novio.

Él me besó la mano. Rodrigo Visagel, para servirla. Tenía la voz aguda y los labios planos. Su barba se restregó en mi palma. Se desplazaba a pasos mecánicos, falsos, como los de un robot. Era bajito, un niño-hombre que me llegaba a la altura del hombro. Delgado como Alex, de piel aceitada y cabellos ondulados, cortados casi al ras del cráneo. Yo acabé el whisky. ¿Gusta otro?, preguntó él, muy atento, y llamó al mayordomo. Le agradecí. Alex le pasó un brazo alrededor de los hombros. Hace tres meses que salimos juntos, dijo, te parecerá poco, pero siento que lo conozco de toda la vida. Intenté sonreír. Rodrigo notó que yo no dejaba de mirarlo. Ya sé lo que estás pensando, me dijo, sucede que camino así porque tengo unas prótesis adheridas a las

piernas, me las puse recién y no termino de adaptarme. Fruncí el ceño, fingiéndome interesada, cuando en realidad buscaba a Felipe.

Rodrigo volvió a la carga.

—Es que de niño sufrí un accidente y me quedé inválido, ¿sabe? Hace diez años viví en este barrio y me trae muchos recuerdos, de cuando esta casa era...

—El Museo de la Lucha Armada —respondí—. Ya me contaron la historia. Disculpen, tengo que irme.

Había visto a Felipe hablando con unos hombres de traje oscuro. Me aproximé a él, whisky en mano, el rostro encendido de furia. De lo que menos tenía ganas era de celebrar. Felipe me sonrió y me hizo señas. Los hombres se dieron la vuelta para saludarme. Eran seis adolescentes llenos de acné, el mayor tendría unos dieciocho años, a lo mucho. Los trajes oscuros les quedaban grandes y parecían disfraces mal entallados. Uno de ellos, el de pelo rubio, hablaba español a las justas, y era muy parecido al ruso que me había disparado en el aeropuerto.

—*Encantado dze conocegla.*

—Así que esta es.

—En la *dark web* no había fotos recientes.

—Me la imaginaba mucho mayor.

¡Esas voces! ¿Dónde las había escuchado antes?

El tiempo/ Ella todavía no se ha dado cuenta del tiempo/ La otra mujer se fue.

Fue la noche en que Griselda abandonó el apartamento inteligente. Pensé que habían sido los ruidos de la calle, los gritos de los zombis, las peleas en la puerta de *The Glass Slipper*. Debieron ser los parlantes escondidos en el comedor. Una falla del sistema. Quizá Griselda olvidó programarlos antes de irse y se coló el audio de otra banda. *Afirmativo/ Ya no nos sirve*. Escondí la mano tras la espalda, para que no percibieran que había empezado a temblar. Miré a Felipe.

—¿Por qué están moviendo mis cosas? ¿Podemos hablar?

—Espérame en la habitación, ahora subo.

En la sala tuve que saludar a otro grupo de personas que no dejaban de cuchichear sobre *La mujer soviética*. Me limité a asentir y a beber del vaso. Empezaba a marearme. Al subir las escaleras descubrí a Teo al final del pasillo del segundo piso, cerca de las oficinas. Estaba de espaldas a mí, paradito frente a la pared, tieso, el libro bajo el brazo. Lo vi mover la cabeza y después susurró unas palabras, riendo consigo mismo. *¿Acaso estaba hablando con el muro?* Gritó unas alabanzas con el puño levantado. ¡Viva la lucha armada! ¡Viva Ardor Popular! Luego hizo chocar sus talones, se dio la vuelta como un militar y se topó conmigo. Sus pupilas habían perdido el brillo. Tampoco me sonrió del modo en que solía hacerlo.

—¿Teo? ¿Estás bien?

Él levantó las cejas. Pasó por mi lado y se perdió escaleras abajo. Yo coloqué el vaso en una

mesita y abrí la puerta de la habitación. La encontré desierta, salvo por la cama y los demás muebles. Habían sacado el cubrecama, las sábanas, mis vestidos del armario. Me acerqué a la pared y tracé una línea con el dedo, siguiendo el rastro de los cables. Entonces me puse a desgarrar el tapiz rosa de las puntas. Quería volver a dejar las paredes desnudas, tal como habían estado la noche en que llegué con Arístides. Felipe abrió la puerta un par de minutos después y me halló en plena faena.

—¿Qué haces?

Decidí tragarme la rabia. Me intrigaba ver hasta qué punto era capaz de alargar la ficción.

—¿Por qué hay cables de sonido en las paredes?

Él me estampó la mano en el concreto. La presión de sus anillos me aflojó las piernas y sentí una ola de calor en el vientre. No supe si meterle las uñas en los ojos y sacárselos a la fuerza o dejar que me poseyera allí mismo, ambos recostados en el umbral.

—Suelta eso —me ordenó—. Debe ser un error de instalación. A veces lo hacen a propósito para cobrarnos de más.

Quitó mi mano al instante.

—¿Y qué es todo ese circo de abajo? ¿Quién se casa?

—Nosotros —dijo, guiñándome un ojo—. Pero será un matrimonio profesional.

Me mostró la primera plana de un periódico local en el celular. «Teleprisma alista *La mujer soviética*: Jacqueline Metalius retorna a las pantallas del Perú». Le arrebaté el aparato. Se alarmó. Intentó quitármelo, pero lo empujé golpeándolo en el abdomen. Él ahogó un grito y retrocedió, sus manos puestas a la altura de la entrepierna. *Ya conozco tu punto débil*, pensé. En el celular había varias noticias abiertas, y me di cuenta de que aquel era el único titular donde mi nombre aparecía con todas sus letras. El resto de portadas solo mencionaban a «la reina del drama», como si la gente solo fuera a acordarse de aquel apodo. Felipe recobró la energía. Avanzó y de pronto me cogió del pelo, doblándome el brazo por detrás de la espalda, la posición que a él parecía gustarle y que yo había ensayado varias veces en mi cabeza. Noté que mi golpe lo había debilitado. Su apretón ya no me dolía tanto, aunque seguí quejándome al igual que siempre, fiel a mi papel de mujer dominada, su erección firme en el pantalón, rozándome las nalgas. Luego me lanzó contra la pared. Felizmente pude frenar a tiempo para no estrellarme, pero pretendí que me había hecho daño en la quijada. Me sujeté la barbilla y, ahora que fingía, fue la primera vez que una lágrima me bajó por el rostro, delante de él. Su erección no había bajado en lo más mínimo. Él se metió la mano al bolsillo.

—Toma. Había olvidado devolvértelo.

Mi celular. De seguro ya había visto mis e-mails, mis textos, las fotos de mis amantes; sabía cuáles eran mis contraseñas, aunque no me importó.

—Esta tarde te mudarás a un apartamento que he alquilado para ti. Queda muy cerca, a un par

de cuerdas, supuse que querrías quedarte en el barrio. Ya hemos hecho el anuncio oficial y sé que no vas a echarme atrás. No querrás mentirle a tu público, ¿o sí?

—Pensé que iba a mudarme contigo —le dije, haciendo muecas falsas de dolor.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. No se esperaba esa respuesta.

—Todavía no es momento. Tenemos que buscar a tu coprotagonista. Abajo hay varias candidatas, elige la que más te guste. Es tu decisión. La telenovela es tuya.

La verdad es que me disgustaba la idea de un casting así de intempestivo. De lo que sí estaba segura era de que tenía que ser una actriz inferior a mí. Sus dotes histriónicas debían ser limitadas para que no me fuera a robar cámara, ni a opacarme con su talento. Mamá me había enseñado a estudiar la conducta de mis compañeras de reparto, el lenguaje corporal antes de escuchar la voz de acción me permitía saber qué era lo que pensaban sobre mí. Si me rehuían, quería decir que las intimidaba; si se adelantaban demasiado a la hora de hablar conmigo, sentían hostilidad. Me convenía que me tuvieran miedo, amedrentarlas era mi consigna. Pero debía mostrarme amable para que confiaran en mí y sus debilidades salieran a la luz como bocados que yo absorbería lentamente, hasta dejarlas vacías por dentro; el público solo debía alimentarse de mí. Los planos de cada escena debían empezar y acabar en mí. La última escena de cada capítulo debía contener un acercamiento a mi rostro para que se quedaran pensando en mí, mientras veían pasar los créditos, los nombres de los técnicos, camarógrafos, sonidistas —piezas fundamentales pero invisibles—, la experiencia sensorial debía provenir únicamente de mí. Hice una nota mental de incluir esas cláusulas en mi contrato; Felipe me estaba dando *carte blanche* y hasta me había entregado las llaves de su cuerpo, sin sospecharlo, aunque yo seguía sin decidir su suerte. No me iba a quedar tranquila solo con matarlo. Él tenía que sufrir despacio, y además había que buscar una manera de que el crimen pareciera natural. En mi contrato especificaría tres cosas, una de las cuales, si la memoria no me falla, ya he mencionado una docena de capítulos atrás: una luz especial para mi rostro, vestuarios ajustados en la cintura para que los televidentes apreciaran mis sesenta centímetros de circunferencia, y faldas escotadas para lucir las piernas. Aunque si la historia de *La mujer soviética* iba a transcurrir en los ochenta, no iba a poder enseñarlas mucho. En esos tiempos el pantalón palazzo imperaba y la falta tubo solía cubrir las pantorrillas.

Sofía entró en el momento en que Felipe me entregaba las llaves del apartamento.

—¿Han visto a Teo por aquí? Su papá lo está buscando.

—Yo lo vi bajar hace un rato.

—Qué raro. Abajo tampoco está.

Alex atravesó corriendo el pasadizo y se asomó en la habitación.

—¿Lo encontraste?

—No. Debe estar escondido en algún sitio.

Él no lo escuchó. Se lanzó debajo la cama, echó un vistazo en el baño, dentro del armario. Nada. Ya lo habían buscado en el jardín y en los camerinos. Felipe se deshizo el nudo de la corbata. Lo observé con detenimiento. ¿Por qué estaba tan tranquilo? Alex intentaba guardar la calma, pero yo conocía de sobra esa expresión, esos ojos humedecidos. Las puntas de su bigote estaban tiesas, él las engomaba todos los días para que se doblaran como ganchos. Dio vueltas en círculos y comenzó a desesperarse. Le pedí que se calmara, estos chicos de hoy tienen una energía inagotable, fíjate que la última vez que lo vi hablaba con las paredes. Él me pidió que le enseñara el lugar y salimos de la habitación. Señalé hacia la esquina del pasillo. El muro se cubría de manchas negras, huellas de manos pequeñas que no había percibido antes. Llegaban hasta el techo. ¿Habría trepado a la azotea? Yo lo busco en el tercer piso, dijo Felipe. Alex nos cogió de la mano a mí y a Sofía y bajamos a la sala. Los mozos nos miraban confundidos, las copas intactas en sus bandejas; los invitados se habían dispersado por el jardín, llamando al niño a los gritos. ¡Teo!, ¡Teo! Algunos salieron a la calle para buscarlo en las otras cuerdas. Alex lloraba en silencio, su delineador se escurría en sus mejillas y le mojaba los bigotes, parecía un hombre de las cavernas con tacones y falda pantalón.

—Descuida, va a aparecer pronto, ya lo verás —le dije—; si quieres podemos ir a buscarlo en el carro, yo conduzco.

Cruzamos el jardín a grandes pasos. Los adolescentes vestidos de traje fumaban junto a la verja y esperaban alrededor de una gran limusina que, supuse, los había traído al chalet. Rodrigo, el novio de Alex, surgió de la cochera caminando como un robot. Se recostó en la limusina y le pidió un encendedor al joven de pelo rubio. Lo vi por el espejo retrovisor mientras Alex golpeaba la guantera con ambas manos, pidiéndome que arrancara cuanto antes. Encendí el motor y los perdimos de vista.

Buscamos a Teo hasta que cayó la noche. Las patrullas se hicieron presentes tras llamar a Emergencias y nos interrogaron a todos, aunque no pudieron quedarse. Hacia las once partieron velozmente, cuando recibieron la noticia de un nuevo incendio en el centro comercial de La Molina, a unas veinte cuerdas del chalet. A las cuarenta y ocho horas se reportó oficialmente la desaparición del niño. Para entonces, yo me había establecido en un apartamento cercano a la avenida Corregidores.

A pesar de los esfuerzos, Teo siguió sin dar señales de vida.

XVI

La mujer prohibida

Sofía terminaba de apuntar los datos en una libreta cuando sonó el timbre del intercomunicador. Colgó el teléfono, extrañada. Miró el reloj del microondas: las once de la mañana. Nadie nos visitaba nunca. Yo había adquirido la costumbre de levantarme al mediodía, y ella se encargaba de hacer las compras, mantener lleno el gabinete de los licores, hacerse cargo de la lavandería, contratar a las asistentas de limpieza y organizar mi agenda del día. En resumidas cuentas, se había convertido en mi asistente personal. Llevábamos cerca de un mes viviendo en el apartamento. Era un *loft minimal*, pequeño, de un solo dormitorio, pisos y paredes de concreto, sin pintar, muebles incómodos de formas simples y un ventanal que daba hacia un parque solitario. La mesa del comedor era un trozo de vidrio, las sillas estaban hechas de varillas de metal entrecruzadas, horribles. La verdad es que nunca había terminado de entender los criterios del arte moderno. Las piezas del mobiliario se parecían a los objetos que ponían en exposición en las galerías de Wynwood, en el centro de Miami, y el apartamento no tenía nada que envidiarles a los nuevos edificios que se habían multiplicado en los últimos años, asentados entre talleres de mecánica y fábricas demolidas entre la veintinueve y la quinta, que en otras épocas habían sido barrios de refugiados cubanos. En La Molina, aquellos solares solían ser casas de campo y haciendas antiguas, antes de ser expropiados durante la reforma agraria.

Se levantó de la silla y miró la pantalla de video en la pared de la cocina. Genoveva esperaba de pie en la entrada del edificio, mordiéndose las uñas.

Hasta entonces, Sofía se había abstenido de responder sus llamadas. Más de una noche, Genoveva se había aparecido a mitad de la calle en su auto, tocándonos el claxon, solo para preguntar si necesitábamos algo. Se notaba que su sentimiento de culpa era mayor a su soledad. En varias oportunidades nos había ofrecido mudarnos con ella. Tanta casa para mí sola y ustedes aquí, en este museo de locos, había dicho una vez, no es normal vivir con esos muebles en forma de insectos, acá hay camas y habitaciones de sobra. A mí la idea me daba escalofríos. Me bastaba con la compañía de Sofía, nunca había tenido interés en relacionarme con gente extraña, y, además, ¿qué podría decirle?

El timbre volvió a sonar.

Lejos de despertarme, yo hacía rato que estaba sentada en la cama con la laptop en el regazo. Era mentira que me levantaba a las doce. Había inventado ese pretexto para sacarme de encima a

Sofía. Las únicas horas que tenía para mí misma eran de siete a doce. Sofía se levantaba a las seis y media para irse a correr al parque, luego regresaba y se preparaba unos batidos de hierbas que tomaba en el comedor, leyendo mis libretos de otras épocas o contestando el teléfono. Estaba obsesionada con perder peso. Sin embargo, su delgadez se hacía evidente tras la ropa ajustada que se ponía todos los días. Yo aprovechaba para buscar información sobre mis verdaderos padres. No dominaba otros programas de computación, pero en una hoja de texto había tratado de dibujar una línea de tiempo. El primer paso fue adivinar las fechas de los eventos que mamá mencionaba en su carta. El año en que nació. El año en que me encontró en la Maternidad. El año en que nos mudamos de Barrios Altos a La Victoria. El primer dato que encontré fue una fecha impresa detrás en una foto de mamá en la niñez: 1939. Por ley, mamá nunca festejaba nuestros cumpleaños. Decía que los cumpleaños eran excusas para la astrología, aunque yo sabía que en el fondo quería ocultarme cosas. Para ella, solo los retrasados mentales podían hacerles caso a desperdicios como el tarot y los horóscopos. El género humano había avanzado mucho como para dejarse influenciar por ficciones medievales. Tenía algo de razón. Los signos zodiacales fueron artificios de una revista francesa de mil ochocientos y pico para engañar a sus lectores, y el resto del mundo se lo creyó. Allá ellos. Es imposible determinar la suerte de millones de personas a la vez; la astrología nos trata a todos como masa en lugar de individuos, y eso, hija mía, es comunismo, co-mu-nis-mo. La foto era una imagen sepia de mamá junto a una choza de muros agujereados, el pasto crecía hasta llegarle a la cintura y le ocultaba las piernas. Mamá miraba a la cámara sin sonreír, vestida con un delantal blanco. Le calculé unos ocho o nueve años. Supuse que habría nacido entre 1930 y 1931. Me había encontrado en la Maternidad a los dieciocho, en 1948. Debía obtener los registros médicos a pesar de que, según ella, nadie había reportado mi nacimiento. En ese caso, las fechas que me dio la doctora también resultaban útiles. Amelia había regresado de Rusia en 1959. Es decir, cuando yo tenía más o menos once años. Si ya para entonces era doctora, había empezado sus estudios en Moscú una década atrás, a los veintinueve. A su regreso, no la había visto salir a trabajar, estaba siempre en la mesa del comedor, tecleando en su máquina de escribir. Mamá desconfiaba de ella porque decía que una mujer joven sin más familia no podía vivir sola, incluso a las ricas herederas les hacía falta un marido. ¿Por qué no se había quedado en Rusia?

¿Acaso Amelia era mi...?

No, no podía ser. Esa idea no tenía ni pies ni cabeza.

El timbre me sacó de mis pensamientos. Escuché a Sofía caminar por la cocina y contestar fastidiada:

—¿Sí? ¿Qué quieres ahora?

Cerré la computadora, caminé de puntillas y puse una oreja en la puerta. Ella oprimió el botón para hacer entrar a Genoveva. Comprendí que había llegado la hora de comenzar el día. Hacía

dos semanas que manteníamos esa rutina porque los de Teleprisma me habían dado vacaciones. *La mujer soviética* estaba en etapa de preproducción. A fines de mayo había terminado de grabar mis escenas de *Amor en el arenal* de un solo porrazo. Los televidentes habían contenido el aliento al verme llorar como una histérica cuando debuté como Verónica Iturriaga y me convertí en la villana favorita de la telenovela. Quizá se creían que mi dotes histriónicas no eran capaces de llegar tan lejos, pero me encargué de restregárselas en sus caras. El asistente de Dirección ya no tenía que llamarme por teléfono a las cinco de la mañana para levantarme. Sofía me despertaba con un beso en la mejilla. Yo me daba una ducha y al salir me topaba con la ropa dispuesta sobre la cama y el desayuno listo en el comedor. Además, Sofía me acompañaba a las grabaciones. Recibía mis libretos y resaltaba mis diálogos con marcador fosforescente. Entre una escena y otra me alcanzaba (por lo bajo) la licorera repleta de whisky. Seguíamos durmiendo juntas en la misma cama, claro, pero yo no me quitaba el camisón. Ella se enroscaba cerca de mí y ocurría lo mismo que cuando dormíamos en el chalet. Me dormía al instante, sin soñar, sin cambiar de posición durante la noche. Nunca supe en qué momento me echaba los somníferos; yo no solía beber agua antes de acostarme. Tal vez en la comida, aunque a veces salíamos a cenar con Felipe. La gente se nos quedaba mirando en los restaurantes. Primero se acercaban a Sofía y le pedían un *selfie* —la palabra *selfie* fue lo primero que aprendí cuando nos mudamos al apartamento—, pensando que se trataba de mí. Cuando se daban cuenta del error le pedían disculpas y recién venían a verme, decepcionados, a pesar de que Sofía no se maquillaba ni se arreglaba, se ataba el pelo en una cola de caballo y tampoco se despegaba de sus jeans ni de sus botas militares. Su presencia empezaba a hostigarme.

Mientras me vestía, las oí discutir. Las puertas del apartamento eran corredizas, como las casas de los japoneses. Cada vez que las abría, el ruido me recordaba a la silla de ruedas y me ponía a temblar entera.

La pelea cesó apenas salí de la pieza. Ambas tenían las caras rojas.

—Genoveva.

—Jacqueline.

Así nos saludábamos. Sin «buenos días», sin «cómo estás», sin un simple «qué tal». Sus breves visitas eran como las de una exesposa, alguien a quien Sofía debía ver por obligación. Si Genoveva era la exesposa, yo me sentía como la nueva amante o algo por el estilo, la idea me daba repelús. No tenía nada contra ella, pero si les soy sincera, en parte la odiaba por haberle ocultado a Sofía la historia del espía ruso. Genoveva seguía insistiendo en que eran puros rumores. Nadie se había vengado de Arístides, los accidentes de aviación eran una cosa normal en los setenta, por eso había tantas películas de desastres como *Aeropuerto*.

Se quedaron en silencio. Me serví un café y le eché un chorro de whisky. A mis espaldas percibí la mirada incendiaria de Genoveva. La pobre se hacía la muy moderna, la muy

alternativa, con sus cortecitos de pelo al ras del cráneo y sus uñitas pintadas de negro, se notaba a leguas que era de esa clase de mujeres que leía libros de socialismo y mandaba a sus hijos a escuelas «alternativas», pero que en el fondo tenían el coño cosido de cabo a rabo y no le abrían las piernas ni al mismo Dios. Tuve ganas de echarle café caliente en la cara, al menos para que espabilara. A mí no me engañaba. Lo peor es que yo no tenía la culpa de que Sofía se hubiera mudado conmigo. Por mí podía irse cuando le diera la gana.

—Jacqueline, quisiera hablar un momento con usted.

Con *usted*. La descarada quería hacerme pensar que yo era mayor que ella.

—A solas, si se puede.

—Tenemos que ir al canal en un rato —dijo Sofía—. Hoy nos toca casting.

—Será solo un momento.

—Sofía, espérame en el cuarto. Llama a Alex y dile que nos recoja en veinte minutos.

Ella entornó los ojos y obedeció. Estaba segura de que escucharía todo lo que iba a decirme. Genoveva esbozó una sonrisa triste y esperó a que ella cerrara la puerta. Le costaba esfuerzo mirarme a los ojos. ¿Había estado llorando?

La vi cruzarse de brazos y darme la espalda.

—No sé qué hice mal con ella —me dijo, mirando por la ventana, evitándome—. Es cierto que a los hijos nunca se les termina de conocer, pero a los demonios se les reconoce desde que una los lleva en el vientre. Yo no la llevé dentro de mí, pero aun así la sentía como mía. Incluso más que mía. La cargué en mis brazos y sentí que mis vísceras se retorcían. Me quedó un extraño dolor acá abajo, como si en verdad la hubiese parido yo, y sé que es una locura, no es la primera vez que se lo cuento a alguien. Cuando la olí de aquí, de la cabeza, que es donde se concentra el olor de las personas, no sé si lo sabrá usted, aquí mismo en el remolino del pelo, ¿lo ve? Bueno, pues la olí y sentí esa cosa horrenda que sentimos las madres, no le hablo del amor, sino del miedo, porque antes del amor hay miedo. Lo primero que una piensa es cuánto durarán nuestros hijos, cuánto tiempo les queda de vida, el mundo es infinito y no siempre vamos a estar con ellos, ¿o me equivoco? A la hora de dormir perdemos la consciencia y por más que los tengamos atados a nosotras con una cuerda, nunca se sabe si estarán ahí al despertarnos, o si los aplastaremos durante la noche. A una amiga mía le pasó así. Tenía pánico de que le quitaran a su bebé y lo abrazó tan fuerte que se durmió y lo sofocó sin darse cuenta. No me lo estoy inventando. A veces pienso que la única razón por la que queremos ser padres es para autoflagelarnos, es como vivir aguardando el diagnóstico de una enfermedad mortal. Nunca se sabe en qué momento van a cortar la cuerda y a abandonarnos. Más que una vida es un martirio eterno, nos quedamos en casa encerradas a esperar y esperar esa llamada, el aviso de que les ha pasado algo, de que cruzaron la calle sin mirar, de que se los llevaron, de que ya no están más aquí, de que se fueron sin avisar. Mi esposo, por ejemplo, nunca lo entendió. Creyó que yo

estaba loca cuando le dije que no quería tener más hijos. Hijos propios, me refiero. En un principio calculamos dos o tres, pero con Sofía fue suficiente. Me prometí a mí misma no volver a darme tanto a alguien, a asfixiarme de ese modo. No quería romper esa promesa con mis propios hijos, no iba a poder, iba a perder la razón, y él pensó que le estaba poniendo excusas. Por eso se fue. Nos quedamos las dos solas. A la larga fue mejor, porque fui yo quien llegó a la casa con ella, acabábamos de casarnos y era demasiado pronto para tener niños. Y Sofía, para colmo de mis males, es como una niña, y sigue actuando como tal. Se quedó suspendida en una adolescencia perpetua, tiene casi cuarenta años y mire usted la clase de ropa que lleva puesta, si hasta parece que estuviera a punto de irse a vivir con la guerrilla. Cuando se empecinó en bajar de peso, hace un par de años, no tuve más opción que solventar nutricionistas, gimnasios, retoques de quirófano, y estoy feliz de haberla ayudado. Sé que probablemente no le interesa mi vida, Jacqueline, solo quiero que me entienda. Por favor, no me ponga esa cara. Con mi esposo nos habíamos casado muy jóvenes, habíamos prometido esperar un año, al menos. Pero no pude dejarla ahí, era un crimen dejarla abandonada en la Maternidad, en esa silla, a Sofía no le he contado esta versión de la historia, como comprenderá. Ella sabe que es adoptada, y esto que le cuento a usted solo queda entre las dos. Si no me la llevaba yo, le hubiese tocado un hogar peor, vaya uno a saber, en ese lugar los domingos entran los indigentes, y una niña sola pues...

—Espere, espere, espere. ¿Dónde dice que ocurrió?

—En la Maternidad de Lima.

Genoveva siguió hablando, aunque a mis oídos solo llegaban frases sueltas. No era difícil empezar a atar los cabos. Dijo que por esa época, en 1977, solía asistir como voluntaria a varios hospitales públicos. Una tarde calurosa de verano en que descansaba en la sala de espera de la Maternidad de Lima, luego de pasarse la mañana repartiendo medicinas y donaciones, vio entrar a una mujer con un bebé que lloraba sin cesar. La mujer desapareció al poco rato. Sin embargo, los lloriqueos continuaron. Se acercó y descubrió al bebé sobre una silla, una niña preciosa, y el flechazo fue inmediato. Genoveva, por supuesto, la llevó adentro pensando que regresarían a recogerla. Al cabo de una semana nadie vino a reclamar a la niña. No la habían registrado, y hasta dudaron que hubiese nacido allí. Como necesitaban que alguien se hiciera cargo, Genoveva se ofreció. Le brotó leche de los pechos, por instinto, y se dedicó a alimentarla. A la siguiente semana, le comunicaron que la llevarían a un albergue. Ella se opuso. La adoptó legalmente y le dio su apellido.

Las casualidades solo ocurren en las telenovelas.

—¿Cómo era esa mujer que llegó con la niña?

—No era tan alta, era como..., pues casi del tamaño de usted, Jacqueline. Un poco mayor para haber dado a luz, eso sí, de unos cincuenta años. El pelo castaño, hasta los hombros, una falda que le llegaba a las pantorrillas, tacones...

Sofía abrió la puerta y levantó sus palmas abiertas.

—Diez minutos.

—Lo siento mucho —atiné a decir—. Tengo que alistarme.

—No les quito más tiempo. Jacqueline, acompáñeme a la puerta —replicó Genoveva, mirando a su hija.

Se despidió de ella con un abrazo y le besó las dos mejillas. Sofía se dejó hacer, tiesa, como era su costumbre. Salimos al corredor y pulsé el botón del ascensor. Genoveva me cogió la mano y la apretó. Le brotó una lágrima que se limpió de un manotazo.

—Por favor, no confíe en ella. Es un consejo que le doy, de madre a madre.

—Sé cuidarme sola.

—Mejor.

Desapareció tras las puertas del ascensor. Adentro, Sofía me esperaba con las manos en la cintura. Ya sé lo que estás pensando, le dije, mientras me cambiaba delante de ella, tenemos que descubrir quién era esa mujer de la Maternidad.

—Mamá está loca —respondió ella—, no deberías hacerle caso. Desde niña me di cuenta de que estaba loca, no me dejaba ni respirar, no veía las horas de escaparme y no voy a dejar que arruine todo esto.

—¿Qué cosa es esto? —pregunté.

—Pues esto —me dijo, señalando el espacio entre nosotras.

Luego puso una mano en mi pecho y me obligó a poner la mía en el suyo. Sus dedos se cerraron alrededor de mi seno izquierdo. Yo retrocedí, asqueada, y le dije que debíamos darnos prisa. Afuera, Alex tocaba el claxon de su carro. Bajamos por el ascensor tomadas de la mano, o mejor dicho, fue ella quien me la tomó. Observé nuestros reflejos en las puertas de metal. Más que madre e hija, parecíamos un anuncio de antes y después, una advertencia sobre el poder devastador del tiempo.

Afuera garuaba. Era una mañana gris de otoño. Nos metimos al carro y Alex arrancó sin esperar a que Sofía terminara de poner los pies adentro, ni de cerrar la puerta. Ella no pudo quejarse. Últimamente, Alex actuaba así, de modo impulsivo, por su propia desesperación. No nos saludó, había dejado de saludar a la gente y de sonreír desde la desaparición de Teo. Habían agotado los recursos para encontrar al niño y, sin embargo, él seguía buscándolo por su cuenta, pasándose las noches en vela para desentrañar los secretos de la *dark web*. Esa mañana también estaba ojeroso, su cutis se había arruinado considerablemente, las bolsas bajo los ojos le llegaban hasta los pómulos. Ya ni podía trabajar como maquillador, le costaba concentrarse, en su estado era imposible dibujar una línea recta con el labial o con el delineador. Su hijo se fue y le arrebató la vida entera. Lo peor habían sido las burlas. La noche de la desaparición lo llevaron a la comisaría de La Molina y antes de que abriera la boca escuchó las carcajadas de los policías. En

vez de ayudarlo, lo insultaron y le dijeron de todo, desde rosquete hasta fenómeno, pasando por abominación y otras perlas. Quisieron llamar al juzgado de familia, no era posible que un travesti se hiciera cargo de un menor de edad. Yo no soy travesti, dijo él, pero los policías no entendían sobre géneros fluidos o no binarios, eso está en la mente, muchacho. Un psicólogo lo humilló diciendo que la dismorfia de género era una enfermedad mental, la misma vaina que esa gente que piensa que son muebles o los que creen que deben amputarse una pierna. Esa noche, Alex decidió afeitarse los bigotes y la barba y creyó que iba a morir. Así, al menos, lo tomarían más en serio. Para ir a la comisaría, para ir a prestar declaraciones o para reunirse con los investigadores privados (cortesía de sus padres, quienes agonizaban más que él), se vistió con camisa, pantalones y zapatos negros y se ató el pelo en una cola de caballo, como Sofía. Tampoco había vuelto a maquillarse. Y no es que le haya tomado cariño, pero una nunca sabe cuándo va a necesitar la ayuda de los demás y conviene mostrarnos amables, como solía decir mi madre. Además, había que tener un poquito de compasión. Por eso le toqué el hombro y le hice la misma pregunta de todos los días:

—¿Alguna novedad sobre tu hijo?

Él sonrió apretando los dientes, los ojos llenos de lágrimas.

—Siguen diciendo que lo de los incendios son cortocircuitos. Al menos, si dijeran que son terroristas, las cosas cambiarían, habría nuevas investigaciones y encontraríamos a Teo.

—Es que no depende de eso.

—¡Claro que depende de eso! Nadie quiere decir que son terroristas porque al Chino no le conviene, todavía. Están esperando a que lleguen las elecciones y a que el país se hunda más en la mierda, para que cuando gane el Chino lo vean como un mesías, un superhéroe de Marvel; vencer nuevamente a los terrucos será su primera victoria, es la única manera de bajarse a los «antis», a las marchas y a los *trolls* de internet que se le van a venir encima cuando le vuelvan a poner la banda presidencial.

Preferí quedarme callada. Yo también había ido a declarar a la comisaría aquella noche. No, no había visto nada extraño. No, no lo había visto irse con nadie, el niño se fue solo. No, no llevaba una mochila como los otros niños que desaparecieron, solo un libro de tapa roja, gordísimo. No, no sabía qué libro era, aunque en realidad sí lo sabía. Además, Alex también lo había visto con el libro. En su momento no le pareció que fuera una mala idea leerlo.

Me mordí los nudillos.

¿Qué hiciste, Jacqueline?

Realizamos el resto del camino en silencio. Los centros comerciales que se incendiaron continuaban clausurados. Los que no, los habían cerrado también como medida preventiva, al igual que la mayoría de los cines. La gente estaba espantada y era más seguro ver las películas en casa. Felipe tuvo razón. La noche de mi debut en *Amor en el arenal* superó los índices de

audiencia sin tanta publicidad. Resultó que la mayor parte de la ciudad estaba sentada frente al televisor. Aquel prodigio nunca ocurría los días de semana, salvo cuando jugaba la selección de fútbol. La primera aparición de Verónica Iturriaga se había llevado un buen pedazo del *share*. *La mujer soviética*, que estaba planificada para los próximos meses, iba a empezar a emitirse antes de lo esperado.

En teoría, *La mujer soviética* marcaría el principio de una serie de colaboraciones mías con Teleprisma. Gracias a HBO, al internet y a las series de Netflix, Felipe decidió que el formato debía ser pequeño, cincuenta o sesenta capítulos como máximo, en vez de ciento cincuenta o doscientos, que es lo que acostumbran durar las telenovelas. Eso sin contar que *La mujer soviética* iba a ambientarse en los años ochenta y que yo debía usar mi propio vestuario de la época, sobre todo las blusas con hombreras. Además, los capítulos se grabarían en video U-matic 3:4, como en 1985, la imagen se distorsionaría en posproducción. Le agregarían filtros especiales para lavar los colores y simular huellas de casetes antiguos. El casting estaba cubierto al noventa y cinco por ciento, Felipe cumplió su palabra y me concedió la aprobación del reparto. Solo hacía falta elegir a la actriz que interpretaría a mi hija en la ficción.

A Rebeca.

De más está decir que las expectativas eran altas y que desde el anuncio de la nueva telenovela no se hablaba de otra cosa en el negocio. Casi todas las actrices entre dieciséis y treinta años codiciaban el papel. Día tras día me enviaban millones de mensajes de felicitación a pesar de no conocerlas en lo absoluto y me abarrotaban la bandeja de entrada, desesperadas por una oportunidad. Habíamos entrevistado ya a unas setenta candidatas a lo largo del mes, sin éxito, tanto actrices profesionales como debutantes, aficionadas, estudiantes de teatro, comediantes de *stand-up*, modelos, *influencers*, celebridades de internet, *youtubers*, *bloggers*, *instagrammers* e incluso chicas sin mayor instrucción que esperaban ser descubiertas de la noche a la mañana. Al llegar a las oficinas de Teleprisma, en el centro, pudimos ver una cola de aspirantes que se extendía por cuerdas y cuerdas, hasta cruzar la avenida Petit Thouars.

A la entrada del canal tuve que tomarme *selfies* con las recepcionistas y con los conductores de los programas de media tarde que se escapaban del estudio para hablar conmigo. Por fortuna, Sofía, además de ser mi asistente, también se consideraba mi guardaespaldas e intentaba mantenerlos al margen. Perdón, disculpen, acá estamos trabajando, mantengan su distancia. Para entrevistas, sesiones de fotos e invitaciones diversas, favor de comunicarse con la oficina de *management* a este número de teléfono y a este e-mail, les decía, entregándoles unas tarjetitas de presentación que ella misma había diseñado, con un dibujo de mi rostro en una esquina, es decir, de nuestro rostro. Había que reconocer su talento para la difusión y para adelantarse al pensamiento del resto. Eso, sin duda, lo había heredado de mí.

La oficina del casting quedaba en el segundo piso. A las chicas aspirantes las habían sentado

en sillas alineadas en el pasadizo. Leían el libreto repitiendo los parlamentos en voz baja, concentradísimas. Ni siquiera me vieron pasar por su lado. Mejor. Así no tuve que saludarlas ni tomarme más fotos. Felipe me esperaba a un costado de la puerta, el ceño fruncido, una mano puesta en el abdomen y la mueca de dolor que lo acompañaba las veinticuatro horas. En su momento, me explicó que sufría de una aflicción en la próstata. Una cosa normal en los hombres mayores de cuarenta, nada del otro mundo. Pero su condición había empeorado. Ven, necesito hablar contigo, me dijo. Me jaló hasta su oficina, al fondo del pasillo. Le pidió a Sofía que nos esperara afuera. Ella intentó protestar. Él le cerró la puerta en la cara. Yo saqué la licorera de mi bolso y tomé dos largos sorbos.

La oficina de Felipe era una especie de pequeño museo de Jacqueline Metalius. Perdonen que hable de mí en tercera persona, ya saben que me gusta escuchar cómo suena mi nombre. También me gusta que la gente lo pronuncie así, completo y bien dicho. Como iba diciendo, era una galería de retratos míos de todas mis épocas. Me recordaba a las paredes de mi habitación en el edificio inteligente. Fotos gigantes en blanco y negro y a colores, afiches de publicidad, primeras planas de periódicos de diversos países, etcétera. Había una foto promocional de *Silvia María* en la que yo aparecía con trenzas y delantal, abrazando a un corderito. La que más llamó mi atención fue un panel de *La marginal*. En el panel se desplegaban mis dos versiones a cuerpo entero, una al costado de la otra. La madre paralítica en silla de ruedas y la hija rebelde con la cara manchada de hollín y un vestido harapiento, cortito, que con las justas me tapaba la entrepierna.

—Tengo a una tal Amelia Mancini al teléfono, preguntando por ti. Dice que es muy urgente. ¿La conoces?

—Sí. La fui a visitar hace un mes. La que vive en La Victoria. ¿Te acuerdas?

—¿Quién es? ¿No le habrás contado algo?

—La conozco casi desde que nació. Es una anciana.

—¿Una anciana? Qué curioso. Al principio no le hice caso. Llama tanta gente que pensé que era una admiradora tuya, no sé. Ha llamado varias veces, pero justo ahora me di cuenta de algo raro.

—¿De qué?

—Era tu voz. Creí que era una broma, que me estabas llamando tú desde otro teléfono.

—¿Mi voz?

—Después empezó a toser, pero te juro que era tu voz. Por eso te pregunto. ¿Es algún familiar?

—No... aunque está muy enferma. ¿Todavía está en la línea?

—Sí, la tengo en espera. Te la paso. Ven aquí para que estés más cómoda.

Bordeé el escritorio y me senté en su sillón. Él dijo que me esperaría en la oficina del costado.

No podía quedarse porque tenían que empezar ya mismo con el casting. Asentí. Felipe pulsó un botón rojo del teléfono y me pasó el auricular. Luego, bruscamente, me oprimió el cuello con el brazo y me jaló el pelo hacia atrás. Lancé un grito de mentira, en realidad no había sentido ningún dolor. En las últimas semanas la salud de Felipe se debilitaba. Yo, fiel a la ficción y a mi personaje, le hacía creer que todavía era capaz de dominarme.

—Ya sabes —me advirtió—, no te vayas a ir de boca. Pronto tendremos el casting completo y podremos celebrar antes de que empiecen las grabaciones. Cenaremos a solas y haremos lo que debimos haber hecho desde que te vi en el aeropuerto.

Me soltó. Salió de la oficina sin mirar atrás. Quizá para que no me diera cuenta de que su erección ya no asomaba más a través del pantalón. Sonreí al pensar que el día de la cena consumaría mi venganza. Nadie más estaría allí para defenderlo.

—¿Aló?

—Jacqueline. Perdona que te llame así. No me dejaste ningún teléfono. Te llamo desde el hospital.

—Lo siento, le voy a dar el número de mi celular. ¿Tiene dónde anotar?

—Sí, sí, hay una enfermera aquí a mi costado.

Se lo dicté.

—Iba a llamarla antes. He estado abarrotada de trabajo, por fin puedo respirar.

—Ahora estoy en tratamiento. Hace una semana se me cerró el pecho, pero me van a dar de alta muy pronto. De todos modos sé que me queda poco tiempo, ya me lo han dicho. Quiero dar una última vuelta por la calle. Me gustaría visitarte en el estudio. Todas las noches te veo por la televisión. Qué orgullo. Las enfermeras no me creen cuando les digo que te he visto crecer. Siempre quise ver cómo se graban las telenovelas, las ficciones mueven las emociones de muchísima gente, debe ser una profesión fascinante.

Le dije que sí, que por supuesto, que podría mandar a alguien a recogerla para que la trajera al estudio. De pronto creí ver un objeto oscuro bajo el escritorio. Era el celular de Felipe. Debí habersele caído cuando intentó ahorcarme. Lo levanté del suelo mientras hablaba con la doctora. Toqué la pantalla. Su bandeja de e-mails estaba llena de mensajes en alfabeto cirílico. *Qué carajos*. No pude leer nada. En cambio, sus mensajes de texto estaban en español. La mayoría provenía de números desconocidos. Mensajes crípticos, cortos. «Queremos al niño. Son órdenes». Abrí el cajón de su escritorio. Debajo de un sobre de manila había cheques con sumas en dólares, más documentos escritos en cirílico, y fotos de un joven guapísimo, rubio, posando en paisajes montañosos con una mochila al hombro. Lo reconocí al instante.

Era Andrey Chernetskiy.

Felipe se asomó por la puerta y solté el celular.

—Jacqueline, tienes que ver esto.

—Ahora termino.

Me despedí de la doctora. Le deseé una pronta recuperación y colgué.

—¿Has visto mi celular? —preguntó él.

—Por supuesto que no —respondí, y me alejé por el pasillo.

Antes de llegar a la oficina de casting, escuché unos gritos en medio del silencio. Al entrar me quedé pasmada. Sofía recitaba de pie frente a una cámara mis líneas del libreto. Se había soltado el pelo y le gritaba a una muchacha pelirroja, una de las candidatas para el papel de Rebeca. Todos la miraban como hipnotizados, atornillados en sus asientos. Ella, al parecer, se había aprendido los parlamentos de memoria, porque no sujetaba el guion. Era una escena fuerte, una confrontación entre la Mujer Soviética y su hija. Sofía interpretaba mi papel agitando las cejas, el mentón alzado, imitando la tembladera de mi ojo izquierdo. *Mis gestos*. Cuando terminó, los del casting se pusieron de pie para aplaudirla. Ella volteó y me echó una mirada diabólica, estudiada. Se acercó.

—Me ofrecí a leer en tu lugar, espero que no te moleste.

Luego intentó abrazarme, pero la empujé.

—¿Cómo te atreves?

—¿No te lo dijo Felipe? —me susurró en la oreja—. Ese papel es mío.

XVI

Cuna de lobos

Cuando los aplausos cesaron y me recuperé de mi estupor, un asistente abrió la puerta de la oficina. Anunció que el casting había terminado. Las candidatas que esperaban en el corredor se levantaron de sus sillas sin protestar. Doblaron sus libretos en cuatro y se los metieron al bolsillo. Algún día le contarían a sus nietos que habían visto a Jacqueline Metalius en persona. Solo se quedó Sofía, triunfante. Las manos detrás de la espalda, mirando a los directores del casting a los ojos. Los tres eran hombres.

—¿Por qué no nos dijiste que tu hija sabía actuar tan bien? —me preguntaron—. En vano hemos estado buscando una sustituta, tu hija tranquilamente puede interpretar a Rebeca.

—Ella no es mi hija. Podré haberla parido yo, pero no es mi hija. Podrá parecerse a mí, pero no es mi hija. No es hija de nadie. No sé de dónde salió.

Ellos creyeron que yo bromeaba. A las mujeres nunca nos toman en serio, ya saben la historia.

—Si gustan, les puedo leer otra escena —dijo Sofía—. Me aprendí las líneas de todo el primer capítulo. El papel de Judith me lo sé de principio a fin, también el de Rebeca, por supuesto, lo que ustedes me pidan.

—Tú no puedes ser Rebeca —le dije sin alterarme—. Tú no sabes actuar. Esta es la empresa de mi vida y nos hace falta una actriz profesional.

—Tonterías —dijo ella—. El mundo está lleno de actrices que saltaron a la fama de la noche a la mañana.

—No en esta telenovela —respondí—. El libreto lo escribí yo. Es mía. Tú no tienes nada. Desde que apareciste he tratado de descifrarte y aún no lo consigo. Lo único que has hecho es copiarme, no tienes identidad ni personalidad, tu voz y tu apariencia son imitaciones mías, eres un papel carbón y los papeles se rompen con solo doblar los dedos. ¿Qué crees? ¿Que el público no se va a dar cuenta de la diferencia? Vives a mi sombra, no estás hecha de carne y hueso. Por tus venas corre sangre de mentira. Tu cuerpo es una ficción inventada, un artefacto. Una construcción social.

Los hombres del casting tomaron sus lapiceros y empezaron a garrapatear sobre su notas, convencidos de que se trataba de una representación. Lo que no sabían era que aquellas líneas también formaban parte de *La mujer soviética*. La maquinaria intangible se echaba a andar en

silencio. Las piezas de mi rompecabezas interno encajaban en las esquinas de los espacios que, desnudos, se completaban a medida que las palabras salían de mi boca. Cuando estás acostumbrada a vivir en el futuro y te pasas la vida con un pie delante del otro, las acciones son inevitables y no hay manera de suspender la marcha. Es entonces cuando una se da cuenta de la doble moral del tiempo. Sin ir más lejos, las transmisiones en vivo suelen retrasar la señal por un segundo, en caso de que ocurran imprevistos. Como si al resto del mundo le gustara vivir desfasado, sin los privilegios de la audiencia que pudo verlo en vivo y en directo. En mi época, por ejemplo, los hippies se lanzaban a correr desnudos durante las ceremonias de premios, estaban convencidos de que serían capaces de detener una guerra con solo enseñar los genitales. Las que son adelantadas a su tiempo sabrán a lo que me refiero.

Mientras Sofía y yo nos destruíamos la una a la otra, mi inconsciente estaba escribiendo el capítulo final de la telenovela. La confrontación entre Judith y Rebeca, un calco, imitación de la imitación. Sofía captó de inmediato lo que ocurría. Mis palabras eran la señal en vivo. Ella, en cambio, estaba en una línea de tiempo distinta, con un segundo de retraso.

—Tú no puedes ser Judith —me dijo entonces—. La Judith de tu libreto tiene cuarenta años, tú tienes sesenta y nueve.

—Y tú tampoco puedes ser Rebeca —respondí—. Rebeca tiene veinte años, tú ya tienes cuarenta.

Sofía ni se inmutó.

—A la larga —siguió diciendo—, tendría más lógica que yo interpretara a Judith. Yo soy *la Mujer Soviética*. Yo estoy más cerca de esa edad y no a años luz como tú, va siendo hora de que lo entiendas. Tu tiempo ya pasó, se esfumó, tu carrera se consumió peor que los cimientos de los centros comerciales, a nadie le gusta ver un puñado de cenizas reavivándose una y otra vez, como las tuyas. En esta industria se fabrican ilusiones. Lo que se consume, lo que viaja a través de las ondas televisivas, es el reflejo. *Mi reflejo*. Y no tu cadáver.

El camarógrafo del casting nos estaba grabando. Por el rabillo del ojo vi la lucecilla roja encendida, parpadeante. El altercado habría de servirnos para el último capítulo de *La mujer soviética* en el que Judith, mi personaje, moría asesinada de una puñalada. *¿Qué pasaría si la protagonista muere en el último capítulo?* Como ya dije anteriormente, soy un cadáver profesional. Copiaríamos nuestra pelea de la primera a la última sílaba. Sin embargo, la maquinaria interna se detuvo cuando sentí una estocada en el hombro. El viejo dolor, el filo del puñal enterrándose en mi carne. La cabeza me dio vueltas y di un mal paso. Felipe tuvo que venir a sostenerme. Mi espalda se había humedecido, ¿habría vuelto a sangrar? Él me llevó del brazo hasta el otro lado de la oficina. Me ayudó a sentarme en una silla. Sofía se cruzó de brazos. De seguro creyó que yo estaba fingiendo. Los del casting dejaron de escribir y se quedaron con los lapiceros en el aire. Me miré los zapatos y luego cerré los ojos. El dolor había reactivado mi

furia. Recordé las palabras de mamá escritas en los renglones de la carta. *Cuando te quiebras, eres mejor actriz.*

Apreté la mano de Felipe y dije:

—Se queda la última chica, la pelirroja. Esa me gustó para Rebeca. Que producción se encargue de ubicarla. No hay nada más que añadir.

Sofía palideció.

—¡Pero si ni siquiera la escuchaste!

—Me da lo mismo.

—¡Yo lo hice mejor!

—Ninguna copia es mejor o peor que la original.

Me levanté de la silla.

—Señores, esto no es puesta en escena. Por favor, necesito que nos dejen a solas.

Felipe se encargó de conducirlos a la puerta. Los del casting juntaron sus papeles y, muy mansos, salieron en fila. Estaré esperándote al lado, dijo Felipe. El dolor seguía atacándome; pero, a pesar de todo, me mantuve en pie. Uno de los hombres había olvidado una cajetilla de cigarrillos en la mesa. Cogí uno y lo encendí. El humo del cigarrillo me bajó la presión, aunque me daba autoridad. Me acomodé la blusa, midiendo el terreno, enredando y desenredando el collar de perlas entre mis dedos. Las uñas pintadas de rojo jungla reflejaron el brillo de la ventana. Me acerqué a Sofía despacio. Le di una calada al cigarrillo y le boté el humo en la cara. Ella me sostuvo la mirada. Torció los labios, como para dejar en claro que estaba muy por encima de mí. Mira tú, pensé, recién te conozco.

—Si me buscaste después de todos estos años solo para que te diera un papel, estás muy equivocada. Los papeles no se regalan. Detrás de un personaje hay cientos de versiones, palabras corregidas, diálogos borrados, textos cambiados de lugar, dolores de espalda, dedos adormecidos, insomnio.

Ella se largó a reír. Yo no lo pensé dos veces.

Plaf.

Mis cinco dedos se estrellaron en su mejilla. Fue el mejor instante de mi vida. Era lo que debía haber hecho desde un principio, ganas no me habían faltado. Pero la cachetada no fue suficiente para hacerle voltear la cara. Parpadeó, incrédula. Su carcajada interrumpida aún retumbaba en el aire. Nos inundó un silencio teatral. Las sillas vacías observándonos como público invisible. Mis dedos se quedaron entumecidos, palpitando. Ella me miraba con los ojos tan abiertos que podía verle las órbitas, y aquello me embriagó de poder. No pude contenerme. *Plaf.* La segunda cachetada fue en su otra mejilla, con el dorso de mi mano, aunque me esforcé en aplicarle más fuerza. Esta vez ella sí bajó la mirada. Se acarició la barbilla y por fin me di por satisfecha, creí que iba a seguir resistiéndome. La había obligado a bajar la guardia. Fue un

primer triunfo, y en esos casos no hay más remedio que avanzar. Además, soy una mujer que vive en el futuro y el futuro queda al frente.

—Debí deshacerme de ti desde el principio. No sabes cuánto me arrepiento. Pensé que ibas a ser más lista. ¿O ya te olvidaste de que mientras tú vas, yo ya fui y vine? ¿Qué creíste? ¿Que me iba a encariñar contigo?

Sofía empezó a retroceder. Detrás de ella había una ventana abierta por la que se colaba el viento.

—Debí tomarme las infusiones de eucalipto —seguí diciendo—. Una vez, hasta intenté rodarme por las escaleras, pero tenía miedo de que me quedaran marcas en el rostro, iba a verme fatal delante de las cámaras, recuerda que mi rostro es mi instrumento. Crecías dentro de mí y sentía que me quitabas la vida. Absorbías mis alimentos como un parásito, un gusano intestinal que algunas se tragan para bajar de peso. En los últimos meses me conformé con la idea de que vinieras al mundo porque después hallaría la manera de hacerte desaparecer. Es muy fácil liquidar a un bebé. En la Segunda Guerra Mundial las madres los sumergían en la bañera para que no se murieran de hambre. Cuando los soldados invadían las ciudades, las madres sofocaban a sus hijos más pequeños poniéndoles una almohada en la boca para que no lloraran ni hicieran ruido, y para que nadie las atrapara en sus escondites. En los ochenta, después de Chernóbil, los médicos les practicaban cesáreas forzadas a las mujeres gestantes. En vez de hijos, las pobres parían monstruos de feria, a causa de la radiación. En mi caso, el eucalipto, el té de ruda y los trozos de canela no dieron resultado. Por eso decidí, como último recurso, que le echaría un poco de miel de abejas a la leche de tu primer biberón. La leche de fórmula es artificial, ficticia, en cambio las esporas y toxinas de la miel natural son letales para los niños menores de un año, aún no tienen las defensas tan desarrolladas. Muchas madres han elegido esta solución. Lo leí en un libro. Al final, si las descubren, siempre pueden decir que no lo sabían, que su intención era endulzar la leche de manera natural. Tú fuiste mi error más grande y jamás voy a dejar que te mueras después que yo. Ya enterré a un esposo, y estoy más que lista para enterrar a una hija.

Sofía volvió a reír. Traté de abofetearla, pero me sujetó del brazo.

—En un comienzo creí que no estabas loca, pero acabo de confirmarlo.

Cogí su mano para apartarla. Ella no me soltó.

—No voy a volver a llamarte mamá porque sé que no lo eres. Además, no tengo interés alguno en ser hija tuya. Y después te quejas de que la gente se olvidó de ti. Sigues sin entender por qué tu carrera se hundió, por qué te seguían dando esos papeles cortos. No eres actriz, no mereces llamarte como tal. Una actriz no permitiría eso jamás. En el mundo no pueden existir dos personas que se parezcan demasiado, y no voy a ser yo la que tenga que irse. Además, tu madre no fue quien me encontró.

—¿Cómo que no?

—Yo la encontré primero a ella. Yo ya había estado antes en Miami, muchas veces. La última vez fui para dejar que me viera de lejos, para que me reconociera. Encontré su dirección, no fue difícil, solo tuve que seguirla en un carro alquilado. La seguí durante una semana, poniéndome en su campo visual, hasta que una tarde me vio caminando por la playa. La carta que te mandó también la escribí yo.

—¡No mientas! ¡Era su letra!

Sonrió. Todavía me sostenía del brazo.

—Tu madre podrá haberla redactado, pero no te habría enviado nada si no me hubiese reconocido. Cuando la leí supe que mi plan había resultado. Seguramente me vio y le vino todo de golpe. Se sintió culpable y decidió escribirte. Ya puedes reencontrarte con ella, si es eso lo que quieres. Descuida, puedes morirte tranquila, ya tienes quién te reemplace. Es mentira que me sepa de memoria los dos papeles de *La mujer soviética*, me los conozco todos. Cada línea, cada escena. De niña me encerraba en mi cuarto a aprenderme diálogos de telenovelas tuyas para no tener que salir y verle la cara a Genoveva. Mi lugar no estaba en esa casa sino aquí, en tus zapatos. Y en el escenario solo hay espacio para una de las dos.

Yo logré soltarme. Mi otra mano buscó el camino de vuelta a su mejilla. Ella la frenó en el aire. Me sostuvo de las dos muñecas y me dio un empujón que me hizo caer de espaldas, tambaleándome. Sofía, de un salto, aterrizó encima de mí, las piernas separadas sobre mis brazos abiertos, inmovilizándome. Sus botas pisotearon las venas de mis muñecas. Miró hacia abajo y dejó caer un hilo de saliva.

—Si creíste que ibas a vencerme, estás muy equivocada.

No le respondí. Me quedé pensando en lo que había dicho. Era un discurso antiguo. La ambición de los seres humanos por complicarlo todo, a pesar de su ligereza a la hora de tomar las decisiones. Aquella angustia por pertenecer era la llave que movía las acciones del universo y no podía culparla. Yo, sin ir más lejos, me sentía famosa desde pequeña, incluso antes de saber lo que significaba la fama o de haber dicho mis primeras palabras.

—Conozco tu juego —le dije—, ser actriz no significa repetir diálogos como autómatas, sino también evitar que te roben los papeles. No eres la única que me he tenido que sacar de encima. Me di cuenta desde la primera noche. Te metías desnuda en la cama, te restregabas contra mí, me raspabas el estómago con los vellos de ese pubis horrendo que ni siquiera tuviste la delicadeza de afeitarte.

Ella levantó el pie para silenciarme. Ya no sonreía. Supuse que iba a enterrármelo en el cuello. Yo fui más rápida. Aproveché que se balanceaba y le asesté la suela del tacón entre las piernas. Sofía cayó hacia atrás, aullando. Esquivó la mesa del casting por un centímetro. Mierda. Si se hubiese roto la cabeza, otra sería la historia. Cuando quise levantarme, ella se lanzó sobre mí como una fiera y me jaló de los pelos, aunque, gracias al entrenamiento con Felipe, yo ya

estaba más que acostumbrada. Ella no tenía cómo saberlo, claro. Fue por eso que no lo vio venir. Mi mano se dirigió con velocidad hacia su rostro, los cinco dedos abiertos, extendidos, temerarios. Al comienzo pensé en hundírselos en los ojos, dejarla ciega, pero vaciar los globos oculares no es tan sencillo como parece. Cambié de opinión. Años después seguiría sintiéndome orgullosa de mi decisión. Mis cinco dedos la alcanzaron en la mejilla. Los clavé en su piel y con la misma fuerza los moví de arriba a abajo, abriendo fisuras en sus músculos, y ella, por sus gritos y por la desesperación, no alcanzó a reaccionar, su cuerpo se había paralizado encima del mío. Me la saqué de encima. Ella se sujetaba la cara, la hemorragia estallando bajo sus dedos. Yo gateé hasta la mesa, cogí un lapicero y lo hundí en el lugar donde un segundo antes habían estado mis uñas. No por sadismo, sino porque quería asegurarme de que le quedaran marcas. Ella se dejó hacer. Se limitó a patear, llorando, sin defenderse.

—Tenías razón. No mereces llamarte hija mía.

Ella dio un grito que me obligó a retroceder. Por poco y me estallan los oídos. La vi ponerse de pie, su mano puesta en la herida. Luego se miró los dedos embarrados de sangre, como para convencerse de que no soñaba.

—El daño te lo hiciste tú misma —le dije—. Toda tu puesta en escena fue por gusto. Jamás ibas a conseguir ningún papel, ¿o acaso te olvidaste de que tengo la aprobación del casting? La última palabra es mía. Siempre fue y será mía.

Ella empezó a tirarme las cosas que encontró en el escritorio. Engrapadores, pisapapeles, perforadores de metal. Los retratos de las paredes vibraron en su sitio. Llegado el momento, tuve que moverme hacia un lado. Un frasco de tinta voló sobre mi hombro y se hizo añicos contra un cartel publicitario de *Coral*. La cara de Grecia Colmenares desapareció, escondida tras una mancha de tinta negra. Sobre la mancha, al costado de mi fotografía de Virginia Lezcano que había quedado intacta, se interpuso la cabeza de Sofía, húmeda de sudor, casi sin aliento, enloquecida, sus ojos a punto de saltar hacia afuera. Recogí la cajetilla de cigarrillos, encendí uno y me senté a fumarlo, cruzada de piernas, observándola, recibiendo los insultos y los objetos que me arrojaba. A pesar de sus gritos, yo mantuve la calma. Esperé a que se le acabaran las fuerzas. Era natural, yo también había sido joven y había tenido esos mismos arranques. También fui más inteligente. Cuando tomó el cortaplumas, yo tiré el cigarrillo, saqué el celular y empecé a grabarla.

Felipe abrió la puerta, alarmado por los gritos. Se acercó a ayudar a Sofía, pero ella cruzó por su lado y huyó, cubriéndose la mejilla con el pelo. Se fue corriendo, abriéndose paso entre los trabajadores que estaban en el corredor.

—¿Estás bien?

—Necesito que le pongas una orden de restricción. Sé que va a regresar.

Me asomé a la ventana. Abajo, una multitud de amas de casa se había reunido a la entrada de

Teleprisma, al pie de la vereda, sosteniendo fotos y carteles de *La marginal*. Los escuché pronunciar mi nombre. Jac-que-line. Jac-que-line. Al ver salir a Sofía se echaron sobre ella, creyendo que se trataba de mí. Ella se limpió la sangre en el pantalón, mirando las fotos de los carteles, cuidándose de esconder la cicatriz. Se formó un círculo a su alrededor. Empujó a un par de señoras y no dejó de correr hasta perderse hacia el final de la calle.

Felipe levantó las sillas y los objetos regados por el suelo. Le dije que mi decisión ya estaba tomada. La chica, la pelirroja, quien quiera que fuera, interpretaría a Rebeca. El nombre de la actriz no me importaba, eso era lo de menos; esta noche festejaremos la noticia, *darling*. Él frunció el ceño, extrañado de que le hubiese dicho *darling*. No bromeo, yo prepararé la cena, déjalo todo en mis manos, ¿o piensas que no sé cocinar? El dolor en la espalda fue una advertencia de que debíamos grabar el primer capítulo cuanto antes. Teníamos poco tiempo, la maquinaria remolcaba las piezas rumbo al último círculo del sistema.

—Otra cosa. Vamos a empezar por el final.

—¿El final?

—La muerte de la Mujer Soviética. Esa será la primera escena. El resto de la telenovela será un *flashback*.

Después escogí tres lapiceros del escritorio y bajé a firmar autógrafos.

XVI

Señora del destino

Al principio, lo sostuve entre mis manos por encima de la tabla de picar. Solo quería medir las dimensiones. Felipe aún respiraba, un metro más abajo. Después lo corté y me di cuenta de que había arrancado un pedazo más largo del que necesitaba. Él dejó escapar un grito. Me dio lo mismo. Seguí cortándolo en rebanadas de igual tamaño. A mi derecha hervía la olla colmada de fideos. Eché los pedazos en la olla y revolví las verduras y los fideos que previamente había escurrido en el lavadero. Agregué sal, pimienta, comino, un trocito de ajo. Las cebollas tampoco consiguieron hacerme llorar. Y tampoco es que fuera un plato muy complicado, no, no. Era una de esas sopas en las que solo había que agregar cosas y cocinarlas a fuego lento. Recordé que habían pasado cuarenta años, la edad de Sofía, desde la última vez que me había animado a cocinar. Lo hice para su padre, para impresionarlo. Esta vez, sin embargo, me vinieron los ingredientes a la mente sin tener que consultar la receta en internet. Como los diálogos de telenovelas antiguas que de pronto me regresaban íntegros y los repetía frente al espejo. El rostro de Sofía no había vuelto a materializarse, pero el dolor en la espalda me recordó que pronto volveríamos a vernos.

Debajo de mí, Felipe estaba desnudo, boca abajo. Con las justas se movía. Solo para decir sí o no, o para quejarse. Desnudo es mucho decir, solo tenía puestos los calzoncillos. Me sorprendió su iniciativa. En cierto modo me lo esperaba. Me había dado señas desde el día en que lo conocí. Su obstinación, su agresividad, su ingenuidad casi infantil a la hora de abordar los problemas. Quizá por eso era el único que se llevaba bien con Teo. Tampoco habíamos vuelto a saber de él, y era mejor no mencionarlo en voz alta, como el asunto del terrorismo. El caso es que Felipe me sorprendió y él mismo se había sacado la ropa. Cuando lo vi desnudo me arrepentí de no haberlo seducido antes. Su olor a lavanda era sofocante, mucho más que el aroma de las hierbas, de las especias y de la sopa hirviendo. Terminé de cortar y subí la intensidad del fuego. Felipe se quejó. Ya no queda más apio, le dije. No importa, respondió. Hagas lo que hagas, quédate ahí.

Estaba parada encima de su espalda. Cuarenta minutos atrás, a la hora de abrirme la puerta de su apartamento, me había entregado una caja de zapatos. Son de tu número, me dijo, sonriendo, antes de saludarme. Póntelos, luego te explico lo que tienes que hacer. El bar está a tu izquierda; la cocina, a tu derecha. *¿Lo que tienes que hacer?*, me pregunté. Hasta donde recordaba, habíamos quedado en que cenaríamos juntos en su casa, con el pretexto de conocerla y estar a

solas. Él me suplicó que no trajera nada. El apartamento estaba a oscuras. Yo había traído una botella de Malbec y la puse sobre la mesa. Lo primero que me impresionó fue la vista espectacular de las luces de la ciudad. Felipe había comprado un terreno en Cieneguilla y no se le había ocurrido mejor idea que mandar a construirse una suerte de apartamento/fortaleza en un cerro que encallaba en su propiedad. Había que subir por un ascensor. Al término de la subida, había una cueva con paredes cubiertas de ladrillos rústicos y un patio trasero hacia el fondo, desde el que se veía una piscina iluminada por fluorescentes de neón. El apartamento, a pesar de ser fastuoso, solo poseía una habitación. La cocina, el comedor, la sala y el estudio formaban un ambiente. El baño a un costado y una terraza pequeña subiendo por unas escaleras. En el estudio, un escritorio armado sobre la base de un cañón antiguo de guerra. Tejidos precolombinos colgaban de las paredes, y también había una colección de ceramios preincas alineados en una vitrina. Una melodía horrenda de saxofón salía por los parlantes del techo, música de película erótica de serie B. Las velas terminaban de darle el toque exótico, mitad *loft* y mitad catacumba. Felipe se sacó los zapatos y empezó a desabotonarse la camisa. Me ordenó que me dejara los tacones puestos. En seguida me dio la vuelta y me cogió del pelo. *¿Por qué la prisa?* No quería despedirme de él sin antes degustar su cuerpo. Sin embargo, a él le gustaba así. A la fuerza. Los hombres, cuando se acostumbran a algo, después no hay quien pueda cambiarlos, por más enamorados que estén. Yo volví a interpretar mi papel. Di un grito (falso) de dolor y él, para mi sorpresa, me giró el rostro y me besó en la boca. Besaba bien. Los labios entreabiertos, la cantidad justa de lengua, el aliento fresco, que es lo primordial. Fresco y sin perfumes, sin mentitas ni esas cosas de maricones. Lo besé de vuelta. Él me acarició los senos. La mayoría te asaltan y de inmediato te ponen la mano entre las piernas, como si una fuese a lubricar todo el tiempo. A la larga es mejor, porque así una se saca la idea de encima, ambos ya sabíamos a lo que íbamos; al menos, con mis amantes era así, tenía que estar lista de antemano. Cuando yo empezaba a entusiasmarme, él me soltó. Se quitó la camisa y se bajó el pantalón. Qué carajos. Allá tienes la cocina, me dijo, conviene que comamos primero porque tengo hambre. Lo que dijo a continuación me sorprendió más que el apartamento y la situación en sí:

—Ponte los zapatos que te regalé. Luego quiero que te pares encima de mí.

Me quedé patitiesa. Él me dio la espalda y entonces vi las cicatrices. Un millón de costras del mismo tamaño, cicatrices en forma de puntitos, las marcas de los tacones de aguja. Acomodó su ropa en la silla y le vi las nalgas. Bonitas, pequeñas, redondas. Hay que saber apreciarlas. A algunos hombres les encanta que les hagan el beso negro. A mí me repugna. Claro, antes tienen que estar bien aseados. Yo, que me había pasado la vida levantándome a las cinco de la mañana para después pasarme horas y horas sentada escuchando las historias que me contaban los maquilladores, ya sabía todo al respecto. Admiraban los culos de los hombres heterosexuales. Qué lindos, solían decir, tenerlos así de formaditos, cerraditos. No como esas anfibias que

cabalgan de sol a sombra y luego terminan abiertas, deformadas, con hemorroides, sus nalgas en forma de paréntesis en lugar de chocar una con otra en línea vertical, un horror. De modo que allí estaba yo, preparando la cena y Felipe bajo mis tacones, gruñendo no sé si de dolor o de placer o de las dos cosas. El mundo no acababa de asombrarme.

—Tengo que sacar la olla del fuego —insistí—. Debo moverme.

—No, no —dijo él, su voz agudísima, irreconocible.

—Felipe —le advertí—, esto va a explotar y luego ardemos los dos acá adentro, prefiero cualquier cosa antes que morir carbonizada.

—Espera, espera, espera.

Yo no le hice caso y apagué la hornilla. Felipe se puso a aullar. Me alarmé, creyendo que le había perforado la espina dorsal. No te mueras, pensé, todavía no es momento, aún no acabo contigo. Él convulsionó, puso los ojos en blanco y suspiró largamente. Me aparté y me puse de rodillas a su lado. Él respiraba despacio, los párpados cerrados. ¿Se había quedado dormido? Al rato reaccionó. Se dio la vuelta y se sentó en el piso. Tenía una mancha en los pantalones. Se los sacó. Su pene era largo como sus brazos, la punta en forma de hongo, los testículos grandes, colgando de sendas bolsas de piel. El prepucio aún dejaba escapar unas gotas de esperma. Había eyaculado sin siquiera tocarse.

—Lo siento. Esto solo ocurre en casos especiales. Lo has hecho muy bien. Terminando de comer nos vamos a la cama.

Se secó con el secador de platos y volvió a ponerse los pantalones. Yo me incorporé y serví dos platos de sopa. Él se retorció de dolor unos segundos, comprimiendo los labios, y se tragó una píldora minúscula.

—Tengo prostatitis crónica —me explicó—, una enfermedad de viejo. No solo me duelen las bolas después de eyacular, sino también el estómago, el hueso del pubis, todas esas partes de por ahí. No se lo deseo a nadie, y no me mires así que no es una enfermedad venérea, ya te dije, es una molestia que voy a sentir hasta el día en que me muera y no pueden hacer nada para curarme.

Abrió la botella de Malbec y puso las cucharas, las copas y las servilletas en la mesa. Yo me encargué de remover los platos. Nos sentamos uno frente al otro. Además de las velas que nos rodeaban, encendió un candelabro de plata, que al principio confundí con un adorno. Parecía que celebrábamos algún velorio. Yo, la verdad, sabía muy poco acerca de los ritos de la muerte. Sin embargo, las velas me hicieron sospechar. Si se cae alguna, pensé, esto se quemará al instante. Nos convertiremos en una antorcha humana. Para cuando lleguen los bomberos y terminen de subir todo este cerro, ya hace rato que nos habremos quemado vivos.

Las velas lo hacían ver más guapo. Su mirada tenía un cierto resplandor felino. Examiné cada uno de sus movimientos para no perderlo de vista. Se metió la cuchara a la boca. Masticó, saboreó, aprobó. Tomó un sorbo del Malbec. Muy rico, muy rico. Sonreí y le di vueltas a la sopa

con mi cuchara. Sus ojos de lunático se revolvían en sus órbitas, sin cesar, como los de un niño. Eso era. Su sensibilidad infantil me incendiaba el vientre. Y tampoco es que yo tenga fantasías incestuosas, no señor. Él seguía recordándome a Arístides, sobre todo en las facciones, en la quijada, en el cuello grueso y firme. Me dijo que no había necesidad de poner una orden de restricción contra Sofía. Por si acaso, había aumentado el personal de seguridad en la puerta del canal y en el estudio.

—Jamás deberías haberla dejado entrar en la casa —me dijo—, y mira que te lo advertí. A mí esas historias de reencuentros familiares me tienen sin cuidado. Tú eres única, no hay más vueltas que darle a ese asunto.

Siguió masticando, saboreando, aprobando. Su camisa entreabierta dejaba ver el comienzo de su cicatriz.

—¿Cómo te la hiciste? —pregunté.

—Un accidente de avión.

—Qué curioso, mi esposo murió en la tragedia de...

—Del Faucett, por supuesto que lo sé.

Levantó la mirada, la cuchara en el aire. Tragué saliva.

—¿Y cómo así te accidentaste? —volví a preguntar.

Él se terminó el vino.

—Un aterrizaje forzoso cuando fui a conocer las líneas de Nazca, ¿por?

Empecé a ponerme nerviosa y acerqué la botella.

—¿Más vino?

—Claro. ¿Y tú no comes?

Me alcanzó su copa. Se la serví hasta el tope, temblando.

—No, no tengo hambre. Me gusta verte comer. Anda, tómatela.

Él la sostuvo y me echó una mirada fulminante.

—¿Por qué tantas preguntas?

—Y, pues, no sé. Nunca me habías contado nada sobre ti.

—¿Ah, sí? Creí que no te interesaba.

—Para nada. Al contrario. ¿Te gusta el vino? No sabía si traer blanco o tinto.

Él siguió mirándome. Luego observó la copa, la olió, aprobó. ¿Sospecharía algo? Mierda, mierda, mierda. Le dio otro sorbo sin quitarme los ojos de encima.

—El vino está perfecto.

Queda poco tiempo, pensé. Vamos, tómatela más rápido, carajo, tómatela. Él la puso en la mesa. Tosió. Eructó. Se abanicó la cara con la mano y se desabotonó la camisa hasta abajo.

—¿Hace calor aquí o me parece?

—Yo estoy bien. Corre viento, diría yo. Por cierto, Alex me contó que estabas enamorado de

mí desde niño. ¿Es cierto?

Él no respondió. Continuó abanicándose y le dije que tomara más vino, el vino es refrescante, por si acaso. Él movió la cabeza. Cogió la cuchara y miró el plato. Mierda. Come, come, se va a enfriar, le supliqué. No es momento de hablar de Alex, dijo, con una pizca de mal humor. Se sacó la camisa de un zarpazo. Yo tuve ganas de tirar la mesa hacia un lado, como en las películas, y de sentarme en sus rodillas, frente a frente, antes de que fuera demasiado tarde.

—Esta sopa es una receta rusa —dije yo—. En la Segunda Guerra Mundial no había otra cosa qué comer y metían lo que encontraban en una olla, hasta roedores, insectos.

—¡Eso es mentira! —exclamó y se paró de la mesa—. No sé qué me pasa, creo que estoy un poco mareado.

Se sentó en el sillón. Yo corrí a sentarme a su lado.

—No es mentira. Lo leí en un libro. También leí que lo de la Mujer Soviética es mentira.

Él se quedó callado, cabizbajo, mirando el suelo.

—Tengo náuseas.

—Lo sé todo —le susurré al oído.

Se acostó en mis piernas. Le acaricié la cabeza y seguí hablando.

—Lo del *New York Times* también fue mentira, Felipe, hasta ahora no puedo creer cómo llegué a creer todo lo que me decías. Los golpes, lo de mi madre, ese pobre chico que mataron en el aeropuerto. Tus mensajes en el celular, no soy ninguna tonta. No sé en qué líos estarás metido, pero por tu culpa se llevaron a Teo.

Se incorporó de golpe.

—¡No fui yo! Traté de impedirlo, ¡eso no estaba en el acuerdo!

—¿Qué acuerdo?

—Los rusos, el... No, no puedo hablar de esto.

—¿Y entonces quién se lo llevó?

Se secó el sudor de la frente. Yo le acariciaba la pierna. No sé, no sé, gimoteó, cubriéndose la cara. Sonreí. Lo de Teo había puesto las cosas en su punto, jamás pensé que podría afectarle tanto. Le dije que no se preocupara, que el niño ya iba a aparecer. Él no estaba muy convencido. Mencionó a Alex. Los de la policía lo señalaban a él como autor de secuestro, una locura, y solo porque les había contado lo del libro de tapa roja. ¿El libro de tapa roja? Un libro sobre comunismo, dijo él, cosas de terruco. Según Teo, lo había encontrado en el estudio, o se lo había regalado su amigo imaginario, el de las paredes, pero eso no les había parecido sospechoso, la mayoría de niños de su edad tienen amigos imaginarios, sobre todo cuando vienen de familias raras, o tienen algún trauma infantil, que para tal caso es igual. Los policías se le habían venido encima a Alex porque no había podido recordar el nombre.

—*Historia del pensamiento comunista* —dije, y le enseñé mi sonrisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues, porque yo se lo di.

Felipe se puso de pie, aferrándose al espaldar del sofá. No pudo dar otro paso más. Lo empujé. Él se tambaleó y alcanzó a sentarse en la silla del comedor.

—Fue la primera parte de mi plan. Quería vengarme de todos ustedes. Ese libro apareció en un cajón de la cómoda, allí donde guardaba mis cosméticos. Ya había escuchado acerca de los niños desaparecidos y Teo me había contado de su amigo imaginario, alguna conexión tenía que haber. Por eso se lo di y no me arrepiento. Además, Felipe, por favor, seamos honestos. Un niño criado por un fenómeno no podía llegar tan lejos, ¿o acaso crees que...?

Su bofetada no tuvo la fuerza de los días anteriores. Aunque bastó para cerrarme la boca y para reavivar mi fuego interno. Eso ahora no importa, nos tenemos el uno al otro, le dije. Me desabotoné la blusa y me quité el broche del sostén. Tomé una de sus manos sudorosas y la puse sobre mi seno derecho. Él palpó, acarició, apretó, pero no me miró.

—Nunca soporté a las mujeres como tú —dijo él, escupiendo sus palabras—. Tirándose encima de los hombres, ejerciendo ese poder que creen poseer. Me dabas asco. Sé muy bien lo que hacías en Miami. Desperdiciaste tu carrera. Te abandonaste al placer como si fueras una vagabunda, como si tuvieses ese derecho. Yo te saqué de ese mundo. Te traje aquí, te rescaté de entre los fantasmas.

—No hablemos más de eso, *darling*. Ven, vamos al cuarto.

Lo conduje a través de las tinieblas. Recordé los cientos de veces en que los amantes que pescaba en el aeropuerto me llevaron del brazo hacia los hoteles de la periferia. No hacía falta ser muy lista para memorizarme los interiores. Por dentro son todos iguales. Por ejemplo, un Hilton, un Best Western, un Four Seasons o un Marriot tienen las mismas plantas, cuadros y muebles en cualquier parte del mundo, ya sea en Caracas, Moscú o Abu Dabi. Por eso los huéspedes con alzhéimer confundían las ciudades en las que se alojaban. Era como calcar sus propias memorias en trozos de papel carbón. Le dije a Felipe que nos amaríamos a oscuras. En los hoteles yo apagaba o encendía las lámparas que resaltaban los contornos de mi silueta. Además de actriz, era directora de fotografía. Había ocasiones en que no llegábamos a desnudarnos del todo. La verdad es que yo había dejado de necesitarlo. Me penetraban de frente o de espaldas. Mi vestido enrollado hasta la cintura, mi ropa interior hecha un guiñapo alrededor de mis tobillos. Ellos se quedaban con los pantalones en las rodillas. Me sujetaban de los hombros para tener mayor acople. Lo hacíamos en la cama o al borde de la ventana. O sobre el escritorio, infaltable en los hoteles de cinco estrellas. Dudo que algún huésped los haya utilizado nunca, salvo para eso. Perdónenme por ser tan directa. A los hombres no podemos decirles abiertamente que disfrutamos del sexo. Y ojo que solo estoy describiéndoles la primera parte del polvo. En la segunda, la que más me interesaba, yo tomaba el control. Mi rol en el universo era ser la

protagonista, tanto en las telenovelas como en el dormitorio. Tan pronto ellos lanzaban el primer gemido, apenas los sentía alcanzar su máxima tensión bajo mi vientre, me montaba encima. Así podría graduar yo misma el vaivén de la arremetida.

Felipe se desplomó boca arriba en el colchón.

—¿Qué le has echado al vino? —preguntó.

Le bajé la ropa interior. Su erección estaba a medias, pero algo podría hacerse. Empecé a succionar. Él gemía agarrándose del pelo, intentando tirar mi cabeza hacia atrás, señal de que le gustaba. Lo humedecí de la punta a la base, y tampoco es que me gustara hacerlo. Nunca llegué a disfrutarlo, es raro meterse un pedazo de carne a la boca, por más excitada que esté. Los hombres se quejan siempre del tamaño y que tal cosa, pero a la larga los penes pequeños son más fáciles de absorberse. Pequeños hasta cierto punto, quiero decir. Los asiáticos me tienen sin cuidado. Cuando lo sentí rígido me aparté. Me desnudé despacio, él se masturbaba en silencio. *Está enamorado de ti desde niño*. La expectativa era alta. Yo solo estaba allí, en ese apartamento, para vengarme. Me recosté sobre las almohadas y abrí las piernas. Ven, no puedo esperar más, ven, le dije, fingiendo mi deseo. Él, voluntarioso, me hizo caso. Se montó sobre mí, frente a frente, sujetándose el pene como si estuviera orgulloso de tenerlo, como si hubiese algo de qué alardear. Métemelo, vamos, métemelo, lo sujeté de la punta y le hice recorrer el borde de mis glúteos. Felipe gimió enloquecido, extraviado. Abrí más las piernas, tomé su pene y le dije ahí, ahí, empuja, empuja, yo no estoy lista aún pero lo estaré pronto, empuja con fuerza y si puedes toma impulso, así me gusta, mira, y le dije cómo hacerlo. Él obedeció. Abrió las piernas, se acucilló.

¡Vamos! ¡Ahora!

Él descendió hacia mí con un gruñido. Yo lo cogí de los hombros y esperé hasta el último segundo para apartarme. Había practicado ese movimiento muchas veces, a solas, una hora antes. Me moví de un saltito, unos tres centímetros a la derecha, sujetándolo de los hombros, impulsándolo hacia mí. Su pene se estrelló en la parte anterior de mi fémur, en un ángulo a centímetros del glúteo. Se estrelló y sentí algo líquido, su hinchazón partida por la mitad. Sus gritos le quebraron la garganta. En el acto me levanté de la cama. Me cubrí con mi ropa y encendí la luz. Su pene seguía hinchado, amoratado, colgando anormalmente de un extremo hacia abajo, el otro extremo todavía erecto, adherido a su pubis, la sangre escapándose del prepucio. Esta vez fui yo quien lo cogí de los pelos.

—Es mi cuerpo, no el tuyo. Yo no soy de nadie. Ahora voy a llamar a Emergencias, pero tú no les dirás nada. Tienes tiempo de sobra para recuperarte. Y alégrate, en unos días vamos a grabar la mejor *performance* de mi vida.

XVI

La mujer soviética

Genoveva declaró a la Policía, cinco horas después del crimen, que había visto a Sofía subiendo las escaleras luego del almuerzo, rumbo a su habitación. Fue la última vez que la vio. A mediodía habían almorzado un guiso de alcachofas que su hija con las justas había tocado, y la dejó sentada a la mesa para irse a contestar el teléfono. Todos los días recibían al menos una docena de llamadas. El teléfono empezaba a sonar a las siete de la mañana. Genoveva había considerado cambiar el número. Para entonces, ya se había hecho pública la filiación de Sofía. La llamaban para proponerle alguna entrevista o declaración, aunque a esas alturas Genoveva había aprendido a colgar apenas detectaba las voces desconocidas. Para ella había sido una bendición volver a recibir a su hija. Tampoco le había hecho ninguna pregunta. Las madres siempre saben, rezaba el dicho popular, y ella se imaginó lo que había ocurrido con solo verla. Por eso, cuando ella apareció en la puerta, ensangrentada y con la mitad de la cara escondida tras una cortina de pelo, no la abrazó. Ni siquiera alcanzó a ver la herida que se cubría con la mano. Se tragó su emoción y cargó la maleta de vuelta a su cuarto. La misma con la que había salido unos meses atrás, sin avisarle de que se iba. Se sintió revitalizada. Le preparó un baño en la tina y le dijo que iba a pintar la casa por dentro y por fuera, movida por un inusual espíritu de renovación. Sofía tardó semana y media en decir una palabra. Cuando lo hizo, fue para preguntarle qué día era. Eso a su madre le daba igual. Tenerla en la habitación, aunque estuviera encerrada y sin ganas de ver a nadie, era como una droga.

Las labores comenzaron al día siguiente de la llegada de Sofía. Genoveva exigió a los trabajadores que empezaran a las once de la mañana, para no molestar a su hija. Los hombres limpiaron las ventanas, enceraron los pisos, lavaron las alfombras, bruñeron los pasamanos de la escalera y plantaron nuevas flores en el jardín. Nunca le preguntó a Sofía qué le parecían los cambios. Cada vez que ella bajaba a comer, se limitaba a señalarle algo nuevo y le decía mira qué bonito. Y luego se quedaban en silencio, con el mira qué bonito aún flotando en el aire. Mientras comían, le contaba los planes de cambiar los cuadros. Quería visitar galerías para darse una idea. Y hasta podríamos poner una escultura en el jardín, ¿no? Pero Sofía no opinaba. Una que otra tarde se sentaba a ver la televisión con su madre. Ese fue el único error de Genoveva. Distraída por el retorno, se ponía a pensar si realmente era víctima del síndrome de Münchhausen por poder. No le había puesto atención a las noticias. Más incendios, más niños desaparecidos.

Entre bloque y bloque, asomaban los comerciales de los candidatos a la presidencia. Faltaban unos cuantos meses para las elecciones. A pesar de ello, ya se rumoreaba quién iba a ganar. La totalidad de los comerciales estaban abarrotados por el rostro del expresidente recién salido de la cárcel. No había espacio para nadie más. El expresidente había pasado por el quirófano y lucía más joven, a pesar de que hacía unos años había posteado *selfies* desde su cama de hospital en Twitter, flaco como un cadáver, anunciando que estaba al borde de la muerte. En el noticiero también dijeron que las grabaciones de la esperada telenovela *La mujer soviética* se iniciarían aquella semana.

Esa tarde, Genoveva regresó al comedor y encontró el plato de Sofía intacto. Se asomó a la sala. Vio las piernas de Sofía terminando de subir los últimos peldaños de la escalera. Arrastraba los pies. Ella bajó al poco rato, cuando Genoveva estaba de espaldas, con la laptop en la mesa de la cocina. Visitaba páginas médicas, buscando las mejores opciones de cirujanos plásticos. La cara operadísima del expresidente le había recordado que algo podría hacerse con la horrenda cicatriz que su hija tenía en la cara. Escuchó sus pasos (¡se había puesto tacones!) y luego la puerta abriéndose.

—¿A dónde vas?

De haber sabido que no volvería a verla, al menos habría volteado para quedarse con aquel último vistazo. Algo con qué evocarla. Sin embargo, estaba anotando el teléfono de una clínica en Suiza y la tinta del lapicero se agotó a mitad del número. El lapicero era nuevo. No lo interpretó como un mal augurio. Tampoco se le ocurrió despedirse de ella.

Sofía, por su parte, había subido a maquillarse y cambiarse de ropa. Se bañaba cada tres días. Justamente, se había bañado el día anterior. Le aterraba mirarse al espejo, no quería ver la cicatriz. Las marcas de mis cinco dedos ya habían cicatrizado. Pero la más profunda, la que le hice con el lapicero, continuaba abierta. Había requerido siete puntos. Sofía pensó que cuando se los sacaran, la cicatriz iba a tener forma de labios vaginales. Genoveva le hablaba con entusiasmo de cirugías reconstructivas, aunque ella tenía otras cosas en mente. La primera de todas iba a suceder aquel día. Por fortuna, todavía tenía el pase de seguridad que en su momento le había entregado Felipe. Jamás se lo había puesto porque los vigilantes la reconocían al instante. Tartamudeaban un «señorita Metalius» que después corregían, avergonzados, al darse cuenta de que no era yo. La dejaban entrar sin más. Se ahorran las caras de extrañeza, o de comentar que el mundo se había vuelto loco, que la reina del drama encontró la máquina del tiempo, que regresó al pasado o que descubrió la pócima de la eterna juventud. Huevadas, susurró ella, aplicándose la primera capa de maquillaje. Ahora van a ver quién soy. Se maquilló con discreción, eso sí. Nada de párpados exagerados, de ojos de venado, de pestañas postizas o de rubor de puta francesa. Ahora que ya no iba a actuar en la telenovela, hasta había considerado cortarse el pelo como Genoveva. Sin embargo, no iba a tener cómo cubrirse la cara. Las

pañoletas también habían pasado de moda. Por si no lo recuerdan, yo ya había utilizado una pañoleta alrededor de la cabeza, cuando interpreté a la protagonista de *La mansión que yo robé*, en 1988. Para Sofía era una mala broma. Lo último que quería era parecerse a mí. El único modo de seguir viviendo era sacándome del camino.

Se había vestido como siempre. Unos jeans desteñidos y una blusa simple. Cambió las botas militares por tacones. Cuando estuvo lista, entró al cuarto de Genoveva. Escogió un bolso grande y moderno, color naranja, y metió en él un par de zapatillas, para poder huir más ligero. Sabía que iban a perseguirla. Metió también una blusa extra, por si le salpicaba la sangre. Después, en el corredor, se llevó un puñal de la colección de su padre adoptivo, a quien no había conocido. Según le contó su madre, el hombre tenía predilección por las armas de caza y originalmente se habían mudado a La Molina para poder estar más cerca de hábitats naturales. Bajó las escaleras procurando hacer el menor ruido posible. Genoveva igual la escuchó. La vio de espaldas sin tomarle atención. Antes de salir, se preguntó qué barrera inmaterial le había impedido acercarse a ella. Quizá había heredado mi frialdad de sentimientos. Sea como fuere, salió de la casa. En la puerta sacó el celular y llamó a un Uber. No iba a recorrer muchas cuadras, pero tampoco tenía costumbre de usar tacones.

Al llegar, se encontró con una multitud en la puerta del chalet/estudio. Eran más los periodistas que los curiosos. Llegó al mismo tiempo que un taxi amarillo que aparcó en la misma verja. Los vigilantes de la garita se acercaron al carro e intentaron apartar a la gente. Del taxi bajó una mujer extraña, flaquísima, consumida. Una anciana vestida con un conjuntito estrecho, rosado, de botones negros. ¿Era un Chanel? Por un momento la confundió conmigo. Se preguntó cómo era posible que yo hubiese envejecido tanto en tan solo unas semanas. Luego se dio cuenta de que no era yo, por supuesto, aunque se quedó con la idea en la cabeza. La mujer tenía mis mismas facciones, escondidas tras las arrugas y la piel cubierta de lunares. Sus pómulos estaban caídos y hasta había intentado maquillarse. Los vigilantes la ayudaron a bajar, uno de ellos le dejó apoyarse en su brazo. El otro cogió su bolso del taxi y cargó un tubo de oxígeno con rueditas, conectado por una sonda a la nariz de la anciana. Ella le agradeció y le dio un ataque de tos. Se demoraron tres minutos en cruzar el jardín, la anciana caminaba muy despacio. Sofía aprovechó la confusión. Se puso unas gafas de sol y avanzó por la multitud. Uno de los vigilantes quiso impedirle el paso. Ella siguió caminando de largo, y le mostró el pase de seguridad. En ese instante, la anciana volvió a toser y el vigilante se distrajo por un segundo. Sofía siguió caminando. Avanzó por la derecha, hacia el garaje y el estudio del patio trasero. Una vez dentro, se escondió en uno de los camerinos.

Yo recibí a la doctora Amelia en la puerta de la sala y no vi pasar a Sofía. Le di dos besos en las mejillas y le mostré los interiores del chalet. La doctora observaba todo, maravillada. Ten cuidado con la ficción, me dijo. Los seres humanos podemos manipular la realidad, el tiempo, la

imitación, aunque debemos someternos a las consecuencias. Así es, dije yo, pegándome a la pared. Hice espacio para que los carpinteros cruzaran llevando una escalera. Le daban los últimos retoques al decorado. El asistente de Dirección caminaba con una tablet colgada del cuello. En la tablet, bajo su barbilla, estaba la cara pixeleada de Felipe. Aún guardaba reposo en el hospital. Había exigido estar presente en las grabaciones, de alguna manera. No se les ocurrió mejor idea que hacerlo participar a través de Skype. Ese día íbamos a grabar la primera escena de *La mujer soviética*. Es decir, mi muerte. Yo ya tenía mis líneas más que memorizadas. No eran tantas, solo media hoja de diálogo. La escena abre con un monólogo, le expliqué a la doctora, la protagonista es asesinada, así empieza la telenovela. No sé si ella me escuchó. Miraba la luna de mentira que aparecía tras la ventana. En verdad es mágico esto de la ficción, dijo ella. Quiso saber si íbamos a ensayar.

—Yo no creo en los ensayos. Hacemos una primera pasada para probar las posiciones y los ángulos, pero prefiero que mi actuación salga de modo natural. No sé si vio usted mi participación en *Amor en el arenal*. El público me sigue aplaudiendo.

Siempre encontraba la manera de hablar de mis logros sin que pareciera que los restregaba en la cara del resto. Muchos dicen que el arte es una manera de canalizar el ego del autor. Puede ser cierto. Bueno, yo solo diré que el orgullo no tiene nada de malo, al contrario. Los logros están ahí por algo, nadie se atreve a comentar sus fracasos, excepto los gurús de superación personal. A la larga elaboran discursos sobre el fracaso para vender más libros de autoayuda, cuando son ellos los más fracasados sobre la tierra. Al final, el público, las masas, nunca hablan del producto, sino del autor. Nombran el apellido del autor en lugar del título de su obra, eso ha sido así desde que el mundo es mundo. Los monumentos más famosos del planeta son representaciones de los genitales de los arquitectos que los diseñaron. Todos hombres, por supuesto.

—Los ensayos son fundamentales —respondió la doctora. Yo le ayudaba a arrastrar el tubo de oxígeno—. La primera vez es un ensayo que contará para toda la vida, se instaura una conducta, un patrón que será repetido en el futuro. De él depende lo que se haga después. Delimitas las barreras y ya sabes a qué atenerte. Los ensayos, por definición, son perfectos, pero de un modo trágico. A la hora de llevar a cabo la acción real, puntual, nunca te saldrá igual de perfecta que cuando la ensayaste. La naturaleza misma del ensayo es una clase de ficción trágica porque nos llevará al abismo, al último capítulo, a la inevitable conclusión. Una natalidad imaginaria.

Cuando cruzábamos el corredor, el dolor de la espalda volvió a atacarme. Me cogí de la pared y el tubo de oxígeno cayó al suelo con un *clong*. Me alarmé. La sonda de la doctora, por fortuna, estaba intacta, aunque se había puesto pálida. Si he venido hasta aquí, me dijo, es porque necesito hablar contigo. Al mismo tiempo, el asistente de Dirección se acercó haciendo balancear

la tablet de su cuello. Entonces vi la cara de Felipe. Él se mostró incómodo en su camión de hospital. No habíamos vuelto a hablar desde la noche del percance, ni tampoco tenía interés. Nos quedaba pendiente la conversación sobre los rusos, pero en ese momento yo solo podía pensar en la escena que estábamos a punto de grabar. Sospechaba que los rusos estaban implicados en el rollo de la *dark web* y que eran ellos quienes estaban financiando la telenovela. ¿Quizá para volver a exportarla al Medio Oriente? ¿Para utilizarla con fines políticos, cual cortina de humo, o para encubrir la difusión de sus doctrinas e implantar la semilla del comunismo en los televidentes? ¿Cambiarían a última hora los libretos y los modificarían a su antojo, como sucedió en Unimundo? ¿Sería yo capaz de regresar después de tantos años, sobre mis propios pasos, en alguna gira sin valija diplomática ni sobres por entregar? El asistente de Dirección interrumpió mis pensamientos. Te esperan en maquillaje, amor, me dijo. Lo odié por lo de «amor». Había que establecer una barrera cuanto antes, no era posible que se tomaran esas confianzas conmigo. Felipe parpadeó desde la tablet, mudo. Está bien, respondí, y le pedí a la doctora que me acompañara.

En uno de los camerinos me esperaba Alex con las manos cruzadas sobre el regazo. Tenía mejor semblante. Atrás habían quedado la barba, sus atuendos, su pelo largo. Le habían cortado el pelo al rape, y con las justas se había aplicado una capa de polvos traslúcidos. No sonreía. Le presenté a la doctora como una antigua conocida. Él asintió sin más y remolcó la silla del maquillaje para que me sentara. La doctora se sentó muy cerca, acomodando su tubo de oxígeno en una esquina.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—Ninguna —dijo Alex.

Se puso en marcha. Me limpió el cutis y empezó a pintarme los párpados.

—Anoche logré entrar por fin a la *dark web* —comentó.

Le había tomado cerca de un mes. Al parecer no cualquiera podía acceder a ella, incluso con las conexiones encriptadas y con los programas requeridos. Se había puesto a investigar en foros de ciberespionaje y encontró a unos adolescentes que le orientaron al respecto. Primero tuvo que hacerse amigo de ellos. Por si acaso, les había ocultado su identidad. Fueron ellos quienes le dieron la última llave. Creía que pronto iba a encontrar a Teo, había visto mensajes en el foro que le habían recordado el modo de escribir de su hijo. Arengas socialistas, pero sobre todo, propaganda política. Había terminado su relación con Rodrigo Visagel, el hombre con rostro de niño que caminaba extraño, y que yo llegué a conocer el día en que desapareció Teo. La cosa estaba candente, con el asunto de las elecciones nadie sabía a qué atenerse. Alex dijo que lo primero que iba a hacer el expresidente, cuando triunfara nuevamente en las elecciones que tenía compradas, era liberar al camarada Asmodeo, el líder de Ardor Popular. Eso formaba parte de otra ficción. El guion lo habían escrito también en la *dark web*. Liberarían al antiguo terrorista

solo para volver a mandarlo a la cárcel, eso estaba en el libreto. En la *dark web*, sin embargo, estaban haciendo un concurso de dobles. El ganador recibiría una cantidad no especificada de dólares lavados del narcotráfico. El expresidente, a su vez, era dueño de uno de esos cárteles de la selva. El concurso servía para buscar ancianos entre setenta y ochenta años, parecidos al camarada Asmodeo. El rumor era que enviarían al doble a la cárcel. El camarada real ya había comprado su escape a Europa, aunque en realidad solo quería morir en algún lugar bonito. Habían sido sus propias palabras.

—Eso dicen —continuó Alex—. En estos días estoy por averiguar más cosas, y por favor, Jacqueline, no comente esto con nadie.

—Descuida —le dije, sin ponerle importancia. Yo, en mi mente, andaba repasando mis parlamentos.

Un golpe en la puerta. El asistente de Dirección entró y alzó la palma de la mano. Cinco minutos. Felipe asintió, pixeleado, desde la tablet.

—Jacqueline —dijo la doctora—, me urge hablar contigo. No voy a poder quedarme mucho.

Alex levantó una ceja.

—A solas, de ser posible.

—Por favor, solo un par de minutos —le supliqué.

Él suspiró y salió llevándose sus pinces. La doctora arrimó su silla a la mía y se quitó, por un momento, la mascarilla del respirador. Yo volteé a verla y el dolor me atravesó la espalda con tanta intensidad que ahogué un grito. Me desplomé en el suelo y quedé de rodillas frente a ella. La doctora me dio la mano para ayudarme a ponerme de pie. Sin embargo, cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos, me miró a los ojos y dijo:

—Estoy arrepentida. Esos dolores son por mi causa.

—No sé de qué me habla —respondí, incorporándome.

Regresé a la silla. El dolor era una nueva clase de ardor insoportable, tan intenso como la primera vez que lo sentí. Hacía tiempo que la herida de la bala había cicatrizado, y hasta entonces no había tenido mayores problemas. La doctora se llevó las manos a la cabeza. Se quitó el cabello del rostro, tirándolo hacia atrás, estirando las arrugas de sus pómulos.

—¿Te parezco conocida? —preguntó.

Yo tragué saliva.

—La verdad es que no.

—Cuando eras pequeña, tenía que teñirme el pelo de otro color y ondulármelo para que no pudieras reconocerme. Tu madre, felizmente, nunca sospechó nada. Sabía que cuando empezaras a crecer, el parecido sería más evidente. Por eso convencí a tu madre de que partieran para Venezuela. Yo no quería moverme de mi casa. A ti te fue mejor.

Al principio pensé que ella deliraba. Luego me fijé en la forma de su quijada, en su cuello, en

sus senos caídos. En su cintura minúscula. Sus ojos eran del mismo color que los míos. Me reconocí a mí misma. La doctora era una versión mía a los noventa años. El mismo libreto pero gastado, amarillento, arrugado. Me clavé las uñas en las manos, el dolor me aniquilaba y, a pesar de que temblaba, la certeza se tornaba cada vez más real. Por primera vez, una lágrima cayó desde mi mejilla. Mis sentimientos dejaron de obedecerle a mi madre. La crianza de hierro había quedado atrás.

—¿Acaso... tú... eres... mi madre...?

La doctora puso la vista en el suelo.

—Felizmente, la juventud no es eterna —me dijo—. De lo contrario, seguiríamos cometiendo los mismos errores. A esa edad nos gana la ligereza de espíritu, ¿no crees? Las malas decisiones. Los ensayos. Después de que te creas un patrón, ya todo es distinto y toma otro rumbo. A mí me pasó igual. Fui joven, sí, y como tal, pensé que lo mejor para mí era quedarme en Rusia. El conocimiento alcanzó a rebalsarme el cuerpo y no podía estarme quieta. Siempre dije que la mejor forma de ficción ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. La telenovela más grande fue la del ser humano queriendo exterminarse a sí mismo. Chernóbil solo fue una continuación. La implosión de la naturaleza. En vez de avanzar, retrocedíamos hasta borrar las marcas de nuestro paso por el mundo. La radiación, a la larga, va a encargarse de eso. La gente va a seguir muriéndose de cáncer, nunca encontrarán la causa, ni el remedio. Para cuando se disuelva toda la radiación liberada en Chernóbil ya no quedará una persona sobre la faz de la tierra, tenlo por seguro. Por eso, cuando estudiaba, decidí que había que volver atrás. Es mentira que los conocimientos se adquieren con el tiempo. En la juventud la mente está más lúcida, más temeraria, tenemos mayor libertad y menos miedo a fracasar. De modo que, como iba diciéndote, quise volver. La clonación ya había sido descubierta. Estaba en etapa de experimentación, pero sabía que tarde o temprano iban a lograrlo. Sin embargo, mi intención fue siempre ir más lejos. Mi ambición de vivir con un pie en el futuro, que creo que es algo que heredaste de mí, y podría decirse que, finalmente, lo conseguí. Tendría yo unos veintiséis, veintisiete años. Elaboré la fórmula exacta, basándome en principios del espacio-tiempo como un manto fluctuante, irregular. Había una manera de hacer que el punto A se encontrara con el punto B y viceversa. La solución era plegar el manto, doblarlo en dos, poner un punto sobre otro punto. A partir de eso, comencé a experimentar sin comunicárselo a mis profesores de la universidad. Aunque, claro, estaba prohibido usar los recursos de la facultad para fines propios. Yo creía que le estaba haciendo un favor a la humanidad.

—No entiendo toda esta cháchara —dije yo, sosteniéndome el hombro que me estallaba.

La doctora hizo el símbolo de amor y paz con los dedos extendidos.

—Mis errores fueron dos. Uno eres tú. El otro error vino contigo el día en que fuiste a visitarme.

—¿Errores?

—Los llamaría más ensayo/error que errores en sí, a secas. Dos intentos de volver. A los, o mejor dicho, a ustedes dos, las llamo errores, porque no somos perfectas. También porque confundí las fechas. Jamás pude terminar de ajustar la fórmula.

—Sigo sin entender.

—¿Por qué crees que sigues sufriendo por ese dolor? Me di cuenta la vez que me visitaste. Ella también debe sentirlo, por cierto.

—¿Ella?

—La muchacha que vino contigo. Sofía. Porque fueron dos —siguió diciendo la doctora, al verme tan blanca—. Traté de regresar dos veces. Para corregir los errores, para detener lo irrefrenable, y las dos veces fallé. El primer error nació demasiado tarde. Debiste nacer en 1915, como mucho, pero naciste en 1948. La bomba estalló tres años antes, en 1945, no quedaba más por hacer. A esas alturas, comprobé que la fórmula no era exacta. Sin embargo, por pura terquedad, volví a insistir y, dicho y hecho, el segundo error también nació tarde. Sofía debió nacer en 1946, pero nació en 1977. Chernóbil estalló en 1986.

—¡Errores de qué, por todos los cielos!

—De volver en el tiempo, por supuesto.

Lo que dijo a continuación lo escuché desde muy lejos. La razón me abandonaba. Me puse de pie y caminé en círculos, tapándome los oídos, resistiéndome a escuchar aquel parloteo absurdo de yo soy tú y Sofía también es yo, son versiones más perdidas en el tiempo, yo misma las puse en la Maternidad, por entonces había regresado de Moscú a La Victoria. El dolor de tu espalda es algo que ocurrió en el pasado y ocurrirá en el futuro, una brecha del espacio-tiempo, estás sufriendo los efectos de sucesos paralelos en tu cuerpo, de realidades que se yuxtaponen, Sofía también lo siente. Y es posible que algo vaya a pasar pronto porque...

El asistente de Dirección entró de improviso, acompañado de Alex. Venían a avisarme que íbamos a empezar a grabar. Yo di un grito, enloquecida, y me eché a correr, tirando de mis cabellos, atravesando el corredor, los decorados aún sin estrenar, sorteando las piezas del mobiliario, delante de las cámaras y sobre las cruces que habían dibujado en la alfombra para indicar mi posición. No paré de correr hasta alcanzar el jardín. Afuera los periodistas empezaron a tomarme fotos. Retrocedí por donde había venido, y me oculté bajo las escaleras temblando, las palabras de la doctora dándome vueltas por la cabeza. *Yo soy tú y Sofía también es yo, son versiones más perdidas en el tiempo.* La doctora se quedó en el camerino. El asistente de Dirección y Alex se miraron las caras, sin saber qué hacer. ¿Algún problema?, preguntó Felipe, desde la tablet. Se lo explicaron. Jacqueline Metalius se escapó, nadie sabe dónde está. Él suspiró. Que escojan a otra mujer, dijo a continuación. Que las cámaras le hagan las tomas desde la espalda, los planos referenciales, la sombra en contraluz. Jacqueline es una profesional y

seguro no tardará en regresar cuando se calme, después veremos qué hacer, tenemos que seguir con la grabación. ¿Pero qué otra mujer?, preguntó el asistente de Dirección. A mí ni me mires, exclamó Alex, retrocediendo. Podrías ponerte una peluca, sugirió Felipe.

De pronto, Amelia, que había permanecido en silencio, levantó tímidamente la mano.

—Yo puedo interpretar a la Mujer Soviética. Las tres tenemos el mismo ADN. Somos la misma persona.

Les mostró su tubo de oxígeno. Podía sobrevivir cinco minutos desconectada de la sonda, aseguró. Ellos pensaron que la pobre desvariaba, pero entonces no hubo tiempo de rechazar su ofrecimiento. Le entregaron un libreto arrugado mientras Alex corría a avisar al vestuarista para que le consiguieran otra blusa con hombreras. El asistente de Dirección se inclinó sobre la doctora y le señaló la tablet. Ella reparó en la imagen pixeleada del hombre en camión de hospital.

—¿Usted sabe actuar? —le preguntó Felipe.

—Sé mentir muy bien —respondió ella—, pero ojo que les estoy haciendo este favor, si es que me consiguen un cigarrillo. No quiero morirme sin antes haber fumado uno, aunque sea por última vez.

Obedecieron. Alex regresó con el vestuarista y le pintó la boca a Amelia con el labial rojo jungla. En cinco minutos la tuvieron cambiada, maquillada y peinada. La doctora ensayó sus líneas frente al espejo, una por una, alternando la entonación, los gestos, las muecas. El asistente de Dirección le explicó que iban a llamarla cuando dieran la voz de acción y que se detuviera en su marca, en la cruz de la alfombra. No se preocupen, les dijo ella, me avisan y yo me saco la mascarilla del respirador, nada más les pido que no vayan a demorarse más de cinco minutos. El muchacho asintió. Abrieron la puerta y los otros actores, intrigados, entraron en el camerino para averiguar lo que ocurría.

Se encontraron a la doctora travestida de mí, con la ropa que en teoría iba yo a utilizar para el segundo episodio. Le preguntaron quién era. Ella se echó a reír y expulsó el humo del cigarrillo de una carcajada. No debería fumar, se burló, de todas formas voy a morirme pronto. Los actores, creyendo que Felipe había dado luz verde para fumar en el camerino, sacaron sus cajetillas. Se recostaron en las paredes y le preguntaron por el mecanismo del tubo de oxígeno, sin saber que atrás, escondida tras los colgadores de ropa, estaba Sofía.

Había alcanzado a ponerse un kimono blanco, de los míos, después de arrancarse la ropa con desesperación. Había escuchado la confesión de la doctora y no daba crédito a sus palabras. *No, las tres no podemos ser la misma persona, es imposible.* Su plan, sin embargo, continuaba en marcha. Tenía que reemplazar el cuchillo de utilería por el de verdad. Sin embargo, dudaba que no fueran a darse cuenta del cambio. Había que tomar medidas más drásticas. Oyó las risas de

los actores, la tos convulsiva de Amelia, de su abuela, de ella misma. El dolor de la espalda. El recuerdo del futuro.

—Dicen que la muerte sabe a plomo —dijo la doctora, exhalando el humo del cigarrillo.

Las risas cesaron de pronto. Los actores murmuraron en voz baja, sorprendidos por la revelación. La doctora siguió hablando de la muerte, de cadáveres hinchados, de las cabezas guillotinas que podían ver y sentir hasta cinco segundos después de separarse del cuerpo, en la época de la Revolución francesa. Sofía se tapó los oídos, imaginando su propio cadáver en una camilla de la morgue, hinchado y descompuesto, a merced de los gusanos. De pronto, escucharon la orden del asistente de Dirección. La doctora apagó el cigarrillo y caminó hacia el decorado. Entonces Sofía no pudo más. Cogió el puñal y se largó a correr detrás de ella, sin esperar a que la apuñalaran de mentira, sin esperar a que terminara de recitar el monólogo que tanto trabajo le había costado aprenderse en esos cinco minutos. Los actores, todavía mareados por el asunto de la muerte y de su sabor verdadero, no atinaron a detenerla. Solo divisaron una estela blanca, unos pelos levantados en el aire, el reflejo del puñal, y luego no vieron más. Al segundo, oyeron los gritos desde el decorado. Cuando llegaron era ya demasiado tarde. La doctora se desangraba a mitad del escenario. En un principio, no la ayudaron porque el director no había ordenado el corte. El ataque había sucedido tan rápido que el asistente de Dirección pensó que el extra, al que habían contratado para que hiciera las veces de asesino, se había adelantado. No tenían nada de qué quejarse. El apuñalamiento había sido perfecto, como si fuese real. Tardaron en descubrir que, en efecto, había sido real. Solo empezaron a sospechar al ver que Sofía se acercaba al cadáver, cubierta de sangre, después de haber estado escondida detrás las cortinas. La doctora creyó entonces que Sofía era yo. Daba igual.

Éramos la misma persona.

—Descuida —le dijo Sofía—. Puedes seguir muriéndote tranquila. De aquí no vamos a salir vivas ninguna de las dos.

Yo abandoné el chalet recién al percibir el fuego. Nadie supo nunca cómo empezó el incendio, ni cómo se propagó tan rápido. La gente hacía rato que había empezado a huir hacia la calle, entre el ruido de las sirenas de las ambulancias que se aproximaban. Afuera, en la vereda, los paramédicos sacaron el cuerpo sin vida de la doctora, acostada en la camilla. Unos metros más allá vi a Sofía saliendo descalza, con el pelo chamuscado y los pies inmundos, las manos esposadas y un par de policías conduciéndola al patrullero. La observé en silencio. Los curiosos debieron pensar que yo era un payaso, mi maquillaje se había humedecido y se escurría por mi cuello.

Al verme desde lejos, Sofía gritó mi nombre y la multitud enloqueció, arremolinándose a nuestro alrededor. Intenté alejarme hacia la pista, pero quedé atrapada en un círculo de cuerpos sudorosos del cual no conseguí escapar. En medio de la confusión, ella se soltó de los guardias, y

por un momento creí que nos confundirían a la una con la otra y acabarían apresándome a mí. Ella estiró las manos manchadas de sangre y alcanzó a cogerme por un extremo de la blusa. Sus dedos temblorosos me congelaron el brazo. Yo esquivé su mirada e imaginé aquellas manos marchitándose en prisión, colmándose de cortes, marcas, callosidades, tatuajes penitenciarios.

—Volveré a buscarte —me dijo—, así pase una eternidad.

Sus palabras me estremecieron como el pronóstico de un cáncer terminal. La voz no le había temblado ni un ápice y, conociéndola, supe al instante que aquella profecía habría de cumplirse, pues habíamos sido engendradas con idéntica determinación. Sentí que el pavimento se hundía bajo mis pies, y para no sufrir un desmayo tuve que convencerme a mí misma de que ninguna de las tres éramos la misma persona. *No podemos serlo, Dios mío, es ilógico*, me repetía. Las fórmulas y los números habían trastornado el juicio de la doctora Mancini, sus teorías carecían de sentido desde cualquier punto de vista racional y científico, aunque tampoco me quedaban ganas ni vida para comprobarlo.

No le creas, dijo la voz que siempre me acompañaba. *Aquello es falso*, volvió a decir mi madre, en algún rincón de mi cabeza. Muchos años atrás, en otra vida, había dicho algo parecido. *Esa mujer, viviendo allá arriba sola, encerrada, sin hijos, no debe esconder nada bueno*. Mi madre solía decir que las mujeres sin marido pierden la razón y se descarrilan sin remedio, a pesar de que ella misma culpaba a los hombres de su pueblo por haberla obligado a escapar hacia la capital. *Sí, mamá*, le susurré de vuelta, mientras los policías empujaban a Sofía del brazo y retomaban su camino.

El patrullero arrancó. Sofía me miraba, orgullosa, a través la ventana, sus labios agitándose al repetir la amenaza desde el otro lado del vidrio. En la cárcel no la va a pasar tan mal, pensé, vivirá bajo las expensas del Estado y recibirá alojamiento, ropa y comida gratis, el sueño dorado de todos los comunistas, acostumbrados a organizar revoluciones para luego poder recibir las cosas del cielo sin tener que trabajar jamás. Los periodistas me acercaron los micrófonos, las luces de las cámaras me estallaron en la cara y yo, en lugar de retroceder, intenté acomodarme el pelo. Tomé un micrófono al azar, intenté poner mi mejor sonrisa y dije, sin mirar a nadie:

—*La mujer soviética*, una historia de amor y de espionaje, de mi autoría, pronto en sus pantallas. Mi proyecto más ambicioso y también mi primera experiencia detrás de las cámaras.

Luego regresé al chalet. Había pensado en traer mis cosas del apartamento y volver a instalarme en la habitación rosa para vivir cerca del fantasma de Arístides. Me mudé apenas comenzaron las nuevas sesiones de casting de *La mujer soviética*, una vez convencida de que el proyecto había dejado de pertenecerme. Solo tendría sentido si la contaba desde mi punto de vista, sin intervenir como actriz. La experiencia me ayudó a comprender la ficción y a ponerle punto final a mi carrera profesional. Ya se habrán dado cuenta de que hablo de las telenovelas como ficción y no como melodrama, respetando las palabras de Felipe, a quien seguí

manteniendo al margen. Sin embargo, la última frase de Sofía me asaltaba por las noches, mientras daba vueltas en la cama donde habíamos dormido juntas al principio. La cama donde la concebí y sobre la que seguía dibujándose su silueta en el colchón, justo en el lado en el que dormía su padre. La esperé con la indulgencia de los condenados a muerte, ocupándome de la casa, supervisando las grabaciones que se llevaban a cabo en el primer piso, porque en mi recién inaugurada labor de libretista no me daba abasto.

A veces, cuando se acababan las jornadas de trabajo y volvía a quedarme sola, se me daba por creer que yo también sucumbiría a la locura, al igual que la doctora Mancini. Si lo contemplaba de esa forma, a sangre fría, echando mano de la aparente suspensión de incredulidad de la que tanto había presumido Felipe en su momento, quizá hasta era posible encontrar un minúsculo residuo de lógica entre los desvaríos de una anciana al borde de la muerte y del miasma de la ficción.

En algún circuito de su cerebro tal vez las tres habíamos quedado suspendidas, descarriadas en las órbitas del espacio-tiempo, con las manos extendidas para cogernos de los dedos y volver a encontrarnos en la misma época, nuestras personalidades triplicadas y condenadas al infortunio de los números impares. Quienes quisieran comprobarlo tendrían que violentar la tumba recién sellada en el cementerio de La Planicie, comparar nuestros códigos genéticos y analizar aquel patrón de comportamientos falsificados, acción y reacción repetidas al infinito.

Sin ir más lejos, las maniobras de Sofía eran consecuentes; yo en su lugar hubiese actuado de forma idéntica, al margen de que fuéramos o no la misma persona. Entonces comprendí que ella podría eliminarme cuando quisiera, si se lo proponía. La cárcel no iba a ser un obstáculo, tarde o temprano iba a encontrar la manera de regresar al chalet.

La primera señal que reafirmó mis conjeturas la recibí unos meses después. Una mañana, mi celular timbró con una llamada de un número desconocido que esquivó los filtros de spam del telemarketing. Me bastó una simple búsqueda en internet para comprobar que esta provenía de la penitenciaría de mujeres, en Chorrillos. La ignoré. Supuse que los jueces no la habían condenado a tantos años, solo bastaba con recordar el país en el que vivíamos. Las llamadas persistieron con una obstinación que me recordó a las últimas semanas que había pasado en Miami, por los días del edificio inteligente. En un abrir y cerrar de ojos, resolví la mejor manera de contraatacarla. La sorprendería recibéndola con los brazos abiertos, cogiéndola desprevenida, porque estábamos condenadas a depender la una de la otra, a convertirnos en el calco del que veníamos escapando tanto ella como yo: dos ancianas idénticas e intercambiables. Fue así que empecé a preparar la cárcel en la cual habríamos de recluirnos de por vida, con una determinación propia de los tiempos en que preparé la recámara nupcial para el hombre que pudo haber sido su padre. Me dediqué a acomodar, todas las noches, la habitación que había reservado para ella, para cuando decidiera regresar a buscarme, como las heroínas del teatro griego que no tenían ningún reparo

en aceptar el destino impuesto por los dioses del cielo y la tierra, sin atreverse a esperar otra oportunidad.

Llegado el momento, al verla atravesar el umbral de la puerta del chalet, le mencionaría la fotografía que encontré en mi bolso, el retrato que la doctora había colocado allí, el día en que mi hija la asesinó. Un retrato en blanco y negro de una mujer joven, idéntica a mí, sonriendo hacia la cámara, delante de la plaza Roja de Moscú. Detrás de la foto había una inscripción: *Amelia Mancini, 1939*. Antes de abrazarla, la cogería de las manos y pronunciaríamos juntas la única interrogante que carecía de respuesta:

¿Realmente éramos todas la misma persona?

Y mientras esperaba a mi hija noche a noche, sentada en la ventana de la habitación rosa, observando los cerros de La Molina y las luces de los incendios y explosiones de la ciudad que se preparaba para recibir las elecciones presidenciales, pensaba en los aplausos y en la luz cegadora que había visto en el aeropuerto, en las lenguas extrañas de las personas que se lanzaron a socorrerme, en la forma primigenia del lenguaje y en la hermosura de la muerte. Porque la muerte es perfecta, después de todo, y porque al final, para comprenderla, solo había que morir.

De ancianas siguieron durmiendo en la misma cama. Yo las vi. Buscamos la casa porque alguien nos advirtió que seguían vivas. Lo descubrieron por casualidad. Un niño del barrio, por la época en que el barrio todavía era barrio, había perdido un dron que volaba por los aires y que controlaba desde su celular. El dron se estrelló en una ventana del segundo piso del chalet y ahí se quedó, al borde del alféizar. El niño no pudo rescatarlo de buenas a primeras. El jardín había crecido tanto que se extendía como una selva hasta llegar a la pista. Yo había pasado varias veces por allí y siempre me había llamado la atención aquella casa desvencijada, una mansión de espanto, de paredes corroídas y grises, en la cual los gatos, perros y demás mascotas perdidas del vecindario habían encontrado un nuevo hogar. Según los vecinos, alguna vez había funcionado un estudio de televisión de la fenecida cadena Teleprisma, antes de que los medios de comunicación fueran clausurados por el gobierno y pasaran a manos del sistema. También decían que, en las épocas previas al golpe de Estado, la municipalidad había intentado desalojarlas. Los vecinos habían reportado quejas, preocupados porque el chalet se convirtiera en un foco infeccioso de enfermedades. Ni siquiera el muchacho de los mandados se había atrevido a acercarse, ahuyentado por el vaho nauseabundo que salía por las ventanas y asaltaba a cualquiera que pasara por dicha vereda. Los gatos y el resto de animales habitaban dentro de esa jungla, tanto o más inhóspita que la que se veía por fuera. Las dos ancianas los alimentaban y no se ocupaban de limpiar sus desperdicios, indiferentes a la devastación que las devoraba lentamente.

El caso es que el niño intentó aventurarse y llamar a la puerta. Tuvo que atravesar los arbustos, temeroso de encontrar arañas, culebras y otras alimañas. Antes de tocar el timbre, se abrió una de las ventanas. Supuso que las ancianas poseían esos sistemas modernos de seguridad que detectaban al instante los latidos del corazón. El niño se cubrió la nariz para no respirar la pestilencia. Por la ventana asomó una de las dos ancianas, y no supo si se trataba de la madre o de la hija, ya que también se rumoreaba que ambas, de más jóvenes, habían sido idénticas. La mujer que vio tenía el pelo cubierto por un pañuelo. Le pidió al niño que se alejara, con un chillido. El niño insistió en que solo quería recuperar su dron, pero la mujer desapareció cubriéndose la mitad de la cara con el pañuelo, las cejas mal dibujadas con delineador negro sobre sus párpados, antes de que él terminara de hablar.

Decidí visitarlas cuando surgió el tema del documental. La idea me rondaba la cabeza desde la época del golpe. Ese día subí a mi carro, sincronicé el tablero de control y le indiqué la dirección de la casa. El carro, sin embargo, se perdió. Una extraña onda de interferencia absorbía las redes móviles en las inmediaciones de la casa. Los drones dejaban de funcionar, como el del niño, y los carros se detenían sin más, como el mío. Me quedé helado, observando el tablero de control. Ahogué una carcajada. Me imaginé que en los tiempos en que los automóviles eran conducidos por personas, antes de Google Pilot y otros dispositivos similares, al menos había con quién quejarse. Pero gritarle a un conductor de carne y hueso, en nuestros días, era como hablar de la era Mesozoica. Me vi obligado a abandonar el vehículo e hice lo que no había hecho desde hacía unas semanas: caminar. Está de más decir que disfruté del paseo. Los paneles solares de las casas reproducían el reflejo del cielo nublado al infinito. Todavía estábamos en primavera, lo cual en Lima, al menos, significa invierno. Al llegar a la verja, esquivé a una familia de ardillas anidadas al pie del escalón de la entrada. La ventana se abrió de pronto y emergió la mujer del pañuelo, o quizá ambas llevaban pañuelo. Le dije que había venido por el manuscrito. ¿Cuál manuscrito?, respondió ella. Vi que le faltaba un par de dientes delanteros. En alguna parte de su rostro se adivinaba que había sido hermosa, décadas atrás. E incluso podría seguir siendo hermosa, si es que cuidara su apariencia, pero en la sociedad contemporánea estaba prohibido formular opiniones. La gente pasó de ofenderse por nimiedades a prohibir la individualidad. Decirle flaco, gordo, viejo o joven a alguien era ofensivo. Estaba penado por la ley, dependiendo del grado de opresión en las escalas de interseccionalidad que tuviera cada uno. De modo que me abstuve de juzgarla. El manuscrito, repetí yo, el de Jacqueline Metalius.

Parte de los rumores incluían la existencia de un manuscrito, escrito del puño y letra de una actriz de telenovelas que había sido la reina del drama en el siglo anterior. Un manuscrito que tenía que ver con los viajes en el tiempo y con la intervención del gobierno ruso en el golpe que acabó con la democracia e impuso el Nuevo Sistema. No eres el primero que viene a buscarlo, respondió la mujer. Felipe también me lo pidió, dijo ella, hace muchos años. Incluso empezó a investigar y hasta llegó a abrir la tumba de la doctora Amelia, que en paz descanse, pero la encontró vacía. ¿Qué Felipe?, pregunté yo. La mujer no me respondió. Supuse que se refería a Felipe Gallego, el antiguo director de Teleprisma. Regresa mañana y te lo cuento, dijo la mujer. A continuación, cerró la ventana. Sonreí. Esa misma noche empecé a bosquejar el argumento del documental que decidí llamar *La mujer soviética y los últimos días del melodrama*, aunque para ello tendríamos que limpiar el jardín y dejar la casa en condiciones mínimamente habitables. Pero el ruido de una nueva explosión que surgió unas cuadras más abajo me sacó de mis pensamientos. Entonces comprendí que había llegado la hora de partir.

Miami, enero de 2015

San Diego, febrero de 2018

Índice

i

PRIMER ACTO

ii

SEGUNDO ACTO

iii

TERCER ACTO

iv

Agradecimientos:

A María Fernanda Castillo y a Víctor Ruiz Velazco, de Planeta, por haber acogido a *La mujer soviética* con el mismo entusiasmo con el cual fue concebida y alumbrada.

A Alessandra Miyagi Fukushima, mi editora, por su estupendo trabajo con el texto y por ejercer de ojo bíblico a la hora de sacar cuentas y poner en orden las fechas, edades, casamientos y funerales que desbordan estas páginas.

A Juan Manuel Robles, por ejercer de primer lector y por sus múltiples sugerencias y apuntes a partir de una lejana versión del manuscrito, en la que ciertos fantasmas aparecían aún con vida.

A Lee Thornhill, por su amoroso estoicismo a prueba de balas durante estos cuatro años de creación, por aceptar siempre mis llamadas a medianoche y por permanecer a mi lado cuando yo amenazaba con enloquecer.

A mis hermanos Gonzalo Carrillo, Daniel Gamarra, Ricardo Rentería, Yusef Simon, Rodrigo La Hoz, Gerardo Moncada, Roberto Ortiz y a todos aquellos que no esperaron una respuesta mía para tocar a mi puerta desinteresadamente con una botella bajo el brazo.

A la *troupe* chilena: Álvaro Bisama, Carla McKay, Mike Wilson, Sebastián Minay, Alejandra Costamagna, Diego Zúñiga, Simón Soto, Francisco Ortega, Paulina Retamales y al resto de personajes iluminados que se animaron a compartir un picnic en el cerro Santa Lucía.

Finalmente, a los amigos escritores y colegas que mostraron su cariño y apoyo emocional, sin dejar de preguntarme cuándo saldría el libro.

Para todos ustedes, aquí está.



Fotografía: Daniel Gamarra Robles

Con una estética a medio camino entre el melodrama, las novelas de Manuel Puig y los *thrillers* policiales, Dany Salvatierra nos presenta una cautivante novela en tres actos protagonizada por una diva en decadencia.

Jacqueline Metalius es una leyenda viva de las telenovelas latinoamericanas. Arrolladora, indómita y de carácter volcánico, decidió enfocarse en su carrera antes que en su vida personal. Un día, en medio de las grabaciones de su más reciente producción en Miami, recibe un mensaje anónimo de quien parece ser su difunta madre, asegurándole que no está muerta. A partir de entonces, se verá atrapada en una red de espionaje internacional que la traerá de vuelta, después de cuarenta años, a Lima, su ciudad natal, donde los cadáveres regresarán de sus tumbas para desenmascarar los más oscuros y terribles secretos.

A E
& I

Autores Españoles e Iberoamericanos

